

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
DOCTORADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

**IDENTIDAD Y POLÍTICA
DE LAS ORGANIZACIONES
POPULARES Y LUCHAS URBANAS
EN AMERICA LATINA
El caso de Bogotá entre 1980 y 2000**

**Tesis para obtener el título de
Doctor en Estudios Latinoamericanos**

Presentada por:

ALFONSO TORRES CARRILLO

Director:

Dr. Eduardo Ruiz Contardo

México DF, mayo de 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Introducción	1
Capítulo 1	7
El campo problemático: pobladores, organizaciones y luchas urbanas en América Latina	
Presentación	7
1. Emergencia y predominio del asociacionismo comunitario subordinado	9
1.1. El contexto	
1.2. Los nuevos habitantes ciudadanos y sus demandas	
1.3. Modalidades de organización y acción	
1.4. Centralidad de la teoría de la marginalidad	
2. Emergencia del asociacionismo y la movilización contestataria	15
2.1. Cambios de contexto y nuevos actores en escena	
2.2. Algunos casos significativos	
2.3. La lectura marxista de la ciudad y de las luchas urbanas	
3. Diversificación del asociacionismo popular urbano	21
3.1. Los nuevos contextos	
3.2. Cambios urbanos y nuevos asociacionismos	
3.3. Los casos de Ciudad de México y Bogotá	
3.4. Los Nuevos Movimientos Sociales como paradigma interpretativo	
4. Los noventa: asociacionismo urbano y participación social	34
4.1. El contexto latinoamericano y las ciudades del neoliberalismo	
4.2. México DF: Hacia una transición democrática	
4.3. Bogotá: Una experiencia por comprender	
4.4. Nuevas preguntas, nuevos enfoques interpretativos	
5. Balance provisional	47
Capítulo 2	52
Horizonte conceptual y metodológico: Apertura a la especificidad del problema	
Presentación	52
1. La construcción de una propuesta interpretativa	53
1.1. La acción colectiva de los pobladores: organizaciones populares y luchas urbanas	54

1.2. La identidad desde la acción colectiva	
1.3. Lo político desde las organizaciones	
1.4. Organizaciones populares, luchas urbanas y constitución de sujetos	
2. Un modelo analítico para abordar la acción colectiva urbana	
69	
2.1. Los factores estructurales	
2.2. Barrios populares, tejido social e identidades vecinales	
2.3. Vida cotidiana, elaboración de necesidades y experiencia	
2.4. Conformación del tejido asociativo	
2.5. La movilización: de la protesta a las redes en movimiento	
2.6. Organizaciones populares y estructuras de oportunidad política	
3. Metodología de la investigación	84
3.1. Enfoque	
3.2. Estrategias metodológicas	
3.3. La sistematización de experiencias organizativas	
3.4. Organizaciones participantes	
3.5. El proceso de sistematización	
Capítulo 3	96
Organizaciones populares urbanas, tejido social y asociativo barrial	
Presentación	96
1. El contexto en el que emergen las experiencias	96
1.1. Radicalización del ambiente político e ideológico	
1.2. Los pobladores populares de Bogotá	
2. Nacimiento de las experiencias organizativas populares	105
2.1. Vicisitudes y tensiones iniciales de las experiencias organizativas	
2.2. El tránsito a organizaciones populares	
3. Tejido social, asociativo y organizaciones populares	110
3.1. Las organizaciones y la potenciación de vínculos sociales	
3.2. Relaciones con otras experiencias asociativas barriales	
3.3. Las organizaciones y la conformación de nuevo tejido asociativo	
4. Construcción de necesidades y formas de solución	122
4.1. Definición y jerarquización de necesidades colectivas	
4.2. Encuentro entre lecturas de necesidades	

4.3. Representaciones y necesidades según poblaciones	
5. Balance: Organizaciones y tejido social local	137
Capítulo 4	139
Transformación de identidades desde las organizaciones populares	
Presentación	139
1. Trabajo cultural de las organizaciones e identidades locales	
1.1. Maneras de entender lo cultural	
1.2. Espacios y actividades artísticas y culturales	
1.3. Incidencias del trabajo cultural	
2. La identidad de las organizaciones	151
2.1. Las narrativas autobiográficas	
2.2. Otros rasgos de distinguibilidad	
2.3. Cómo se ven las organizaciones actualmente	
2.4. La identidad organizativa, una construcción	
3. Los cambios de subjetividad generados desde las organizaciones	171
4. Balance: identidad y continuidad de los procesos organizativos populares	176
Capítulo 5	179
La política de las organizaciones	
Presentación	179
1. El discurso político de las organizaciones	180
1.1. El contexto ideológico y las influencias discursivas de la época	
1.2. La influencia de la Teología de la Liberación y de la Educación Popular	
1.3. Los contenidos del ideario político fundacional	
1.3.1. La utopía: el sentido alternativo de las organizaciones	
1.3.2. Lectura crítica del orden social dominante	
1.3.3. Los sectores populares como sujeto histórico de cambio	
1.3.4. La concientización y la organización de la comunidad	
1.3.5. Las variaciones en el discurso político de las organizaciones	
2. Las acciones política de las organizaciones populares	198
2.1. Los modos de actuar externo: las relaciones con "los otros"	
2.1.1. Con el estado y sus políticas	
2.1.2. Con partidos y movimientos políticos	

2.1.3. Con otras organizaciones locales y afines	
2.1.4. Con personas e instituciones de apoyo	
2.2. Los modos de actuar cotidianos	
2.3. La coherencia en los modos de actuar: los criterios	
3. La participación dentro de las organizaciones	212
4. Balance: la política de las organizaciones populares urbanas	215
4.1. Las organizaciones como actor político	
4.2. Organizaciones populares y política pública	
4.3. Organizaciones populares y construcción de nuevas ciudadanías	
4.4. Organizaciones populares y nuevas culturas políticas	
Capítulo 6	222
Descentralización, organizaciones populares y protesta urbana	
Presentación	222
1. Los avatares de la descentralización en Bogotá	223
1.1. Colombia: crisis de legitimidad y descentralización	
1.2. La descentralización en Bogotá durante los noventa	
2. Las organizaciones populares frente al contexto descentralizador	231
2.1. Las Juntas Administradoras Locales (JAL)	
2.2. Los Consejos Locales de Cultura	
2.3. Los Encuentros Ciudadanos y otros espacios	
2.4. Balance de la experiencia frente a la descentralización	
3. La protesta urbana antes y después de la descentralización	
249	
3.1. Comportamiento de la protesta urbana antes de la descentralización	
3.2. Luchas urbanas durante el proceso de descentralización	
3.3. Las tendencias globales de la lucha urbana en Bogotá	
Conclusiones	274
Fuentes consultadas	284

Introducción

La problemática urbana ha sido uno de los campos de interés permanente de los estudios latinoamericanos¹. En un primer momento - décadas de los 50 y 60- la preocupación se centró en el fenómeno mismo del crecimiento urbano, en la migración y en la caracterización de los nuevos pobladores. En estos primeros estudios predominaron enfoques interpretativos derivados del funcionalismo, como las teorías de la marginalidad y de la cultura de la pobreza

En los setenta y comienzos de los ochenta, teniendo como telón de fondo la emergencia de los nuevos movimientos populares urbanos, la sociología urbana marxista ganó centralidad, introduciendo conceptos como *urbanización dependiente* y *movimientos sociales urbanos*, para dar cuenta de la configuración de las ciudades latinoamericanas en el contexto del capitalismo periférico y el papel de los diversos actores urbanos en su transformación.

Desde mediados de los ochenta y a lo largo de los noventa, la atención se desplazó hacia las dinámicas culturales urbanas (identidades colectivas, culturas, lenguajes y símbolos urbanos, etc), los procesos asociativos populares y la participación política de los pobladores en los procesos de democratización. Las perspectivas interpretativas con mayor presencia fueron las de los nuevos movimientos sociales, el modelo de proceso político y la construcción de ciudadanía.

Así, al comenzar el siglo XXI existe una trayectoria y un campo de debate en torno a la acción colectiva de los pobladores urbanos en América Latina. Sin embargo, existen contrastes en cuanto al conocimiento de las diversas experiencias nacionales. Mientras que ciudades como México, Lima, Caracas y Sao Paulo están suficientemente documentados los procesos de conformación de los asentamientos populares urbanos y las modalidades de organización y acción colectiva, otras ciudades de la región son menos conocidas.

Es el caso de Colombia, en la cual se han dado particulares dinámicas de urbanización, de asociacionismo popular y de lucha urbana, escasamente considerados desde los estudios latinoamericanos. Las dinámicas urbanas en este país han estado mediadas por una serie de singulares características, algunas de las cuales contrastan con las tendencias reconocidas en la región.

¹ Tanto así que el primer número (Julio -diciembre de 1986) de la Revista "Estudios latinoamericanos" fue dedicado al tema.

Algunas de estas singularidades son: 1) el desbordado crecimiento urbano de mediados del siglo pasado no se concentró en una ciudad, sino en cuatro: Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla; 2) la persistencia de la violencia política y el conflicto armado, durante más de medio siglo ha mantenido aún en la década del noventa un permanente flujo migratorio hacia las ciudades; 3) una relativa estabilidad de la institucionalidad democrática, basada en el monopolio del bipartidismo sobre las instituciones políticas y la marginación de otras alternativas políticas; 4) la proliferación, pero escasa articulación, de organizaciones populares alternativas; 5) profundas transformaciones institucionales a partir de 1991, entre las que se destaca una avanzada política de descentralización.

Su capital, Bogotá, ha sido uno de los principales escenarios de éstas dinámicas sociales y políticas, algunas de las cuales no han sido suficientemente documentadas. Con respecto a las experiencias organizativas y las luchas de los pobladores populares, vale la pena destacar, por una parte, la emergencia y permanencia desde mediados de la década del setenta, de asociaciones de base con pretensión de autonomía y alternatividad a las estrategias de control social y político generadas por el gobierno desde mediados de siglo; por la otra, la continuidad de algunas modalidades de protesta urbana como los paros cívicos, el bloqueo de vías y las movilizaciones a escala local.

En efecto, bajo el telón de la violencia bipartidista que azotaba el país, el gobierno creó en 1958 las Juntas de Acción Comunal como única forma de organización de base de los pobladores urbanos reconocida institucionalmente. Estas asociaciones, asumieron su rol, a través de una combinación entre autoayuda y de intermediación clientelista con los partidos tradicionales y las autoridades. Sus líderes se convirtieron en pragmáticos mediadores entre necesidades colectivas y recursos del Estado y monopolizaron la representación de los habitantes de los barrios frente a las autoridades.

Además, desde mediados de los setenta, surgieron asociaciones impulsadas por activistas provenientes del mundo eclesial, cultural y universitario de izquierda y por nuevos actores sociales de los barrios, como las mujeres y los jóvenes, que no se sentían representados en las tradicionales Juntas Comunales. Sus campos de acción fueron la educación infantil y de adultos, las actividades culturales y artísticas, la autogestión económica, el medio ambiente y la comunicación. Un rasgo de identidad común a este nuevo asociacionismo fue su declarada autonomía frente al Estado y su distanciamiento crítico frente a las prácticas clientelistas, así como su identificación con las ideologías de izquierda de la época, pero sin tener necesariamente vínculos orgánicos con sus partidos o movimientos políticos.

Este conjunto amplio de grupos, comités, asociaciones, corporaciones y centros culturales se autodenominaron "organizaciones populares" para diferenciarse de otras formas organizativas subordinadas al Estado y enfatizar su identificación con visiones de futuro alternativas. Muchas de ellas sucumbieron en los años siguientes, ya sea por la represión oficial, por su propio agotamiento o porque fueron absorbidas por el sistema. Unas pocas lograron sobrevivir al siglo XX y mantener su autonomía y su perfil "alternativo", adquiriendo legitimidad entre la población local y reconocimiento por parte de las instituciones gubernamentales y no gubernamentales.

¿Cuáles factores permitieron su emergencia y continuidad? ¿Cuál ha sido su significado e incidencia en los asentamientos populares donde actúan? ¿Cuál ha sido su contribución en la construcción de identidades sociales y en la generación de nuevas prácticas políticas en la ciudad? ¿Cómo fueron afectadas por los procesos de apertura política y de descentralización acaecidos en la ciudad a lo largo de los noventa? ¿Cuál ha sido el comportamiento de sus acciones de protesta durante ésta década?

Estas inquietudes, vitales para las propias organizaciones, compartidas por el autor de la presente tesis y consideradas relevantes para los estudios sociales latinoamericanos, se convirtieron en el desafío intelectual y ético que configuró el objeto de esta tesis para optar el título de Doctor en Estudios Latinoamericanos, al reconocer que as organizaciones autónomas "significan espacios de organización, resistencia, movilización y democratización en las ciudades, frente a una cultura política todavía corporativista y clientelista" (RAMÍREZ SAIZ, 1985)

El campo temático más amplio en el que se ubica la investigación es el de las dinámicas asociativas, la acción colectiva y la participación política de los pobladores de las grandes ciudades de América Latina. El problema de conocimiento particular es comprender el sentido y la potencialidad de algunas experiencias significativas de organización y lucha popular urbana en la ciudad de Bogotá en la configuración de nuevas identidades sociales, prácticas y subjetividades políticas, así como interpretar su participación en los procesos de apertura política y descentralización generados en la ciudad a partir de la Constitución de 1991.

La idea fuerza que atraviesa este ejercicio investigativo es que el asociacionismo urbano alternativo contribuye a la formación entre los sectores populares de la ciudad de sujetos sociales, a través del

fortalecimiento de su tejido social y asociativo, de la formación de identidades culturales y en la generación de nuevas prácticas y subjetividades políticas democráticas. En términos de objetivos específicos, la investigación fue orientada por los siguientes:

1. Hacer un balance crítico de la manera como los estudios latinoamericanos han abordado la problemática de los pobladores populares urbanos, sus organizaciones y luchas manifiestas.
2. Construir unos referentes conceptuales y un modelo analítico pertinente a la especificidad de estas organizaciones y luchas urbanas en América Latina.
3. Analizar la conformación histórica de algunas organizaciones populares de la ciudad de Bogotá durante las dos últimas décadas del siglo XX y sus estrategias para articularse a los tejidos social y asociativo previos.
4. Interpretar en qué medida dichas organizaciones, han contribuido a la transformación cultural y a la conformación de identidades entre los pobladores populares con quienes actúan.
5. Reconocer e interpretar los diferentes modos de concebir y practicar la política por parte de las organizaciones populares urbanas
6. Caracterizar los procesos de reforma política y administrativa llevados a cabo en Bogotá durante la década de los noventa y analizar la manera como las organizaciones populares han participado de dentro de dichos procesos.
7. Analizar el comportamiento de la protesta urbana en Bogotá antes y después de los procesos de descentralización.
8. Hacer un balance del significado de la acción colectiva de los pobladores urbanos en la perspectiva de la transformación social y política de las ciudades de la región.

Teniendo como horizonte de búsqueda estos objetivos, así como el contexto de la discusión sobre el campo problemático en el que se inscriben y los referentes conceptuales asumidos, la investigación articuló diferentes estrategias metodológicas, bajo un horizonte interpretativo crítico. Así, acudió a la indagación documental (bibliográfica y de archivo), a la sistematización de siete experiencias de organización popular de la ciudad de Bogotá y a la incorporación de información cuantitativa pertinente para establecer magnitudes del contexto y de los fenómenos estudiados.

Como resultado de la investigación, la estructura expositiva de la tesis se organiza en 6 capítulos, cuyos contenidos se esbozan a continuación. El primero, denominado “El campo problemático: pobladores, organizaciones y luchas urbanas en América Latina” en el que se presenta el marco histórico y el balance interpretativo de los principales problemáticas relacionadas con los pobladores urbanos, sus asentamientos, procesos asociativos, sus luchas y relaciones con el sistema político, así como de los enfoques conceptuales que las han abordado.

En el segundo capítulo se da cuenta de la perspectiva conceptual y metodológica desde la cual se realizó la investigación. En él se expone el horizonte interpretativo y el modelo analítico elaborado para dar cuenta de la problemática planteada. Así mismo, se argumenta la estrategia metodológica adoptada y las decisiones para la reconstrucción y análisis de las experiencias y la información empírica en la que se basa la tesis.

El tercer capítulo, titulado “Organizaciones populares urbanas y tejido social y asociativo barrial” presenta el contexto social, político e ideológico en que surgen las experiencias organizativas populares estudiadas, así como el proceso de su configuración histórica. También se abordan las diferentes dinámicas generadas en torno y desde las organizaciones y que han afectado el tejido social y asociativo de los territorios populares en los que actúan.

En el cuarto capítulo se presentan las estrategias y prácticas culturales que desarrollan las organizaciones populares y que han contribuido a la constitución de identidades colectivas e institucionales, así como la emergencia de nuevas subjetividades entre quienes participan de sus procesos. El quinto capítulo, se ocupa de la política de las organizaciones populares, entendida como las creencias, concepciones, prácticas y relaciones que estableen con respecto al poder y a su interés de transformación de realidades.

El sexto y último capítulo se ocupa del proceso de descentralización desarrollado en Bogotá a lo largo de la década de los noventa, así como de la participación en dichos procesos de las organizaciones populares y de las continuidades y cambios en el comportamiento de la protesta en la ciudad durante las dos últimas décadas del siglo XX. Además de la descripción de dichos fenómenos, se presentan los contextos estructurales de orden nacional y distrital en los que se enmarcan y permiten comprenderlos.

Finalmente, se exponen las conclusiones de la investigación, que además de hacer un balance interpretativo global de los procesos estudiados, se detiene en la valoración el significado de las

organizaciones populares y luchas urbanas en América latina, en un contexto de transformaciones económicas y políticas que posibilitan su acción.

Antes de someter este trabajo de tesis a su lectura crítica, quiero agradecer a las personas e instituciones, que a lo largo de estos seis años en que duró la investigación, hicieron posible su desarrollo y culminación. En primer lugar a la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, institución en la que laboro, que me concedió comisión para cursar el doctorado y redactar la tesis y financió parte de la investigación de campo en la que se basa la mayor parte de la investigación. En segundo lugar, a la Universidad Nacional Autónoma de México, en particular a su programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos que me brindó importantes aportes conceptuales y culturales que ampliaron mi perspectiva interpretativa.

En tercer lugar a las siete organizaciones populares con las cuales se llevó a cabo la investigación de campo y permitieron ser los estudios de caso que son el soporte principal de la investigación: la Coordinadora de organizaciones por la defensa de los derechos de los niños, la Corporación La Cometa, la Asociación de Vecinos Solidarios, el Centro Popular de Cultura de Britalia, el Instituto Cerros del Sur, la Promotora Cultural de Zuro riente y la Cooperativa Copevisa. Sin su confianza, preguntas, reflexiones y discusiones, no hubiera sido posible comprender la riqueza de sentidos presentes en las nuevas experiencias asociativas populares de la ciudad.

A las investigadoras e investigadores, Disney, Constanza, Mario, Maria Isabel, Mary Sol, Claudia Patricia, Nelson, Néstor, Adrianas, Camilo, Aurora, Paula Andrea y Carlos Andrés, quienes en diferentes momentos participaron de la búsqueda y cuyos aportes fueron valiosos en los resultados de la investigación. A Martha Cecilia García y Mauricio Archila, investigadores del Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP, con quienes mantengo un diálogo permanente en torno a las temáticas de la tesis. A mi esposa, Luz, quien amorosamente, concedió parte del tiempo familiar, para concentrarme en la labor de redacción final de la tesis.

Capítulo 1

El campo problemático: pobladores, organizaciones y luchas urbanas en América Latina

Presentación

Estudiar un fenómeno complejo como es la acción colectiva de los pobladores populares de las grandes ciudades latinoamericanas, obliga a considerarlo, como un campo problemático configurado tanto por las múltiples relaciones que determinan su especificidad histórica, como por las diferentes perspectivas interpretativas y opciones ideológicas desde las cuales ha sido abordado. Así, comprender la constelación de relaciones y significados que lo constituyen, implica la elaboración de una propuesta analítica que incorpore tanto la especificidad de los dinamismos históricos que constituyen el fenómeno, como los parámetros (teóricos y políticos) que configuran sus sentidos.

Es un hecho conocido, la existencia de barrios pobres y agremiaciones en las ciudades coloniales (HOBERTMAN y SOCOLOV, 1993), los tumultos y revueltas de la plebe urbana de los siglos XVIII y XIX (AROOM y ORTOLL, 1994), así como las luchas de los inquilinos y el nacimiento de barrios "obreros" en algunas ciudades de la región desde comienzos del siglo XX (ARCHILA, 1980; DAVIS, 1999). Sin embargo, existe consenso en reconocer que fue en el contexto del acelerado crecimiento demográfico iniciado desde mediados del siglo XX cuando se introdujeron cambios cualitativos en el carácter de los actores populares ciudadanos, de sus organizaciones y de sus formas de movilización (ROMERO, 1976).

Desde ese entonces, en las principales ciudades los países latinoamericanos se dio un incremento acelerado de la población, el cual fue provocado, no sólo por el aumento natural, sino también por los efectos perversos de una modernización capitalista que a la vez que expulsa a los campesinos de las zonas rurales, los atrae como mano de obra hacia los centros urbanos con la ilusión de seguridad y progreso.

Este rápido crecimiento demográfico, en el contexto de una industrialización incapaz de incorporarla como mano de obra y de una estructura urbana insuficiente para ofrecer al contingente de inmigrantes acceso al suelo y servicios básicos, dio lugar al surgimiento de la, llamada por aquella época, "problemática urbana", expresada en fenómenos como la hiperurbanización, la macrocefalia, los "cinturones de miseria" y las invasiones de predios urbanos.

Dichas problemáticas urbanas específicas de la región, han sido tema de interés de las ciencias sociales y los Estudios latinoamericanos. Desde diferentes perspectivas, los estudiosos de la "cuestión urbana", han abordado la peculiar forma en que se configuraron las ciudades latinoamericanas y el papel que han jugado los diversos actores, particularmente los pobladores populares, quienes con sus organizaciones y sus luchas se han ganado un lugar en el actual escenario político contemporáneo (ROMERO, 1976; VILLASANTE, 1994; GILBERT, 1997).

Desde la segunda mitad del siglo XX, la presencia histórica de los pobladores populares ha sido evidente. Desde sus resistencias cotidianas, sus procesos asociativos y sus protestas no sólo fueron invadiendo las periferias de las ciudades latinoamericanas ampliando una y otra vez su perímetro urbano, sino también los terrenos de los estudios sociales, expandiendo sus fronteras teóricas. Pero además del interés que suscita para los investigadores, dichas problemáticas se constituyeron en reto para los pobladores ciudadanos quienes los padecían y en cuya resolución se juegan su propia existencia social, así como para los gobiernos nacionales y municipales, responsables de encararlas. Ya en 1961, el entonces presidente colombiano Alberto Lleras Camargo expresaba esta preocupación en estos términos:

Como el fenómeno de la urbanización ha continuado acentuándose, la angustiada situación de estos nuevos contingentes humanos ha degenerado fácilmente en numerosos intentos de invasión a los predios ajenos, como ha ocurrido en Barranquilla, Cali, Cartagena y aun en la capital de la República.

A medio siglo de su aparición, tales problemas no sólo no se han resuelto, sino que además se han multiplicado, como también las modalidades de acción colectiva de los pobladores para afrontarlos. A pesar de las adversas circunstancias y la precariedad que su condición social les impone, los pobres urbanos con sus luchas - silenciosas o manifiestas- y sus organizaciones, han conquistado un lugar en las ciudades de la región, o mejor: han creado una ciudad y una ciudadanía propias. En efecto, los pobladores, más que incorporarse a las ciudades, han sido los productores de buena parte de su urbanización, de su economía, de su cultura y vida política; más aún, serían los exponentes de "otra modernidad", si no alternativa, por lo menos si diferente a la promovida por las elites desde los Estados (FRANCO, 1990, GARCIA CANCLINI, 1989 y 1995).

En este capítulo se hace un balance panorámico de la formación histórica de nuestro campo de interés, así como de las posiciones teóricas desde las cuales se les ha buscado explicar y de las opciones políticas desde las cuales se les ha intentado encausar. La exposición de la trayectoria histórica de la experiencia de los pobladores, sus organizaciones y luchas en América Latina desde la década de los cuarenta, se organiza en torno a una periodización basada en el predominio de una determinada modalidad de acción colectiva de los pobladores populares urbanos, entendida como una singular articulación entre unas demandas, unas modalidades de relación con el sistema político, y unas formas de organización y movilización.

En cada etapa se analiza el modo como se fueron articulando diversos factores estructurales y coyunturales en la generación de conflictos y demandas en torno a la organización colectiva del modo de vida urbano, en la conformación social y cultural de los pobladores en torno a su experiencia compartida para afrontarlas mediante diversas estrategias de organización, acción y relación con otros actores urbanos. Dada la unidad entre procesos urbanos, políticas e investigación, en cada etapa se analizan las corrientes interpretativas y políticas de conocimiento predominantes que "marcaron" la lectura y la relación de estudiosos, activistas y autoridades con las organizaciones y los movimientos de los pobladores.

Antes de desarrollar el contenido de cada etapa, considero pertinente hacer dos aclaraciones. En primer lugar, como toda periodización, la nuestra es un recorte convencional de una fluida y compleja dinámica social, en la cual las fronteras entre un periodo y otro no son absolutas y no se desconocen las particularidades de cada país y ciudad. La irrupción de una nueva modalidad no significa la sustitución de la precedente ni la presencia de nuevas articulaciones.

En segundo lugar, considero pertinente señalar que aunque se presenta información sobre ciudades de países latinoamericanos como Perú, Brasil, Venezuela, Chile y Ecuador, el referente principal de la descripción y análisis proviene de Colombia y México, países sobre los cuales he tenido mayor acceso a fuentes bibliográficas. Hechas estas aclaraciones, se describen a continuación los periodos propuestos en torno a los cuales se organiza la exposición.

1. Emergencia y predominio del asociacionismo comunitario subordinado.

1.1. El contexto

Grosso modo, el acelerado crecimiento demográfico urbano vivido a mediados del siglo XX coincide y está asociado a la fase expansiva de la industrialización sustitutiva de importaciones. En efecto, entre las décadas del 40 y del 60 el proceso de industrialización de América Latina se acelera notablemente, bajo el contexto del modelo de desarrollo económico adoptado por la mayoría de los países de la región y en el que se lograron altos niveles de crecimiento en la producción industrial; así, en Argentina, la producción industrial aumenta en un 50% entre 1945 y 1955; en México se duplica en el lapso que va de 1946 a 1956; en Brasil crece en un 123% entre 1947 y 1956; por su parte, en Colombia la producción industrial entre 1950 y 1969 creció a un ritmo del 7.2% anual (CUEVA, 1994; KALAMANOVITZ, 1989).

Este crecimiento económico localizado en las grandes ciudades, sumado a la disminución de los índices de mortalidad y a la oleada migratoria de las zonas rurales, llevó a que América Latina dejara de ser una región rural para convertirse en urbana. Hasta 1940 la población de la mayoría de países de la región vivía en el campo; en las décadas siguientes la tendencia se invirtió hasta tal punto que en 1996, de cada 4 habitantes de la región, 3 era ciudadano. Las ciudades capitales, al concentrar el crecimiento industrial (y con ellos el comercio y los servicios) también fueron las que más absorbieron la oleada de inmigrantes; por ello, entre 1940 y 1960 las metrópolis latinoamericanas alcanzaron sus mayores tasas de crecimiento de su historia; en la década de los cuarenta Caracas creció en un 7.6% anual y Sao Paulo en un 7.2%; en la siguiente década, México y Lima aumentaron su población a un 5% anual y Bogotá en un 7.2% (GILBERT, 1997).

1.2. Los nuevos habitantes ciudadanos y sus demandas

La mayor parte de los nuevos ciudadanos eran campesinos que huían de la pobreza y las malas condiciones de la vida rural, cuando no de la violencia política y económica. Así por ejemplo, Lima en 1956 poseía 1.200.000 habitantes, de los cuales 460.000 eran inmigrantes (TOVAR, 1995:119); en Colombia, Bogotá también fue la ciudad que más inmigrantes recibió; de sus 660.000 habitantes en 1951, el 56% de ellos había nacido fuera de ella y para 1964, su cantidad total llegó a 850.433 (TORRES, 1994: 45). Por otro lado, durante la década del cuarenta, 612.000 personas migraron hacia la Ciudad de México y aunque se dio una desaceleración de la tasa de urbanización, en los años cincuenta la migración hacia la urbe fue de 800.000 personas y durante los sesenta unas 2.800.000

personas llegaron a la capital mexicana; para 1970 la Ciudad de México poseía ya 8.875.800 habitantes (WARD, 1991).

Se iniciaba un proceso simultáneo de “colonización urbana” en las grandes ciudades latinoamericanas, protagonizado por millones de inmigrantes que buscaban el progreso personal y familiar que las urbes brindaban a otros sectores. En su mayoría eran jóvenes que llegaban con sus cónyuges e hijos, y que recibían algún apoyo inicial de paisanos ya radicados en la urbe (GILBERT, 1997). Pese a la expansión industrial, ésta nunca alcanzó las tasas de crecimiento demográfico y la mayoría de los inmigrantes no pudo vincularse como obreros; tuvieron que hacerlo en la construcción, en los servicios o en pequeñas empresas manufactureras; los que no accedieron al empleo tuvieron que ingeniar diversas estrategias para obtener ingresos en lo que hoy llamamos economía informal.

De este modo, en un contexto de precariedad e inestabilidad laboral, la búsqueda de un terreno donde construir una vivienda y un hábitat dignos se convirtió en proyecto y experiencia comunes de los nuevos inmigrantes en los primeros años de su vida citadina; así, su experiencia de lucha compartida por conseguir suelo urbano donde ir construyendo progresivamente sus casas y la infraestructura de servicios básicos del barrio, fue configurando unos lazos de sociabilidad y un sentido de pertenencia común como pobladores populares. En la mayoría de los casos el escenario donde aconteció esa búsqueda y en donde se materializaron sus logros fueron los asentamientos populares, llámense barriadas, colonias, poblaciones, pueblos nuevos o favelas.

Las modalidades más comunes de acceder al suelo urbano fueron las invasiones de hecho de terrenos baldíos y el fraccionamiento ilegal de lotes. Las invasiones de hecho fueron comunes en ciudades como Lima, La Paz, Santiago y Sao Paulo, donde existían terrenos periféricos inhóspitos de escaso valor comercial; muchas veces estas fueron promovidas o toleradas por las autoridades, al verlas como válvula de escape al déficit de vivienda y como mecanismo de control político clientelar de sus pobladores. En otras ocasiones, las invasiones “de facto” fueron impulsadas por organizaciones políticas de izquierda como el Partido Comunista en Argentina y Colombia (CALDERON, 1994; TORRES, 1994).

En los casos donde los terrenos aledaños tenían algún valor comercial, la represión oficial era eficaz o a los partidos tradicionales les convenía, el acceso de los pobres al suelo urbano se dio mediante los fraccionamientos ilegales. En ciudades como Bogotá y México, la urbanización “pirata” además de servir como válvula de escape a la presión por vivienda, también ha sido un buen negocio para sus

promotores, generalmente articulados a los partidos políticos dominantes; en Bogotá, con la venta de los lotes subequipados en barrios sin ninguna planificación, los urbanizadores piratas obtenían ganancias hasta del 500% (TORRES, 1994: 31); al comenzar los setenta, en las ciudades mencionadas más de la mitad de su población vivía en este tipo de asentamientos “irregulares”.

Una vez obtenido el terreno y a la par que iban autoconstruyendo paulatinamente sus viviendas, la preocupación común de sus habitantes se centró en la consecución de agua, energía eléctrica, alcantarillado y transporte, así como en la construcción de espacios de encuentro y afirmación cultural. En una investigación realizada por el autor sobre las necesidades que convocaron acciones colectivas entre los habitantes de los nuevos barrios populares bogotanos entre 1950 y 1960, se encontró que tan importante como la construcción de la infraestructura de servicios urbanos básicos fue la construcción de templos y casas parroquiales para alojar al cura del barrio a través de la realización de bazares y reinados populares.

1.3. Las modalidades de organización y de acción

En muchos casos, la resolución de sus necesidades sólo pasó por el esfuerzo familiar o la convergencia de acciones puntuales de los vecinos del asentamiento (traer el agua de la pila o de la quebrada, “bajar la luz” de un poste cercano, construir el alcantarillado), sin necesidad de conformar un espacio organizativo permanente. Cuando el carácter o la magnitud de los problemas sobrepasaba la capacidad de los mecanismos tradicionales de solidaridad familiar y vecinal, los pobladores generaron formas asociativas más estables como las Juntas de Mejoras, las Juntas o Asociaciones de Vecinos y los Comités de Barrio, las cuales centralizaron el trabajo comunitario y la relación con las instituciones externas para obtener recursos.

El carácter de estas primeras organizaciones de base estuvo definido tanto por el peso de las previas tradiciones comunitarias rurales como por las relaciones corporativas o de clientela, propias de los sistemas políticos en los que se inscribían (CORNELIUS, 1975; BORRERO, 1989) y a las que estaban familiarizados en su previa vida rural. Por ejemplo en México, la creación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP) en 1943 centralizó corporativamente las demandas de los pobladores urbanos; en Colombia, a partir de 1958 la principal forma asociativa urbana fueron las Juntas de Acción Comunal, creadas por el gobierno en el contexto del Frente Nacional y la Alianza para el Progreso, para canalizar institucionalmente las iniciativas de los pobladores; en otras ciudades

como Lima y Caracas también se promovieron asociaciones de vecinos subordinadas al Estado y partidos en el poder.

El clientelismo - entendido como intercambio de recursos entre las organizaciones de base y el sistema político en un contexto de escasez de recursos, fue viable cuando los recursos fiscales del estado lo permitían; estos se irrigaban a través de las redes clientelistas para satisfacer algunas demandas de los pobladores populares y reproducir las relaciones de dominación de los partidos gobernantes. En países como México, Venezuela y Ecuador, las rentas provenientes del petróleo favorecieron la existencia de un Estado paternalista con capacidad para invertir en infraestructura y servicios básicos en los asentamientos populares a cambio de la lealtad de los pobladores a los partidos dominantes.

Por otro lado, tal relación instrumental entre Estado y pobladores populares urbanos, permitió a estos la consecución de una serie de bienes y recursos públicos sin necesidad del desgaste de una confrontación con el Estado en la que no estaban interesados ni estaban preparados; esta estrategia favoreció el desarrollo de un pragmatismo por parte de los dirigentes comunitarios quienes se hicieron expertos en la consecución de recursos de múltiple proveniencia, reforzando su poder en el barrio y desestimulando otras formas de organización y de acción colectivas.

1.4 Centralidad de la teoría de la marginalidad

Los fenómenos de la migración, la sobreurbanización, la expansión acelerada de los asentamientos populares, la pervivencia en ellos de un tejido social comunitario y de la emergencia de asociaciones que combinaban autogestión con clientelismo, fueron los objetos de interés de la naciente investigación urbana latinoamericana entre fines de la década del cincuenta y comienzos de la del setenta. En este lapso, países como México, Brasil, Venezuela, Perú y Colombia establecieron acuerdos con universidades norteamericanas y europeas, las cuales enviaron especialistas que incidieron en la definición de temas a investigar y enfoques interpretativos a emplear.

En la década de los sesenta se crearon los primeros departamentos universitarios y centros de investigación especializados en estudios y planificación urbanos; así nacen el CEUR en Buenos Aires, el CIDU y el DESAL en Santiago, el IEP y DESCO en Lima, el CENDES, el Centro de Estudios Demográficos del COLMEX en México, el CINVA en Bogotá y el CEBRAP en Río de Janeiro. Así mismo, la CLACSO y la SIAP se convirtieron en redes que estimulaban la investigación y la discusión regional sobre problemas urbanos.

Influidos por las teorías urbanas provenientes de los países centrales, la preocupación común de los investigadores fue la de identificar la naturaleza de las nuevas realidades urbanas, sus vínculos con el proceso de desarrollo económico y el carácter de la nueva población popular de las ciudades. Los primeros estudios estuvieron influidos por el funcionalismo, en particular por el concepto de "marginalidad" gestado en la Escuela de Chicago, el cual fue posteriormente redefinido por los nacientes análisis marxistas sobre la urbanización latinoamericana de la época.

En un contexto de optimismo desarrollista, la influencia del funcionalismo coincide con el "descubrimiento" de la problemática urbana, en particular las grandes magnitudes del crecimiento de algunas ciudades de la región y la proliferación de barrios populares y tugurios, habitados en su mayoría por campesinos inmigrantes. A partir de una lectura dualista de la sociedad (rural – urbano, tradicional – moderno), los nuevos asentamientos eran considerados una patología y a sus habitantes como sujetos rezagados o "marginados" de la modernidad capitalista, en la economía, la cultura y la política modernas.

Tal condición de marginalidad, paso de ser una categoría geográfica y económica a un concepto sociológico y psicológico para explicar la pobreza y las prácticas sociales y políticas de los habitantes de las barriadas. Las hipótesis de la anomia social y de la "cultura de la pobreza" (LEWIS, 1961 y 1963) alcanzaron prontamente notoriedad. Para los sociólogos funcionalistas de la marginalidad, la condición de desarraigo de los nuevos pobladores pobres dificultaba su integración social y los hacía propensos a conductas desviadas, convirtiéndolos en un peligro potencial para el orden social de la ciudad moderna. Por tal razón, los pobres urbanos debían ser "integrados" al orden a través de programas de participación comunitaria, como en efecto lo procuraron las políticas gubernamentales impulsadas durante la época (GIUSTI, 1968).

A fines de la década de los sesenta, tanto la hiperurbanización como la marginalidad dieron lugar a un amplio debate que involucró pensadores provenientes del marxismo como Nun (1969), Quijano (1961, 1968 y 1971), Cardoso (1971) y Castells (1971). El concepto de marginalidad va a ser abordado desde la naciente teoría de la Dependencia para explicar el proceso de urbanización en la región, pero ahora despojado de su connotación funcionalista.

En efecto, dichos autores identificaron la urbanización como una dimensión del conjunto social que sólo podía explicarse en el contexto del carácter dependiente y de las particularidades que ha asumido

históricamente el desarrollo capitalista en la región. De este modo, la marginalización de crecientes sectores de la población urbana es explicada por Quijano (1968) por “la combinación de las características de la industrialización dependiente, además de su débil desarrollo, con las altas tasas de crecimiento demográfico y con el retraso secular de la economía rural...”.

Dentro del marco del enfoque de marginalidad, investigadores sociales en diversos países latinoamericanos realizaron estudios específicos sobre la adaptación del inmigrante a la ciudad, sus estrategias de sobrevivencia, sus formas de sociabilidad y su relación con la política. Es el caso de la antropóloga Larissa Lomnitz (1975), dentro de un marco interpretativo funcionalista, demostró cómo los marginados en Ciudad de México logran sobrevivir en una condición de pobreza, gracias a las redes familiares y vecinales que les permiten un intercambio de bienes y servicios. En otro estudio sobre la misma ciudad, Jorge Montaña (1976) evidenció las relaciones de clientela que se establecieron entre líderes de las colonias y el partido gobernante.

Durante la década siguiente, los presupuestos funcionalistas de la teoría de la marginalidad fueron cuestionados; sin embargo, el concepto siguió siendo objeto de debate teórico en América Latina hasta los ochenta (ZICCARDI, 1989; TIRONI, 1989) y pese a las críticas que recibió en medios académicos, se convirtió en la expresión más común en el discurso de políticos y planificadores para referirse a los sectores populares de las ciudades latinoamericanas.

2. Emergencia del asociacionismo y la movilización contestataria

2.1. Cambios de contexto y nuevos actores en escena

Al comenzar la década de los setenta, aunque no se vislumbraba la crisis que sumiría a las economías de la región, sí se evidenciaba la incapacidad de los gobiernos para satisfacer las demandas de la creciente población popular de las ciudades, en un contexto inflacionario, de movilización popular y de reactivación de las izquierdas. Para 1970, el Área Metropolitana de la Ciudad de México tenía 8.875.787 habitantes (CONAPO, 1994: 41); Bogotá, el mismo año tenía una población de 2.877.000 habitantes y al igual que en otras ciudades como Lima y Caracas no sólo habían nacido nuevos barrios, sino que los surgidos en las décadas anteriores se habían consolidado, aumentando su densidad poblacional y el abanico de sus demandas.

El clientelismo y el corporativismo urbano que habían mantenido su total hegemonía sobre las organizaciones populares, fue perdiendo terreno y tuvo que compartir su influencia sobre lo

pobladores con otras propuestas asociativas y de acción colectiva. En un ambiente de radicalización del movimiento estudiantil y sindical, de emergencia de nuevas fuerzas de izquierda y de presencia de sectores progresistas de la iglesia católica, las barriadas fueron “invadidas” por activistas sociales y políticos identificados con opciones revolucionarias. Desde esta perspectiva, impulsaron la creación de organizaciones independientes del “establecimiento” que privilegiaron la movilización de sus bases, a través de la acción directa y la protesta frente a las autoridades.

2.2. Algunos casos significativos

En Ciudad de México, las nuevas generaciones de la izquierda surgidas tras los sucesos del 68, así como universitarios y sectores cristianos radicalizados, influyeron en la creación de nuevas organizaciones ajenas al corporativismo subordinado al PRI. Este encuentro entre pobladores y estos nuevos actores políticos, dio origen, entre otros, al Movimiento Restaurador de Colonos (1969), a la Unión de inquilinos de la Colonia Martín Carrera y al Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur (1974), al Bloque Urbano de Colonias (1975).

Entre 1978 y 1983 en un contexto recesivo e inflacionario sin precedentes, el gobierno vio perder su capacidad de consenso y de liderazgo, mientras que se activaron nuevas formas de lucha; en el Valle de México, surgieron nuevas organizaciones y colonias independientes, así como frentes populares a nivel delegacional. El hecho más importante de este período fue la articulación y unión entre movimientos: entre 1980 y 1981 se creó la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular, (CONAMUP), la cual tuvo un activo papel durante la primera mitad de la década de los ochenta en las luchas reivindicativas contra el gobierno en coordinación con los movimientos sindicales independientes (RAMIREZ SAIZ ,1986 y 1994).

En Bogotá, en medio de una coyuntura inflacionaria (entre 1970 y 1974 el costo de vida aumentó en 120%), de emergencia de nuevos grupos de izquierda, de ascenso de otras luchas sociales y radicalización de sectores de la iglesia católica, nuevas generaciones de pobladores populares plantearon sus demandas sociales (principalmente vías, transporte y escuelas) por métodos diferentes a los de los viejos dirigentes comunales. En contraste con las décadas anteriores, se generalizaron formas manifiestas de protesta (marchas, mitines, plantones y paros cívicos) en demanda de estos servicios públicos; en los primeros 4 años de la década del setenta se presentaron más movilizaciones

que en los 16 años anteriores. La lucha contra la Avenida de los Cerros (1971-1974), los paros zonales y el Paro Cívico de 1977, ejemplarizan esta nueva experiencia de protesta social desde los barrios.

En Quito, la emergencia de organizaciones y luchas contestatarias se incrementó a partir del proceso de democratización iniciado en 1979 y en medio de una crisis económica del país por esos años. Esta estrategia de lucha de las organizaciones barriales implementan frente al estado, le permitió lograr algunas de sus demandas; tal éxito las legitimó como socialmente válidas ante la población, al igual que las formas de lucha empleadas (CIUDAD, 1990). Fue también por esta época cuando en la capital ecuatoriana se dieron los primeros intentos de unificación de las organizaciones urbanas impulsadas por la izquierda. Nacieron: la Federación de Barrios del Suroccidente y la Coordinadora de Organizaciones del Sur (1981), la Unión de Organizaciones Barriales de Quito y el Comité de Lucha de los Pobres (1982), la Federación de Barrios de Noroccidente (1983) y la Federación de Barrios Marginales de Pichincha (1984).

Otros casos como el de Santiago de Chile y Lima son más conocidos. La capital chilena, en vísperas de las elecciones de 1970 fue escenario de más de un centenar de invasiones de terrenos encabezadas por los partidos de izquierda que apoyaban la candidatura de Salvador Allende; aun en el contexto de la dictadura, fueron los pobladores uno de los pocos actores que continuaron protestando. En Perú, el gobierno militar de Velasco Alvarado buscó ganarse y movilizar la población de las barriadas populares, promoviendo la organización vecinal; en 1971 creó el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social encargado de la relación con los barrios ("pueblos jóvenes") y sus organizaciones; sin embargo, a lo largo de la década las organizaciones presionan por mayor autonomía, la cual van a consolidar a fines de los setenta cuando participan activamente en los paros Nacionales de 1977, 1978 y 1979 que obligaron a los militares a dejar el poder a gobiernos civiles.

Así, durante la década de los setenta y comienzos de los ochenta cobraron centralidad los intentos por generar organizaciones clasistas independientes de los partidos políticos hegemónicos y del Estado; el nuevo asociacionismo privilegió las acciones de hecho como las invasiones de terrenos y la presión a las autoridades a través de diferentes formas de protesta para obtener sus demandas. Ello no significó que las prácticas clientelistas y corporativistas hubiesen desaparecido; por el contrario, aunque fueron perdiendo influencia, continuaron dominando las relaciones entre pobladores y Estado en la mayoría de los asentamientos de las ciudades analizadas.

Pese a su beligerancia y al impacto político de sus acciones, esta modalidad de organización popular independiente de los partidos tradicionales, no alcanzó gran cobertura con respecto al total de los asentamientos. En algunos casos, la inexperiencia y dogmatismo de los movimientos de izquierda que apoyaron los procesos, así como la represión oficial, provocaron divisiones y el debilitamiento de estas organizaciones y de las frágiles coordinaciones que se habían establecido a nivel municipal y nacional.

La brecha ideológica entre pobladores de base y las diferentes corrientes de izquierda, así como sus disputas internas fueron evidentes en los Comités Prodefensa de los barrios orientales de Bogotá que resistieron a la construcción de la Avenida de los Cerros (TORRES, 1994). También se dieron al interior de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular en Ciudad de México dentro de (BOUCHIER, 1988) y del movimiento de pobladores en Santiago, durante el gobierno de Salvador Allende (CASTELLS, 1986). Por otro lado, los gobiernos obviamente no reconocieron la legitimidad de las organizaciones que escapaban de su control, las acusaron de subversivas y en la mayoría de los casos las reprimieron o buscaron cooptar o desacreditar.

2.3. La lectura marxista de la ciudad y las luchas urbanas

La beligerancia de las organizaciones y luchas urbanas de la década del setenta tuvo su correlato interpretativo en las teorías y modelos analíticos provenientes del marxismo. Ya habíamos señalado cómo desde comienzos de la década del setenta la teoría de la marginalidad fue cuestionada por parte de algunos teóricos marxistas. Estos demostraron desde sus elaboraciones conceptuales y sus investigaciones que el proceso de urbanización en América Latina y sus consecuencias perversas son el resultado del capitalismo dependiente, acuñando el concepto de "urbanización dependiente" (CASTELLS, 1971).

Esta nueva visión estructural de la urbanización abrió el camino al abordaje, desde el pensamiento marxista, de otros fenómenos sociales asociados a aquella, como es el caso del carácter de clase de los pobladores, el papel del Estado y el potencial revolucionario de las luchas urbanas. Así por ejemplo, la noción de "expoliación urbana" introducida por Kowarick (1979) para analizar las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en las ciudades dependientes, se convirtió en referencia para los estudios sobre las clases populares en otras ciudades de la región.

En este contexto de expansión del materialismo histórico como paradigma interpretativo predominante en la década del setenta, tuvieron una fuerte acogida los desarrollos de la sociología urbana francesa. Obras de autores como Lefebvre (1970 y 1977), Lojkine (1982), Topalov (1976) y Castells (1970, 1974, 1980) tuvieron amplia difusión entre los estudiosos de las ciudades y las luchas urbanas latinoamericanas. Esta perspectiva hacía énfasis en las contradicciones de la urbanización capitalista, en los conflictos urbanos generados por dichas contradicciones, en el papel del Estado y otros actores urbanos en el cambio urbano, en particular, de los Movimientos Sociales Urbanos (en adelante, MSU).

Indudablemente, el autor que más influyó sobre los estudiosos latinoamericanos de las luchas de los pobladores entre los setenta y los ochenta, fue el sociólogo catalán Manuel Castells, formado en Francia bajo la influencia de Lefebvre, Althusser y Alain Touraine de quien acogerá el concepto de Movimiento Social. Desde sus primeros estudios, planteó la necesidad de introducir el análisis del conflicto de clases en el ámbito urbano para definir el carácter de las ciudades capitalistas, de sus contradicciones y de los movimientos sociales que se generan en ella.

Para Castells, la ciudad capitalista expresa la estructura y las contradicciones de la formación social en la que se localiza y los conflictos urbanos son vistos como una modalidad de la lucha de clases generada por las contradicciones en la estructura urbana. La organización de la producción y el consumo en las ciudades, genera conflictos entre los diferentes agentes urbanos; tales conflictos expresan las contradicciones del sistema social en su conjunto.

Las luchas sociales que se estaban dando en algunas ciudades europeas y de América Latina, son explicadas por Castells desde este marco estructural. Los conflictos en torno a la organización de la vida social en las ciudades como la obtención de vivienda y el acceso a los servicios públicos (acueducto, energía eléctrica, escuelas, hospitales, parques, etc.), expresan contradicciones sociales en las sociedades capitalistas.

En efecto, la constitución de un capitalismo monopolista de Estado requiere concentrar grandes masas de población en grandes unidades colectivas para garantizar su reproducción como fuerza de trabajo. Este modelo de acumulación capitalista, al centrar la atención en mejorar el funcionamiento del aparato productivo, se desentiende de invertir en la esfera de la reproducción. Los trabajadores al organizar su vida cotidiana evidencian la imposibilidad de satisfacer sus necesidades. De este modo, el consumo

individual y colectivo se convierten en objeto de reivindicación y sector deficitario de la economía capitalista (CASTELLS, 1974).

Estos conflictos en torno a la organización colectiva de la vida urbana "determinan la presencia masiva y necesaria del Estado en el tratamiento y en la gestión de los problemas urbanos, en tanto que inversor en el plano económico y en tanto administrador en los planos técnico y político" (CASTELLS, 1974: 6). De este modo, el Estado pasa a convertirse en el regulador de las contradicciones urbanas en función de los intereses del capital y en el blanco de las demandas de las luchas urbanas.

Cuando dichas luchas poseen una base social definida, una organización, una continuidad y una fuerza para transformar estructuras, pueden convertirse en Movimiento Social Urbano (en adelante, MSU). Estos son entendidos como "un sistema de prácticas que resultan de una coyuntura del sistema de agentes urbanos y que tienden objetivamente a la transformación estructural del sistema urbano o hacia una modificación sustancial de la relación de las fuerzas en la lucha de clases, es decir, en última instancia, del poder del Estado" (CASTELLS, 1980, 312).

Esta perspectiva para estudiar las luchas urbanas fue acogida con entusiasmo por los investigadores urbanos latinoamericanos, en el contexto de una creciente influencia de la izquierda en el mundo académico de la época. Muchos de aquellos, incluso, se involucraron activamente en los movimientos que estudiaban ya sea desde los centros de estudio e investigación, o desde ONGs y partidos políticos (RAMIREZ SAIZ, 1992). El mismo Castells estudió las invasiones y algunas organizaciones populares en Santiago y Lima y reflexionó sobre la contribución de los MSU en la construcción del socialismo (CASTELLS, 1974 y 1977).

En Colombia la sociología urbana marxista también sirvió como marco interpretativo del estudio pionero de los conflictos urbanos: "La lucha de clases por el derecho a la ciudad" (Grupo de estudios José Raimundo Russi, 1975), el cual analiza la lucha librada por los habitantes de decenas de barrios capitalinos contra la construcción de la Avenida de los Cerros entre 1971 y 1974. Siguiendo a Castells, los autores señalan cómo los barrios y la ciudad son expresión espacial de la estructura social y sus luchas urbanas, de la lucha de clases. Otros estudios sobre urbanos hechos en esa década sobre la renta del suelo, el problema de la vivienda, la urbanización y las políticas urbanas, se hicieron bajo la influencia de la sociología urbana marxista (PRADILLA, 1974; VARGAS, 1976).

En México, también es evidente la influencia del paradigma estructuralista marxista para el estudio de los movimientos urbanos populares de las décadas de los setenta y los ochenta. En efecto, la irrupción del nuevo asociacionismo y de la movilización popular en Ciudad de México y otros centros urbanos, concentró la atención de la sociología urbana. Proliferaron estudios como los de Moctezuma y Navarro (1984 y 1989), Alonso (1980 y 1986), Núñez (1982) y Ramírez (1984, 1986 y 1987), que analizan diversas expresiones del MUP en México, enfatizando su carácter de clase, su ideología, algunos de sus rasgos organizativos y su impacto político frente al sistema político mexicano.

De este modo, procesos de lucha social, lecturas “comprometidas” y activismo de militantes e investigadores se conjugaron en este período, configurando una lectura altamente ideológica. Tal posición, impidió reconocer las limitaciones teóricas del paradigma estructuralista, el cual fue asumido dogmática y deductivamente; con el modelo de MSU, de antemano se sabía que se habría de encontrar, independientemente de la especificidad empírica estudiada. Incluso, cuando Castells modificó su posición inicial en 1986, fue tachado de revisionista e inconsecuente con los movimientos urbanos.

A comienzos de la década de los ochenta circuló un artículo de un grupo de investigadores alemanes (EVERS, MULLER y SPESSART, 1983), basado en una investigación realizada a fines de la década anterior en Brasil, Chile, Colombia y Perú; si bien se ubica dentro del paradigma marxista, los autores asumen una posición crítica frente a las posiciones ortodoxas, e introducen la categoría de “movimientos barriales” para denotar el arraigo y alcance territorial de las luchas urbanas estudiadas.

3. Diversificación del asociacionismo popular urbano.

3.1. Los nuevos contextos

Las condiciones y dinámicas sociales descritas fueron cambiando a lo largo de la década de los ochenta, conforme las particularidades de cada país, pero teniendo como trasfondo común, los procesos de transición democrática, la agudización de la crisis económica, el impacto inicial sobre la población urbana de los ajustes neoliberales y el cambio de los referentes interpretativos de investigación social.

En cuanto a nuestro campo temático, los rasgos más característicos de este período fueron la diferenciación y la pluralización del asociacionismo popular, la innovación en las formas de acción colectiva y en la tendencia a entrar a participar en los procesos de cambio político y democratización urbana que impulsan los gobiernos de la Región, en el contexto de la llamada "transición democrática". En el plano analítico, se incorporan nuevas temáticas y enfoques teóricos para abordarlas.

Agustín Cueva (1994) trae a memoria cómo, a fines de los setenta, la mayoría de los países de Latinoamérica padecía regímenes militares. Nefastos personajes como Augusto Pinochet, y Anastasio Somoza representaban las dictaduras que gobernaban las 3/4 partes de la población latinoamericana. En contraste, durante la década del ochenta y los primeros años de la siguiente, estos países vivieron procesos de transición democrática; primero Uruguay, luego Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia y los países centroamericanos, finalmente Paraguay y Chile, fueron retornando a regímenes de gobierno electo; países como Colombia, Venezuela y México, caracterizadas por sus restringidos regímenes democráticos también iniciaron procesos de apertura política.

Sin embargo, con la excepción de Nicaragua y su experiencia revolucionaria, el reemplazo de las dictaduras y las "transiciones democráticas" no fueron resultado de un triunfo popular, sino de concesiones -bajo la tutela de Estados Unidos- pactadas entre quienes detectaban el poder y querían seguir participando de él. Esto marcaría definitivamente los alcances de los actuales procesos de democratización en América Latina. Mientras la Casa Blanca y el Pentágono hostigaron hasta hacer caer la democracia popular sandinista e invadieron Grenada y Panamá, apoyaron con beneplácito las limitadas democratizaciones de otros países en la medida en que no se alejaran de sus pautas políticas.

Paradójicamente, esta democratización política coincidió con una crítica situación de la economía de la mayoría de los países de la región y con el inicio de la aplicación de políticas neoliberales en algunos de estos. En efecto, la profunda crisis que afectó la economía latinoamericana se manifestó en la disminución del PIB, en la galopante inflación (llegó a 1000 % en 1989) y disminución del salario real, y en el crecimiento de la deuda externa (US \$ 440.000 millones en 1989); en la pérdida de participación del continente en el comercio mundial (sólo del 3.8% en 1987) y en la inversión extranjera (5.7% en 1987). En esta "década perdida" también se hizo evidente la acentuación de la desigualdad social, de la pobreza (60% de la población en 1990) y del desempleo, así como de la informalización de su economía (para 1990 casi el 50% de la Población Económicamente Activa de la región).

Ante dicha crisis se hizo imperativa la búsqueda de salidas tendientes a recuperar el proceso de acumulación. Bajo la presión de la banca internacional y de los EU, la mayoría de los países iniciaron "políticas de ajuste económico" para abrir sus economías al capital internacional. Las nuevas medidas de reestructuración se orientaron hacia la liberalización de mercados, el control monetario, la reducción del Estado, la restricción salarial y la privatización; esta última se convirtió en un componente clave de la reestructuración, pues cumplía un triple propósito (CORREDOR, 1995): obtener recursos para atender compromisos internacionales; atraer capital extranjero y avanzar en la liberalización de mercados.

Pasada la euforia de los éxitos de las medidas neoliberales frente al control de la inflación, sus consecuencias adversas no se hicieron esperar. Aumentaron el desequilibrio en la balanza comercial, el mercado financiero se convirtió en un lucrativo lugar de especulación para los acreedores internacionales, la deuda externa de América Latina en 1994 creció a 534.000 millones de dólares y "el saldo negativo de la balanza de pagos de América Latina y El Caribe pasó de 19.000 millones de dólares en 1991 a 50.000 millones de dólares en 1994" (SOTELO, 1995).

A nivel social, los efectos adversos de los "sacrificios" impuestos por el modelo, tampoco se hicieron esperar; los más afectados han sido los ya empobrecidos, así como los trabajadores asalariados y sectores medios de la población quienes han visto deteriorar aceleradamente sus condiciones de vida. El recorte de derechos laborales, exigidos por la "flexibilización" acrecentó el desempleo, la caída de salarios reales y el crecimiento de la informalidad. Por otro lado, la polarización social alimentada por el neoliberalismo ha deteriorado los lazos de integración social, que se expresa en la generalización de la delincuencia y la criminalidad.

3.2. Cambios urbanos y nuevos asociacionismos

Como se ha señalado, uno de los rasgos de la urbanización latinoamericana es el desfase entre las demandas de consumo colectivo y calidad de vida en general, frente a las débiles posibilidades del Estado por satisfacerlas. Como consecuencia de la crisis de los ochenta, los Estados disminuyeron el presupuesto destinado a satisfacer las necesidades de consumo colectivo atendiendo a las negociaciones con el FMI. Por otra parte, la desindustrialización, el despido masivo de trabajadores, el desempleo y la disminución de beneficios sociales, generaron un panorama desolador en el mundo urbano popular, expresado en el caos habitacional, el deterioro ambiental y en la precaria condición de vida de los pobladores, así como en su fragmentación como actor social.

La expansión de la pobreza y el desempleo, presionó a la población de los barrios formados en décadas anteriores y de los que fueron surgiendo a lo largo de los ochenta, a multiplicar sus estrategias de sobrevivencia, de consecución de ingresos en el sector informal y a generar formas autogestionarias para resistir a la crisis. Los efectos de las medidas neoliberales sobre los empobrecidos habitantes de las barriadas populares, incrementó la criminalidad y descomposición social. En las nuevas barriadas, se reprodujo la precariedad de los cinturones de miseria de las décadas anteriores, con el agravante de que el contexto de crisis alejó las esperanzas de alguna incorporarse al mundo laboral, de conseguir infraestructura de servicios sociales de servicios o de mejorar en su calidad de vida. “El hambre, la falta de trabajo y la carencia general se convierten en un nuevo motor de las relaciones sociales y de las pautas de valores entre los pobladores populares” (TOVAR y ZAPATA, 1995: 132).

En ciudades como Bogotá, la carencia generalizada, por un lado, reactivó el clientelismo (GUTIERREZ, 1998) y por el otro, di pie a que emergieran nuevas formas asociativas. En otras ciudades como Lima, Santiago y La Paz se generaron organizaciones autogestionarias en torno a sus necesidades colectivas o frente a situaciones de emergencia. Los destechados se aglutinaron en torno a Asociaciones independientes de vivendistas. Las familias constituyen Comedores Comunitarios, asociaciones productivas en los barrios y Guarderías comunitarias. Un ejemplo claro es el Programa del Vaso de Leche, iniciativa comunitaria institucionalizada por el gobierno municipal de Izquierda Unida a comienzos de esa década, que han tenido que asumir los gobiernos limeños siguientes y convertirse en política nacional.

En estas organizaciones de sobrevivencia, profundamente articuladas al tejido social barrial, han ganado un protagonismo las mujeres; antes secundarias en la organización vecinal, copan la vida diaria de los barrios populares. Desde su preocupación como madres se organizaron para atender necesidades colectivas como la atención y alimentación de los niños del barrio, a la vez que van ganando espacios de dirección en las organizaciones; dicha participación, ha contribuido a afirmar su autoestima e incorporar reivindicaciones de género y en la mayoría de las veces a enfrentar la oposición de esposos y dirigentes vecinales tradicionales.

En muchos casos, la escasez, el aumento del costo de la vida y de los servicios públicos o el anuncio de medidas de austeridad generó estallidos de protesta y motines. Gilbert (1997) recuerda algunos de estos episodios: manifestaciones contra el incremento de precios y la inflación en Buenos Aires y Mendoza en 1982 y 1985; huelgas generales en Bolivia ente 1983 y 1987 contra el paquete de

austeridad propuesto; motines en las ciudades brasileñas de Sao Paulo, Río de Janeiro, Brasilia y las ciudades del nordeste en 1983, 1986, 1987 y 1997 contra el incremento del precio de los alimentos; protestas en Santiago y Valparaíso en Chile causadas por la devaluación y la eliminación de subsidios entre 1983 y 1985; huelgas generales contra el aumento de precios en Quito y Guayaquil entre 1982 y 1987; motines y saqueos en Guatemala en 1985; a estos casos, hay que sumarle los 285 paros cívicos en Colombia entre 1977 y 1989 y el Caracazo del 27 de febrero de 1989.

Junto a las asociaciones de sobrevivencia y las acciones de protesta frente a la crisis y las medidas de ajuste neoliberal, en los ochenta surgen otras experiencias organizativas urbanas no asociadas directamente al consumo colectivo. Son iniciativas promovidas por nuevos actores urbanos con más autonomía frente al Estado y los partidos, que buscan, a partir de la autogestión, impulsar proyectos de economía solidaria, de integración social, de gestión local, de producción cultural, de defensa o recuperación ambiental (CALDERON, 1995). Algunas de estas experiencias organizativas buscaron articularse para demandar espacios de participación y democratización local.

Tal vez, la crisis industrial, el declive del sindicalismo, la fragmentación de las clases trabajadoras y la agudización de la pobreza, activaron estas nuevas formas de asociación colectiva en los territorios populares. El barrio y la calle, se volvieron para los desempleados, los subempleados, los informales y para el conjunto de pobres de la ciudad, en el único espacio posible de encuentro, resistencia e identidad.

A estas condiciones estructurales, la expansión de nuevas formas asociativas en los asentamientos populares, se sumó la emergencia de nuevas subjetividades y actores sociales, portadores de nuevas necesidades, nuevos modos de ser, de relacionarse y expresarse, así como de formas de acción, de pensamiento y proyección al futuro, inéditas. Uno de los casos más evidentes y documentados es el de los jóvenes.

Para mediados de los ochenta, muchos de los barrios populares de los 50 y 60 se han consolidado e integrado a la malla urbana; al igual que en aquellos surgidos luego, los jóvenes ganaron mayor presencia demográfica y social: se les veía en las calles, parques y demás espacios públicos de las zonas populares. Algunos se involucraron activamente en grupos parroquiales, bibliotecas comunitarias, grupos artísticos y educativos; otros, conformaron bandas y pandillas cercanas a las actividades delictivas; otros se replegaron en búsquedas estéticas o espirituales individuales. De ese modo, durante

las dos últimas décadas del siglo XX los jóvenes, en su lucha por ser reconocidos como sujetos con deseos y proyectos propios, se han visibilizado a través de diferentes prácticas.

Otro actor cobró importancia entre los sectores populares urbanos dentro del período: los llamados “agentes externos”, especialmente las Organizaciones No Gubernamentales y los programas eclesiales, orientados a animar procesos de organización de los pobladores. Generalmente influidas por nuevas concepciones de la intervención social como la educación Popular y la Teología de la liberación van a promover nuevas formas de acción colectiva y de relación con el Estado, las cuales entran a competir con los preexistentes estilos clientelistas y vanguardistas.

Desde mediados de la década también se iniciaron procesos de descentralización administrativa que conllevaron, entre otras medidas, a la elección directa de autoridades locales y municipales de las grandes ciudades. Fuera por la presión de los movimientos sociales, por las necesidades de los procesos de transición democrática o por las medidas de modernización estatal exigida por el modelo neoliberal, el nuevo escenario descentralizador posibilitó las primeras experiencias de gobierno local en manos de partidos de izquierda. El caso más documentado es el de Lima (TANAKA, 1999) que permitió un nuevo tipo de relaciones entre organizaciones de base y gobiernos locales e introdujo en el repertorio de sus preocupaciones, el tema de la participación ciudadana.

Este nuevo panorama de la acción colectiva urbana se evidencia en las ciudades latinoamericanas con sus respectivas particularidades. En Buenos Aires, las luchas por la satisfacción de demandas colectivas ligadas a la calidad de vida se articuló con la búsqueda de espacios democráticos y de ejercicio ciudadano (GARCIA y SILVA, 1985). En Río de Janeiro a fines de los setenta los movimientos urbanos se multiplicaron, coincidiendo con la crisis de legitimidad del régimen militar; en los ochenta, las luchas de los “favelados” fue mas allá de lo reivindicativo, incorporando demandas culturales e integrándose a movimientos políticos (JACOBI, 1985).

En Santiago de Chile durante los ochenta, los pobladores combinaron estrategias de sobrevivencia colectiva como las Ollas comunes y las tomas de terrenos, con las protestas desde los barrios contra la dictadura, llegándose a constituir en un actor decisivo en el proceso democratizador (ESPINOZA, 1993). En Lima (TOVAR 1985), los pobladores se Organizan y movilizan por motivos diferentes: el programa del Vaso de leche, el apoyo a los comedores comunitarios, el Plan de Emergencia del Agua, la gestión comunitaria y la participación – en alianza con partidos de izquierda- en algunos gobiernos locales.

3.3. Los casos de Ciudad de México y Bogotá

Concluimos el análisis de este período, centrándonos en los caso de Ciudad de México y Bogotá, ciudades donde surgieron expresiones significativas de nuevas organizaciones y formas de acción colectiva urbana, así como de las dinámicas de transformación política o reformas administrativas que generaron nuevos retos a organizaciones y movimientos populares urbanos.

En México, la profundización de la crisis económica nacional entre 1982 y 1988 que llevó a que los salarios perdieran el 50% de su capacidad adquisitiva y el desempleo alcanzara niveles alarmantes, también llevó a disminuir la atención del Estado a los sectores populares urbanos; la política de austeridad impuesta por De la Madrid redujo el presupuesto para los gastos de infraestructura urbana que demandaban las organizaciones populares; también las demandas urbanas sólo encontrarán en el Estado la negativa por la ausencia de recursos. A la vez, introdujo políticas que buscaban la institucionalización de las demandas urbanas. Con la Ley Federal de Vivienda y el Programa Nacional de Desarrollo Urbano y Vivienda impulsó las cooperativas y las organizaciones autogestivas comunitarias como únicas mediaciones organizativas autorizadas para la gestión de vivienda.

A través del Fondo Nacional de la Habitación Popular (FONHAPO), el gobierno buscó controlar la demanda de suelo y vivienda y generar nuevas formas de relación clientelar con estas (FARRERA 1994). Esta estrategia le reportó al gobierno el control sobre cientos de nuevos asentamientos, le ahorró presupuesto y mejoró su eficacia de respuesta a la demanda popular por la vivienda, arrebatando la bandera o cooptando algunas organizaciones del ya debilitado MUP durante los años previos al terremoto del 19 de septiembre de 1985.

Este acontecimiento excepcional reactivaría el MUP mexicano y le daría un nuevo sentido. Para ese año, la demanda de vivienda se mantuvo en la periferia, pero también se había trasladado al centro de la ciudad, donde la CONAMUP en reflujo no tenía poca capacidad para conducirlos. Por otro lado, la magnitud sorpresiva de la catástrofe puso en evidencia tanto la capacidad de respuesta de la población que organizó brigadas y asociaciones "espontáneas" para canalizar la solidaridad con las víctimas, como la incapacidad del gobierno y sus instituciones para actuar pronta y eficazmente.

El sismo también evidenció un problema para el cual las autoridades no estaban preparadas: el de medio millón de damnificados que de un día para otro se habían quedado sin una vivienda, los

cuales se agruparon en asociaciones para presionar al gobierno una solución eficiente y digna. En octubre de 1985 estas asociaciones se unen en torno a la Coordinadora Unica de Damnificados (CUD) la cual puso en el centro de la movilización y la negociación la demanda de los inquilinos, logrando ser reconocida como el órgano oficial de interlocución de los damnificados, logrando en 1986 el Convenio de Concertación Democrática.

La CUD y sus acciones introdujeron nuevas características al MUP: haber logrado una centralidad a las luchas urbanas, las cuales hasta entonces habían estado marginales políticamente; haber alcanzado un nivel propositivo y una capacidad de reconocimiento y negociación con las autoridades sin perder su autonomía; por último, el haber logrado ampliar su influencia más allá de sus propias bases, atrayendo la atención y simpatía de amplios sectores de la opinión pública.

Esta amplitud en la concepción y en la acción del MUP sería retomada y enriquecida por las formas asociativas posteriores, en particular por la Asamblea de Barrios (AB) que nació en 1987 como desarrollo de la CUD; en poco tiempo logró una amplia convocatoria y agrupó organizaciones de colonos, viviendistas e inquilinos de la ciudad. Simbolizada por Superbarrio Gómez, la AB desde su origen demostró capacidad de gestión en la consecución de demandas y en la interlocución con el gobierno de la ciudad y de la federación. Regalado (1997) destaca los siguientes aportes de la Asamblea de Barrios al MUP:

1. La movilización permanente, no sólo como arma de lucha, sino como búsqueda de espacios de reconocimiento público;
2. El espíritu de solidaridad entre las familias y vecinos, construyendo nuevas formas de sociabilidad e identidad colectiva;
3. El mantener la iniciativa social y política con acciones audaces, creativas y flexibles;
4. La festividad y simbolismos que acompañan sus luchas;
5. La concepción global de la problemática de la ciudad;

A nivel político, la Asamblea de Barrios fue decisiva en el apoyo a la candidatura de Cuauhtemoc Cárdenas en las elecciones presidenciales de 1988, así como en la creación posterior del Partido de la Revolución Democrática, en su triunfo en las elecciones de 1997 en el Distrito Federal y en la conformación de los equipos de gobierno de las delegaciones.

Con respecto a Colombia, el asociacionismo popular urbano no ha estado asociado tanto a los efectos de la crisis económica como sí a las dinámicas sociales vividas en torno al crecimiento urbano y a las coyunturas políticas de las décadas previas, las cuales estuvieron marcadas por la diferenciación de actores y demandas urbanas, la crisis de representatividad y legitimidad del estado y de los partidos políticos, la agudización del conflicto armado, las reformas políticas y las iniciativas de paz.

Para el año de 1977, Bogotá era ya una urbe con tres millones y medio de habitantes y dos décadas después supera los seis millones y medio de habitantes, de los cuales, más del 65% vive en barrios construidos por sus pobladores. Durante los ochenta la proliferación de asentamientos populares se ha concentrado en algunas zonas, las cuales fueron también los escenarios privilegiados de la aparición de nuevas formas de organización barrial y de estrategias inéditas para presionar sus demandas.

En Bogotá, para la década del setenta, no sólo habían nacido nuevos barrios, sino que los surgidos en las anteriores décadas se habían consolidado, aumentado su densidad poblacional y estrechado su relación con el tejido urbano y cultural mayor de la ciudad. Además de la generación fundacional de los barrios y sus líderes comunitarios, las nuevas circunstancias, dieron lugar a que se ampliara el espectro de actores barriales (escolares, jóvenes, madres de familia, inquilinos, tenderos); también a que se visibilizaran nuevas necesidades: parques, canchas deportivas, salacunas, escuelas, vías, transporte, etc., en torno a los cuales se formaron grupos de interés para solucionarlas.

Junto a los ya generalizadas "urbanizaciones piratas", surgieron algunas invasiones de hecho y, como novedad, nacieron varios barrios por iniciativa de Cooperativas o Asociaciones de Vivienda orientadas desde una opción alternativa. En algunas de estas se experimentaron formas de participación popular y comunitaria más avanzadas, tanto en el diseño y la construcción, como en la organización posterior de sus habitantes. Fue el caso de los barrios impulsados por el sacerdote Saturnino Sepúlveda a través de sus Empresas Comunitarias y de las organizaciones de viviendistas articuladas en torno a organizaciones de segundo nivel como la Central Nacional Provivienda y Fedevivienda.

En los ochenta surgen nuevas organizaciones barriales independientes de las Juntas de Acción Comunal, en las que confluyen actores sociales de base e iniciativas de los activistas externos. Las problemáticas que los convocan ya no son sólo la consecución de la infraestructura de servicios, sino también en torno a actividades productivas, reivindicativas y culturales como el teatro, la comunicación o

la educación popular; las más relevantes han sido las de mujeres que se asociaron para cuidar a los niños en edad preescolar.

En algunos barrios, el trabajo parroquial o pastoral de algunas comunidades religiosas desembocó en Grupos Juveniles o en Comunidades Eclesiales de Base comprometidos con acciones de promoción comunitaria y organización popular. Estas nuevas experiencias asociativas - algunas impulsadas o apoyadas por Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), favorecieron la organización de base, la educación de sus miembros y ampliaron las formas de gestionar sus necesidades y demandas.

A la par del agotamiento de la modalidad clientelista de gestión de demandas barriales y el incremento del nuevo asociacionismo independiente, creció el número de acciones de protesta. Entre 1977 y 1990, se registraron 259 luchas urbanas (marchas dentro de los barrios, hacia oficinas públicas o hacia la Plaza de Bolívar, bloqueo de vías, toma de oficinas y Paros Cívicos). A las demandas por servicios públicos y sociales, se sumaron nuevos temas como la creación, la seguridad, la defensa ambiental y el respeto a derechos humanos (GARCIA, 1993)

Cuando la magnitud de las demandas superaba el ámbito barrial, se generaron coordinaciones para presionar a las autoridades y para fortalecer la organización autónoma; surgieron así coordinaciones y redes zonales o sectoriales en torno a reivindicaciones típicamente urbanas y en torno a demandas por reconocimiento cultural y demandas democratizadoras y de descentralización. Algunas de ellas impulsaron Paros cívicos locales, que implicaban la articulación con diferentes actores sociales no necesariamente "alternativos", como las Juntas de Acción Comunal y los Clubes Deportivos, pero que compartían las demandas que motivaban las acciones colectivas.

3.4. Los Nuevos Movimientos Sociales como paradigma interpretativo

La emergencia de nuevos sujetos populares y subjetividades urbanas, así como la diversificación del asociacionismo y de las luchas urbanas en América Latina, en contraste con el declive de los tradicionales movimiento obrero y campesino, planteó a la investigación social y a los actores políticos, nuevos retos interpretativos en cuanto al carácter histórico, el alcance político y dimensión cultural de estas nuevas luchas y los movimientos populares.

A lo largo de la década, algunos estudiosos de las luchas sociales urbanas en América Latina pusieron en tela de juicio el paradigma de la sociología urbana marxista, por considerarla rígida y lineal, lo cual impedía reconocer las singularidades de las sociedades latinoamericanas, la

complejidad del papel del Estado y las instituciones políticas y su relación con los agentes sociales y de la identidad de las organizaciones y movimientos populares que estaban surgiendo durante el periodo, no siempre asociados a demandas de infraestructura urbana.

Autores, como Alberto Tironi (1987) en Chile y Sergio Zermeño (1989) en México, incorporaron enfoques provenientes de la discusión sobre movimientos sociales (en adelante, MS) desarrollado por Alain Touraine, así como las propuestas analíticas provenientes de la discusión europea sobre los "Nuevos Movimientos Sociales" (en adelante, NMS). A continuación esbozo las líneas generales de dichos desarrollos teóricos.

Para Touraine (1977: 312) el análisis de los MS debe comenzar por con las relaciones sociales y no con los actores, de tal forma que la identidad del autor no puede ser definida independientemente del conflicto con el adversario; así, la identidad de un movimiento social se constituye dentro de la estructura del conflicto de una sociedad particular. La importancia atribuida por Touraine a la dimensión estructural, no quiere decir que conciba al MS como un proceso sin actores. Por el contrario, estos son un elemento central, al definir MS como acciones colectivas organizadas y normativamente dirigidas en virtud de las cuales actores colectivos luchan por la dirección del sistema de acción histórico.

Los MS "son definidos como el accionar colectivo y organizado de un sector social que lucha contra el oponente por la dirección colectiva del presente histórico, con capacidad de producir orientaciones socioculturales que les permitan lograr el control social de los recursos centrales de un tipo de sociedad determinada (TOURAINÉ, 1977: 43). No toda acción colectiva constituye movimiento social; este se diferencia especialmente de las "conductas colectivas" y de las "luchas sociales".

Las primeras son acciones conflictivas de defensa, de reconstrucción o adaptación de un elemento enfermo del sistema social; las segundas son mecanismos que buscan modificar las decisiones y por lo tanto los factores de cambio. Sólo cuando las acciones colectivas tratan de transformar las relaciones de dominación social ejercidas sobre los principales recursos sociales cabe la expresión "movimiento social" (TOURAINÉ, 1987).

Al referirse a las luchas sociales que se dan en Latinoamérica, e particular las protagonizadas por los pobladores urbanos, Touraine (1984) plantea que "es difícil considerarlas como Movimientos Sociales si por ello entendemos acciones colectivas orientadas hacia el control de los recursos centrales de la sociedad; es más adecuado hablar de luchas o movimientos orientados al control del

proceso de cambio histórico". Esta valoración es compartida por Tironi (1987) y Zermeño (1989), quienes plantean que el carácter fragmentado de los sectores populares urbanos de las ciudades latinoamericanas, impide la formación de una identidad de clase; en tal sentido, sus luchas no constituye un MS, sino luchas que buscan la integración social y con escasa capacidad de transformación social y político: se limitan a presionar al sistema político para la consecución de demandas reivindicativas, fortaleciéndolo.

Junto a esta visión que desconfía de las potencialidades de cambio de los movimientos de pobladores, cobró fuerza en los ochenta una mirada optimista sobre los mismos, al acogerse el enfoque de los "Nuevos Movimientos Sociales". Este concepto comenzó a acuñarse en los países industrializados para explicar movimientos como el estudiantil, el ambientalista, el pacifista y el feminista, cuyos actores, demandas y modos de acción diferían de los movimientos reivindicativos en torno a la producción; surgía una nueva perspectiva analítica para interpretar ciertos tipos de acción colectiva originados en nuevos ámbitos sociales, protagonizados por nuevos actores y con formas de movilización no convencionales (TORRES, 1997).

Ante el cuestionamiento de su "novedad", diversos autores han tratado de precisar que es lo "nuevo" de estos movimientos (PETRAS, 1987; REICHMAN, 1995). Se señalan, entre otras, los siguientes rasgos: sus demandas giran en torno a esferas diferentes a la económica, sus protagonistas, que provienen de diversos sectores sociales, emergen y se constituyen en las mismas luchas, asumen formas no convencionales de protesta y sus proyectos trascienden la esfera política.

Para Alberto Melucci (1995), los NMS son propios de las "sociedades complejas", en las cuales crece la densidad de información y la diferenciación de las adscripciones asociativas de los individuos y la autonomía en la construcción de identidades, a la vez que aumenta la necesidad de integración y de control cultural por parte del sistema. Para el sociólogo italiano, los NMS reflejan y a la vez introducen nuevos rasgos a la acción colectiva (MELUCCI, 1995):

1. evidencian que la emergencia de los conflictos tiene un carácter permanente, no coyuntural;
2. expresan la tensión entre los sistemas institucionales de decisión y la sociedad civil.
3. sus temáticas son particulares;
4. sus actores son temporales;

5. poseen una transversalidad social y una globalidad espacial;
6. revelan a la sociedad que estos problemas existen;
7. la acción de los movimientos son ellas mismas un mensaje y una alternativa para la sociedad;
8. dan un lugar central a la expresión simbólica;
9. no buscan principalmente metas materiales ni mejorar su participación en el sistema.

En la práctica, la incorporación del enfoque analítico de los Nuevos Movimientos Sociales a la investigación sobre asociaciones y luchas urbanas en América Latina ha sido incipiente. Aunque se han hecho balances sobre las teorías disponibles al respecto (DE LA GARZA, 1992; TARRES, 1992; GIMENEZ, 1994; RAMIREZ SAIZ, 1997) y algunos autores invocaron la categoría para valorar la acción colectiva durante la transición democrática (GARRETON, 1985; CALDERON 1986; LECHNER, 1987), escasas investigaciones lo incorporan en su modelo analítico (RAMOS, 1995).

La incorporación entusiasta de la perspectiva de los NMS en América Latina, ha sido duramente cuestionada por investigadores marxistas (GUIDO y FERNÁNDEZ, 1989; BORON, 1993; VILAS, 1995). El blanco de las críticas ha estado en su negación de toda determinación social de los conflictos sociales y de la persistencia de los conflictos de clases, así como en el uso ideológico de la llamada "transición democrática" que hace abstracción de la dominación política.

A nuestro juicio, la especificidad de las organizaciones y movimientos protagonizados por los sectores populares urbanos latinoamericanos impide que sean totalmente comprendidas por el enfoque de los Nuevos Movimientos Sociales. En efecto, las luchas urbanas actuales expresan conflictos, inequidades y exclusiones estructurales, involucran nuevas identidades culturales y actores sociales inmersas en el mundo popular, plantean viejas reivindicaciones y nuevas demandas, combinan movilización y negociación, protesta y propuesta, se sitúan fuera del sistema político pero muchas veces buscan integrarse a él, etc.

Por tanto, más que considerar como "nuevos movimientos sociales" a las organizaciones y acciones colectivas de los pobladores, lo que es necesario es articular algunos de sus planteamientos con los aportes de diferentes perspectivas conceptuales en función de su historicidad y singularidad de la región. A fines de los ochenta y comienzos de la década de los noventa, encontramos significativos

esfuerzos por incorporar otras categorías como identidad, experiencia, subjetividad, memoria y sujetos a los marcos analíticos preexistentes.

Un estudio de Fernando Calderon y Elizabet Jelin (1987) sobre los movimientos sociales en América Latina señalaba que su significado consistía en escudriñar manifestaciones de cambios profundos en la lógica social: nuevos lugares de conflictividad, nuevas formas de sociabilidad y nuevas formas de hacer política; más aún, nuevas formas de relacionar lo político y lo social, lo privado y lo público.

Una investigación de Eder Sader sobre Sao Pablo (1993) plantea que para estudiar los movimientos sociales en Sao Pablo durante las décadas de los setenta y los ochenta, no es suficiente aludir a las condiciones estructurales en las que se produjeron; por ello involucra los procesos de atribución de significados, mediante los cuales sus protagonistas las experimentaron y definieron como necesidades colectivas, activaron solidaridades para enfrentarlas y generaron sentidos de pertenencia como colectivo social. Finalmente, propone que como en estos movimientos no están exclusivamente definidos por su carácter de clase hay que incorporar otras categorías más amplias como la de sujetos sociales.

Por su parte, en la introducción del libro donde se presentan los resultados de un estudio comparativo realizado al comenzar la década del noventa, Villasante (1994) plantea que la comprensión de los movimientos urbanos debe superar todo simplismo teórico y todo maniqueísmo ideológico. Por ello, en el estudio realizado en seis ciudades latinoamericanas puso a prueba un modelo analítico que involucra diferentes dimensiones y elementos explicativos y descriptivos para abordar el asociacionismo popular y sus luchas; sus raíces estructurales, la vida cotidiana y las redes sociales, el tipo de relaciones con el sistema político, la memoria e identidad colectivos, la temporalidad y los conjuntos de acción de los movimientos.

No podemos terminar este balance de las lecturas de las que fueron objeto las organizaciones y movimientos urbanos sin mencionar que desde los ochenta hacen presencia otros actores interesados en comprenderlos. Se trata de algunas ONGs, las cuales se plantean otro tipo de preguntas y otras escalas y niveles de análisis. En estos investigadores se revela un interés por conocer la dinámica interna de las organizaciones y su papel en la construcción de nuevos actores sociales como los jóvenes y las mujeres; también abordan la manera como las asociaciones afectan la vida cotidiana, los referentes identitarios y las prácticas políticas de los pobladores.

4. Los noventa: el asociacionismo urbano frente a la participación local

4.1. El contexto latinoamericano y las ciudades neoliberales

En la década de los noventa en América Latina continúan dos tendencias iniciadas en la anterior; por un lado, la llamada transición democrática, que substituyó en todos los países de la región a las dictaduras militares por gobiernos electos. Por el otro, se profundizó la implementación del modelo económico neoliberal en cada uno de los países; y como consecuencia de ésta, se agudizaron los procesos de desigualdad, pobreza y exclusión social en la región. Las tres dinámicas también tuvieron su expresión y consecuencias en el mundo urbano.

El entusiasmo que generaron los procesos de transición democrática muy pronto tuvo que contenerse al evidenciarse la precariedad y fragilidad de las nuevas democracias. La participación política del conjunto social en la toma de decisiones, en vez de ampliarse se estrechó por cuenta de la marcada influencia de los organismos financieros internacionales, la concentración de poder económico, la desarticulación de los movimientos sociales, la creciente fragmentación y pobreza de las mayorías populares y la debilidad de los sistemas de representación partidista (RUIZ, 1998).

Esta confluencia de factores antidemocráticos posibilitó la reactivación, en algunos países, de liderazgos populistas autoritarios, tales como el de Fujimori en el Perú y el de Menen en Argentina, quienes al igual que sus demás colegas del continente aplicaron juiciosamente las políticas de ajuste. En efecto, a lo largo de la década se continuó el proceso de privatización, de apertura a los mercados financieros y comerciales internacionales, de eliminación de protecciones aduaneras, de ordenamiento fiscal y disminución del gasto social. A la vez, se promovieron reformas políticas y administrativas funcionales al nuevo modelo, dentro de la llamada "modernización del Estado". La aplicación radical de estas medidas no trajo la prometida "superación del subdesarrollo", sino la desnacionalización financiera y de los servicios públicos, el desmantelamiento de la seguridad social, el debacle de las industrias nacionales y la crisis de vastos sectores de la economía rural.

Pese a que el crecimiento económico en los noventa fue del 3.3% anual, superior al de la década anterior, fue menor al que se dio en el continente entre 1945 y 1980. En todo caso, dicho crecimiento no significó una mejora en la superación de la pobreza y la desigualdad social. Por el contrario, al comenzar el siglo XXI habían en América Latina 241 millones de pobres, 41 millones más que al comienzo de la década; e (Informe CEPAL 2001) y la distribución de los ingresos continuó siendo la

peor de mundo: en países como Brasil, Chile, Colombia y Guatemala, el 10% de la población más rica concentra casi la mitad de los ingresos del país; por otro lado, el 40% de la población más pobre, recibe menos del 10% de dichos ingresos (BENGOA 2004).

La profundización de las medidas neoliberales en los países de la región también trajo consigo consecuencias en el mundo urbano. Para Pradilla Cobos (1998), la ciudad transformada por el neoliberalismo comparte los siguientes rasgos: el crecimiento desbordado y desordenado, la privatización de bienes patrimoniales y de la infraestructura urbana, la fragmentación y exclusión social y territorial, la descomposición social y la creciente contaminación. Nos referiremos a aquellas que guardan relación con nuestra problemática.

En primer lugar, al terminar el siglo XX, la población urbana de la región es cuatro veces mayor que la que habita en el campo; según datos de 1995, en Venezuela llegó al 93%, en Argentina llegó al 88% y en Chile al 85% (GILBERT, 1993: 44). Si bien es cierto que la tasa anual de los índices de crecimiento urbano de las grandes ciudades latinoamericana disminuyó en relación a las décadas anteriores, en doce de ellas superaron los tres millones de habitantes y seis con sus áreas metropolitanas (Sao Paulo, México, Buenos Aires, Río de Janeiro, Lima y Bogotá) alcanzaron la calidad de megaciudades de más de 7.000.000 de pobladores.

Ese crecimiento desbordado del mundo urbano no ha venido acompañado de un crecimiento industrial, de la oferta laboral y de la calidad de vida; más bien ha concentrado la inequidad social y la segregación territorial. En las grandes ciudades, "se acrecienta un sector relacionado con la modernidad mundial, con el consumo, con las tiendas y bancos de marca internacional, con grandes cadenas de comercio y de restaurantes" (BENGOA 2004); mientras tanto, surgen y crecen grandes zonas de la ciudad cuya población está excluida totalmente de los virtuales beneficios de vivir en una ciudad (vivienda digna, empleo, seguridad social, educación, etc).

Como lo señala Velásquez (1999) las ciudades de la región están atravesadas por una doble tensión; por un lado la presión ejercida por la globalización económica, por la otra, la ejercida por las demandas de la población que padece sus efectos. La desindustrialización y la flexibilización laboral, por ejemplo, arrojan día a día miles de trabajadores al desempleo e incorpora mujeres, jóvenes y niños al sector informal de la economía.

Durante la última década del siglo XX la vida de los pobladores de las grandes ciudades latinoamericanas continuó afectada negativamente por los efectos de la liberalización de la economía. Como lo muestra el reciente informe de la CEPAL (1999) la pobreza se concentra cada vez más en las urbes latinoamericanas; la mayor parte de los pobres del continente (60%) vive en las ciudades y el número tiende a mantenerse a lo largo de la década: 240 millones de pobres y 90 millones de indigentes. En países como Colombia donde el conflicto armado continúa la situación de pauperización se agrava con el permanente flujo de desplazados por la violencia, que al comenzar el siglo XXI alcanzaba los dos millones de personas.

Pobreza y desempleo constituyen las condiciones para la generalización de otros problemas como el aumento de la delincuencia y de la inseguridad en las ciudades; la violencia se enseñoorea de los espacios familiares y barriales afectando el tejido social básico de los sectores populares urbanos y en muchos casos el del mismo tejido asociativo, dado que los grupos de base deben competir en sus territorios con bandas y toda clase de organizaciones criminales. Por ejemplo, en Colombia, desde fines de la década, los territorios periféricos de ciudades como Medellín empezaron a ser disputados por la guerrilla, los grupos paramilitares y las pandillas.

Frente a este panorama de adversidad creciente para los sectores populares, en las ciudades de región las protestas contra el neoliberalismo y en demanda de derechos se reactivaron a lo largo de la década. En un contexto de desarticulación del sindicalismo industrial, estas luchas defensivas y reivindicativas han sido protagonizadas por el sindicalismo estatal, algunos sectores de clase media y principalmente, por los habitantes de los sectores populares de la ciudad (LOPEZ, 1999). Dicha movilización de los pobladores se dio en algunas ocasiones desde sus experiencias asociativas; otras veces como expresión espontánea ante coyunturas específicas.

En cuanto al asociacionismo urbano en los noventa, podemos afirmar que no presenta mayores innovaciones con respecto a la década anterior en cuanto a modalidades organizativas y de acción. Continuaron naciendo nuevos barrios en la periferia de las ciudades, cuyos habitantes para resolver sus necesidades compartidas acudieron pragmáticamente al repertorio de alternativas de organización y acción colectiva acumuladas: autoayuda comunitaria, vínculos clientelistas con líderes y partidos tradicionales, vinculación a asociaciones independientes, participación en protestas, etc.

La creciente precariedad y vulnerabilidad de la población hizo que se incrementaran los programas y proyectos de carácter asistencial (por ejemplo, apoyo alimentario) y de gestión local, financiados por agencias internacionales de desarrollo a través de ONGs o promovidos por entidades gubernamentales en el contexto de las políticas sociales de corte neoliberal enfocado a la demanda y a las poblaciones en extrema pobreza.

Por otra parte, mientras que muchas organizaciones populares y comunitarias de vocación alternativa surgidas en los ochenta no sobrevivieron a la nueva década, algunas se mantuvieron y se consolidaron, estimulando el surgimiento de otras nuevas con orientación similar. Así, durante la década estas organizaciones ampliaron su base territorial y social, así como sus áreas de trabajo e incidencia local. Algunas, ganan reconocimiento y respeto, incluso internacional, como es el caso de Villa El Salvador en Lima y empiezan a involucrar dentro de sus agendas la cogestión de proyectos con entidades estatales, la ampliación de la participación en la gestión local y en la definición de política pública.

Lo más significativo del periodo es que estas organizaciones, al igual que para las tradicionales, se vieron frente a un nuevo desafío, representado por la ampliación de espacios y canales de participación en la gestión y la política local y municipal. En los 90, en la mayoría de los paises de América Latina, la participación ciudadana estaba amparada e institucionalizada dentro de los marcos de la democracia representativa (TANAKA, 1995) que se habían venido restableciendo desde la década anterior.

En casi todos los países de la región se hicieron reformas constitucionales orientadas a promover la descentralización política y a la participación ciudadana. La primera, entendida como la distribución de poderes, funciones y recursos del nivel central del estado, a favor del fortalecimiento de la autonomía regional y municipal, se tradujo en algunas ciudades en la posibilidad de elección directa de los jefes de gobierno de los municipios y las localidades (en México, las delegaciones), así como en la creación en esos niveles, de instancias colegiadas de decisión, consulta o fiscalización formadas por ciudadanos. La segunda, se tradujo en el reconocimiento de derechos y en la creación de espacios y mecanismos de presencia individual o colectiva de la ciudadanía en la gestión o control de lo público.

Estas transformaciones respondieron a la confluencia de varios factores como las exigencias de modernización estatal provenientes de la banca internacional, la necesaria ampliación de derechos

asociada con el proceso democratizador y la presión de algunos movimientos sociales y actores políticos por una mayor participación en el gobierno y gestión municipal. En Bolivia y en Colombia es evidente la incidencia que tuvieron los movimientos y paros cívicos regionales.

El nuevo escenario político ciudadano surgido con las reformas, implicó una redefinición de las estrategias mediante las cuales los pobladores y sus organizaciones se venían relacionando con la gestión y la vida política local, y en últimas con el estado mismo y sus políticas. El referente barrial, los estilos comunitaristas, reivindicativos, gestionistas, clientelistas o contestatarios se vieron desafiados por estos nuevos espacios de participación ciudadana y de transformación política.

En esta última década del siglo XX, la distancia entre movimientos sociales y políticos tendió a disminuir. Las nuevas colectividades de izquierda formadas o recompuestas durante la fase de democratización se nutrieron de las organizaciones populares. Ello ha sido evidente en países como México y Brasil, donde algunas corrientes del movimiento popular urbano se incorporaron a las nuevas agrupaciones partidistas. En otros casos (Sao Pablo, Bogotá, Caracas, México DF) estas organizaciones jugaron un papel decisivo en el triunfo electoral de candidatos cívicos y de izquierda en el umbral del nuevo siglo.

La muy bien documentada experiencia de la Ciudad de México nos permitirá ilustrar los alcances y limitaciones de estos procesos "democratizadores", en particular con relación a las consecuencias sobre las dinámicas organizativas que hemos analizado hasta ahora.

4.2. México DF: hacia una transición democrática

En Ciudad de México, el camino a la democratización y la apertura de espacios de participación ciudadana ha sido más tortuoso; en 1991 Ward señalaba que "pocos lugares en el mundo democrático tienen menos democracia local que la ciudad de México. Desde 1928 hasta 1997 los capitalinos no pudieron elegir por votación directa a sus gobernantes; el gobierno del Distrito Federal permaneció durante siete décadas bajo poder del presidente a través de un regente con el argumento -poco convincente- de evitar una confrontación entre los poderes centrales y locales.

En lo referente a participación ciudadana a nivel local, sólo hasta 1970, durante el gobierno de Echeverría, se crean unas Juntas de Vecinos concebidas como "órganos de colaboración" organizados a nivel delegacional, los cuales nombran un representante al Consejo Consultivo de la ciudad, sin poder efectivo. En 1978, en el contexto de la emergencia de organizaciones populares independientes

del PRI, el gobierno creó las Asociaciones de Residentes y los Comités de Manzana, con funciones exclusivamente consultivas e informativas. En orden jerárquico, el siguiente era el esquema de participación impulsada en los setenta para contrarrestar el impacto del MUP:

1. Consejo Consultivo (a nivel del Distrito)
2. Junta de Vecinos (nivel delegacional)
3. Asociaciones de Residentes (colonias y unidades habitacionales)
4. Comités de Manzana.

Sólo estos últimos eran constituidos por elección directa; de ahí para arriba se conformaban por delegación indirecta. Pese a ser las primeras formas de participación ciudadana, su carácter vertical, limitado y autoritario, así como su control oficial hizo que despertaran poco entusiasmo de la población, la cual tuvo una escasa participación. En cuanto a la representación ciudadana en el Distrito federal, esta tuvo su primera y tímida expresión en la creación de la Asamblea de Representantes del DF en 1987, pero aún con facultades meramente propositivas y de vigilancia; sólo hasta 1997 obtuvo funciones legislativas, pasando a llamarse Asamblea legislativa del Distrito Federal.

Las elecciones presidenciales de 1988 pusieron de manifiesto la crisis de legitimidad del régimen político mexicano, especialmente en las grandes ciudades donde ganó la oposición. Ello, llevó al gobierno de Salinas a plantear la necesidad de una reforma política democrática. En ese contexto, en 1991 el entonces regente Manuel Camacho presentó una propuesta de reforma política para "democratizar el gobierno de la ciudad", reanimando la discusión sobre un gobierno propio para la ciudad; la convocatoria fue acompañada de audiencias públicas para vincular a la ciudadanía en su discusión y reformulación.

La oposición insistió en reformar profundamente la estructura de gobierno del DF y en convertir la Ciudad de México en un Estado con gobierno y Asamblea Legislativa electos. Al no llegar a un acuerdo con la oposición, el gobierno federal decretó en 1992 la elección del regente de la ciudad, la ampliación de las funciones de la Asamblea de representantes del Distrito Federal y la creación de los Consejos Ciudadanos Delegacionales. En el contexto del acuerdo firmado por los candidatos a la Presidencia de la República en enero de 1994, se facultó a la ARDF para emitir la Ley de Participación Ciudadana, en la cual se establecieron los mecanismos para la elección de los Consejos Ciudadanos; además se le asignaron las siguientes funciones (SAFA 1998, 256):

1. Aprobar, supervisar y evaluar los programas delegacionales de uso de suelo;
2. recibir los informes y quejas de la ciudadanía sobre la administración pública;
3. proponer y gestionar proyectos y programas de acción de los delegados; y
4. opinar sobre las acciones de los funcionarios públicos.

Sin embargo, la crisis política de 1994 hizo que el PRI presionara el aplazamiento de la primera elección de consejeros hasta el año siguiente, la cual se realizó con indiferencia de la ciudadanía que se expresó en su escasa participación (20% de empadronados). Las limitadas funciones de los Consejos los llevaron a ocupar un lugar marginal en la vida de las delegaciones y que las organizaciones populares urbanas les prestaran escaso interés.

Un segundo acuerdo entre los partidos políticos frente a la reforma política del Distrito Federal fue firmado en 1996 en torno a los siguientes puntos:

1. Elección directa del Jefe de Gobierno, la cual se llevó a cabo el 6 de julio de 1997 con el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas, del opositor Partido de la Revolución Democrática;
2. Ampliación de poderes legislativos a la ARDF, la cual pasó en 1997 a ser Asamblea legislativa el DF (ALDF), con mayoría del PRD
3. Establecimiento de formas de participación y consulta ciudadanas, las cuales buscan plasmarse en una Ley de Participación ciudadana, actualmente en discusión;
4. Elección directa de delegados

El triunfo del PRD en la primera elección democrática del Jefe de Gobierno de la ciudad y la obtención de la mayoría en la ALDF planteó a las organizaciones del Movimiento Popular Urbano un reto sobre como relacionarse con las nuevas autoridades. Como ya lo habíamos señalado, el PRD, es respaldado en la Capital por varias organizaciones populares surgidas en los ochenta; por ello, dentro del partido y del gobierno de la ciudad, antiguos dirigentes del movimiento popular han venido ejerciendo cargos de representación y de gobierno.

Las nuevas autoridades provenientes de la oposición debían “gobernar para todos”, como lo anunciaba el lema de Campaña del PRD. Ello generó debates al interior del de las organizaciones del ya fragmentado movimiento popular urbano, las cuales se vieron ante el dilema de apoyar el nuevo gobierno o continuar presionándolo a la manera como lo hacían frente a los gobiernos anteriores.

Durante los últimos años de la década, la tendencia dominante fue la de subordinar los intereses gremiales a los partidistas, trayendo como consecuencial la desactivación de la movilización y el surgimiento de nuevos nexos corporativistas con el partido gobernante

En otros países y ciudades de América Latina se vienen dando procesos similares (VELÁSQUEZ, 1997). Sólo para citar un ejemplo, en Caracas, desde 1979, la Ley Orgánica de Régimen Municipal dio reconocimiento legal a las Asociaciones de Vecinos, las cuales poseen una directiva electa popularmente por la asamblea de afiliados. Se han convertido en la organización más generalizada en los barrios de clase baja y media para interactuar con las autoridades de la ciudad; en 1982 existían ya 527 asociaciones; 10 años después, habían llegado a las 10.000 en todo el país. En los noventa se dieron articulaciones entre Asociaciones, como es el caso de FACUR y de CONFEEVICINOS, las cuales lograron que algunos de sus dirigentes hayan accedido a cargos de elección a nivel municipal y nacional.

4.3. Bogotá; una experiencia por comprender

La expedición de la Constitución de 1991 generó expectativas entre la población organizada de la ciudad, dado ampliaba el espectro de derechos reconocidos por el estado y retomaba o abría nuevos espacios de participación ciudadana. Claro está que desde mediados de la década de los ochenta, en el contexto de la "apertura democrática" iniciada por el presidente Belisario Betancourt para controlar los movimientos cívicos y quitarle aire a las organizaciones insurgentes, se había introducido la elección popular de alcaldes, la realización de consultas populares en los municipios y se le dio a los municipios más autonomía para orientar su desarrollo y promover la participación ciudadana (Ley 11 de 1986).

La Carta Constitucional de 1991, resultado de un proceso constituyente surgido en la coyuntura de desmovilización de algunos movimientos insurgentes (M19, EPL, PRT y Quintín Lame) parecía llevar más a fondo la precaria democracia colombiana. Dicha Constitución definió al Estado colombiano como "social de derecho" e introdujo el reconocimiento de una amplia gama de derechos, así como de mecanismos para su defensa. También amplió los mecanismos de "participación ciudadana" en el manejo de asuntos como la salud, la educación, la atención a la niñez y a la juventud, así como en la administración y control del gobierno de las ciudades.

La puesta en marcha de la Nueva Constitución Política y la reglamentación, dos años después, de la descentralización de Bogotá como Distrito Capital introdujo grandes cambios en las estructuras de participación local. En primer lugar, la posibilidad de elegir Juntas Administradoras Locales (JAL) en cada una de las localidades en las que quedó fraccionada la ciudad; en segundo, la participación de los ciudadanos y las organizaciones en la elaboración y seguimiento a los planes de desarrollo local; por último en la participación de los Consejos locales sectoriales (política social, cultura, juventud, etc).

Las organizaciones independientes reaccionaron de diversos modos: la mayoría se marginó de participar al ver en las JAL un mecanismo más de integración; algunas asociaciones, entusiasmadas con el ambiente generado por la Nueva carta Constitucional, vieron en las JAL una oportunidad de construir poder local; finalmente, otras organizaciones, las vieron como un espacio para ganar experiencia en el ámbito de la administración local.

Algunas organizaciones comunitarias independientes y grupos formados en torno a reivindicaciones específicas decidieron contender electoralmente para estar en las JAL en los comicios para renovarlas en 1994 y 1997, algunas veces en alianza o con el aval de partidos independientes. Pese a la inexperiencia en materia de campañas y elecciones, en algunas localidades lograron colocar como ediles a sus candidatos, aunque aún en minoría frente a los provenientes de los partidos.

El balance del papel jugado por los ediles cívicos aún es limitado y marginal, dado que en las JAL predominan personajes articulados a las redes clientelares o con intereses políticos individuales. Igualmente, no se ha hecho una valoración del significado que ha tenido para las organizaciones, vincularse a estos nuevos escenarios políticos; finalmente no se conoce la percepción e incidencia de estas dinámicas entre las bases de dichas organizaciones.

4.4. Nuevas preguntas, nuevos enfoques interpretativos

Los cambios sociales, culturales y políticos vividos en las ciudades durante la década de los noventa también introdujeron nuevas preguntas y perspectivas de análisis. Dos cuestiones recurrentes en los estudios de la década son, por un lado, la participación de las organizaciones populares en la política y en la gestión local; por el otro, el papel del asociacionismo y de las luchas urbanas en la formación de nuevas ciudadanías. Las nuevas preocupaciones incorporan los aportes conceptuales

de autores que abordan la acción colectiva como movilización de recursos y las discusiones actuales sobre la redefinición de la política y la ciudadanía.

Aunque a lo largo de los noventa siguen apareciendo estudios sobre las organizaciones y movimientos populares que involucran referentes conceptuales provenientes de los paradigmas teóricos predominantes en las dos décadas anteriores, al incorporarse la preocupación por su participación e incidencia política, confluyeron nuevas perspectivas teóricas (RAMOS, 1995; TANAKA, 1995 y 1999; PLIEGO, 1997; NARANJO, 1999 y 2000). En particular los aportes de Charles Tilly y de Sydney Tarrow.

Aunque algunos autores los ubican dentro del llamado enfoque de la movilización de recursos (Cohen, 1995; McAdam, 1999), otros (Rodríguez, 2006) los identifican con el modelo de proceso político, en la medida en que su preocupación va más allá de los análisis en torno a la racionalidad individual y organizacional de los movimientos, al centrar la atención en las condiciones externas que lo posibilitan y las intenciones de sus actores.

A partir de un análisis histórico del impacto de las estructuras de poder en las formas y tipos de acción colectiva, Tilly (1978; 1995) demuestra como la configuración histórica, la politización y los alcances de la acción colectiva ha estado asociada a la configuración y transformaciones de los Estados modernos y a la expansión de su presencia en diferentes espacios de la vida social. Los cambios estructurales a gran escala situados en la larga duración ("modernización") afectan las formas y los modos de acción colectiva, más que las crisis o conflictos coyunturales; para el autor, no es posible enlazar de manera mecánica "privaciones, anomia, crisis y conflicto", pues el ritmo y la velocidad de procesos como la industrialización y la urbanización no corresponden a los tiempos de la acción colectiva.

Por ello, la emergencia y permanencia de la acción colectiva no pueden explicarse como una simple reacción a las desigualdades, injusticias y conflictos que atraviesan todas las sociedades. Están mediadas por lo menos, por cuatro factores (Rodríguez 2005: 37): la construcción de unos intereses comunes, sus procesos organizativos, la movilización de recursos y las oportunidades que les brinda el contexto.

Para Tilly, los movimientos sociales no son agrupaciones o actores sociales, sino como formas complejas de acción. Por tanto, tampoco poseen una "historia de vida continua" como los individuos y las organizaciones; aunque dependen de grupos organizados, estos no son el movimiento. "Un

Movimiento social es un reto ininterrumpido contra los que detentan el poder estatal establecido, a nombre de una población desfavorecida que vive bajo su jurisdicción, mediante exhibiciones públicas repetidas de la magnitud, unidad y mérito de esa población" (TILLY, 1995: 18).

Tal definición anuncia la complejidad de este fenómeno social, pues involucra: 1. La acción o interacción individual; 2. La secuencia de acciones o interacciones que conforman una actuación distinguible; 3. La agrupación de actuaciones que conforman una campaña continua; 4. El conjunto de campañas que los activistas incorporan a su narrativa y a su imaginario sobre el movimiento; 5. El repertorio de todos los medios disponibles a quienes hacen peticiones en un contexto histórico dado.

Otro aporte de Tilly es diferenciar los diversos actores de un movimiento social: los que detentan el poder, los activistas y la población desfavorecida, los cuales mantienen complejas y cambiantes relaciones entre sí. Destaca la tarea de los activistas, interlocutores válidos de la población desfavorecida, la cual consiste en maximizar su propia evidencia de magnitud, determinación y unidad, para luego demostrar el mérito conjunto de los activistas y la población desfavorecida.

En la misma perspectiva, el investigador Sydney Tarrow plantea que el origen de los movimientos sociales no hay que buscarlo tanto en las necesidades de la gente ni en las contradicciones de las sociedades, sino en la explotación y creación de oportunidades por parte de la gente. Además, la acción de los propios movimientos puede crear oportunidades para sí mismos y para otros; "los rebeldes que explotan y crean necesidades políticas son los catalizadores de los ciclos de protesta y reforma que periódicamente han venido estallando a lo largo de la historia moderna" (TARROW, 1997:48).

El concepto de "estructura de oportunidades políticas", empleado por autores como Brockett, Kriesi, Mc Carthy, y desarrollado por Tarrow (1994; 1999), se refiere al conjunto de condiciones externas "que facilita o dificulta la formación, difusión y extensión de acciones colectivas" (Cadena, 1999: 13). Tarrow (1994) distingue entre estructuras políticas estables (grado de descentralización, centralización del estado, sistema de partidos, etc) y estructuras que cambian coyunturalmente, como la mayor o menor apertura del sistema político, el grado de estabilidad de las alianzas, la existencia o no de fuerzas

relevantes en posiciones estratégicas, la unidad o división de los adversarios y la capacidad del sistema para desarrollar políticas públicas¹.

La influencia del modelo de proceso político se evidencia en algunos estudios de caso sobre organizaciones populares se expresa en el interés por abordar estructuras internas, liderazgos y relaciones con partidos e instituciones públicas (RAMOS 1995; SILVA 1994). Así mismo, fue empleada para explicar el cambio de las formas de acción colectiva de los pobladores ante los nuevos contextos políticos en Lima (TANAKA, 1995 y 1999) y para elaborar una tipología de estrategias de participación (PLIEGO, 1997).

A pesar de la ampliación del marco teórico de la corriente de movilización de recursos, tanto Tilly como Tarrow, dejan sin resolver algunas cuestiones claves de la acción colectiva contemporánea. Su trabajo histórico, "presupone la creación de nuevos significados, nuevas organizaciones, nuevas identidades y de un espacio social para que estas aparezcan" (COHEN 1995: 33); sin embargo no las explica, pues centra su atención en la dimensión estratégica de los movimientos.

En consecuencia quedan en evidencia tres problemas. Uno, no queda muy claro cuando y porqué una característica compartida se vuelve relevante para el reconocimiento mutuo de los miembros de un grupo: el problema de la identidad colectiva. Dos, no existe clara conexión entre las dinámicas en el plano de la producción y el de los intereses de los actores: el problema de la conciencia. Y tres, la categoría del interés colectivo requiere de un previo análisis sobre acerca de cómo dichos intereses son reconocidos, interpretados y son capaces de generar lealtad y compromiso: el problema de la solidaridad.

El segundo foco de interés temático en los noventa es la relación entre prácticas socioculturales de los pobladores, acción colectiva y ciudadanía. En el contexto de la preocupación de los movimientos urbanos como factor de democratización, la preocupación de los investigadores es valorar la capacidad de las organizaciones y sus luchas para generar nuevas formas de entender y asumir el ejercicio de la ciudadanía en contextos excluyentes y a la vez, globalizados.

La preocupación por la redemocratización surge del reconocimiento de que los procesos de expoliación urbana generan dos diferentes categorías de ciudadanos: los de primera clase con capacidad de defender sus derechos y los de tercera clase cuya participación en la vida política es

¹ No profundizo por ahora en las posibilidades de este enfoque, dado que será incorporado en el modelo analítico de esta tesis (ver capítulo 2)

nominal; ciudadano privado cuyo universo es su casa, teniendo en cuenta que es el único espacio que le genera seguridad ante unas lógicas de lo público donde el criterio de inclusión- exclusión y favoritismo determina el ejercicio de los derechos (KOWARICK 1996).

García Canclini (1995) sitúa la discusión en el terreno de los cambios generados en la vida urbana por parte de la globalización neoliberal en un contexto de descrédito de las instituciones políticas convencionales. Propone no limitar el concepto de ciudadanía a las relaciones entre sujetos y Estado, y ampliarlo a las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia. Así, los movimientos sociales en torno a la reivindicación de demandas asociadas al consumo colectivo, han ampliado el concepto de derechos y de lo público.

Por su parte, Naranjo (1999 y 2000) y Safa (2001) plantean que los pobladores de los territorios populares, desde sus luchas cotidianas y manifiestas contribuyen en la construcción de la democracia en la ciudad y en la formación de nuevas ciudadanías. Desde una concepción de democracia no limitada a lo individual y a lo institucional, se muestra como las luchas de los pobladores por el derecho a la ciudad y por el reconocimiento social y cultural producen unas subjetividades y unas prácticas políticas que a la vez afirman sus identidades colectivas.

Frente a los desafíos investigativos que plantean las nuevas relaciones entre política urbana, derecho a la ciudad y dinámica de pobladores, Naranjo (1999) plantea tres dimensiones a considerar: a) Las políticas urbanas, como espacio que articula múltiples actores: Estado, sectores inmobiliario y de la construcción, urbanizadores piratas, partidos políticos, ONGs, movimientos sociales y populares; b) Una racionalidad sociopolítica que construye también, en parte, la racionalidad integrativa y comunicativa de una ciudad; c) las políticas urbanas destacan la necesidad de volver a la política, a la construcción de actores y voluntades políticas en el ámbito de lo urbano.

Esta revaloración de lo político y de la construcción de ciudadanía no es ajena a los debates que desde la historia, la ciencia política y la filosofía política viene dándose en los últimos años en el contexto de la reivindicación de la política y la democracia más allá de su dimensión institucional, para reconocerlas como construcciones históricas complejas (WALZER, 1994; KIMLIKA y NORMAN, 1997; ZEMELMAN, 198; LECHNER, 2000).

5. Balance provisional

Se ha hecho un recorrido sobre las diversas estrategias a través de las cuales los pobladores populares de las grandes ciudades latinoamericanas desde mediados del siglo pasado, han conformado diferentes identidades sociales, han gestado diversas formas de organización y movilización colectivas y establecido variadas formas de articularse con el sistema político. También del modo como han sido abordado dichos procesos desde diferentes perspectivas, corrientes y modelos interpretativos, por parte de las ciencias sociales latinoamericanas.

5.1. Historicidad de las diferentes modalidades de acción colectiva urbana

Las estrategias basadas en el trabajo comunitario y la autoayuda, la existencia de asociaciones subordinadas a las políticas estatales y el predominio de las relaciones clientelistas, son las que más han tenido permanencia y presencia a lo largo y ancho del continente. Sin embargo, en la década de los setenta emergieron otras prácticas organizativas radicalmente opuestas; en un contexto de ascenso de las luchas en el campo y la ciudad, de expansión de la izquierda y del imaginario revolucionario, surgieron iniciativas organizativas autónomas frente al Estado, protagonizadas por nuevas generaciones de pobladores y grupos de activistas, que combinaron la autogestión y la protesta como mecanismos para la reivindicación de sus demandas sociales.

Desde la década de los ochenta, el repertorio de las temáticas, actores y formas de organización – acción de los pobladores populares de las ciudades latinoamericanas se amplió y diversificó notablemente. Dicha multiplicación ha sido resultado, tanto de las nuevas necesidades surgidas con el deterioro y complejidad de la vida urbana, como por la experiencia acumulada en las fases previas y la emergencia de nuevas subjetividades urbanas y sujetos populares.

El legado para la siguiente década es la existencia de miles de organizaciones sociales y comunitarias cualitativamente diferentes a las tradicionales de carácter clientelista. Se trata de experiencias con objetivos alternativos y una estructura de valores muy cohesionado en torno a la autogestión, a la solidaridad y a la participación. Si bien es cierto que hay diferencias de país a país, de ciudad a ciudad, parecen ser un potencial de construcción democrática.

Finalmente, se evidenció como el nuevo escenario político de los noventa (apertura de espacios de participación ciudadana, de gestión y vigilancia de la administración pública local), se convirtió en un reto para las viejas y las nuevas organizaciones; el reto se ha asumido generalmente, mediante su

incorporación activa en los nuevos procesos y escenarios de participación local, cuyo balance aún está por hacerse.

A partir de esta reconstrucción histórica, se reconocen cuatro estrategias típicas de organización, acción y relación de los pobladores, desde la cual se organizó la periodización de la reconstrucción histórica del campo problemático. Cada una privilegia unos actores, unas formas asociativas y de movilización privilegiadas, así como un tipo de relaciones particulares con los actores del sistema político². Tales “repertorios” (TILLY 1995) o modalidades típicas de asociación y acción popular urbana que planteamos son las siguientes:

1. Asociacionismo comunitario subordinado. Pobladores de asentamientos, generalmente en el proceso inicial de consolidación, que buscan gestionar sus demandas colectivas mediante la combinación de autoayuda comunitaria e integración funcional al sistema político a través de nexos tradicionales de tipo clientelista y/o corporativista.
2. Asociacionismo independiente alternativo. Colectivos de pobladores populares con vínculos con agrupaciones políticas de izquierda que para obtener sus reivindicaciones privilegian la formación de organizaciones independientes de los partidos tradicionales, la movilización y la confrontación abierta con el Estado.
3. Asociacionismo autogestivo fragmentado. Actores urbanos que se asocian en torno a necesidades, reivindicaciones e intereses urbanos particulares (vivienda, educación, cultura...) que privilegian la autogestión, la relación con organizaciones no gubernamentales y la generación de propuestas inéditas (no clientelista ni contestataria) para solucionarlos.
4. Asociacionismo ciudadano cogestivo. Grupos y organizaciones que más allá de sus demandas, presionan por crear o ampliar espacios de participación y apertura democrática; privilegian para la consecución de sus reivindicaciones la cogestión y negociación con entidades gubernamentales en el marco de los espacios y canales institucionales concedidos o conquistados.

5.2. La permanente construcción de referentes interpretativos

Por otra parte, a lo largo del capítulo se ha mostrado como, desde mediados del siglo XX, los pobladores urbanos y sus luchas han sido objeto de diferentes políticas de conocimiento, ineludibles

² Existen otras propuestas clasificatorias de las organizaciones populares urbanas, entre las que destaco las de RODRIGUEZ VILLASANTE (1991 y 1994), TORRES (1992) y PLIEGO (1997)

en las representaciones que se han tenido sobre los mismos. Los enfoques interpretativos y analíticos de mayor influencia en el estudio del asociacionismo y movilización popular urbana han sido, en su orden: la teoría de la marginalidad, el marxismo, el accionalismo, la perspectiva de los nuevos movimientos sociales y el modelo de proceso político. Al igual que con las modalidades de acción colectiva urbana, las teorías y sus conceptos coexisten, así alguna predomine en cada periodo.

Pese a la pluralidad de enfoques desde los cuales se han orientado las investigaciones, básicamente han procurado dar respuesta a unas inquietudes comunes; dichas preocupaciones, que han configurado el campo de los estudios urbanos latinoamericanos, podemos agruparlas en torno a cuatro conjuntos de preguntas:

- 1) preguntas por el carácter de la identidad social de los pobladores;
- 2) preguntas por el carácter de sus asociaciones y formas de lucha;
- 3) preguntas por sus estrategias de relación con el sistema político;
- 4) preguntas acerca de su potencial transformador en lo social y lo político.

Los interrogantes sobre la identidad de los pobladores han tenido que ver con su articulación al conjunto social, por su composición socio cultural, con sus prácticas económicas, sus creencias e imaginarios, sus redes y sus formas de sociabilidad. Según el enfoque teórico empleado, los pobladores han sido vistos como masa marginal o anómica, como subproletariado, como clases populares, como movimientos sociales, sujetos sociales o ciudadanos.

Las preguntas sobre su acción colectiva se han referido a sus prácticas asociativas, a sus formas de movilización, a su capacidad para enriquecer el tejido e incorporar y tramitar necesidades y demandas; a sus campos, contenidos y formas de acción; a sus articulaciones y redes sociales, etc. Según la perspectiva que se adopte, dicha acción colectiva ha sido categorizada como conductas desviadas, movimiento social o popular urbano, urbano, luchas urbanas o cívicas, organizaciones populares urbanas, participación ciudadana, etc.

Las preguntas sobre la relación de los pobladores, sus organizaciones y sus luchas con el Sistema Político han tenido que ver con asuntos como su subordinación o autonomía frente a dicho orden político, con sus estrategias y modalidades de relación con el Estado, los partidos tradicionales y de

izquierda, con su papel en los procesos de democratización, con su participación política local y metropolitana, con su incidencia en la definición de políticas públicas y en la formación de ciudadanos.

Finalmente, las preguntas sobre el significado de la acción colectiva en una perspectiva del cambio social se refieren a sus alcances y limitaciones para integrarse, reformar, transformar o transgredir el sistema. Unos la han valorado como funcional al sistema político, otros la han visto como alternativa al mismo.

Así mismo, los enfoques interpretativos en juego han tendido a privilegiar unas dimensiones de la acción colectiva de los pobladores, en detrimento de otras. Unas teorías privilegian el lugar y el carácter estructural de las luchas sociales, mientras que otras centran su atención en los aspectos organizacionales, sociales y culturales al interior de los movimientos o sus efectos sobre su contexto inmediato. En el primer caso, su interés ha sido determinar la identidad, la acción social y el potencial transformador de los actores a partir de factores estructurales. En el segundo se enfatizan motivaciones, identidades, procesos organizativos y de liderazgo, las formas de actuación y las condiciones de oportunidad del contexto.

Como plantea Melucci (1999: 37), los enfoques estructurales explican el porqué, pero no el cómo de la acción colectiva, y los enfoques de movilización de recursos explican el cómo se conforman y actúan pero no su significado y su orientación. Por otra parte, la perspectiva de los nuevos movimientos sociales plantea la relación entre los nuevos escenarios socioculturales contemporáneos y la novedad de los sujetos, formas de acción y orientaciones de las luchas sociales, pero sin ahondar en las mediaciones y los procesos en que se desenvuelven.

Salvo que consideremos los procesos asociativos y de lucha urbana como unidades homogéneas, las diferentes perspectivas pueden ser complementarias. Cada una es legítima en sus parámetros conceptuales; pero al desconocer otros factores constituyentes y aspectos constitutivos de la acción colectiva, es insuficiente para dar cuenta de su complejidad.

Capítulo 2

Horizonte conceptual y metodológico: La apertura a la especificidad del problema

Presentación

Como ya se planteó en la introducción, la problemática que se pretende abordar en esta investigación está referida a un conjunto de experiencias organizativas surgidas en la ciudad de Bogotá durante dos de las últimas décadas del siglo XX, que se definen a sí mismas como Organizaciones Populares, para diferenciarse de las prácticas clientelistas predominantes en las Juntas de Acción Comunal, predominantes en los asentamientos populares de la ciudad.

Aunque sus campos de acción son variados (la educación, la cultura, la autogestión económica, el deporte), tienen en común el mantener su autonomía frente al Estado, su opción por los “sectores populares” y su identificación con visiones alternativas de sociedad de diferente inspiración ideológica (educación popular, teología de la liberación, izquierda política, movimientos insurreccionales).

Así como los contextos ideológicos y comunitarios han cambiado a lo largo de las dos décadas, también lo han hecho sus prácticas con los pobladores; así mismo, la experiencia acumulada les ha posibilitado adecuar sus estrategias a las singularidades culturales de las poblaciones con las que trabajan y a los cambios políticos nacionales y locales. En algunas coyunturas, estas organizaciones populares han sido decisivas en la creación de redes locales y temáticas, desde las cuales se han sostenido movilizaciones con capacidad de incidir en la política local o en algún nivel del sistema urbano.

El nuevo escenario institucional de los noventa, la apertura de espacios de participación ciudadana, de gestión y vigilancia de la administración pública local, se convirtió en un reto para este tipo de organizaciones. Luego de una primera fase donde predominó la desconfianza, algunas han venido involucrándose activamente en estos procesos y espacios, cuyo balance aún está por hacerse.

En este sentido, la tesis pretende abordar cuatro cuestiones. En primer lugar analizar de qué modo estos procesos de organización popular se articularon con el tejido social y posibilitaron la formación de identidades sociales y nuevas subjetividades. En segundo lugar, analizar la manera como a lo

largo de su historia, las organizaciones han concebido y orientado sus prácticas y relaciones políticas; en particular en los espacios de gestión y política local creados a partir de la Constitución de 1991. Por último, caracterizar el contenido y el significado de la acción de las organizaciones y de las luchas urbanas antes y después de dichos cambios institucionales.

Dar respuesta a dichos interrogantes exige la construcción de una perspectiva interpretativa, un modelo de análisis y una estrategia metodológica que a la vez que incorpore los aportes del acumulado conceptual e investigativo en torno al campo problemático, sea pertinente a la especificidad histórica de las experiencias de organización y acción colectiva señaladas. Este es el propósito de este capítulo; en un primer momento se plantearán los referentes conceptuales que sirvieron como horizonte interpretativo de la investigación y no como marco teórico a ser comprobado; luego se presenta el modelo analítico a partir del cual se organiza la lectura de la problemática investigativa; finalmente, se presenta el enfoque y diseño metodológico.

1. La construcción de una propuesta interpretativa

Frente al desafío de abordar conceptualmente la acción colectiva de los pobladores expresada en sus prácticas organizativas y de movilización retomando los aportes y las críticas a los modelos interpretativos hasta ahora empleados en los estudios latinoamericanos e incorporando otros aportes provenientes del campo de estudios sobre acción colectiva en función de las singularidades del fenómeno a estudiar, para esta investigación se ha elaborado una propuesta interpretativa en la que confluyen aportes provenientes de diferentes tradiciones teóricas, así como de las elaboraciones del autor.

Diversos autores coinciden en planear la necesidad de complementariedad entre las diferentes tradiciones analíticas de la acción colectiva (Mc Adam, Mc Carthy y Zaid, 1999; Melucci 1999). No porque se aspire a una teoría unificadora que pueda dar cuenta de la totalidad de los factores y elementos constitutivos de la misma; sino porque la exigencia de reconocer la historicidad de los problemas a estudiar implica dar cuenta de sus factores estructurantes, de las condiciones y mediaciones socioculturales que la posibilitan, de sus propias dinámicas internas y de sus incidencias frente a su entorno.

Con respecto a nuestra temática, a lo largo de la década del noventa fueron publicados estudios sobre la acción colectiva de los pobladores urbanos latinoamericanos que integran conceptos e

hipótesis provenientes de dos o más teorías (Sader, 1988 y 1993; Villasante, 1991 y 1994; Tanaka, 1995 y 1999). A partir de las preguntas que orientan la investigación, del conocimiento previo de las experiencias asociativas de la ciudad de Bogotá y las opciones interpretativas del autor, para efectos de la presente tesis doctoral, se intenta una propuesta conceptual y analítica propia.

En primer lugar, se hace un posicionamiento frente a algunos conceptos básicos que definen el horizonte interpretativo y el propio problema de estudio: organizaciones populares, luchas urbanas, identidad, política y sujetos sociales; en segundo lugar se presentará el modelo analítico elaborado para abordar los estudios de caso. En un segundo momento se presenta el modelo analítico que estructuró la búsqueda y análisis de los hallazgos.

1.1. La acción colectiva de los pobladores: Organizaciones Populares y luchas urbanas

Para definir el carácter de la acción colectiva urbana popular, se ha optado por emplear las categorías "organización popular urbana" y "luchas urbanas" y no movimientos sociales urbanos (MSU) o Movimiento Popular Urbano (MPU), frecuentemente empleadas por los estudiosos latinoamericanos que se han ocupado de fenómenos similares. Dicha decisión obedece a que a juicio del investigador, las singularidades y alcances de la acción colectiva popular en la ciudad de Bogotá para el periodo estudiado no corresponde al significado conceptual que se le ha atribuido a dichas categorías.

Quienes emplean el concepto de Movimiento Social lo refieren a un tipo de acción colectiva en torno a conflictos de una escala societal, protagonizada por grandes colectivos sociales y con alta capacidad de transformación social. Alain Touraine, tal vez el sociólogo contemporáneo que más ha posicionado dicha categoría, la define como "el accionar colectivo y organizado de un sector social que lucha contra el oponente por la dirección colectiva del presente histórico, con capacidad de producir orientaciones socioculturales que les permitan lograr el control social de los recursos centrales de un tipo de sociedad determinada" (TOURAINÉ, 1977: 43)

Alberto Melucci, critica el carácter historicista del anterior enfoque e incorpora la categoría más amplia de acción colectiva, definida como la conjunción de individuos que se unen para actuar unitariamente por alguna razón o persiguiendo un fin; es decir, como "un sistema de relaciones que liga e identifica a aquellos que participan en él" (MELUCCI, 1976: 99). Un tipo de acción colectiva son los movimientos

sociales, y los define como construcciones sociales organizados a modo de "sistemas de acción", que involucran conflicto, identidad y trasgresión (MELUCCI, 1999):

1. Conflicto: existencia de oposiciones estructurales que generan dos o más actores que compiten por los mismos recursos.
2. Identidad: capacidad de los actores para generar solidaridades y sentidos de pertenencia que les permita ser vistos como actor social.
3. Trasgresión de los límites del sistema: alternatividad política, social y cultural

Son "sistema" en la medida en que se configuran como estructuras organizadas que garantizan cierta unidad y continuidad en el tiempo; son "acción" en la medida en que están orientados por objetivos, creencias y decisiones; construyen "identidad" en la medida en que generan solidaridades y sentidos de pertenencia y comparten campos de oportunidades comunes. Una última implicación del concepto es que los movimientos sociales buscan incidir sobre los factores estructurales del sistema social que originan el conflicto que los origina.

En Colombia ha encontrado cierto consenso en la definición de los movimientos sociales como una acción colectiva más o menos permanente, orientada a enfrentar opresiones, desigualdades, exclusiones, protagonizados por sectores amplios de población quienes a través de la organización y movilización en torno a sus demandas y sus luchas, van elaborando un sistema de creencias y una identidad colectiva, a la vez que van generando propuestas y proyectos que modifican estructuras del sistema social (ARCHILA, 1996 y 2004; TORRES, 2002).

Entonces, queda claro que los movimientos sociales se distinguen de otras formas de acción colectiva más limitadas como los comportamientos de agregado (tumultos, asonadas), las luchas y las acciones reivindicativas sin ninguna intención alternativa. Sólo cuando las acciones colectivas tratan de transformar las relaciones de dominación social ejercidas sobre los principales recursos sociales - producción, conocimiento, reglas éticas- cabe la expresión "movimiento social" (TOURAINE, 1987: 94).

Así, todo Movimiento Social es una acción colectiva, pero no toda acción colectiva es Movimiento Social. En nuestro campo problemático de estudio, existen formas de organización social, popular o comunitaria que surgen en torno a una o varias necesidades específicas, que pueden tener cierta estabilidad temporal pero que no generan ninguna articulación ni identidad como actor social.

También pueden darse expresiones de descontento social como los mítines, los tumultos, las marchas y protestas centradas en la denuncia de una injusticia, una dominación o una exclusión, pero que una vez realizada, expiran o se diluyen en otras prácticas e instituciones sociales. Así mismo pueden existir luchas o movimientos organizados y de cierta duración, que se articulan en torno a una demanda específica, pero que no buscan transgredir los límites del sistema o no alcanzan a tener la fuerza o magnitud para lograrlo.

Otra categoría muy empleada para nombrar la acción colectiva urbana es la de Movimientos Social Urbano (MSU), propuesta por Manuel Castells para comprender el conjunto de movilizaciones protagonizadas por los pobladores en su lucha por el derecho a la ciudad. Como se señaló en el capítulo anterior, Castells (1980, 312) se refería a comienzos de los setenta a los MSU como un

"sistema de prácticas que resultan de una coyuntura del sistema de agentes urbanos y de las demás prácticas sociales, en forma tal que su desarrollo tiende objetivamente hacia la transformación estructural del sistema urbano o hacia una modificación sustancial de la relación de fuerzas en la lucha de clases, es decir, en última instancia en el poder del Estado".

De este modo, los MSU tienen un origen estructural, relacionado con las insuficiencias de la organización colectiva de la vida urbana y en la incapacidad del orden capitalista de asegurar un funcionamiento adecuado de las ciudades; a su vez, poseen un potencial revolucionario al considerar que "son capaces de producir efectos cualitativamente nuevos en las relaciones entre clases, en un sentido contradictorio a la lógica estructural dominante" (CASTELLS 1982, 151).

En un trabajo posterior, Castells (1986: 375) define los MSU como "una práctica colectiva que se origina en problemas urbanos y es capaz de producir cambios cualitativos en el sistema urbano, la cultura local y las instituciones políticas, en contradicción con los intereses sociales dominantes". Con este planteamiento, pasó de una posición en la que vinculaba los Movimientos Sociales Urbanos a la satisfacción de los medios del consumo colectivo, a otra posición en la que se amplían sus objetivos a la defensa de identidad cultural y territorial y al control del gobierno local.

En el mismo sentido que lo dicho con respecto a los Movimientos Sociales, para Castells no toda asociación, lucha o movimiento protagonizado en torno a demandas o problemas de la organización urbana puede considerarse como un Movimiento Social Urbano. Para serlo, requiere de continuidad,

organización, base social definida, identidad de intereses, adversarios definidos, claridad en cuanto a su proyecto histórico y fuerza para realizarlo

En la tradición investigativa mexicana se ha autodenominado Movimiento Popular Urbano (MUP), al conjunto de asociaciones y luchas urbanas surgidas en torno a la conformación de asentamientos, a la dotación de servicios y acceso a otros derechos sociales y ciudadanos, independientes del partido gobernante e influidas por diferentes agrupaciones de izquierda. Dicha expresión es la que han usado los protagonistas de los propios movimientos y ha sido acogida por los sociólogos urbanos mexicanos para investigar esta modalidad de acción colectiva, pero sin desarrollarla como categoría teórica (RAMIREZ SAIZ, 1986).

En consecuencia, lo que tenemos es definiciones empíricas del MUP, como la siguiente de Lucía Álvarez (1998: 155):

“el conjunto de expresiones y acciones colectivas de los habitantes urbanos, autónomos con respecto a la estructura de poder estatal y del partido oficial, que comprenden una gran diversidad de manifestaciones que pueden caracterizarse, a su vez, por poseer desde un carácter estrictamente reivindicativo y de protesta, hasta una expresión formal, articulada en torno a una plataforma propositiva y con una proyección política de vastos alcances”.

Las organizaciones y luchas sociales a las que se refiere esta investigación, como acción colectiva, comparten algunos rasgos comunes a los atribuidos al los conceptos de MSU y MUP, tales como sus nexos con las contradicciones asociadas a la organización colectiva de la vida urbana, su composición social, su identidad de intereses y su intencionalidad alternativa.

Sin embargo, el carácter fragmentario de las organizaciones, sus escasos niveles de articulación y continuidad, no las constituye en un movimiento a fuerza social con la capacidad de transgredir el sistema. Por otra parte, las diferentes acciones de protesta protagonizadas por los habitantes populares de la ciudad, en algunas ocasiones pueden expresar conflictos sociales o urbanos o poseer alto nivel de beligerancia, pero sus bajos niveles de articulación, su falta de continuidad temporal, su cobertura local y su carácter arcadamente reivindicativo, no nos permite que se les atribuya el carácter de movimiento.

Es por ello que no se considera pertinente abordar las dinámicas organizativas y las movilizaciones protagonizados por los pobladores populares de la ciudad de Bogotá, desde la categoría conceptual

de Movimiento Social Urbano ni la descriptiva de Movimiento Popular urbano. Esta decisión también evita generar, a priori, una expectativa optimista acerca de los alcances de las formas de acción colectiva estudiadas o una descalificación previa de su potencial transformador. Como ya se señaló éste ha sido la posición de Touraine quien en diversas ocasiones ha afirmado que en América Latina las luchas urbanas no son ni podrán llegar a ser Movimientos Sociales, por su estructural fragmentación social y su histórica subordinación al Sistema Político.

Con base en el conocimiento previo de dichas las experiencias asociativas de las que trata la investigación, asumo el concepto descriptivo de Organizaciones Populares Urbanas (OPU) o el equivalente de Organizaciones Populares a nivel barrial o local. Bajo esta denominación incluimos todas aquellas iniciativas asociativas permanentes, originadas en los territorios populares en torno a la organización colectiva de la vida urbana, a la defensa de identidades culturales populares o a la participación en la gestión local, que se definen autónomas con respecto a la estructura de poder estatal y de los partidos políticos y se orientan desde opciones políticas alternativas.

Aunque imprecisa, dicha definición también sirve para deslindarlas de otras formas asociativas de menor o mayor alcance como es el caso de las múltiples acciones colectivas en torno a la solución de un problema puntual o al desarrollo de actividades específicas, pero cuya duración y estabilidad no sobrevive a la acción; también para diferenciarlas de otras organizaciones con amplia presencia en el barrio, conformadas en torno a demandas reivindicativas, culturales o de gestión local, pero subordinadas a políticas o programas gubernamentales, a partidos políticos tradicionales y sin una orientación crítica frente al sistema.

A diferencia de los grupos de base, las Organizaciones Populares Urbanas de carácter más estable, tanto por el carácter de los problemas de los que se ocupan, las actividades que realizan y la cohesión de sus miembros en torno a unos objetivos a mediano o largo plazo. Y frente a las asociaciones dependientes del Estado y los partidos, las OPU, gozan de mayor independencia y posibilidades de incorporar nuevos valores, significados, formas de relacionarse y de hacer las cosas.

Las OPU, tal como las estamos concibiendo, comparten algunas características atribuidas a los MSU, tales como su continuidad, su perspectiva alternativa y sus objetivos sociales, culturales y políticos, definidos por Castells (1985):

1. Lograr para sus habitantes una ciudad organizada en torno al valor de uso: (consumo colectivo).
2. Fortalecer identidades culturales locales autónomas, enraizadas histórica y culturalmente (comunidad)
3. Búsqueda de poder creciente para el gobierno local (autogestión política)

Pese a estas afinidades, no podemos asumir a las OPU de la ciudad de Bogotá como MSU, dado que, salvo en contadas excepciones, no han alcanzado la magnitud, los niveles de articulación, ni la elaboración de programas alternativos de ciudad, que se les atribuye a aquellos. No se descarta que las luchas y las articulaciones generadas desde las OPU lleguen a cristalizar niveles de fuerza, unidad y proyección que las constituya como Movimiento Social; pero sí de puntualizar que, por lo menos para el periodo estudiado, ello no sucedió.

Las OPU son espacios de cristalización e institucionalización de formas de solidaridad social presentes en el mundo popular, son nudos donde se fortalece el tejido local popular, desde las cuales los pobladores elaboran sus intereses comunes y se constituyen como actores colectivos, con capacidad de ser reconocidos, de negociar con otros actores urbanos y de incidir en la vida política local y ciudadana.

Aquí vale la pena retomar la distinción hecha por Cadena Roa (1999: 7) entre movimientos sociales y organizaciones de movimientos sociales que los integran. "Los movimientos sociales cuentan con un sector organizado y otro no organizado que realizan conjuntos sostenidos de acciones con la misma orientación: procurar (o resistir) algún objetivo de cambio social". En la medida en que los movimientos no constituyen una unidad empírica (Melucci, 1999), no pueden ser vistos como actores con estrategias, objetivos e historias unificadas, pero sí las organizaciones que los conforman.

Para finalizar esta conceptualización sobre las OPU, es necesario enfatizar que, como toda acción colectiva, los procesos organizativos populares no son realidades dadas, sino construcciones históricas y culturales instituidas e instituyentes. Por un lado, en su carácter inciden las condiciones estructurales y coyunturales del contexto en el que surgen y se desarrollan; por el otro, porque las organizaciones, desde sus propios dinamismos se van configurando como "unidades sociales" diferenciadas del contexto sociocultural y de los individuos que las integran y sobre los cuales incide.

La otra categoría que define nuestro foco de interés es la de luchas urbanas, acciones de protesta manifiesta, de carácter puntual, pero que visibilizan la inconformidad de sus protagonistas frente a una o varias problemáticas asociadas al modo de vida urbano (consumo colectivo, identidad, participación).

Para la investigadora colombiana Martha Cecilia García, las luchas urbanas son “entendidas como acciones colectivas protagonizadas por pobladores urbanos con la intención de expresar en el escenario público, sus demandas sobre bienes y servicios urbanos, respeto a sus derechos fundamentales, ampliaciones democráticas y participación en el manejo de sus destinos como colectividad, y de presionar respuestas eficaces a las autoridades” (GARCIA, 2002: 73).

Aunque en algunas ocasiones, estas acciones son promovidas por las organizaciones populares, éstas no son sus únicos protagonistas, pues también son impulsadas o participan en ellas otros tipos de asociaciones y personas que no pertenecen a organización alguna. Además, aunque las OPU participan o promueven acciones manifiestas de protesta (marchas, actos públicos de denuncia, paros cívicos, etc.), no es su única ni principal estrategia para el desarrollo de sus propósitos. Así, organización y movilización se complementan, pero cada una tiene su especificidad como acción colectiva.

1.2. La identidad de la acción colectiva popular

Hecha la delimitación conceptual de las dos expresiones de la acción colectiva popular a estudiar, las organizaciones y las luchas urbanas, es pertinente explicitar la manera como se entienden las dos dimensiones sobre los cuales se centra el estudio: la identidad y la política. Más aún, cuando se trata de conceptos con una amplia presencia en las ciencias sociales y frente a las cuales existen diferentes posiciones.

La pregunta por la identidad social, ha retomado importancia en las últimas décadas, en el contexto de la crisis de los Estados nacionales, el desdibujamiento de las grandes categorías sociales de la sociedad industrial, la reactivación de viejos conflictos étnicos, la proliferación de luchas en torno al reconocimiento, y la emergencia de subjetividades y sentidos de pertenencia desde los movimientos sociales actuales.

Así mismo, los términos en los que se aborda el asunto de la identidad, dista de las miradas clásicas que los asimilaban a los rasgos idiosincráticos propios de un colectivo social, ya sea comunidad local

o cultural, clase social o nación. En términos de Candau (2002: 9), frente a "las concepciones objetivistas, reificadas, primordialistas, sustancialistas, originarias, fijistas, etc. de la identidad, se observa un relativo consenso entre los investigadores en admitir que la misma es una construcción social, permanentemente redefinida en el marco de una relación dialógica con el OTRO" (9).

Desde esta perspectiva, en esta investigación se entiende por identidad social "el cúmulo de representaciones compartidas que funciona como matriz de significados, desde el cual se define y valora lo que somos y lo que no somos: el conjunto de semejanzas y diferencias que limita la construcción simbólica de un nosotros frente a un ellos" (DE LA PEÑA, 1994: 25). La identidad no se construye por el hecho de compartir rasgos, sino que se produce en un marco de interacciones de donde surgen visiones de mundo y sentimientos comunes de pertenencia, resultado de un proceso dinámico de inclusión y exclusión de atributos reales o ficticios.

La identidad supone "el punto de vista subjetivo de los actores sociales acerca de su unidad y sus fronteras simbólicas, respecto a su relativa persistencia en el tiempo, así como en torno a su ubicación en el mundo, es decir en el espacio social" (GIMENEZ, 1996). Por ello, se puede afirmar que la identidad corresponde a la cultura interiorizada en los individuos como repertorio de representaciones socialmente compartidas, entendidas estas como "una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido orientado hacia la práctica, que contribuye a la construcción de una realidad común por parte de un conjunto social" (GIMENEZ, 1997: 67).

Si bien es cierto que la identidad colectiva constituye una dimensión subjetiva de los actores sociales y de la acción colectiva, para su existencia requiere de una base real compartida (una experiencia histórica y una base territorial común, unas condiciones de vida similares, una pertenencia a redes sociales). Compartir estos condicionamientos materiales, permite la elaboración de unos rasgos distintivos que definen la unidad reconocida por el colectivo como propia. En fin, las identidades sociales son simultáneamente constituyentes y constituidas por el proceso social,

Tres rasgos la definen: su carácter relacional, histórico y narrativo. La identidad de un actor es una construcción relacional e intersubjetiva: emerge y se afirma en la confrontación con otras entidades, lo cual se da frecuentemente en condiciones de desigualdad y por ende, expresando y generando conflictos. Además, la identidad es siempre una construcción histórica; debe ser restablecida y negociada permanentemente; se estructura en la experiencia compartida y se cristaliza en instituciones

y prácticas consuetudinarias; también puede diluirse y perder su fuerza aglutinadora. La identidad también es una construcción narrativa; se produce y actualiza permanentemente en las conversaciones y lenguajes (verbales, visuales, corporales, etc) a través de los cuales los colectivos significan su realidad.

Para Giménez, una condición para la formación de identidades es la existencia de cierta perdurabilidad temporal. Pero más que permanencia, una continuidad en el cambio; las identidades son un proceso abierto, nunca acabado. Las características de un grupo pueden transformarse en el tiempo sin que se altere su sentido de pertenencia. La memoria colectiva se encarga de articular y actualizar permanentemente esa biografía compartida por el grupo: más que recuperar un pasado unitario y estático, produce relatos que afirman y recrean el sentido de pertenencia y la identidad grupal.

De acuerdo con George Mead, "la identidad subjetiva emerge y se afirma sólo en la medida en que se confronta con otras identidades subjetivas durante el proceso de interacción social, en el interjuego de las relaciones sociales" (GIMENEZ, 1993: 25). El concepto de identidad es estratégico y posicional y no la expresión de una esencia atemporal. Las identidades se construyen por medio de la diferencia y no fuera de ella. La construcción de identidad es un acto de poder, pues elimina aquello de u otro que hay dentro de sí.

En la discusión contemporánea sobre movimientos sociales, el tema de la identidad ha ocupado un lugar central. Para Touraine es uno de sus principios, dado que esta modalidad de acción colectiva permite que sus actores se definan a sí mismos frente a sus oponentes; para Melucci, la identidad posibilita y es el resultado de las solidaridades generadas en torno al movimiento y es lo que garantiza su unidad y continuidad histórica. Para Tilman Evers, la identidad es la principal característica de un movimiento y la define como la autopercepción realista de sus características, fuerzas y limitaciones (RAMÍREZ, 1990: 8). Para Cadena Roa (1999), la identidad del actor colectivo es un recurso fundamental de integración, pero a la vez una fuente de poder y un recurso para la acción; es decir, un instrumento simbólico para potenciar su capacidad de acción

Con respecto a las organizaciones sociales, la identidad puede abordarse desde dos ángulos complementarios. El primero es considerar la propia identidad como organización; el segundo es analizar en que medida una organización incide en la configuración de identidades colectivas dentro del contexto donde se desenvuelve.

Para Schvarstein y Etkin, (1989), las organizaciones son a la vez un sistema abierto (adaptativo) y un sistema cerrado (autoorganización). Así como cada organización ha nacido en respuesta a las demandas de un contexto y de unos actores, también cada organización posee su identidad, entendida como aquello que la distingue y que trata de conservar a lo largo del tiempo. Las organizaciones procesan perturbaciones endógenas o exógenas, para poder mantener sus características invariantes. Todo aquello que si desaparece afecta decisivamente la organización, es constitutivo de su identidad.

La identidad se materializa a través de una estructura, que es la forma que asume una organización en el aquí y en el ahora. Los elementos que definen la estructura, y por tanto, la identidad de una organización se agrupan en tres dominios: el de las relaciones, el de los propósitos y el de las capacidades existentes. El primero alude a las relaciones entre las personas; el segundo al de los propósitos que orientan las acciones de estas personas, ya sea individual o colectivamente, y el tercero se refiere a los recursos de todo tipo que se desarrollan y emplean para el logro de los propósitos y la legitimación de las relaciones (SCHVARSTEIN 1991, 64).

El segundo modo de relacionar organizaciones e identidad es el potencial que posee la primera para afectar los sentidos de pertenencia social de sus integrantes y de las poblaciones con las que trabajan. En la medida en que son también construcciones, están atravesadas y son portadoras de valores, significaciones, pautas de relación, propósitos y relaciones, las cuales pueden confluir o entrar en conflicto con los referentes simbólicos del contexto. Quienes participan o reciben influencia de las OPU pueden ver afirmados referentes de identidad previos, por ejemplo territoriales o incorporar otros nuevos, por ejemplo como ambientalistas.

1.3 Lo político desde las organizaciones

Abordar "lo político" en las organizaciones populares no resulta tan fácil, si reconocemos las recientes transformaciones reales y conceptuales que ha sufrido la categoría "política". Qué es lo político y la política en las sociedades contemporáneas es una pregunta que necesita responderse a la luz de dichos cambios y de la especificidad misma de las organizaciones populares en cuestión.

Aunque los propios especialistas coinciden en señalar la dificultad práctica y teórica de delimitar el ámbito contemporáneo de la política, la tendencia predominante ha sido la de delimitar conceptualmente la política al ámbito de poder político, identificado con el Estado y las organizaciones políticas (DUVERGER, 1979) o al llamado sistema político, estructura de roles e

interacciones orientadas hacia la asignación autoritaria de valores para una sociedad en su conjunto (EASTON, 1969). Desde esta concepción "clásica" de lo político, los discursos, las prácticas y las relaciones políticas están circunscritas al ámbito del Estado, sus instituciones y sus actores, en especial, los partidos políticos y los ciudadanos individuales.

Para esta mirada institucional de la política, predominante en el momento en que surgían las organizaciones populares urbanas, éstas no eran reconocidas como políticas por los partidos y movimientos de izquierda, por considerar que "se quedaban" en el plano de lo social, en lo meramente reivindicativo y local; para "trascender" a lo político, era necesario articularse a los partidos revolucionarios y a sus luchas manifiestas contra y por el poder del Estado.

Los estudios y reflexiones sobre las organizaciones populares urbanas y sus luchas durante los setenta y comienzos de los ochenta, compartían los mismos presupuestos; consideraban que su potencial político estaba asociado exclusivamente a su capacidad de confrontación con el Estado, como representante de los intereses de la clase dominante y responsable de la dotación de la infraestructura urbana y de las demandas de consumo colectivo.

Esta mirada de política, se queda corta para dar cuenta, tanto de otras prácticas políticas no reconocidas por el Estado, como de las recientes transformaciones en el ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas. Redefinir la política, por consiguiente, requiere reconocer y comprender dichas prácticas desconocidas y dichos cambios históricos; como plantea Gloria Naranjo, "no es posible una nueva categorización de la política sin llevar a cabo una descripción de los fenómenos actuales y actuantes que no pueden ser conceptualizados por la vía de reducción a las categorías conocidas, e incluso clásicas" (NARANJO, 2000).

En primer lugar, Lechner afirma que la política ya no es la principal instancia de orden y articulación de la vida social; para dicho autor, la política dejó de ser lo que era, debido a los cambios que han sufrido sus sociedades en las últimas décadas, asociados "al predominio absoluto de la economía de mercado y los procesos de globalización, el colapso del comunismo y del sistema bipolar, el rendimiento del Estado, el nuevo clima cultural y la misma preeminencia de la democracia liberal" (LECHNER, 1996).

La pluralización (fragmentación, dirán otros) de la vida social, que ha dado lugar a espacios o campos más autónomos y regulados por sus propias dinámicas y tensiones, debilita la unidad de la

vida social y la centralidad de la política, entendida como un lugar donde se concentra el poder y desde el cual se "controla" o regula las distintas esferas de la sociedad. Ello ha llevado a cuestionar al Estado y la política como exclusivas instancias generales de representación y coordinación social.

La expansión de la influencia del mercado y de los procesos de globalización, restringe y desestatiza el campo de acción política. Finalmente, la creciente desideologización y descrédito de las instituciones políticas y su consecuente distanciamiento de la vida cotidiana de unos ciudadanos cada vez más individualizados y desentendidos de lo público. Frente al descreimiento de la política y sus instituciones, ganan presencia otros modos de participación como los medios de comunicación, el consumo individual y colectivo (GARCIA CANCLINI, 1995), así como la propia acción de los movimientos sociales.

Tal descentración del poder traslada a todos los escenarios de la sociedad la acción política, desdibuja las fronteras entre los ámbitos entre lo político y lo social, entre lo público y lo privado, y por tanto, la separación entre actores políticos y actores sociales, presupuestos centrales de la teoría política clásica. Más aún, dichos cambios exigen nuevas maneras de definir la misma política a partir de prácticas históricas y sociales concretas"; modos de entender lo político que reconozcan prácticas sociales y cívicas que se ejercen por fuera del "sistema político, como las que nos ocupan en esta investigación.

En consecuencia, para entender el carácter y potencial político de las organizaciones populares más allá de sus nexos con el Estado y sus instituciones, es necesario asumir una concepción más amplia de la política que reconozca la especificidad de sus ideologías políticas, sus campos y formas de acción, sus relaciones con otros actores, así como sus modos de ejercer la participación hacia su interior. Por ello, que hemos acogido, como referente interpretativo, una concepción amplia de política, entendida como materialización de ideologías, como producción de direccionalidad histórica de lo social y como construcción de comunidad.

Apoyándonos en Hugo Zemelman (1997), partimos de considerar la realidad histórica no sólo como un sistema determinado de relaciones sociales, sino como una pluralidad de proyectos de vida social con virtualidad para ser contruidos. En tal sentido, dicho autor concibe la política como conciencia de dicha historicidad, como un proceso de construcción de proyectos en el contexto de las contradicciones sociales; es decir, como "la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y

proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar dirección a la realidad social en el marco de opciones viables" (ZEMELMAN, 1989: 13).

Este modo de entender la política como posibilidad de transformación de la realidad social desde los sujetos sociales, sus proyectos y sus prácticas, parte de reconocer la sociedad como realidad estructurada, pero a su vez estructurándose, como campo de relaciones y fuerzas en pugna por orientar su direccionalidad donde entran en juego diferentes visiones de futuro. También, supone que dicha potenciación de lo social desde la construcción de opciones se da tanto en el nivel macro social (sistémico), como en los ámbitos locales y cotidianos, en la medida en que allí se configuran subjetividades y sujetos con capacidad de proponer visiones de futuro, generar proyectos y llevarlos a la práctica.

En una perspectiva afín, Helio Gallardo define la política como acumulación de fuerzas propias y como construcción de comunidad: para este autor, la política es "una orientación y una práctica que acompaña como servicio, a la producción de comunidad; es decir a discursos instituciones y acciones que facilitan y potencian la constitución y reproducción como comunidad de un conglomerado humano particular y diverso" (GALLARDO, 1996: 27). Ello implica reconocer como políticos no sólo los espacios y actores formalmente "políticos", sino todas aquellas prácticas y dinámicas sociales que generan vínculos y articulaciones sociales, así como visiones de futuro y proyectos alternativos de vida social, dado que construyen poder.

En un sentido amplio de poder, Silvia Bolos, apoyándose en Ardite (1995) distingue la política de lo político. La primera, tiene su espacio: partido, actividades legislativas, gobiernos, etc. "Lo político, en cambio es un tipo de relación que se puede desarrollar en cualquier espacio, independiente de si permanece o no dentro del terreno institucional de la política" (BOLOS 2001, 31).

Esta concepción de política, en la que juega un papel central la construcción de utopías y proyectos alternativos, así como la articulación de voluntades y de actores para realizarlas, las consideramos más apropiadas para entender el discurso y las prácticas políticas de las organizaciones populares estudiadas. En efecto, éstas se definen como opciones autónomas y críticas frente al Estado, así como alternativas al orden social dominante; en coherencia, generan proyectos, despliegan voluntades, prácticas y generan vínculos para hacer viables dichas opciones en los contextos poblacionales donde actúan, a la vez que las potencian como actores políticos.

1.4. Organizaciones y luchas urbanas como constitución de sujetos

Dentro de la preocupación por abordar la identidad y la política de las organizaciones y luchas políticas de los pobladores populares de las ciudades latinoamericanas desde su propia historicidad y sus dinanismos constitutivos, se ha optado por la perspectiva de la constitución de sujetos sociales. En la construcción de dicho enfoque, confluye el aporte de diferentes autores como Bourdieu (1975 y 1990), Touraine (1986 y 1997), Thompson (1984 y 1985), Ibañez (1985 y 1996) y Hugo Zemelman (1987, 1989, 1997 y 1998).

Aunque el problema a la relación dialéctica entre condiciones históricas y acción social ya fue planteado por Marx a mediados del siglo XIX, estos autores han mostrado la complejidad de instancias, procesos y mediaciones en torno a los cuales interactúan estructuras, prácticas y sujetos. Desde diferentes argumentaciones, superan la oposición dicotómica entre lo objetivo y lo subjetivo al colocar el acento en la participación de los agentes sociales en la construcción de la realidad social, sin desconocer las determinaciones que ésta le impone al comportamiento social. Asumir los sujetos sociales como productos a la vez que productores de la realidad, supone concebir la vida social como movimiento histórico, como síntesis de múltiples dinanismos y dimensiones, atravesada por diversos procesos temporales y espaciales.

Por Sujeto Social, estamos entendiendo “una colectividad donde se elabora una identidad y se organizan prácticas mediante las cuales los miembros pretenden defender sus intereses y expresar sus voluntades, al mismo tiempo que se constituyen en tales luchas” (ACEVES 1995: 5). En términos de Sader (1990) el concepto de sujeto social alude a cualquier colectivo social que en un contexto histórico determinado, elabora una identidad y organiza prácticas mediante las cuales sus integrantes defienden sus intereses y expresan autónomamente sus voluntades, a la vez que se constituyen en tales luchas.

Dicha categoría, más amplia que la de clase o movimiento social, involucra diversos planos, escalas espaciales y temporales de la realidad social y articula las múltiples determinaciones de las estructuras sociales, sin anular la especificidad de las coyunturas y esferas particulares del devenir social. Nos remite al terreno sociohistórico donde se constituyen las subjetividades, las identidades y las “voluntades de cambio” colectivas; a los conflictos y prácticas sociales en torno a los cuales se aglutinan colectivos sociales y potencian su capacidad de acción transformadora de la realidad.

Dentro esta concepción histórica y construccionista de sujeto social, éste no constituye una entidad abstracta, autosuficiente o terminada, sino “un vasto y complejo proceso de producción de experiencias que no pueden ser delimitadas con precisión; se va constituyendo como sujeto un individuo o colectivo que, a través de diferentes prácticas sociales y procesos subjetivos, es capaz de reconocer las condicionamientos sociales y culturales que lo condicionan y de potenciar sus capacidades para transformarla en función de visiones de futuro y proyectos propios.

Por tanto, el abordaje de la constitución de sujetos, no está determinada mecánicamente por condiciones o conflictos estructurales, aunque las reconoce; tampoco por la decisión voluntaria de los individuos, aunque tampoco la excluye; radica en la capacidad de reconocerla como un proceso donde se articulan diferentes planos y mediaciones sociales (experiencia, necesidades, proyectos, prácticas, instituciones, etc) que potencia la capacidad de identificación y autonomía de un colectivo, así como de su capacidad de transformación de la realidad.

Pensar la constitución de sujetos incorporando las dimensiones subjetivas de la vida social, exige precisar que se entiende por subjetividad social. La categoría de subjetividad nos remite a un conjunto de instancias y procesos de producción de sentido, a través de las cuales los individuos y colectivos sociales construyen y actúan sobre la realidad, a la vez que son constituidos como tales. Involucra un conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo, conscientes e inconscientes, cognitivas, emocionales, volitivas y eróticas, desde los cuales los sujetos elaboran su experiencia existencial y sus sentidos de vida (Torres, 2000: 8).

De este modo, la subjetividad, cumple simultáneamente varias funciones: 1) cognitiva, pues, como esquema referencial, posibilita la construcción de realidad; 2) práctica, pues desde ella los sujetos orientan y elaboran su experiencia; y 3) identitaria, pues aporta los materiales desde los cuales individuos y colectivos definen su identidad personal y sus sentidos de pertenencias sociales.

Para Zemelman, es el plano de la realidad social donde se articulan dimensiones como la memoria, la cultura, la conciencia, la voluntad y la utopía, las cuales expresan la apropiación de la historicidad social a la vez que le confieren sentido y animan su potencialidad. “Toda práctica social conecta pasado y futuro en su concreción presente, ya que siempre se mostrará una doble subjetividad: como reconstrucción del pasado (memoria) y como apropiación del futuro, dependiendo la constitución del sujeto de la articulación de ambas” (ZEMELMAN, 1996: 116).

No hay plano ni momento de la realidad social que pueda pensarse sin subjetividad. Está presente en todas las dinámicas sociales y en todos sus ámbitos: tanto en la vida cotidiana y los espacios microsociales como en las realidades macrosociales. Dado su carácter estructurado y estructurante, la subjetividad "no puede entenderse como un campo definido en términos de sus manifestaciones, ya sean conductuales, de expectativas o perceptivas, sino de modo más profundo, desde su misma dinámica constitutiva y constituyente: ello nos remite a campos de realidad más amplios" (ZEMELMAN, 1996: 104).

Como dinamismo instituyente, el concepto de subjetividad involucra "al conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo consciente e inconscientemente, materiales, intelectuales, afectivos o eróticos" en torno a los cuales se configuran las identidades, modos de ser y de transformación social (CALVILLO y FAVELA, 1995: 270). Por tanto, la subjetividad toca lo personal, lo social y lo cultural; no se agota en lo racional ni en lo ideológico, si no que se despliega en el amplio universo de la cultura.

Para terminar, son pertinentes dos precisiones conceptuales. En primer lugar, que la perspectiva de sujeto social esbozada no se corresponde con la concepción de Sujeto Histórico asumido como "un actor homogéneo determinado objetivamente, llamado a construir una nueva y única realidad desde una única subjetividad" (CHANQUIA, 1994: 42). En segundo lugar, que las clases sociales han sido una importante forma histórica en la configuración de sujetos colectivos, pero no la única; como lo han puesto en evidencia los movimientos sociales contemporáneos, en torno a los cuales se han conformado actores sociales en torno a otras dimensiones como lo territorial, lo étnico, el género o lo generacional. Es más, en una misma experiencia histórica se pueden articular varias.

2. Un modelo analítico para abordar la acción colectiva urbana

El abordaje del asociacionismo popular y de las luchas urbanas en la perspectiva de la construcción de sujetos colectivos, implica considerar los factores estructurales, así como otras dimensiones y mediaciones que intervienen en la comprensión de las necesidades que les dan origen, de los actores que las forman y que se forman en ellas; también debe involucrar las intenciones y sentidos que las orientan, la experiencia compartida que generan, las modalidades de articulación y movilización que asumen, así como de los escenarios sociales y políticos donde actúan, en sus diferentes escalas temporales y espaciales en las que devienen.

Como lo señala Pliego (1997), las teorías predominantes sobre las organizaciones son planas y homogenizantes, simplificadoras de la compleja realidad de sus dinámicas constitutivas. Por es necesario construir modelos analíticos que den cuenta de las condiciones que los posibilitan, así como de sus estrategias, actividades, procesos internos, vínculos externos, significados y políticas culturales que las atraviesan.

La hipótesis que articula la propuesta analítica desde la cual se orientó el trabajo de campo es que ha sido desde las experiencias compartidas en torno a sus dinámicas asociativas y de movilización en torno al mejoramiento de su calidad de vida, la defensa de sus identidades y la ampliación de espacios de participación, que los sectores populares urbanos se han configurado en un lugar de emergencia de identidades colectivas, así como de nuevas subjetividades y prácticas políticas.

Aunque el origen de dichas acciones asociativas está relacionado con la organización del modo colectivo de vida urbana y con unas condiciones políticas y culturales previas, existe una serie de instancias y procesos que median entre las condiciones estructurales y la acción organizada. Entre otras mediaciones socioculturales tenemos: la vida cotidiana de los sujetos, la red de relaciones de sociabilidad a nivel local, las tradiciones asociativa de los pobladores y la que se generan, las coyunturas internas de la evolución del asentamiento, las oleadas generacionales, los tipos de relación establecidas con otros agentes sociales (especialmente el Estado), así como las culturas políticas previas y emergentes entre los pobladores.

La garantía de continuidad y consolidación de las experiencias organizativas está asociada a su capacidad de establecer con el tejido social y asociativo que preexiste en el barrio o zona de acción. Los individuos que entran a formar parte de los grupos y organizaciones participan ya de relaciones cotidianas (de paisanaje, familiares, vecinales, religiosas) que van configurando un sentido de pertenencia y una subjetividad compartida. La presencia o ausencia de experiencias de organización y lucha previas, así como el contexto institucional y las relaciones con otras instituciones del sistema político contribuyen en buena medida a facilitar, a obstaculizar y a moldear el carácter, estilo y alcances políticos de los intentos organizativos y sus liderazgos.

De este modo, en todos los procesos constitutivos de identidad colectiva, de actores sociales y de acción colectiva confluyen condiciones políticas y sociales estructuradas, procesos generados por la propia experiencia asociativa y de lucha, y dimensiones culturales con potencial instituyente. Por ello,

en el análisis de las experiencias de organización y movilización populares urbanas, es necesario considerar la coexistencia simultánea de diferentes planos y sentidos de realidad, tales como:

1. La existencia de un conflicto, tensión o condición estructural en torno al cual emerge la acción colectiva;
2. La vivencia, percepción y elaboración del conflicto por parte de sus protagonistas desde el marco de unos referentes valorativos, cognitivos e ideológicos ("marcos interpretativos") desde los cuales se interpreta la situación y se decide o no vincularse y permanecer en la acción colectiva.
3. La construcción de vínculos de solidaridad entre los actores que dan una base comunitaria (territorial o no) a los movimientos, así como de unas dinámicas organizacionales y estrategias que estructuran la acción colectiva
4. La formación – siempre abierta y conflictiva - de identidades y solidaridades que garantizan la unidad y continuidad de las organizaciones y luchas.
5. Las formas y modalidades de movilización colectiva que hacen visible el movimiento.
6. Las condiciones y coyunturas sociales y culturales que actúan como estructura de oportunidades para su acción.

Sin pretender agotar exhaustivamente cada una de los anteriores planos de análisis, a continuación se esboza algunas consideraciones para comprender la acción colectiva urbana en su complejidad. La exposición se organiza en torno a seis niveles de la acción colectiva que deben ser considerados articuladamente: 1) los factores estructurales que aunque no la determina, si permite comprender las condiciones de su emergencia y pertinencia 2) los territorios locales como espacio donde se forma el tejido social y las identidades vecinales; 3) la vida cotidiana donde se perciben y asumen los conflictos sociales y se llevan a cabo las experiencias, las tácticas y las estrategias para afrontarlos; 4) el plano de las dinámicas asociativas, en torno a los cuales se construyen nuevas relaciones, valores y orientaciones; 5), el plano de análisis es la movilización colectiva y las expresiones manifiestas de protesta; y 6) el plano de relación e incidencia con las estructuras e instituciones del sistema político.

2.1. Los factores estructurales

Así no sea una condición suficiente, la acción colectiva urbana tiene como trasfondo la existencia de conflictos y contradicciones en las estructura sociales y políticas urbanas, las cuales a su vez están estrechamente relacionadas con el contexto societario más amplio en el que se generan. Los trabajos de los sociólogos urbanos marxistas, en particular los de Manuel Castells han demostrado teóricamente y confirmado empíricamente dicha hipótesis (CASTELLS, 1980, 1986,1995).

Así haya sido criticado el determinismo de sus primeros planteamientos, los aportes de Castells sobre la cuestión urbana en las sociedades capitalistas, permiten comprender la problemática, las políticas urbanas y la acción colectiva en la ciudad, incorporando los condicionantes estructurales que están en su base. La ciudad, como producto histórico, evidencia los intereses sociales en pugna en un contexto histórico dado. Los procesos de acumulación capitalista generan formas de diferenciación social no solo basadas en el proceso de producción, sino también el del consumo colectivo; “la histórica desigualdad en términos de renta, inherente al capitalismo se expresa en otras inequidades sociales relacionadas con la consecución de vivienda, la accesibilidad, uso y gestión de ciertos servicios colectivos sociales y culturales” (CASTELLS, 2001).

Por otro lado, es sabido que en el siglo XX, como estrategia para conjurar las crisis económicas y las revoluciones sociales, en las sociedades capitalistas, al Estado se le asignó la responsabilidad de asumir los sectores menos rentables pero necesarios para la actividad económica de atenuar los conflictos sociales. Así, hasta la implantación del modelo neoliberal, el Estado dirigió la planificación urbana, generó políticas de vivienda, asumió la prestación de los servicios públicos y sociales y en algunos casos, el apoyo a las actividades culturales y deportivas en las ciudades (CASTELLS, 2001.)

Esta intervención masiva del Estado en la organización del consumo colectivo y las políticas culturales de la ciudad, politizó la cuestión urbana. Por un lado, porque su actuación así sea de carácter económico está marcada, sobre todo, por una lógica política; esto significa que en países como Colombia, las políticas urbanas reproduzcan tradiciones como el centralismo, el clientelismo y la corrupción. Por el otro, porque al parecer como garante de los derechos sociales de la población, el Estado se convirtió en el referente de casi todas las demandas y luchas urbanas, politizando los procesos de gestión y resolución.

Esta referencia estructural al origen de las organizaciones populares y las luchas urbanas no se agota en el nivel socioeconómico y político; involucra las relaciones históricas de larga duración de las poblaciones con la ciudad y sus territorios, así como sus universos simbólicos que enmarcan y dan sentido a sus experiencias sociales. "Detrás de cualquier reivindicación hay una red compleja de motivaciones articuladas, en donde la identidades escondidas y latentes, construidas en la cotidianidad, son determinantes" (VILLASANTE, 1991: 10)

Tanaka (1995) advierte que el excesivo peso que algunos investigadores le dan a las estructuras socioeconómicas y culturales para explicar la acción colectiva, conduce a conclusiones pesimistas sobre sus posibilidades. Es el caso de Touraine, quien al evidenciar el alto grado de heterogeneidad, desarticulación y precariedad de los sectores populares en las ciudades latinoamericanas y su subordinación al sistema político, concluye que su capacidad de acción y transformación no es viable.

Además de esta especificidad histórica de la ciudad en cuanto síntesis de conflictos sociales y escenario de políticas estatales para regularlos, por el hecho de formar parte de la sociedad mayor, también se ve afectada por sus transformaciones y coyunturas económicas, sociales y políticas. Por ejemplo, a los situaciones de crisis inflacionarias, al ascenso o descenso de las luchas sociales, a los procesos de transformación institucional y a acontecimientos fortuitos como un desastre natural.

Si bien es cierto que estas dimensiones estructurales son factores explicativos de la acción colectiva urbana, éstas no son suficientes para comprenderla. Entre condiciones estructurales y acción organizativa median otras instancias sociales significativas para los pobladores como sus redes de relaciones de sociabilidad (tejido social), sus previas tradiciones asociativas y la que se va generando (tejido asociativo) a lo largo de la historia de los asentamientos populares; también inciden las dinámicas culturales que van conformando identidades colectivas, culturas políticas y diferentes formas de relación con otros agentes sociales.

2.2. Barrios populares, tejido social e identidades vecinales

El estudio la acción colectiva urbana debe remitirnos a la organización de la vida cotidiana de la gente y a los espacios en torno a los cuales construye sus vínculos sociales más significativos y elabora sus representaciones sobre sí mismos y sobre los demás; al territorio, donde configuran sus solidaridades e identidades básicas, así como sus relaciones con el mundo de la ciudad.

Sin lugar a dudas, para el caso de los pobladores urbanos de las ciudades de América Latina, dicho lugar ha sido su territorio, los barrios populares. La historia de los asentamientos populares de las ciudades de la región es la historia de la incorporación de los inmigrantes a la vida urbana, de su lucha por el derecho a la ciudad y de su constitución como referente de sentido de pertenencia principal de sus habitantes; en un contexto de escasa, precaria e inestable vinculación con el mundo laboral, su identidad social no ha estado marcado tanto por su calidad de trabajadores como sí la de pobladores o vecinos de un barrio o sector de la ciudad.

Refugio de inmigrantes, espacio donde se desarrollan diferentes estrategias de sobrevivencia y resistencia a los embates del desempleo, la pobreza y la exclusión, el barrio es también el lugar donde se establecen relaciones personales más intensas y duraderas, difíciles de lograr en el mundo del trabajo. En la fase fundacional de los barrios se recrean relaciones de compadrazgo y el paisanaje, en la casa se recibe a los familiares recién llegados del campo y se realizan bazares donde se preparan productos de las regiones de origen. Varios estudios (MATTOS, 1988; LOMMITZ, 1974) han ilustrado los estrechos nexos entre los primeras generaciones de inmigrantes en los asentamientos como estrategias de sobrevivencia y articulación social.

Estos vínculos de vecindad, compadrazgo, amistad y afinidad cultural y generacional van formando una malla de relaciones que pueden leerse como redes sociales. "Las redes sociales son formas de interacción, intercambio y reciprocidad que están orientadas a satisfacer ciertas necesidades de los grupos, sean afectivas, comunitarias, políticas, culturales, etc." (BOLOS 2000, 37). Las Organizaciones Populares y las luchas urbanas están sostenidas por estas redes informales que facilitan o limitan su actuación. La acción colectiva se inserta en las redes previas y las amplía; "crea vínculos donde no los había, agrega comportamientos al repertorio de la acción colectiva, transforma valores, crea o modifica imaginarios" (ESPINOZA, 1999: 213).

Como se señaló, el barrio es también un espacio donde los pobladores populares constituyen identidades sociales.. En primer lugar, el barrio mismo es referente de identidad, en la medida que sus pobladores al construirlo, habitarlo y -muchas veces- defenderlo como territorio, generan lazos de pertenencia, que les permite distinguirse frente a otros colectivos sociales de la ciudad. En segundo lugar, los barrios en su conjunto son un espacio donde se construyen diferentes identidades colectivas, que expresan la fragmentación y diferencias culturales propias de la vida urbana contemporánea.

En cuanto la primera perspectiva, en la medida en que los asentamientos se vuelven el contenido y el escenario de buena parte de las luchas compartidas por sus habitantes por el derecho a la ciudad y de construcción de redes sociales, también contribuyen a ir moldeando una nueva identidad socioterritorial como "clase popular" y como pobladores barriales (VILLASANTE 1994); "al pasar o a ocupar los sitios y construir su casa propia y una infraestructura común, estos grupos populares disgregados, se autoreconocen ahora mutuamente en el acto y proyecto común de asentamiento en la ciudad, pasando a constituirse como clase poblacional" (ILLANES 1993).

Pero si bien la identidad barrial se alimenta de la experiencia compartida en la ocupación, producción y uso de un espacio, ésta no se agota en lo territorial. Es ante todo, un referente simbólico: el barrio popular como construcción colectiva, teje una trama de relaciones comunitarias que identifica a un número de habitantes venidos de muchos lugares y con historias familiares diversas, construyendo un nuevo "nosotros" en torno al nuevo espacio y la historia compartidos.

Para Patricia Safa la identidad vecinal además de experiencia intersubjetiva es arena social donde se definen los diferentes actores que luchan y se organizan por la apropiación del territorio. "Las identidades vecinales además de ser una construcción social y cultural y un espacio de relaciones, es una arena de conflicto" (SAFA, 1998:158).

Reconocer al barrio como referente de identificación sociocultural de sus habitantes, no significa que sea una "comunidad" homogénea como lo suponen algunos estudios. Dado que los asentamientos populares, no constituyen un universo cerrado, ni son ajenos al conjunto de procesos que afectan la vida de la ciudad, expresan diferencias de diversa índole. La fragmentación social y generacional, la pluralidad de ofertas religiosas y de consumo cultural, origina diferentes referentes identitarios. Los casos más evidentes son los de las mujeres y los jóvenes.

Las experiencias asociativas y de movilización social que se generan en los barrios populares están estrechamente alimentadas, a la vez que alimentan, estas identidades barriales comunes o segmentadas. Generalmente asumen dentro de su identificación, el nombre del barrio y su mayor o menor capacidad de convocatoria pasa por la apelación a estos referentes identitarios. A su vez, la acción colectiva puede ser fuente de nuevos sentidos de pertenencia que enriquece los procesos de construcción de identidad dentro de los sectores populares urbanos.

2.3. Vida cotidiana, elaboración de necesidades y experiencia

En el proceso de conformación, apropiación y transformación del territorio transcurre la cotidianidad de los pobladores, suelo en el que se reproduce la vida social a través de las prácticas e interacciones subjetivas consuetudinarias, mediadas por el lenguaje. Es en la lucha diaria por la sobrevivencia, cuando perciben los efectos de la exclusión, la pobreza y el desempleo, como experiencia compartida de precariedad, carencia y calamidad; donde la memoria y experiencia compartida conversan con los más cercanos (familia, vecinos, allegados) sobre dichas situaciones, valorándola o no como vejación, injusticia o agravio moral.

Abordar la manera como los colectivos populares definen sus necesidades y las tramitan como demandas, reivindicaciones, intereses o derechos requiere reconocer las mediaciones simbólicas, sociales y políticas que lo posibilitan. Ello exige "estudiar procesos de atribuciones de significados mediante los cuales una ausencia se define como carencia y necesidad y por las cuales ciertas acciones sociales se definen como en correspondencia con los intereses de una colectividad" (SADER, 1993:75)

Las necesidades, son el sustrato más elemental de la relación entre la objetividad y subjetividad; no basta con la existencia de una carencia material o simbólica, si no es percibida como necesidad. No sólo aluden a la sobrevivencia material, sino también a la necesidad del colectivo a reproducirse como tal. Por ello, la necesidad no es objetividad en el sentido de materialidad, sino objetividad que es construida según representaciones dadas (ZEMELMAN 1991).

La común referencia a las "necesidades sentidas" no son un reflejo automático de la estructura social, sino que evidencia una lectura que los sujetos hacen desde su memoria, su visión de futuro o la valoración compartida del presente. Los pobladores definen sus carencias en necesidades y las reelaboran como reivindicaciones, demandas o derechos y las enfrentan de diversos modos, a través procesos en los que intervienen diferentes mediaciones culturales, sociales y política; por ejemplo las experiencias previas de lucha social, los creencias religiosas, la cultura política o la acción de agentes externos.

Las necesidades compartidas no generan de modo natural, ningún tipo de acción colectiva. La cotidianidad popular también es el escenario donde la gente despliega sus esfuerzos y voluntades para afrontarlas. Es el plano de las experiencias en donde se evidencia la transformación de la realidad

tanto objetiva como subjetiva y donde se da cuenta del potencial de la transformación de lo deseable en posible (ZEMELMAN 1992).

Así, la solución de las necesidades percibidas puede ser asumida de modo individual, familiar o colectivo, de manera ocasional o permanente, de forma desestructurada u organizada. Esta experiencia de resolución de problemas comunes también pasa por el entramado de creencias, representaciones y universos simbólicos previos, por la valoración de las alternativas que les ofrece el nuevo contexto y por la influencia de los agentes externos.

Esta intervención de agentes externos en la generación y continuidad de acciones y organizaciones para resolver las necesidades muchas veces se vuelve decisiva. Por una parte, porque desde su posición de poder (simbólico, político, económico) influyen en la definición de las necesidades y de la forma de solución. Por la otra, porque militantes, activistas, colaboradores, asesores, muchas veces asumen sus costos, inyectan recursos que resultan imprescindibles y le dan proyección al vincularlos con discursos y organizaciones de carácter nacional.

Por último, es en la cotidianidad de los sectores populares donde se reproducen los discursos y prácticas hegemónicas, pero también donde emergen las tácticas de resistencia a la dominación y la exclusión. Allí se van generando saberes, tácticas y estrategias para resguardarse de la mirada y las acciones de los poderosos. Esta sabiduría popular de resistencia se expresa en el terreno de la tradición oral y la imaginería popular, a través de los cuentos populares, el humor, la picardía, el rumor, el refunfuño, los juegos de palabras y las inversiones simbólicas (SCOTT, 2000). La cultura de la resistencia de los dominados se expresa en prácticas como el anonimato y la invisibilidad, la desconfianza y el escepticismo frente a los representantes del poder y a las iniciativas externas; también a través de una ética de la tenacidad, del aprovechamiento de toda ocasión y el pragmatismo de sus dirigentes.

Habría que reconocer en cada contexto social y cultural cuales son los mecanismos más frecuentes de interiorización de los valores y relaciones dominantes, así como las formas de resistencia desde el anonimato de la vida diaria y de los modos como se incorporan en los procesos organizativos y en las acciones de protesta.

2.4. La conformación del tejido asociativo

En el análisis de la acción colectiva urbana es imprescindible considerar los procesos organizativos a través de los cuales los pobladores articulan voluntades, capacidades, relaciones y propósitos, para garantizar estrategias de mayor permanencia a sus problemas compartidos.

Ya sea por sus representaciones y experiencias previas en las maneras de resolver problemas, por su magnitud o naturaleza, por el agotamiento o insuficiencia de otras estrategias, por la existencia de canales institucionales que promueven o favorecen la acción organizada, por influencia de agentes externos, en torno a ciertos temas y coyunturas, los pobladores estructuran su acciones a través de organizaciones.

Las organizaciones se diferencian de las acciones puntuales promovidas por redes sociales o grupos *ad hoc*, por su permanencia en el tiempo, grado de estructuración interna, establecimiento de propósitos a mediano y largo plazo; también, porque estos suponen una lectura más sistemática de las necesidades, de la elaboración de un horizonte común y la disposición de unos recursos y unas estrategias permanentes para alcanzarlo.

En términos de Pliego (1997), las organizaciones sociales poseen programas, entendidos como “unidades de estructuración mínima de las actividades que desarrolla una organización, de acuerdo con una definición colectivamente compartida de objetivo, metas, recursos y procedimientos”

En la medida en que las experiencias asociativas se consolidan, las acciones se tornan estables y orientadas en torno a proyectos. Estos resuelven en un nivel más complejo la tensión entre necesidad y utopía, entre presente y futuro posible. El proyecto evidencia una conciencia de metas previstas y el despliegue de prácticas para conseguirlas; supone una elaboración colectiva de un horizonte histórico común, de una identidad en más estable y reflexiva. Estaríamos, según Palma (1995), en el plano de las prácticas intencionadas, diferentes a las experiencias vividas e interpretadas sólo desde el sentido común de los colectivos populares.

La acción de las organizaciones enriquece el tejido social previo, amplían la lectura que la gente hace de sus problemas y por tanto de sus posibilidades de solución; también contribuyen al fortalecimiento o emergencia de identidades sociales y facilita la movilización social. Las organizaciones son espacios de cristalización e institucionalización de formas de solidaridad social presentes en la cotidianidad

popular, son nudos del tejido local popular, desde las cuales los pobladores alcanzan un nivel de actores colectivos y capacidad de ser reconocidos y de negociar con otros actores urbanos.

Otro nivel de asociacionismo popular urbano es la creación de redes o espacios de coordinación permanente entre grupos y organizaciones. Ya sea en una misma zona o localidad, en torno a un campo temático común como la salud, la educación popular o el trabajo con niños, frente a una política estatal adversa o por iniciativa de algún actor social “externo” (organización política o no gubernamental), son cada vez más comunes estas experiencias de asociación de segundo y tercer grado.

Alcanzar este nivel organizativo, generalmente supone una lectura más estructural del campo problemático en torno al cual se articula (carácter estructural de las políticas), así como una expansión del horizonte utópico que las anima (transformar políticas públicas, afectar significados públicos frente a un tema, proponer nuevos modelos sociales); ya no se trata de resolver problemas puntuales o desarrollar acciones sostenidas para afrontarlos, sino a construir plataformas y programas de acción en torno a las cuales muchas organizaciones se articulan y movilizan.

Considerar las organizaciones como construcción histórica, exige analizar su proceso de formación, los hitos de su consolidación, los referentes simbólicos, discursivos y prácticos desde los cuales configura su identidad; así mismo, la estructura de relaciones a su interior, el tipo de proyectos y acciones que desarrolla, sus interacciones con el tejido social, con otras organizaciones e instituciones estatales y con el cambiante contexto político local, metropolitano y nacional (TORRES, 2002).

2.5. La movilización: de la protesta a las redes en movimiento

De vez en cuando los pobladores, por fuera o a través de sus organizaciones, desde sus territorios o por fuera de ellos deciden acudir a “las vías de hecho” para obtener solución a sus problemas, denunciar una medida adversa, sumarse a una protesta mayor o expresar solidaridad con otros actores. Este es el ámbito de la movilización colectiva, la cual ha sido asumida por muchos como el mejor termómetro de auge o decadencia de los movimientos sociales.

Sin embargo, estas formas visibles de acción colectiva, que son las que más han atraído la atención de los estudiosos, no pueden comprenderse por fuera de los tejidos sociales y asociativos que las posibilitan; la movilización requiere una preparación previa, una coordinación de esfuerzos, unos niveles

de conciencia entre sus promotores y unas demandas o iniciativas más elaboradas. Es la articulación entre dinámicas cotidianas comunitarias, procesos asociativos y expresiones manifiestas de lucha, lo que da identidad a la acción colectiva.

La conformación histórica de los movimientos sociales se articula en diferentes planos temporales (R. Villasante 1994). Generalmente se incuban silenciosamente en la vida cotidiana de los colectivos en su lucha diaria en torno a sus necesidades; ello va conformando lentamente (larga duración) vínculos estables, *habitus* y memoria colectiva de resistencia; estas redes sociales son el caldo de cultivo para el surgimiento y actividad de las asociaciones (media duración) y para el estallidos de actos de inconformismo (corta duración).

Por ello, como lo plantea el investigador chileno Vicente Espinoza, no hay que limitar el análisis de la acción colectiva a sus conflictos y luchas manifiestas, pues se queda atrapado en el tiempo corto, dejando por fuera el tiempo largo. "Surgen de ese trasfondo, al cual se incorporan como memoria, aprendizaje o condición estructural, una vez finalizado el conflicto" (ESPINOZA, 1999: 48)

El asociacionismo popular transcurre en una duración intermedia entre la vida cotidiana de la gente y sus acciones más visibles; como ya lo dijimos, en torno a las organizaciones la gente reelabora sus necesidades como derechos e intereses, estabiliza sus acciones como proyectos, redefine sus vínculos como relaciones estructuradas y consolida su capacidad de interlocución con el estado. Las organizaciones se convierten en espacios de socialización y educación política, afectan representaciones y alimentan nuevas identidades y utopías.

La movilización se sitúa en la corta duración; se manifiesta como acontecimiento visible que afecta la "normalidad" de la vida pública, que atrae la atención de las autoridades y sensibiliza la opinión pública. Sin embargo, su eficacia está asociada a su capacidad de interlocución y continuidad, la cual está garantizada por su solidez organizativa y arraigo social. Así los movimientos combinan ondas cortas, medias y largas: lo latente.

No hay que confundir las organizaciones con las movilizaciones que promueven o en las cuales participan; se necesitan mutuamente pero son diferentes: si hay movilización, la asociación queda desbordada y si la asociación se consolida, la movilización queda controlada. Las organizaciones necesitan movilizarse para mantenerse como movimiento, pero sobreviven a estas acciones, conformando una dimensión menos visible pero más sólida de los movimientos sociales.

En los territorios populares se gestan y realizan diversas expresiones de protesta popular. En unos casos, la acción colectiva está asociada directamente a ejercer presión para la consecución de un bien urbano como una vía, la instalación del acueducto, del alcantarillado o de las redes telefónicas y de energía; en otros, para oponerse a una medida adversa que perjudica la integridad física o cultural de un barrio, zona de la ciudad o del país. La protesta puede asumir diferentes formas como son el bloqueo de vía, los mítines, las marchas, la toma de instituciones o lo paros cívicos locales.

En otras ocasiones, los habitantes de los barrios se suman a actos de protesta convocadas por otros actores y que expresan el inconformismo frente a la situación económica de las clases trabajadoras o contra una medida o política gubernamental que lesiona sus derechos. La mayor o menor capacidad de articularse con otras fuerzas sociales, está asociada a sus niveles de consolidación y autonomía de sus organizaciones y a su experiencia en este tipo de movilizaciones.

En todos los casos, las protestas urbanas no sólo pretenden obtener solución a sus demandas, sino también elevar los niveles de compromiso de sus actores y sensibilizar a la opinión pública de la justeza de tales reivindicaciones. Por eso es que las acciones colectivas manifiestas tienden a ser expresivas, a revestirse de elementos simbólicos que afirman identidad y sensibilizan a la ciudadanía; también, les resulta importante, hacerse visibles a través de los medios de comunicación.

2.6. Organizaciones populares y estructuras de oportunidad política

La eficacia de los movimientos sociales no radica sólo en su vigor organizativo o en la magnitud de sus movilizaciones, sino en su capacidad de incidir sobre el sistema político. La acción colectiva urbana es política en la medida en que evidencia el carácter político de todas las esferas de la vida social, confronta al Estado y sus políticas, amplía las formas y espacios de dicha confrontación, politiza los sujetos que participan en ellos y amplía las fronteras de la democracia y la ciudadanía.

Las Organizaciones Populares y las luchas urbanas tramitan demandas y reivindicaciones, definen como adversario o interlocutor al Estado, acuden a las autoridades políticas para que respondan por ellas o imputan a dichas autoridades la responsabilidad del problema en cuestión. Para Tilly (1995), la politización de la acción colectiva ha estado asociada a la configuración misma de los Estados modernos y a la expansión de su presencia en cada vez mayores espacios de la vida social. Así por ejemplo, las luchas urbanas generalmente asumen al gobierno como destinatario de sus reivindicaciones, en la medida en que entienden que el Estado tiene la obligación de garantizarlas.

Del mismo modo, cuando las Organizaciones populares y las luchas urbanas no sólo demandan el cumplimiento de la responsabilidad del estado frente a sus demandas, sino que además presionan por la ampliación de los canales de participación ciudadana y de sus derechos colectivos, el sentido político de la acción colectiva es más evidente; de este modo, los movimientos sociales han sido uno de los factores de democratización y de expansión de ciudadanía.

Las Organizaciones Populares y luchas urbanas amplían la noción de ciudadanía. La participación política de los sujetos no es ajena a los colectivos sociales a lo que pertenece; por tanto, la ciudadanía es expresión activa de una identidad colectiva y de las experiencias derivadas de esa membresía. Para el caso de las organizaciones, sus integrantes asumen una identidad política más amplia que la del ciudadano abstracto liberal que participa solo en los espacios institucionales como las elecciones. Son sujetos que asume su compromiso cívico en su preocupación por los asuntos de su comunidad, se organiza y se moviliza en torno a las demandas y derechos sociales y frente a las políticas o medidas del poder que lo vulneran o que afectan otros colectivos.

Al igual que los movimientos sociales están contribuyendo a formar nuevas subjetividades e identidades políticas que desbordan los límites formales del sistema político: así amplían la noción de lo público y de la democracia asociados a lo estatal. Por otra parte, la creciente intervención estatal en la regulación de diferentes espacios de la vida colectiva a través de las políticas públicas, ha llevado a que los movimientos sociales se politicen en su afán por incidir en esos mismos espacios.

Al estabilizarse espacios y procedimientos de negociación en torno a la definición de políticas públicas, el interés de las organizaciones movilizadas por fortalecer su capacidad de incidencia y su carácter de interlocutores legítimos, las lleva a asumir un papel activo en este ámbito. Es el caso en Colombia de la definición de políticas sobre la mujer, la juventud y la cultura, en las cuales los movimientos buscan estar presentes con sus demandas y propuestas.

Las organizaciones son políticas en la medida en que construyen culturas políticas. No se agotan en la consecución de sus demandas o en la implementación o transformación de políticas estatales, sino que buscan afectar las representaciones y significados que tiene la sociedad frente a un determinado tema. Para Silvia Bolos (2000), la movilización social en torno a estas necesidades urbanas tiene un alto impacto político por los cambios de valores, actitudes y comportamientos de los pobladores frente al poder.

Para abordar la participación de las Organizaciones Populares Urbanas y el comportamiento de las luchas urbanas en el contexto de las políticas de descentralización, es pertinente el concepto de estructura de oportunidades políticas. Dicho concepto, que busca dar cuenta de las interacciones entre política institucionalizada y movimientos sociales designa las condiciones políticas estructurales y coyunturales (concretas o estatales) que posibilitan la acción colectiva.

Para Tarrow (1997: 155) se refiere a “dimensiones congruentes – aunque no necesariamente formales o permanentes – del entorno político, que ofrecen incentivos para que la gente participe en acciones colectivas, al afectar sus expectativas de éxito o fracaso”. Para el autor, los cambios más destacados de las estructuras de oportunidades políticas son cuatro: la apertura o cerrazón del sistema político, los cambios en los alineamientos de los gobiernos, la presencia o ausencia de aliados o grupos de apoyo y las divisiones entre y dentro de las elites. Un mismo tipo de movilización tiene efectos diferentes según la mayor o menor apertura del sistema político, el grado de estabilidad de las alianzas, la existencia o no de fuerzas relevantes en posiciones estratégicas, la unidad o división de los adversarios y la capacidad del sistema para desarrollar políticas públicas.

Nos detendremos en el primer incentivo para la acción colectiva: el acceso a la participación. Para Eisinger (citado por TARROW, 1997: 157) las protestas violentas son más probables en sistemas que no son totalmente cerrados o totalmente abiertos a la participación, sino donde hay una mezcla de ambos. Donde más obviamente se expresa la expansión del acceso a la participación es en las elecciones; los movimientos que amplían su acceso a las instituciones, por estar centrados en la interacción con sus oponentes, se alejan de sus bases; pero a la vez, acceden a posiciones donde pueden buscar ulteriores oportunidades.

Las Organizaciones Populares Urbanas se encuentran con un orden institucional que establece incentivos que favorecen o no la participación, se enfrentan a un Estado con mayor o menor nivel de apertura, y esta también es fundamental para explicar la lógica de los ciclos de movilización social” (TANAKA, 1999:14). Del mismo modo, encuentran aliados dentro del sistema político (partidos, sectores parlamentarios, administraciones locales) o fuera de él (ONGs, movimientos sociales, opinión pública) que favorecen su intervención en la vida pública.

Finalmente, en la medida que entendamos que la relación entre acción colectiva e institucionalidad política es fluida y recíproca, el modelo de estructura de oportunidades políticas también puede dar

cuenta del papel de las organizaciones y las luchas urbanas en la reestructuración de las instituciones y en las orientaciones políticas de la población (Mc Adam, 1999).

3. Metodología de la investigación

3.1. El enfoque

Si asumimos con Taylor y Bodgan (1992: 5) que una metodología designa el modo como enfocamos los problemas y la manera que buscamos sus respuestas, su definición no puede limitarse a términos instrumentales; exige hacer explícito a manera como se entiende el fenómeno a investigar, el enfoque asumido para abordarlo y las fases y decisiones del diseño metodológico.

El reconocimiento del carácter histórico y complejo de la problemática de investigación implicó, en primer lugar, a hacer una revisión exhaustiva de la literatura sobre el campo temático en el que se inscribe que nos permitió reconocer su devenir temporal en el continente y las diferentes propuestas teóricas desde las cuales las ciencias sociales lo han abordado. En segundo lugar, más que acogernos a una teoría específica, a construir un horizonte interpretativo en el que confluyen algunos conceptos y enfoques desde los cuales abordar la problemática y un modelo analítico para abordar sus múltiples dimensiones.

En consecuencia con la opción de reconocer el acumulado de conocimiento sobre la problemática, a la vez que asumir una apertura a la especificidad del fenómeno, implicó, en términos metodológicos, asumir diferentes estrategias que permitieran producir información sobre los contextos y elementos constituyentes de la problemática a estudiar, a la vez que reconocer la mirada de los sujetos que la construyeron y potenciar dichas realidades y sentidos. Esta decisión de abordar las organizaciones y movilizaciones desde fuera y desde arriba, así como desde dentro y desde abajo, buscaba superar en la práctica las limitaciones a algunas metodologías empleadas para estudiarlas.

Por un lado, desde los enfoques empírico analíticos de corte positivistas, se opta por definir amplios universos de observación, establecer unas variables e indicadores coherentes con el marco teórico previamente definido y por producir a través de instrumentos estandarizados, la información que permita comprobar dicha teoría. Este tipo de trabajos, desarrollados desde disciplinas como la sociología y la ciencia política, aportan miradas globales de los fenómenos, con la limitación de no ver más allá de los límites impuestos por los parámetros previamente definidos. "Al no entenderlos desde dentro, desde la práctica, bastantes estudiosos y dirigentes sociales sólo perciben algún aspecto que

les ha llamado la atención, sin darse cuenta de toda la riqueza de posibilidades que encierra cualquier movimiento o fenómeno asociativo" (VILLASANTE, 91: 33)

Desde posiciones de corte más interpretativo o cualitativo, dentro de su pretensión de comprender la singularidad de cada experiencia desde la voz y la mirada de sus protagonistas, se acude a estrategias que provocan relatos intensos sobre el caso específico, los cuales son interpretados desde enfoques conceptuales que buscan su comprensión desde los marcos culturales y subjetivos del contexto específico. Este tipo de estudios, generalmente realizados desde la antropología y los estudios culturales, aportan valiosas descripciones e interpretaciones de casos concretos, pero generalmente se quedan cortos en la explicación de los fenómenos con relación a contextos y estructuras sociales y políticas más amplias.

Por otra parte, la tradición investigativa crítica (CARR y KEMMIS, 1988) cuestionan tanto los enfoques empírico analíticos como los interpretativos, por no tener una propuesta clara de la articulación entre conocimiento y acción; es decir, se limitan a explicar o comprender la realidad social desde sus respectivos supuestos pero no les preocupa su transformación, lo que supone una política de conocimiento conservadora.

Frente a estas posiciones investigativas, en Europa como en América Latina se han generado propuestas de investigación social emancipadora. Con trayectorias diferentes, pero teniendo en común la idea marxista de praxis, confluyen en esta búsqueda los planteamientos de Habermas (1982) sobre la necesidad de una ciencia social crítica y las propuestas metodológicas participativas desarrolladas por Orlando Fals Borda y otros investigadores latinoamericanos (FALS – BORDA y ANISUR, 1991).

En términos un tanto esquemáticos, se puede afirmar que estas propuestas investigativas proponen que la producción de conocimiento social asuma la opción de construir alternativas al orden dominante y favorezcan la formación de sujetos críticos. La perspectiva latinoamericana de investigación acción participativa va más allá, en la medida en que involucra activamente a la población de base en la generación de conocimiento; dicha participación es más evidente cuando las investigaciones se refieren a movimientos, organizaciones y luchas sociales.

Frente a la ciencia social positivista en la cual se asume que la posición del investigador es la de observador externo a su objeto como garantía de objetividad, los enfoques críticos se asumen como *sistemas autoobservadores* donde los actores/observadores problematizan su realidad a través del

diálogo con otros actores de la experiencia. En esta perspectiva, los investigadores/ actores reflexionan sobre el carácter interpretativo y constructivo de su labor, remplazando el principio de objetividad por el de *reflexividad* según el cual, se dialoga permanentemente sobre los alcances y límites de su posición de observadores, sobre sus propias observaciones y sobre el conocimiento que construyen.

En este estudio se ha adoptado un enfoque reflexivo crítico, que se define por su apertura a la combinación de estrategias metodológicas, al diálogo entre referentes conceptuales e información empírica y a la explícita opción por la producción de un conocimiento que contribuya a la construcción de realidad y de sujetos. En primer lugar, asumimos una posición antidogmática con respecto al método. Se considera que no existe un único método de investigación social, pero sí tradiciones metodológicas que aportan diferentes énfasis y posibilidades en el acercamiento y comprensión de la realidad. Por tanto, dada la historicidad y multidimensionalidad de las organizaciones populares y las luchas urbanas en América Latina, en este estudio confluyen abordajes propios de la investigación histórica, de la etnografía y de la sistematización de experiencias.

En consecuencia con la apertura conceptual y metodológica, así como la intención de reconocer desde su propio dinamismo la problemática estudiar, no se adoptan procedimientos exclusivamente deductivos o inductivos. No se pretende verificar una teoría previa, ni “descubrir” los significados que tiene el fenómeno para la gente, sino poner en diálogo el horizonte conceptual y analítico elaborado, con la especificidad del contenido aportado por las fuentes de información consultadas y los significados atribuidos por los diferentes desde las organizaciones.

Finalmente, la investigación buscó potenciar la capacidad reflexiva y constructiva de alternativa por parte de las organizaciones populares urbanas involucradas. Esto significó la generación de procesos de concertación con dichas asociaciones, de formación de colectivos de investigadores en la fase de reconstrucción e interpretación de cada experiencia y de socialización de resultados; esta opción, en términos prácticos significó que la labor investigativa se prolongara por varios años.

3.2. Estrategias metodológicas

Este diálogo crítico entre preguntas, conceptos e información aportada por las fuentes (THOMPSON, 1984) exigió que en esta investigación se trabajara simultáneamente en varios frentes estratégicos, cada uno con sus propias decisiones metodológicas y técnicas. Las estrategias combinadas fueron:

- La revisión bibliográfica
- La investigación documental
- El trabajo de campo con algunas experiencias organizativas significativas
- Entrevistas a profundidad
- El análisis e interpretación global de la información y significados en torno al fenómeno estudiado

1. La revisión bibliográfica

Para dar cuenta del acumulado de conocimiento existente sobre el campo problemático y teorías disponibles, se llevó a cabo una revisión de la literatura sobre el campo problemático de los estudios urbanos en América Latina. Basada en una exhaustiva identificación y consulta de libros y artículos especializados localizados en las bibliotecas de México y Bogotá, adquirida en librerías de otros países a través de viajes propios y de terceros y obtenida en internet, se elaboraron fichas analíticas de cada documento y se matrices para vaciar y comparar su contenido. Aunque la síntesis global como estado del arte organiza el primer capítulo de la tesis, los aportes de los textos leídos están presentes en los demás capítulos.

2. La investigación documental

Para caracterizar contexto, organizaciones y políticas objeto de estudio se llevó a cabo una revisión documental en los archivos y centros de documentación de entidades gubernamentales y Organizaciones No Gubernamentales relacionadas con el tema. Así mismo, se hizo una revisión de prensa (diario El Tiempo) para localizar y registrar noticias y artículos relacionados con el tema, en particular las acciones de protesta; también se consultaron archivos de algunas organizaciones. A partir de este trabajo, se produjo una base de datos sobre los cambios en el contexto urbano, las políticas públicas, las organizaciones y el comportamiento de la acción colectiva registrados en los archivos consultados y en la prensa.

3. El trabajo de campo con algunas experiencias organizativas significativas

Para caracterizar desde dentro las dinámicas organizativas, sus vínculos con el contexto, así como sus prácticas políticas y culturales y valoraciones de sus integrantes al respecto, se acudió a una estrategia investigativa de carácter participativa, llamada sistematización de experiencias. A través de esta se

buscó reconstruir e interpretar la trayectoria histórica de las experiencias en función de las temáticas propuestas en la tesis y de los intereses específicos de cada una de las siete organizaciones con las que se trabajó. A partir de las reconstrucciones históricas y analíticas de cada experiencia, se hizo un balance interpretativo transversal, en la que participaron algunos miembros de las organizaciones y colegas interesados en el tema. La síntesis de dicha interpretación, conforma el núcleo central de los capítulos sobre identidad (3) y política (4) de esta tesis.

4. Las entrevistas a profundidad

Para complementar la visión de conjunto y la valoración del significado de la participación de las organizaciones en los espacios políticos locales, se obtuvieron testimonios de algunos dirigentes de organizaciones que han tenido participación activa en dichos escenarios y procesos de participación. Para ello se hicieron entrevistas a profundidad a seis dirigentes de las organizaciones, tres de ellos actualmente ediles, que una vez transcritas fueron categorizadas e interpretadas en función de las preguntas de la investigación.

5. Análisis e interpretación global de la información.

Para producir la interpretación del autor acerca de la problemática investigada, a lo largo del proceso de recolección de datos y testimonios, pero con más énfasis una vez concluida, se acudió a algunos procedimientos analíticos propios de la investigación cualitativa (categorización, agrupación de información por temas, establecimiento de comparaciones y tipologías y elaboración de redes conceptuales y semánticas) y del análisis del discurso para el caso de los discurso político de las organizaciones. Con la información analizada en torno a los ejes centrales del estudio, se le confrontó con los referentes conceptuales definidos previamente y los provenientes de las lecturas que se fueron haciendo a lo largo de la investigación. Este diálogo entre información, interpretaciones, permitió la comprensión global del fenómeno, que estructura los capítulos centrales de la tesis.

3. 3. La sistematización de experiencias organizativas

Esta metodología participativa que proviene del campo de la educación popular, surgió ante la necesidad de recuperar y convertir en conocimiento reflexivo, el acumulado de experiencia generado en torno a prácticas y proyectos de acción social alternativas. La sistematización, busca potenciar la acción colectiva, promover a sus protagonistas como sujetos de conocimiento y favorecer la conceptualización dentro de los propios movimientos (JARA, 1995; TORRES, 1996).

Para efectos de este proyecto se asume la sistematización como una “modalidad de conocimiento de carácter colectivo, sobre prácticas de intervención y acción social que a partir del reconocimiento e interpretación crítica de los sentidos y lógicas que la constituyen, busca potenciarlas y contribuir a la conceptualización del campo temático en el que se inscriben” (TORRES, 1999). Tal definición, involucra los rasgos centrales que, a nuestro criterio, caracterizan la sistematización, a saber:

1. Es una producción intencionada de conocimientos.

La sistematización no es una práctica espontánea. Implica un trabajo riguroso y un reconocimiento y crítica a las representaciones de los actores sobre sus prácticas. Este primer rasgo nos sitúa en un nivel epistemológico; exige una posición consciente sobre desde dónde, para qué y como se produce conocimiento social, cuáles serán sus alcances e incidencia sobre la práctica. Hay que explicitar cómo se entiende la realidad a sistematizar y las estrategias metodológicas para hacerlo.

2. Es una producción colectiva de conocimiento.

La sistematización reconoce y va construyendo como sujetos de conocimiento a los propios actores involucrados en la experiencia. Sin desconocer el aporte que pueden jugar los especialistas, son estos actores quienes toman las decisiones principales de la investigación: el qué, el porqué, el para qué y el cómo hacerlo.

3. Reconoce la complejidad de las prácticas de acción colectiva

Las prácticas organizativas son mucho más que la sumatoria de sus objetivos, actividades, actores, roles y procesos institucionalizados. Están condicionadas por los contextos político, social y cultural donde se formula y ejecuta; involucran diversos actores; despliegan acciones y relaciones entre dichos actores; construye un sentido, una institucionalidad, unos significados y unos rituales propios; a su vez son percibidas de modo diferente por sus actores; producen efectos sobre el contexto; y están sujeta a contingencias y al azar propio de la vida misma.

4. Busca reconstruir la práctica en su densidad.

La sistematización en un primer momento busca producir un relato de la experiencia; una reconstrucción narrativa de su trayectoria y complejidad desde las diferentes miradas y saberes de los actores que tengan algo que decir sobre la práctica. A partir del uso de diversas técnicas se provocan relatos de los sujetos involucrados para reconocer sus diversas lecturas e identificar temas

significativos que articulan la experiencia. Desde estas fragmentarias y a veces contradictorias miradas, se construye un relato que describe la práctica objeto de la sistematización.

5. Interpreta la lógica y los sentidos que constituyen la experiencia.

La sistematización, además de reconstruir la experiencia aspira a dar cuenta de su lógica particular, de los sentidos que la constituyen. Los sistematizadores asumen un interpretativo al tratar de develar la "gramática" subyacente que estructura la experiencia; busca identificar sus factores influyentes o instituyentes, las relaciones estructurales y las claves culturales que le dan unidad o son fuente de fragmentación. En fin, la sistematización debe producir una lectura que vaya más allá de los relatos de sus actores, involucrando referentes conceptuales que amplíen su mirada.

6. Busca potenciar la propia práctica de intervención social.

Además de los alcances descritos, la sistematización tiene un interés pragmático: mejorar la propia práctica: generar ajustes, desplazamientos y cambios necesarios para que el programa o proyecto sistematizado gane en eficacia social y riqueza cultural.

7. Aporta a la conceptualización de las prácticas sociales en general.

La sistematización busca comprender los sentidos que conforman prácticas sociales determinadas y desde allí producir esquemas de interpretación más abstractos que permitan comprender realidades sociales similares. Debe ampliar el conocimiento acumulado en torno a los campos temáticos involucrados; por ejemplo, en nuestro caso, a los movimientos sociales, las organizaciones y las luchas populares.

En fin, podemos definir la sistematización como una autorreflexión que hacen las organizaciones y los sujetos que impulsan una experiencia de acción social o educativa, a partir del reconocimiento de los saberes que ya poseen sobre ella y de un esfuerzo colectivo de reflexión sobre los contextos, factores y elementos que la configuran.

3.4. Organizaciones participantes en la sistematización

A continuación, caracterizo brevemente las siete organizaciones populares que participaron de la investigación, todas ellas de amplio reconocimiento tanto en el nivel local. Cinco de ellas son consideradas históricas dentro del imaginario del movimiento popular de la ciudad, pues superan las dos décadas de existencia.

1. La Asociación Vecinos Solidarios (En adelante: AVESOL), cuyos antecedentes se remontan a la década de los setenta, cuando un grupo de religiosas Asuncionistas se estableció en la zona suroriental de Bogotá (hoy Localidad de San Cristóbal) con el propósito de organizar a las comunidades pobres del sector; como resultado de su trabajo, nace en 1982 la Asociación de vecinos Solidarios, y desde entonces adelanta actividades en educación inicial, arte y cultura y pastoral. También ha jugado un papel importante en la generación y desarrollo de iniciativas de coordinación con otras organizaciones de la localidad, realiza anualmente desde 1991 el Festival de la Alegría.
2. El Instituto Cerros del Sur (En adelante: ICES) también tiene sus antecedentes en el Instituto Social Nocturno de Enseñanza Media, propuesta educativa popular que funcionaba en el centro de la ciudad desde comienzos de los setenta. En 1983, un grupo de docentes del ISNEM, liderados por el profesor Evaristo Bernate (q. e. p.) llegó al barrio Jerusalén (Localidad Ciudad Bolívar) con el ánimo de iniciar un trabajo popular con sus habitantes. A solicitud de estos, en 1984 se creó el Instituto como espacio educativo para los niños y jóvenes del sector, en torno al cual se han venido gestando y realizando iniciativas comunitarias y culturales de reconocida influencia local. Además, el ICES ha liderado movimientos como la Asociación de Juntas de Acción Comunal, JERUCOM, espacio desde el cual eligieron un edil en la Junta Administradora Local y se realizó el Paro Cívico de Ciudad Bolívar.
3. La Corporación Centro de Promoción y Cultura (En adelante: CPC) cuyo ámbito de acción es la zona del Gran Britalia en la Localidad de Kennedy, tiene sus antecedentes en el trabajo iniciado por las hermanas de la Institución Religiosa Javeriana en la segunda mitad de los setenta. Luego de acompañar y apoyar laceración de grupo de mujeres y jóvenes, en 1982 dieron inicio al Centro de Educación popular y Animación Social, que en 1988 se reestructuraría en el actual Centro de Promoción y Cultura. A lo largo de un cuarto de siglo de presencia en el sector, el CPC se ha consolidado como un espacio de desarrollo cultural comunitario que promueve proyectos en las áreas educativa, cultural, pastoral, salud y nutrición, desde el cual participan jóvenes y mujeres y se relacionan con otras organizaciones sociales y culturales. El CPC también realiza anualmente el Festival por la Vida.
4. La Coordinadora de Organizaciones Populares por la defensa de los derechos de los niños y las niñas (En adelante: la Coordinadora), es una organización que nace como la confluencia en

1983 de diversas Asociaciones que trabajaban con niños en diferentes barrios de la ciudad, acompañados desde el año anterior por la EDUSACOL, entidad animada por profesionales comprometidos en las áreas de la salud y la educación. Desde entonces han impulsado trabajos con jóvenes, niños y mujeres a través de Clubes Juveniles, las Escuelas Populares Infantiles, las Bibliotecas y los talleres con madres. A través de comisiones y comités, las Asociaciones que integran la Coordinadora han movilizad a la población en torno a los derechos de los niños y de las niñas, en particular de los barrios populares de la Localidad de Usaquén.

5. La Corporación La Cometa, cuyo campo de acción ha sido la localidad de Suba es el resultado de un trabajo comunitario en torno a la cultura y la comunicación de antiguos militantes de un movimiento de izquierda, desde comienzos de la década del ochenta. En 1990 conformaron la Corporación para la Integración Comunitaria La Cometa, la cual a través de las Areas de Educación democrática, Deportes, Educación y Arte, han adelantado proyectos en diferentes campos, especialmente orientados a los jóvenes del sector del Rincón, entre los que se destacan el Festival Cultural de La Cometa, los carnavalitos y los Festivales de festivales.
6. La Corporación Promotora Cívico Cultural de Zuro Riente (En adelante: La Promotora), con presencia en la localidad de San Cristóbal desde 1984. Conformada por un grupo de jóvenes provenientes de un grupo de teatro y de simpatizantes de un partido de izquierda, con el objetivo de organizar los diferentes grupos de artistas de la localidad. Durante los primeros 7 años funcionaron como Asociación y luego se constituyeron como Corporación, lo que les planteó el reto de ampliar sus áreas de acción. A lo largo de su historia han desarrollado proyectos como la revista El Tizón, la Ciclo Ronda de la Alegría y el Festival del Viento. En la actualidad desarrollan proyectos como la biblioteca local Simón el Bolívar, el Club de Abuelos, el Video Foro y Talleres de Formación Artística.
7. La Cooperativa COPEVISA, creada en 1992, a partir de la confluencia de varios grupos y proyectos iniciados desde fines de la década de los ochenta en el sector El Codito de la Localidad de Usaquén. Animada por misioneras laicas, la organización ha trabajado especialmente con mujeres en torno a proyectos productivos de confecciones y otros oficios y con niños y jóvenes a través de una biblioteca y un centro de educación básica nocturna. En los últimos años, se han involucrado activamente en espacios de participación local y en la realización de jornadas de movilización como la Semana por la Paz.

3.6. El proceso de Sistematización

Para finalizar, se hará un balance reflexivo del proceso metodológico desarrollado en el trabajo de campo, el cual tuvo dos grandes momentos. El primero que duró dos años (2001 y 2002) en el que se logró articular la voluntad de cinco de las organizaciones en torno al proyecto de investigación, el cual obtuvo apoyo de la Universidad Pedagógica Nacional (donde el autor de la tesis es docente investigador) y del Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Investigación (Colciencias).

El segundo, durante los años 2003 y 2004, cuando se acordó con cada una de las otras dos organizaciones recuperar su experiencia a través de sendas sistematizaciones. La exposición que sigue está basado en el proceso colectivo del primer momento; dado que el itinerario metodológico fue similar en las otras dos sistematizaciones, sólo se hará referencia a estas cuando se introduzca alguna novedad¹.

La estructura expositiva que sigue el se proyecto de investigación había previsto el desarrollo de algunas fases o momentos metodológicos (que no corresponden necesariamente a etapas lineales y consecutivas), en los cuales se privilegian ciertas estrategias, acciones y técnicas de investigación. Dicho itinerario y sus vicisitudes, se reconstruye a continuación, tomando como fuente mi diario de campo, los protocolos de las reuniones y talleres, así como mi propia memoria.

1) La generación de condiciones para el desarrollo de la investigación

En primer lugar, se buscaba acercar mi interés académico y los intereses de las Organizaciones Populares. Implicó, la concertación y establecimiento de acuerdos y reglas de juego entre la coordinación del Proyecto y las asociaciones populares. La iniciativa del proyecto había sido conversada de manera informal previamente con cuatro de las organizaciones; cuando se consiguieron recursos para el proyecto, se retomó el contacto con los grupos y se precisaron acuerdos, en particular sobre el responsable de cada organización que se integraría al Equipo de investigación.

Estos acuerdos iniciales con las organizaciones nos permitieron aclarar o precisar 3 ideas:

¹ Con la Promotora Cultural se hizo desde la dirección de una monografía de grado realizada por dos estudiantes de sociología; con COPEVISA, como parte de un proyecto de sistematización de experiencias de participación social, apoyado por dos ONGs del País Vasco.

1. Que una investigación que se pretende participativa debe partir de claros acuerdos y asunción de responsabilidades con los grupos y personas que se van a involucrar;
2. Que los grupos con los cuales se trabajó tenían clara la importancia del trabajo que se iba a realizar; en particular, reclamaron de la investigación aportes a la redefinición de las concepciones que orientan los trabajos;
3. En todos los casos se valoró positivamente el poder conversar con otras experiencias, nacidas por la misma época y con trayectorias similares; incluso en algunos casos, se planteó la posibilidad de ir construyendo una red permanente de organizaciones populares.
4. La persona delegada para formar el equipo de investigación contaba con el respaldo del grupo o colectivo coordinador de cada organización.

2) Reconstrucción de la trayectoria histórica de las organizaciones

Definidos los investigadores responsables por parte de las organizaciones y las personas que se vincularían desde la Universidad, la meta inmediata fue constituirnos como equipo. Aunque dicho proceso duró todo el proyecto, en el inicio fue necesaria una capacitación conceptual y metodológica. Para ello, se estudió a profundidad del proyecto y se hizo un ejercicio de reconstrucción narrativa de cada experiencia.

Como culminación de este proceso de arranque y constitución del Equipo se realizó un Taller en febrero de 2001 que permitió: afinar el modelo analítico para la reconstrucción de las experiencias, acordar parámetros comunes para la recolección y registro de información, así como de la escritura de informes, y definir plan de trabajo para la fase de reconstrucción.

Como balance global de este encuentro de trabajo se precisaron los aspectos a ser reconstruidos y las fuentes a consultar: miembros fundadores y demás integrantes de cada organización, personas de base cercanas y ajenas a la misma, sus archivos, agendas personales, prensa nacional y local, fotografías y trabajos sobre la localidad y la experiencia. Además, se precisaron algunos criterios y recomendaciones para la consulta de fuentes, el uso de técnicas, el diseño de instrumentos y el registro de la información: la consulta de archivos y documentos de la organización y de material audiovisual sobre la experiencia; entrevistas a profundidad a fundadores y miembros del equipo coordinador y a otros actores; tertulias informales; talleres y eventos pedagógico culturales.

Con base en la información registrada de cada experiencia, se fue reconstruyendo descriptivamente los procesos y aspectos acordados. En reuniones semanales, se ponían en común los avances. A modo de balance de esta fase, se elaboraron documentos con la historia de cada una de las experiencias².

3) Análisis e interpretación conjunta de las experiencias organizativas

Una vez concluida la reconstrucción narrativa de la trayectoria histórica de cada organización se realizó el análisis e interpretación del conjunto de las experiencias en torno a Ejes temáticos relevantes para las organizaciones y el investigador. En un primer momento, se analizaron cada una de las experiencias en función de los aspectos acordados según las categorías de análisis de la investigación. Para ello se realizó un segundo taller en el cual participaron, además de los integrantes del equipo, otros integrantes de cada organización. Se definió un grupo responsable por eje, cuyas tareas fueron definir las preguntas para orientar la reconstrucción analítica, las estrategias y técnicas de recolección de información y los eventos para socializar y discutir los análisis.

Una vez desarrollado el momento analítico, se procedió a la interpretación global de los procesos reconstruidos histórica y temáticamente; se buscó la construcción de lecturas explicativas y comprensivas de las experiencias que hicieran evidentes los factores, mediaciones y lógicas que las han configurado y que les den una nueva legibilidad de la cual puedan derivarse decisiones para cualificarlas.

4) Síntesis parcial y socialización de los resultados

Concluido el trabajo de análisis e interpretación de la información, se produjeron dos tipos de documentos de síntesis: las reconstrucciones históricas de cada experiencia, y análisis temáticos de cada eje, los cuales fueron socializados en un evento en el cual participaron más de un centenar de personas provenientes de organizaciones sociales de la ciudad.

² Un responsable de cada organización redactó la respectiva reconstrucción histórica, cuya información constituye la materia prima de esta tesis: MARIA ISABEL GONZALEZ (Proyecto Escuela Comunidad del Instituto Cerros del Sur, ICES), MARY SOL AVENDAÑO (Centro de promoción y Cultura, CPC), NESTOR CAMILO GARZON (Asociación Vecinos Solidarios, AVESOL), CLAUDIA MARCELA GUERRERO (Coordinadora de Organizaciones Populares de Defensa de los Niños y las Niñas), NELSON SANCHEZ (Corporación para la Integración Comunitaria, La Cometa), Paula y Andrés (Promotora Cultural de Zuro Riente) y Comité de Educación (COPEVISA)

Capítulo 3

Organizaciones populares urbanas, tejido social y asociativo

Presentación

Un objetivo central de esta investigación es analizar en qué medida y de cual forma, las Organizaciones Populares se nutren y afectan las dinámicas sociales y de construcción de identidad entre los sectores poblacionales en los que surgen y se desarrollan. Si, se entiende que la identidad “se construye en varios niveles de la práctica social, en ritmos temporales distintos y en varias escalas espaciales, donde se dan cita, a su vez, diversas lógicas y relaciones sociales” (GUERRA 1994: 5), es necesario dar cuenta de aquellas dimensiones que confluyen en el moldeamiento de la identidad social de los sectores populares urbanos y de sus organizaciones.

En este capítulo nos ocuparemos del contexto en que nacieron y se consolidaron las organizaciones populares estudiadas, así como de las relaciones que establecieron con el tejido social y asociativo local en el que se han desenvuelto. Con base en la exploración documental y las reconstrucciones históricas de las experiencias organizativas, inicialmente se hará una síntesis de algunos rasgos de la coyuntura política y social que permiten comprender el contexto de la emergencia de las organizaciones populares a comienzos de los ochenta.

Luego, se analizarán algunos rasgos comunes al nacimiento e institucionalización de dichas organizaciones. En tercer lugar, se abordarán las prácticas desplegadas por las organizaciones para fortalecer frente al tejido social y asociativo barrial y local. Finalmente, se analizarán las estrategias que las organizaciones diseñan para leer necesidades, las acciones y proyectos que configuran para darles solución y los cambios de sentido generados en el encuentro entre organizaciones y habitantes.

1. El contexto en el que emergen las experiencias

El origen y consolidación de las siete organizaciones estudiadas¹ se lleva a cabo entre los últimos años de la década del setenta del siglo XX y a lo largo de la siguiente, periodo en que el contexto

¹ Asociación Vecinos solidarios (AVESOL), Instituto Cerros del Sur (ICES), el Centro de Promoción y Cultura (CPC), La Promotora Cívico Cultural de Zuro riente, la Coordinadora de organizaciones de defensa de los niños y las niñas, la Corporación La Cometa y la Cooperativa COPEVISA.

social y político del país y de la ciudad asumió unos perfiles singulares que van a marcar su carácter. En particular, influyeron el ambiente de ascenso y radicalización de los movimientos populares y de izquierda política del país, los cambios sociodemográficos de la población urbana y la experiencia sociocultural y política de los habitantes de los asentamientos populares que surgen desde mediados de los setenta. De ellos nos ocuparemos a continuación.

1.1 Radicalización del ambiente político e ideológico

En primer lugar, no se podría comprender la emergencia de este nuevo tipo de organizaciones si no tenemos en cuenta el ambiente de auge y radicalización política vivida por los movimientos populares latinoamericanos en los setenta. Si bien es cierto que fue en la década anterior cuando surgieron diversas agrupaciones políticas y militares de izquierda inspiradas en la revolución cubana o en las diversas corrientes ideológicas internacionales, fue sólo hacia fines de los sesenta y a lo largo de la siguiente década que su presencia y efectos sobre las dinámicas populares se hicieron evidentes.

En efecto, los movimientos estudiantiles de 1968, el triunfo de la Unidad Popular en Chile en 1970, la conformación de un gobierno popular en Bolivia, la derrota de Estados Unidos en Vietnam, la experiencia del Che en Bolivia, entre otros acontecimientos mundiales, marcaron la mentalidad de toda una generación y animaron la reactivación y auge de los movimientos obreros, campesinos, indígenas y cívicos que se vivió en los setenta. Además, la década se cierra con el triunfo de la Revolución Popular Sandinista que renovarían los bríos revolucionarios de la época.

Como es ampliamente conocido, la respuesta dada al avance y radicalización de las izquierdas y los movimientos sociales latinoamericanos, por parte de las clases dominantes y el gobierno norteamericano fue la represión. Inspirados en la Doctrina de Seguridad Nacional los militares se hicieron al poder en Bolivia (1971), Chile y Uruguay (1973), en Argentina y Ecuador (1976); dado que otros países como Brasil, Perú, Nicaragua y Paraguay ya contaban con regímenes militares, el panorama político latinoamericano estuvo ensombrecido por la dictadura y la represión.

Colombia no fue la excepción a esas dinámicas continentales. Durante el periodo, se experimentó el ascenso de las luchas sociales y la sombra del autoritarismo. En cuanto al ascenso de los movimientos populares, a lo largo de los setenta aumentó la intensidad de las acciones colectivas como la toma de tierras, huelgas de trabajadores, movimientos cívicos, protestas estudiantiles y

marchas, cuya máxima expresión fue el paro Cívico Nacional de septiembre de 1977 en el cual los habitantes de los barrios populares paralizaron varias ciudades durante dos días (ARCHILA, 2003: 146). Dicho ascenso también se expresó en el crecimiento cuantitativo de organizaciones populares y su articulación a nivel nacional; en efecto, durante el periodo nacen la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), el Consejo Nacional Indígena del Cauca (CRIC) y la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), la Coordinadora Nacional Sindical y la Coordinadora de Movimientos Cívicos.

El campo de la izquierda política se reactivó. Además del histórico partido Comunista (creado en 1930) y de las organizaciones armadas que habían surgido durante la década previa (FARC, 1964; ELN, 1965; EPL, 1967), se crearon otras fuerzas y coaliciones políticas (MOIR, PST, URS, UNO, Firmes) y nuevos movimientos insurreccionales, como es el caso del Movimiento 19 de Abril (M19). La valoración de la sorpresiva irrupción de las masas urbanas en el Paro Cívico del 1977 y de la activa participación de jóvenes en la insurrección sandinista, llevaron a que algunas de estas agrupaciones de izquierda replantearan su concepción obrerista y empezaran a considerar el papel de los pobladores en los procesos de transformación social.

También el militarismo y la doctrina de Seguridad Nacional se hicieron presentes en el país. Durante los gobiernos de Misael Pastrana y Alfonso López se buscó detener el ascenso de las luchas populares y de la presencia de la izquierda a través de la represión. Pero fue durante el gobierno de Julio Cesar Turbay Ayala, en el cual ésta llegó a su máxima expresión. A partir de la expedición en 1978 del Estatuto de Seguridad se generalizaron los allanamientos, las detenciones arbitrarias, las torturas y desaparición de dirigentes sociales y activistas de izquierda. Fue tal el grado de violación de los derechos humanos que por ese entonces surgen las primeras organizaciones para defenderlos y se realiza en 1978 el Primer Foro por los Derechos Humanos.

Esa radicalización de los movimiento sociales y políticos, también trascendió a otros espacios, hasta ahora considerados ajenos o neutrales. Es el caso de la iglesia, la educación, la comunicación y las ciencias sociales; en el primer caso, el contexto renovador generado por el Concilio Vaticano II, permitió que en la Conferencia Episcopal realizada en Medellín en 1968 permearan estos aires críticos y la necesidad de una opción con los pobres que dieron lugar a la Teología de la Liberación.

A partir de una lectura histórica del Evangelio y de la realidad latinoamericana, la Teología de la Liberación animó el nacimiento de una corriente eclesial comprometida con la transformación de las estructuras sociales injustas y la construcción histórica del Reino de Dios. En Colombia tuvo especial acogida esta concepción renovada de la iglesia, merced al significado que tuvo la figura del sacerdote Camilo Torres Restrepo; así, después de su muerte se formó el Grupo Golconda integrado por un obispo y un puñado de sacerdotes en Colombia y en 1972 se realizó en el país el primer encuentro de Sacerdotes para América Latina.

Algo similar pasó con la educación, la comunicación, el arte y las ciencias sociales. A partir de una crítica al papel jugado por éstas en la reproducción del orden capitalista, se generaron propuestas de comunicación alternativa, educación popular, teatro comprometido e investigación participativa, en torno a las cuales se congregaron profesionales quienes, desde su propia área de acción, buscaban comprometerse con las clases populares en sus luchas emancipadoras. Autores como Paulo Freire y Orlando Fals Borda fueron leídos con avidez y sus ideas influyeron en el nacimiento de diversas experiencias de "trabajo" popular iniciados por religiosos, universitarios, maestros y activistas de izquierda en el país (TORRES, 1996).

La confluencia entre discursos críticos y prácticas sociales comprometidas configuraron un imaginario colectivo que confirió sentido a la comprensión de la realidad, a la acción y a la identidad de los activistas. Dentro de las representaciones compartidas bajo este imaginario, se destacan: una lectura dualista de la sociedad, (dominadores y dominados, explotadores y explotados), la cual impregnaba todos los campos de la vida social y polarizaba las alternativas de opción; una mirada teleológica de la historia y del cambio social, según la cual todas las luchas sociales se enmarcaban en un necesario e irreversible cambio revolucionario, próximo en el tiempo; finalmente, la convicción de que el sujeto de dicho era el Movimiento Popular, imaginado como la suma de todos los esfuerzos y luchas populares orientados a dicha transformación.

Este ambiente social, político e ideológico que moldeó las representaciones e imaginarios de más de una generación de latinoamericanos fue crucial en el nacimiento de las organizaciones populares estudiadas. Tres de ellas (AVESOL, el Centro Popular de Cultura Britalia y COPEVISA) tuvieron como promotoras a religiosas identificadas con la teología de la liberación; otras dos (ICES y la Coordinadora de asociaciones) tuvieron impulsores a maestros identificados con la Educación Popular; una (La Cometa) es el resultado del "trabajo de masas" de una agrupación político militar

maoista (el Ejército Popular de Liberación), y en otra (La Promotora Cultural) confluyen artistas identificados con un movimiento de izquierda.

Estos discursos y prácticas sociales alternativas confluyeron, de un modo u otro, en las cinco experiencias analizadas, afirmando su identidad como Organizaciones Populares, que los diferencia de otras asociaciones y grupos considerados tradicionales o no comprometidos. En todas ellas, es explícita su identificación, en sentido amplio, con el proyecto e imaginario de izquierda e independientemente de sus áreas de trabajo, han empleado estrategias provenientes de la Educación Popular, la Investigación Participativa, el arte comprometido y la comunicación alternativa.

Convencidos de la necesidad y urgencia histórica de la revolución, estos activistas buscaron llevar esta "buena nueva" a los nuevos asentamientos urbanos poblados por los explotados, oprimidos y marginados por la sociedad capitalista, a su vez llamados a transformarla. Con el fin de generar conciencia, organización y movilización, a fines de la década de los setenta y a lo largo de la siguiente, contingentes de militantes de izquierda, de religiosos, educadores y artistas "comprometidos" se acercaron a algunos barrios populares nacientes o consolidados.

Este impulso fue el que llevó a los "fundadores" de las organizaciones estudiadas a buscar deliberadamente sectores sociales y espacios geográficos coherentes con sus imaginarios de lo popular. En los relatos históricos de las organizaciones son reiterativas las referencias al interés por encontrar *"un barrio en donde se pudiese empezar de cero"*, *"unos sectores más populares"*, *"un lugar donde el proceso pudiese tener su propia historia"*, *"dónde las carencias fueran mayores que en otros barrios pobres"*. En estos asentamientos, los fundadores encontraron que, en razón de otros procesos demográficos, económicos y sociales, también se venían generando iniciativas propias de reivindicación, asociación y movilización. De esas dinámicas e iniciativas previas al surgimiento de las organizaciones se tratará a continuación.

1.2. Los pobladores populares de Bogotá

La dinámica de crecimiento urbano de Bogotá les ofreció las condiciones propicias. Desde mediados del siglo XX la población de la ciudad creció a ritmos inusitados; mientras que en las dos décadas comprendidas entre 1928 y 1938 se había pasado de 235.000 a 330.000 habitantes, en los diez años siguientes la población se duplicó; para 1960 se había llegado a un millón de habitantes y en

1973 a los tres y medio millones (TORRES, 1994: 23). Aunque la tasa de crecimiento disminuyó en los ochenta, en 1985 se llegó a los 4.240.000 habitantes y en 1993 a 4.946.000.

El área construida también refleja ese crecimiento; mientras entre 1928 y 1951 pasó de 19.58 kilómetros cuadrados a 29.22, entre 1951 y 1970 se sextuplicó, llegando a los 183 km². Para el año de 1980 el área ocupada llegó a 261 km² y en llegaría en 1990 a 369 km². En cuatro décadas, la ciudad creció doce veces, con los consecuentes problemas de infraestructura urbana.

Aunque hubo mejoras en la salubridad pública y el índice de mortalidad disminuyó, el crecimiento de población estuvo asociado no tanto al crecimiento vegetativo sino por la afluencia de inmigrantes. Con la intensificación de la violencia política desde fines de los cuarenta, el aluvión de campesinos hacia los centros urbanos alcanzó dimensiones inusitadas. Bogotá, capital administrativa y polo industrial, fue la ciudad que más inmigrantes recibió y que por ende, más creció demográfica y espacialmente.

El mayor peso de inmigrantes hacia Bogotá fue recibido entre 1951 y 1964, años en los que la violencia que azotó al país alcanzó las mayores dimensiones; según los estimativos más conservadores, la cantidad de muertos en dicho lapso llegó a 300.000. Miles de campesinos huían de la violencia y después de pasar por algunas poblaciones intermedias llegaban a la capital para hallar el refugio del anonimato. Por ello, la cantidad de inmigrantes fue de 645.433. Entre el año 1964 y 1973 la capital aumentó en más de un millón de nuevos habitantes, el 65% de los cuales son inmigrantes que pasan a fundar o poblar barrios populares.

A lo largo de los setenta, la migración hacia Bogotá continúa, pero con un menor peso porcentual. Así para los años comprendidos entre 1980 y 1985 el total de inmigrantes aún era de 235.978 y entre 1985 y 1990 de 143.690, que corresponden a 34,7% y 25,6% del crecimiento global de la población de la ciudad en dichos periodos. Durante la segunda mitad del siglo XX la mayoría de los nuevos pobladores fueron a parar a los asentamientos humanos conocidos como barrios fantasmas, marginales, subnormales, ilegales o "de construcción progresiva" Estos eran diferentes a las tradicionales barriadas existentes desde la colonia y a los barrios obreros surgidos en los años veinte y treinta. Eran barrios que se iban formando en lugares distantes del centro de la ciudad, especialmente hacia las zonas montañosas de oriente, suroriente o extremo norte de la ciudad y hacia las partes bajas anegables del sur y suroccidente de la Sabana.

Ante la incapacidad de la administración para acoger y ofrecer vivienda, y servicios a los inmigrantes, la imposibilidad para éstos de acceder al mercado capitalista legal y de invadir terrenos de hecho, la forma más generalizada de acceso a la vivienda fue la llamada urbanización pirata. Esta perversa forma de acceso a terreno urbano consiste en la fragmentación ilegal de terrenos, que no cumplen las condiciones para ser urbanizados, ya sea por tener un uso agrícola o por estar en una zona anegable o escarpada.

Los urbanizadores piratas venden los lotes a un precio muy por debajo del mercado legal, pero sin ninguna clase de servicios, ni tener demarcadas zonas verdes. En 1972, en ese tipo de asentamientos vivían 1.682.203 habitantes, que representaban el 59% de la población y ocupaban el 38% de los terrenos construidos de la ciudad (TORRES, 1994: 36). Dado que la proliferación de barrios piratas era una válvula de escape a la presión popular por la vivienda, eran tolerados por la administración; ésta, se limitaban a hacer llamados públicos a la población “para que no adquirieran lotes en urbanizaciones clandestinas” (EL TIEMPO, 8 de marzo de 2005) y a flexibilizar cada vez más las “normas mínimas” para autorizar su legalización.

La vida cotidiana de las familias de estos asentamientos populares estaba marcada por la combinación de diferentes estrategias para generar ingresos, a la vez que construían sus viviendas y luchaban colectivamente por acceder a los servicios públicos y sociales. Faenas difíciles en un contexto de desempleo, inequidad y pobreza. A pesar de que Bogotá aumentó entre 1960 y 1985 su participación en el PIB del país, pasando del 15.9 al 24.5%, el rápido incremento poblacional y la desigual distribución del ingreso, anuló los efectos que sobre el bienestar general de los habitantes hubiera tenido el mayor dinamismo económico de la capital, que se reflejó en un menor incremento del producto por habitante, que pasó del 1.8 al 1.7% del PIB (LOPEZ, 1988: 23).

El desempleo y el subempleo aumentaron desde finales de los setenta en Bogotá; el primero, de un 7.2% en 1977 se pasó a un 13% en 1984, asociado a la disminución de la demanda de mano de obra asalariada que trajo la crisis industrial del país². El “empleo informal” en Bogotá llegó en 1985 al 54.9% , equivalente a más de un millón de personas trabajando en la informalidad, la mayoría de

² A nivel nacional, el empleo generado por la industria manufacturera paso de 516.275 en 1980 a 463.350 en 1986 y en Bogotá se mantuvo estancada: pasó de 148.200 a 151.050 empleos (GIRALDO y GONZALEZ, 1988: 103)

ellos en el comercio ambulante y en menor proporción en la construcción, la pequeña industria y el servicio doméstico (GIRALDO y GONZALEZ, 1988: 97).

En cuanto a la distribución del ingreso, la ciudad de Bogotá presentaba para la década de los setenta y ochenta altos índices de inequidad, que correspondieron al 0.53 y 0.54 del coeficiente de Gini en los años de 1975 y 1980 (URRUTIA, 1985). Con relación a las otras cuatro grandes ciudades del país, para la capital en el año 1985 dicho coeficiente era de 47.5, mientras el de Cali estaba en 44.7, el de Medellín en 43.4 y el de Barranquilla en 38.5 (DANE, 1985)

Esta desigualdad en el ingreso se expresa en los indicadores de pobreza para la época, que, aunque menor que en el resto del país, afectaba en 1985 a 119.567 familias en situación de pobreza y a 8.419 en estado de indigencia (LOPEZ, 1988: 44). Otro indicador de pobreza, la de la población con necesidades básicas insatisfechas, el cual para 1989 era del 23.5% para la ciudad, pero para las 4 localidades más pobres, representaba el 42.4% de su habitantes, llegando al 56.2% en la recientemente formada Ciudad Bolívar (VV.AA., 1990).

La inflación durante el periodo comprendido entre 1977 y 1988, pese a ser muchísima menor que la se vivió en el resto del Continente por la misma época, si fue la mayor que habían vivido los colombianos hasta entonces. Luego de haberse mantenido por debajo del 10 % durante las décadas anteriores, la inflación para las familias de bajos ingresos en Bogotá, alcanzó el 22.2% en 1977 y el 31% en 1979 hasta estabilizarse durante los ochenta en un promedio del 24% anual (LOPEZ, 1988: 45).

Bajo estas circunstancias adversas, entre 1970 y 1980 habían surgido 160 barrios que sumados a los ya consolidados, aumentaban la densidad poblacional y social de los sectores populares de la ciudad. Estos ya no estaban formados por familias recién llegadas del campo, sino también por la segunda y tercera generación de sus descendientes, haciéndose visible la gran cantidad de jóvenes; mientras que en 1964 la población entre 10 a 19 años era de 378.056, en 1985 pasó a 809.379 y la de 20 a 24 años, pasó de 171.144 a 501.268 (DANE, 1993: 2).

Esta nueva población juvenil tenía una mayor escolaridad, estaban más integrados a la cultura urbana y portaban unas expectativas de futuro diferente a la de las generaciones previas³. También fue testigo de

³ Mientras la matrícula de secundaria en Bogotá fue de solo 54.853 en 1964, en 1975 pasó a 394.582 y en 1988 alcanzó los 448.829 matriculados (RODRÍGUEZ 1990: 229)

la intensa agitación laboral del magisterio durante la década del setenta y a jugar un papel activo en las protestas que se dieron en la ciudad durante el mismo periodo: la lucha contra la construcción de la Avenida de los Cerros (1971-1974), los frecuentes paros zonales por transporte y el Paro Cívico de 1977.

La situación descrita sobre los sectores populares de la ciudad, también se vivía en los barrios donde se iniciaron los trabajos de los pioneros y que darían lugar a las organizaciones populares de nuestro estudio. Así, en las montañas del suroriente de la ciudad, los barrios Atenas y San Vicente se habían formando desde los años cincuenta por campesinos de los departamentos del área andina cercana a la capital que huían de la violencia bipartidista. Por otro lado, los barrios Britalia, Villa Nidia y El Codito y Rincón de Suba se venían configurando desde los setenta con migrantes provenientes de diversos departamentos del país. Por último, los asentamientos Potosí – La Isla y El Codito, se formaron a lo largo de la década de los ochenta, con una presencia significativa de desplazados de las zonas del conflicto armado reciente.

A su llegada, los activistas “fundadores” encontraron en estos barrios en plena formación, un ambiente de pobreza y adversidades: ranchos como vivienda, calles sin pavimentar, ausencia de servicios públicos y de transporte:

Hacia finales de los años 70s los barrios ubicados en los cerros nororientales estaban terminando de poblarse, por tal motivo en barrios como Santa Cecilia, Cerro Norte, Villa Nidia, Codito y Soratama, las necesidades eran muchas y las condiciones de los barrios las acentuaban de una manera más fuerte, pues estos barrios habían sido poblados y urbanizados en forma desordenada y sin ninguna planificación, por lo tanto se carecía de casi todos los servicios (agua, alcantarillado, teléfono) no se tenían carreteras, si no caminos de herradura. (Coordinadora)

Las hermanas... luego de recorrer varios barrios del Suroriente de Bogotá, se establecen en el barrio Bello Horizonte en 1973; este lugar en buena medida estaba poblado por “desterrados” de zonas rurales como consecuencia de la violencia política y social y que los llevo a refugiarse a la ciudad, ocupando espacios como este sector montañoso, y en donde subsisten trabajando como obreros de construcción, servicio doméstico, trabajadores independientes, empleados, celadores, vendedores ambulantes, y otras labores. (AVESOL,).

Dentro de las expectativas del sector popular que se tenía en ese momento, Jerusalén las cumplía todas; hacia 1983 las condiciones físicas eran muy precarias, no existían los servicios públicos básicos: agua, luz, alcantarillado, transporte; no existían centros de atención en salud o educación; prácticamente no existía nada físico construido por el ser humano, solo las montañas áridas; esta situación lleva a que la gente que llegaba

a poblar fuera gente muy pobre que estaba buscando cualquier lugar para construir sus ranchos y dejar de pagar arriendo... (ICES)

2. Nacimiento de las organizaciones populares

Las organizaciones no surgieron "espontáneamente" del reconocimiento de las necesidades comunes de los habitantes de los barrios ni fueron impuestas o traídas por los activistas externos. Nacieron de la confluencia – en muchos casos conflictiva – entre las experiencias, imaginarios y visiones de los activistas radicalizados, y la trayectoria y las expectativas de los pobladores. De este interesante proceso de construcción social tratará el siguiente apartado.

El interés primero de los activistas fue conocer la realidad de los barrios a través de la inserción en la dinámica de los mismos y en la animación y acompañamiento a las iniciativas asociativas de sus habitantes. El contacto directo con los problemas de los habitantes les permitiría reconocer sus "*necesidades sentidas*"; pero la garantía de un trabajo más eficaz dependía de un estudio juicioso de las carencias sobre las que se tenía que actuar. Por ello, como estrategia para conocer mejor las problemáticas de los barrios y, a la vez, concientizar a los pobladores de las mismas, realizaron encuestas, censos y diagnósticos.

A pesar de que en todos los casos se relata el interés que tenían los fundadores por responder a los intereses y necesidades de los pobladores, los resultados de estas indagaciones generalmente coincidían con los dominios profesionales y los marcos culturales de quienes los realizaban. Allí donde los activistas eran educadores se reconocían los bajos niveles de escolaridad, donde eran médicos se reconocían los problemas de salud; donde eran religiosas se reconocían vacíos en la formación cristiana; donde había artistas se veían problemas culturales.

Por su parte, algunos habitantes de los barrios se habían agrupado en torno a problemática que aparecían como urgentes o prioritarias para quienes las impulsaban. Así, en algunos casos, algunas mujeres habían buscado solucionar los problemas educativos o de salud de los niños; en otros, algunos jóvenes se habían congregado en torno a actividades artísticas o deportivas, y para promover el uso de los espacios públicos (salones comunales y parques) para dichas actividades.

La confluencia y negociación entre dos formas de entender las necesidades permitido se expresó en la definición de los proyectos en torno a los cuales surgirían las organizaciones estudiadas:

A raíz de detectar los problemas en salud que existían en Jerusalén, el proyecto priorizó el programa en salud, pero en salud comunitaria; se buscaba que ligado a la atención en salud, hubieran otros programas alrededor, como la alfabetización, pero nunca pensar en un colegio, en un colegio tal. A la gente le interesaba lo de salud, porque habían epidemias y una cantidad de cosas; pero en la medida en qué se enteraron que Evaristo era profesor y Miguel era profesor, entonces empezaron a moverle la idea a Evaristo que ellos estaban más interesados era en un colegio. La idea inicial va cambiando, y comienza a sonar la cosa de que educación (ICES)

Los primeros acercamientos no sólo permitieron reconocer las necesidades más urgentes de los barrios, sino también a aquellos sectores de población con los cuales se trabajaría. Se trató principalmente de quienes permanecían más tiempo en el barrio enfrentando cotidianamente las adversidades: las mujeres, los jóvenes, los niños y los adultos mayores. Así, las nociones e imaginarios abstractos de lo popular se fueron enriqueciendo, al reconocer otras identidades definidas por su subordinación o exclusión en las relaciones familiares y locales.

Con estos y para estos sujetos estarían encaminadas las primeras acciones educativas, pastorales, artísticas y organizativas promovidas por los pioneros. En tres de los casos se crearon jardines infantiles u otros espacios de trabajo con los niños; también se crearon comités de salud, asociaciones de padres, centros de alfabetización, grupos de teatro, cursos de confecciones, bibliotecas y grupos eclesiales de base.

Esta identificación entre activistas fundacionales y grupos de mujeres y jóvenes de los barrios en torno a los deseos y proyectos de organización popular se fortalecía con los encuentros y otros espacios de comunicación y relación con grupos similares, ya fuera a nivel local o en torno a campos de trabajo común. En la historia de todas las organizaciones, sus miembros fundadores recuerdan la participación en encuentros y otros eventos convocados por su propia iniciativa, por algunas de redes de trabajos populares, comunidades eclesiales de base, madres comunitarias, educadores populares que surgen en la primera mitad de los ochenta con el apoyo de ONGs como Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) y la Asociación Dimensión Educativa.

Y es que a la par que surgían estas y otras experiencias de organización popular local, también surgieron por la época, organizaciones promovidas por religiosos, profesionales o intelectuales comprometidos con el imaginario revolucionario, que inicialmente se autodenominaron Centros de Promoción Popular y cuyo propósito era precisamente apoyar estos procesos de base (RESTREPO, 1987). Generalmente financiadas por agencias privadas de financiación europeas (Tierra de

Hombres, CEBEMO), estos centros ofrecían capacitación y asesoría en campos específicos como la alfabetización, el trabajo cultural y productivo.

2.1 Vicisitudes y tensiones iniciales de las experiencias organizativas

Así como hubo relaciones solidarias dentro y fuera de los barrios, también hubo tensiones y conflictos con los mismos pobladores y otros actores locales e instituciones gubernamentales. Las principales fuentes de tensión fueron, por un lado, la confrontación entre las lógicas de los fundadores con las lógicas culturales de los pobladores; por el otro, la confrontación con intereses económicos y políticos locales; finalmente, los conflictos con las lógicas del Estado. Dichas tensiones que se expresaron de diferentes formas y a través de diferentes actores.

Una tensión menos visible, pero que se expresó en la cotidianidad de los trabajos fue la diferencia entre los imaginarios, lenguajes, ritmos y estilos de trabajo entre los promotores y la gente de los barrios. El peso de las concepciones iluministas y de estilos vanguardistas, sumados al desconocimiento inicial de las lógicas culturales de la gente generó incomprendidos y malentendidos:

Cuando llegamos teníamos ideas prefabricadas para imponer algo a la gente; con el tiempo vimos que eso era falso, que debíamos acercarnos a la gente con más respeto... nos adaptamos a lo que querían aprender, empezamos por compartir experiencias y conocimientos con ellos. (CPC)

Otra fuente de conflicto fue la relación con las Juntas de Acción Comunal, (en adelante JAC) cuyos integrantes en los barrios eran ejemplares representantes de las más tradicionales formas de politiquería y clientelismo. Estos líderes comunales, en la mayoría de los casos respaldados por gamonales políticos y concejales de la ciudad eran los enlaces de las maquinarias electorales ubicadas en el corazón de los barrios, estaban acostumbradas a "mandar" en ellos sin ninguna oposición.

De modo que en la medida en que las experiencias organizativas fueron ganando espacios de trabajo y adquiriendo reconocimiento dentro de los barrios, las JAC sintieron amenazada su "hegemonía" y respondieron agresivamente contra aquellas, utilizando todas las estrategias de intimidación que fueron posibles. La difamación, las amenazas e incluso el asesinato fueron algunas de las formas más frecuentes de acción. En todos los casos, los fundadores fueron acusados de "guerrilleros" o de "revolucionarios".

Otra tensión propia de los procesos de organización popular autónoma fue la que los enfrentó con el Estado a través de las instituciones con presencia en el sector o con las que tenían que relacionarse por el tipo de proyectos o programas que adelantaban. Aquellas organizaciones con proyectos en educación infantil (Jardines, Hogares Infantiles, Casas Vecinales, Colegios) buscaron apoyo de instituciones como el Instituto Colombiano de Bienestar Social (ICBF) y el Departamento Administrativo de Bienestar Social (DABS).

Dicha relación fue casi siempre conflictiva, pues muy pronto aparecieron conflictos frente a los recursos para el trabajo, el reconocimiento laboral de las madres, la autonomía de las organizaciones y la misma orientación de las políticas frente a la niñez. Fue el caso de AVESOL, EL CPC de Britalia y el ICES, pero principalmente el de la Coordinadora de Comités y Asociaciones Prodefensa del Niño, cuya fuerza inicial se construyó en torno a esa confrontación con el ICBF. En el caso de otras experiencias asociativas como el ICES, el CPC, AVESOL, la Coordinadora y COPEVISA, las tensiones también se dieron con la Secretaría de Educación, la Secretaría de Salud y el Departamento Administrativo de Acción Comunal.

Estas estrategias de confrontación inicial con el Estado pueden interpretarse como una búsqueda de integración contestataria en la que predominaba la presión abierta por participar en la distribución del gasto social del Estado y en la orientación de sus políticas (MAGENDZO y EGANA, 1991).

2.2. El tránsito hacia Organizaciones Populares

Cada experiencia inició su trabajo a través de la organización de grupos y realización de acciones que poco a poco van ganando representatividad en los barrios; se crean comités de trabajo, grupos de reflexión y culturales, así como espacios educativos no formales (centros de alfabetización, biblioteca, catequesis, talleres de formación en oficios) y eventos de integración como las novenas navideñas, los paseos y los Festivales.

Estas experiencias iniciales no son propiamente organizaciones. Las finalidades y las tareas son similares, la participación de sus miembros no es necesariamente estable así como la adjudicación de roles, el campo de acción es barrial y su capacidad de obtención de recursos es mínima y el sentido de pertenencia de sus miembros es aún débil. Diferentes factores incidieron para que pasaran a convertirse en verdaderas organizaciones, es decir, en entidades sociales estables que

trascienden los individuos que las conforman y difieren de los tejidos sociales donde surgen, con unos objetivos, una estructura interna y unos sistemas de acción coordinados (TORRES, 2002: 206).

En casi todos casos el tránsito hacia las organizaciones estables se dio por consolidación de las experiencias grupales y la necesidad de fortalecerlas con proyectos permanentes y recursos más estables; en otros para posicionarse o tener reconocimiento jurídico frente a los habitantes del barrio, frente a otras organizaciones locales o al Estado. En el caso de la Coordinadora, para darle respaldo institucional a una red de acción conjunta que de hecho venía funcionando; en el de La Cometa, para afirmar la nueva identidad comunitaria frente a su inmediato pasado militante y partidista.

El tránsito de experiencia grupal a organización se expresa en algunos hechos de carácter formal, material y simbólico como lo son el adquirir personería jurídica, el asumir una forma institucional reconocida (Asociación, Corporación, Centro, Instituto, Coordinadora), el darle un nombre propio, redactar proyectos y programas, obtener recursos permanentes, definir una estructura y unas funciones estables.

La construcción de la sede propia también fue un hito en la consolidación de las organizaciones; expresa su estabilidad en el tiempo y su proyección hacia el sector poblacional. En La Cometa, los jóvenes que participaban de la experiencia aportaron los materiales y días y noches de trabajo para transformar una cabaña semidestruida en la sede de su organización. EN AVESOL, la construcción de su sede (hoy, un edificio de tres plantas que se destaca dentro del paisaje urbano) tardó varios meses e involucró el trabajo voluntario de los vecinos del sector:

Con la sede la Asociación dio un gran salto, el espacio adecuado tanto para el jardín como para las otras actividades permitió una mayor eficiencia en los servicios que se prestaban a la comunidad. Por otra parte el radio de acción de la Asociación se amplió y se crearon las condiciones para lanzarse a nuevas actividades, se abrió entonces un consultorio médico y otro odontológico que cubriera un poco este gran vacío de la salud en nuestros barrios. (AVESOL).

Por último, otro elemento fundamental para la institucionalización de las organizaciones fue la decisión por ponerle un nombre que reflejara la identidad del nuevo actor social autónomo. En los relatos la elección del nombre de cada organización se constituye en un hito, no sólo porque a través de este empieza a ser reconocida y nombrada dentro de la población, sino porque, además, refleja y en cierta medida determina la identidad institucional y los campos de acción que tendrán en adelante; Asociación de vecinos Solidarios, Centro de Promoción y Cultura Popular, Instituto Cerros

del Sur, Coordinadora de organizaciones de defensa de los derechos del niño y Corporación La Cometa, Promotora Cívica y Cultural Zuro Riente⁴ y COPEVISA: costura, peluquería y salud.

De este modo, pasados unos años entre el primer encuentro entre pobladores y activistas fueron naciendo las organizaciones populares en las que se basa esta investigación. En el año 1982, nacen la Asociación Vecinos Solidarios (AVESOL), el Centro de Cultura Popular (CPC), el Instituto Cerros del Sur (ICES) y la Promotora Cívica y Cultural Zuro Riente (en 1995 asumió la forma jurídica de Corporación). En 1983 se crea la Coordinadora de Organizaciones de defensa de los derechos del niño y de la niña, y en 1990 nacen la Corporación La Cometa y la Cooperativa COPEVISA .

3. Fortaleciendo el tejido social y asociativo local⁵

En las organizaciones vinculadas a la investigación, ha sido explícito el interés por generar cambios significativos en los contextos en los cuales despliegan sus discursos y prácticas. Así, a través de diferentes estrategias y formas de trabajo buscan fortalecer lazos de cohesión e “insertarse” en las dinámicas cotidianas de la gente. Del mismo modo, las organizaciones se han visto influenciadas por las lógicas de acción de los pobladores, sus maneras de hacer, sus conflictos y diferencias, provocando en variados casos, cambios al interior de sus dinámicas.

La garantía de continuidad y consolidación de las organizaciones populares urbanas depende, en buena parte, de la calidad de los nexos que éstas logran establecer con las relaciones de sociabilidad que preexisten en su territorio de acción. En los contextos barriales en los que iniciaron su proceso, se habían generado múltiples formas de relación (amistad, vecindad, compadrazgo) y previas experiencias asociativas entre sus habitantes, las cuales van configurando una memoria colectiva y una historicidad respecto a lo que significa compartir un territorio y contribuir a su consolidación.

3.1. Las organizaciones y la potenciación de vínculos sociales

Ya hemos señalado como los barrios donde las organizaciones surgieron, eran urbanizaciones informales, construidas por fuera de las normas de planeación. Por ello, la conformación de estos

⁴ En este caso hay un juego de palabras: suroriente, zona de la ciudad donde surge la experiencia se convierte en Zuro (como se les dice a las palomas) y Riente (expresión de alegría)

⁵ Numeral basado en el artículo de Constanza Mendoza “Organizaciones populares, tejido social y construcción de identidad” (Cuadernos de sociología 3 37, USTA, 2002) elaborado desde su participación en el proyecto de investigación.

asentamientos trajo consigo para sus habitantes, la impronta de solucionar múltiples necesidades colectivas como la consecución de servicios públicos básicos (agua, luz, alcantarillado), la construcción de vías de acceso y la solución a la demanda educativa y de salud.

En las luchas compartidas por dotar a sus barrios de una infraestructura física, sus pobladores fueron formando redes de relaciones personales y otras más sociales: familia, grupos de amigos, vecinos, a partir de las cuales se fueron configurando unas formas específicas de comunicación. A este conjunto de interacciones y vínculos sociales básicos, es lo que algunos autores denominan tejido social.

El tejido social se entiende, como una malla o red de relaciones bastante tupida en unos puntos y rota en otros, que permite definir la situación y la acción de las personas o grupos y que contribuye a su creatividad y desarrollo (VILLASANTE, 1991: 28).

La existencia de vínculos familiares, y de relaciones entre vecinos y amigos en los contextos barriales (no exento de tensiones), va configurando una memoria compartida entre los habitantes respecto a lo que ha significado llegar al barrio y comenzar a vivir en él. También, como se verá más adelante, es a través de estas relaciones que se van elaborando lecturas sobre las necesidades vividas y se van construyendo las posibles soluciones para afrontarlas.

¿De qué manera afectaron las Organizaciones dicho tejido social? A continuación, se retoman los procesos de acercamiento que los núcleos de fundadores llevan a cabo frente a estas dinámicas de relación barrial.

- El acercamiento a los contextos barriales y fortalecimiento del tejido social:

La situación material y social en el que se encontraban los barrios significó para las nacientes asociaciones diferentes niveles de incidencia tanto en las formas de relación, como en las condiciones infraestructurales de los barrios. No hay que olvidar que el interés explícito de los activistas externos era generar procesos organizativos en contextos populares. Fuese por motivaciones explícitamente políticas (Coordinadora, Cometa, Promotora), por propósitos educativos (ICES) o religiosos (CPC, AVESOL, COPEVISA), en la década de los 80, la consigna por la organización era común en esta izquierda social.

Las difíciles condiciones en las que se encontraban los habitantes de los barrios, son leídas por los fundadores como potencialidad para el impulso de la organización popular y realizar sus utopías.

Jerusalén resultó siendo el espacio más propicio para desarrollar la propuesta comunitaria 'porque de alguna manera dentro de las diferentes posibilidades que existían en ese momento en Bogotá, éste era uno de los sectores más nuevos, estaba comenzando, entonces era posible comenzar a construir desde un primer momento'. Diferente a haber llegado a barrios donde tenían condiciones favorables, o que si no las tenían en su totalidad ya habían comenzado su trabajo popular con otras organizaciones (ICES).

Para algunas organizaciones primer paso era lograr el acercamiento a los habitantes. Animados por sus utopías políticas, algunos de los primeros animadores externos de las experiencias organizativas se "fueron a vivir al barrio" y comenzaron a compartir cotidianamente, la vida de los habitantes del sector. Esto les permitió reconocer "el sentir de la gente" y lograr posibilidades de acceso a sus dinámicas cotidianas, a sus formas de relación social:

El método de trabajo de las hermanas se basa en insertarse en la vida, por ello se acercan a la realidad y la situación que vive la gente, comprendiendo sus valores, escuchándoles, conocer su forma de vivir, sus experiencias, sus inquietudes, sus formas de ayuda mutua y de solidarizarse (AVESOL)

A veces los profesores se metían en las casas el sábado y el domingo, ellos iban a tomar con los papás de uno, a jugar tejo, rana y todo, entonces uno no veía al profesor del otro lado y uno aquí, pero igual si existía el respeto (ICES)

En este proceso se van construyendo nuevos lazos afectivos entre los habitantes y las organizaciones constituyéndose en escenarios posibles para potenciar nuevas formas de tejido social, basadas en la confianza y la amistad.

Es así como, actualmente la aceptación del grupo por parte de la comunidad la podemos considerar garantizada al haber conseguido no aparecer ante el barrio como un grupo invasor, ni tampoco benefactor, a medida que las relaciones personales se han ido estrechando y el compromiso con ellos se ha basado en la colaboración y la amistad (CPC).

Sin embargo, este reconocimiento y posterior fortalecimiento de vínculos afectivos o de amistad entre los habitantes y el núcleo de fundadores de las organizaciones no estuvo libre de tensiones. Por el contrario en variados momentos se dio lugar a rumores, chismes y señalamientos. Como se señaló, algunas veces a los animadores de las experiencias se les señaló de mantener vínculos con movimientos subversivos:

Las hermanas por medio de las actividades que realizaban iban despertando la conciencia de los habitantes, lo que llevo a mirar con recelo su trabajo, y a calumniarlas de ser revolucionarias, del M-19. Y Además algunas hermanas de la misma congregación no estaban de acuerdo con su compromiso liberador (AVESOL)

Un aspecto que vale la pena valorar es que las organizaciones, a partir del proceso compartido también han construido sus propias redes de relación cotidiana, esto es, su propio tejido social. En este sentido es posible encontrar vínculos familiares, base del proceso organizativo en AVESOL, la Promotora y La Cometa, como también fuertes lazos de amistad en CPC, el ICES, COPEVISA y la Coordinadora; vínculos que proyectan el trabajo de la organización. En las dos organizaciones cuyos fundadores eran ya habitantes del sector (La Cometa y la Promotora) esta presencia de las redes familiares es mayor:

Actualmente, el tejido de relaciones entre los miembros fundadores tiene su soporte en el intercambio permanente de criterios de trabajo, la solidaridad y los fuertes lazos familiares (cuatro parejas de compañeros y compañeras e hijos). Aún más, la familia Benavides tiene un profundo arraigo en Cometa: participan dos hermanos y una hermana, de la generación joven se han formado dos sobrinos y una sobrina, entre los niños cuatro son los que hoy nos acompañan". (La Cometa).

Este componente subjetivo, que es común en las organizaciones y en los barrios populares, fue configurando unas maneras de relacionarse que fortalecen vínculos y canales de comunicación; en otros, generaron conflictos al interior de las asociaciones. La presencia de estos vínculos fuertes, por lo general se hace evidente en los discursos y en las prácticas de las organizaciones a través de celebraciones, encuentros, manifestaciones de afecto, las cuales al connotar un fuerte simbolismo, contribuyen a recrear ese "estar juntos".

Es nuestra (filosofía) es vertebral el trabajar la solidaridad. En el jardín se comparte un pan en la mañana, se comparte el saludo, se promueve que el espacio que tenemos lo debemos cuidar para todos; igualmente entre nosotros que los niños grandes comencemos a colaborarle a los niños pequeños (AVESOL).

De manera general podría plantearse que la configuración de experiencias colectivas estuvo íntimamente ligada al establecimiento de vínculos comunitarios al interior de la organización y de ésta con las personas con las que trabaja. Cohesionarse en torno a orientaciones, prácticas, afectos y proyectos comunes, constituye la argamasa que posibilita la vida en grupo y por ende la construcción de lazos de solidaridad, *entendida en su doble manifestación de valor e instrumento de*

la acción colectiva (la solidaridad) da cuenta de las condiciones en las cuales se genera vínculo grupal y cohesión en la diferencia” (CONSTANTINO, 1995).

3. 2. Relaciones con otras experiencias asociativas barriales

Como se señaló, en el inicio de las nuevas experiencias organizativas, los barrios se encontraban en un proceso de consolidación donde las redes sociales básicas se estaban constituyendo. Además, en torno a las luchas por dotar los asentamientos de infraestructura física y social comenzaron a crearse las primeras formas de agrupación y organización barrial, como las Juntas de Acción Comunal y otros grupos de vecinos, mujeres y jóvenes en torno a demandas particulares, como la salud, la educación infantil y el deporte. De igual modo, en algunos barrios se creaban parroquias y otras expresiones religiosas.

Estas formas de organización y vinculación social construidas intencionalmente, (grupos de mujeres, juntas de acción comunal) conforman el tejido asociativo. Así las Organizaciones además de involucrarse en el tejido social de los barrios, establecen vínculos con las formas asociativas preexistentes en el barrio, configurando en algunos momentos alianzas y en otros casos tensiones y contradicciones respecto a las formas de trabajo, la consecución de recursos, o la relación con instancias administrativas del Estado.

La posibilidad de ingreso de las organizaciones a los barrios significó, para algunas de ellas, apoyarse en el tejido asociativo preexistente en el barrio, muy cercano a sus redes de relación religiosas o políticas. Por ejemplo, un referente importante para las hermanas Asuncionistas en Atenas y las hermanas Javerianas en Britalia a su llegada a los barrios fue su acercamiento a la parroquia.

En esa búsqueda de nuevos caminos en Kennedy las Javerianas establecen comunicación con los religiosos de la parroquia Santa Margarita, en el sector de Bomberos (...) Es así como de la mano del padre Jorge Serpa y acompañadas por un matrimonio español pertenecientes al equipo latinoamericano de la JOC (...) inician un proceso de acompañamiento pastoral en el barrio Britalia (CPC)

En el caso de La Coordinadora, el acceso se construye a partir de las mujeres que iniciaban la construcción de los jardines y el vínculo previo que una de las personas que iniciaron el proceso tenía con el ICBF. El ICES acude a las incipientes formas de organización barrial y a la Junta de Acción Comunal.

A lo largo de su proceso, las organizaciones van ampliando estos contactos y relaciones con otras presentes en el contexto barrial: La parroquia, la JAC, la casa vecinal y la casa cultural. Lo interesante de este acercamiento es que se da lugar a una relación cambiante e incluso estratégica que va desde el apoyo o la tensión hasta la participación de sus integrantes en dichas formas organizativas.

El ejemplo más ilustrativo es la relación que se establece con las Juntas de Acción Comunal. Durante las primeras etapas las organizaciones se apoyan en el trabajo que desarrollan las juntas para resolver necesidades urgentes de los pobladores de los barrios; esto les permitió darse a conocer y acercarse a las formas asociativas barriales. El establecimiento de metas comunes y la articulación de acciones para alcanzarlas, es un aspecto que sobresale en algunos de los momentos iniciales de dicha relación:

Recurrieron entonces a la JAC. del barrio y le plantearon la posibilidad de un terreno comunitario, para construir allí el hogar infantil, a la junta le gusto la propuesta y les dio la autorización para buscar un terreno donde construir el hogar infantil (CPC)

(sobre el parque infantil) nos damos a la tarea de investigar quienes viven allí, si es invadida, si es zona verde, si es zona de la comunidad, y se comienza a hacer un trabajo con la JAC precisamente con don Aníbal quien estaba de presidente, y con la CAR, es ese momento es la que sabe que terrenos son espacios públicos y zonas verdes (AVESOL)

Sin embargo, esta relación no estuvo libre de tensiones, en tanto las JAC como formas organizativas cercanas a las redes de poder tradicional, asumen prácticas clientelistas y "politiqueras" que van en contravía de los postulados políticos y principios de las organizaciones, lo cual genera conflictos.

La confrontación con la politiquería tradicional: La junta que existía antes de 1987 presentó irregularidades y malos manejos, que son denunciados por Evaristo ante la comunidad, lo que acarrea múltiples problemas a Evaristo y al Instituto (ICES).

Ahora bien, en diferentes momentos las organizaciones han incidido en estos espacios organizativos transformando en muchos casos sus prácticas y formas de relación. Por ejemplo, su participación dentro de la Junta de Acción Comunal (ICES, Coordinadora, CPC, Promotora y COPEVISA) introdujo otras maneras de "hacer política" tomando distancia de las "formas tradicionales".

Para el período 1996 – 1998 participó activamente en le consejo comunal del barrio Britalia, siendo la cabeza directiva del consejo comunal, cuatro mujeres del equipo de trabajo del CPC (...). Esta intervención más directa trajo consigo que los lineamientos y

los principios de trabajo del CPC se vieran reflejados en el trabajo coordinado del consejo comunal (CPC)

Reconociendo estas formas de relación, es posible analizar un aspecto decisivo en la relación Organizaciones y JAC, que es la manera como éstas dos formas asociativas barriales comienzan a participar en la solución de diferentes necesidades como servicios públicos, la construcción de vías de acceso, la existencia de programas educativos y de salud, entre otros.

El acceso, a los barrios permitió una articulación de los propósitos de las Organizaciones a las demandas, en un primer momento ubicadas en el orden infraestructural, que se iban presentando en los contextos barriales. La lucha por la consecución de los servicios públicos, el impulso de programas de salud y la creación de hogares infantiles fueron las demandas que lograron articular con mayor fuerza, durante las primeras etapas, a las formas asociativas existentes en los barrios con las organizaciones.

Ello trajo consigo que la resolución de las necesidades colectivas asumiera diferentes modalidades; en algunos casos por autoayuda y autogestión; es decir, a partir de las iniciativas de algunos habitantes de los barrios (quienes después van a ser animados por los núcleos de fundadores de las organizaciones), para generar procesos organizativos autónomos y diseñar posibles soluciones, por ejemplo, frente a la problemática de salud (CPC) o de alimentación y cuidado de los niños:

Aquí se empezaron a atender 15 niños, lo de la alimentación se resolvió con la olla común, que consistía, si una mamá traía papitas, y la otra traía las hojitas, la sal o la panela, y por decir la otra traía, la cebolla, la panela, se les daba agua de panela u juguito eso era traído por los padres de familia cada uno un puchito de lo que podía y eso comían los niños ese día... (Coordinadora).

Aquellas necesidades cuya magnitud o costos superan las posibilidades de autogestión van a ser resueltas por vía concertada o cogestionada entre las organizaciones y otras formas asociativas barriales como las Juntas con organismos internacionales o entidades del Estado. La construcción de parques, salones comunales y más recientemente, Comedores Comunitarios, lo confirman:

En ese mismo año las Javerianas y la JAC solicitan al SENA la cesión de éstas casetas a la comunidad, pues el SENA, termina con el programa móvil urbano en el barrio y al no haber un salón comunal ven la posibilidad de aprovechar estos locales para la realización de actividades culturales, recreativas y de servicio a la comunidad, estableciendo un reglamento conjunto con la JAC para su utilización (CPC)

En otros casos, cuando se agotaron las vías concertadas y autogestionarias, se acudió a las vías de hecho como mecanismo de presión para reivindicar las demandas detectadas por las organizaciones y por los habitantes de los barrios: Es el caso, del paro cívico local auspiciado por diferentes organizaciones, entre ellas el ICES, en Ciudad Bolívar, o las tomas al ICBF en la Coordinadora:

Ante tantos problemas ¿qué hacer?. Las vías de hecho fueron la respuesta: en la localidad existían varios grupos organizados, era necesario unir esfuerzos y exigir el derecho no sólo a la vida, sino a una vida digna. Ante todos estos problemas, los grupos organizados de la localidad unen sus esfuerzos y exigen soluciones inmediatas (ICES).

Las tomas se recuerdan como actividades de carácter reivindicativo ante el estado (ICBF), la cual se decidía en asamblea de la coordinadora; ésta iba acompañada de un pliego de peticiones el cual era construido a partir de las necesidades de los comités y asociaciones, a la vez se realizaban pronunciamientos frente a normas, leyes y decretos que pudiesen atropellar a la población en especial a los niños. (Coordinadora)

Este proceso de permanente acompañamiento e intercambio de las organizaciones y los habitantes en torno a unas necesidades, permitió un mayor acercamiento de las organizaciones a los barrios, en tanto “viven y comparten” los problemas de la gente y ayudan a su solución. El diálogo cultural barrio – organización se hace aquí evidente.

A lo largo de 23 años de trabajo el CPC ha hecho parte activa del barrio, del sector y de la misma localidad, al involucrarse activamente en la vida cotidiana de sus habitantes, es por ello que a la par de su trabajo con las mujeres, los jóvenes y los niños, el quehacer del CPC no es ajeno a las manifestaciones y formas de organización comunitaria en miras de la consecución de los servicios públicos para el sector, no es ajeno a las altas tarifas de servicios públicos, no es ajeno a los impuestos que se cobran a los habitantes del sector.

A manera de balance parcial se puede señalar que en este proceso de acercamiento de las Organizaciones a los habitantes de los barrios y formas asociativas existentes se destacan varias tendencias. En primer lugar, que dado que la formación y consolidación de barrio coincide con el surgimiento y configuración de las organizaciones, fue posible una vinculación activa de estas en las luchas de los pobladores.

En segundo lugar, que el acceso e inserción a los contextos barriales ha enriquecido el tejido social y asociativo previo, pero a la vez ha provocado tensiones con otras organizaciones y estilos de

trabajo comprometidas con el clientelismo y el Estado. Por último, que afirmaciones tales como *“el proyecto nace con el barrio y crece junto a él”* (ICES) y *“En la medida que crece y se consolida el barrio, se consolida la organización”*. (CPC) sintetizan lo dicho. La interacción permanente entre intencionalidades de las organizaciones con los intereses y necesidades de los habitantes de los barrios, han favorecido la formación de sólidos vínculos que se dieron entre ambas categorías de actores.

3.3 Las organizaciones y la conformación de nuevo tejido asociativo

En este apartado se analiza el proceso desplegado por las propias Organizaciones. Se intenta profundizar en el interés de éstas por generar organización y en la forma como dan continuidad a su proceso. Se aborda la experiencia organizativa previa y el interés de la organización por configurar tejido asociativo y las redes de relación que se constituyen con otras organizaciones.

La experiencia organizativa previa

Un factor que incide de manera determinante en la configuración de las organizaciones es el de la experiencia asociativa previa de sus fundadores; ello le imprime una mirada particular al proceso, unos énfasis en las formas de relación y unos sentidos de proyección y orientación. En las primeras etapas de los barrios más que hablar de organizaciones populares, existen experiencias grupales y asociativas jalonadas por animadores externos, quienes desde su experiencia marcan en buena medida el camino de lo que será la futura organización.

En términos generales, los fundadores habían participado de dinámicas asociativas antecedentes: En el caso de las Javerianas (CPC), las Asuncionistas (AVESOL) y las integrantes del Instituto Misionero (COPEVISA), participaban de las comunidades eclesiales de base; los maestros del ICES venían de la experiencia del Instituto Social Nocturno de Educación Media; los de La Cometa, la Promotora y la Coordinadora, de una militancia de izquierda previa.

A su vez, la mayoría encontró que en los barrios existían grupos de señoras o de jóvenes trabajando en torno a una temática particular, como es el caso de un comité de salud en Britalia, las diferentes asociaciones que dieron origen a la Coordinadora, los grupos de mujeres y vecinos de El Codito y los jóvenes de san Vicente Ruroriental. La confluencia de estas experiencias organizativas previas de tipo religioso y político alternativo, definió, entre otros elementos, las redes de acceso y las maneras de actuación en los barrios.

Una de las formas comunes de acción, ha sido generar nuevos procesos organizativos en los contextos locales donde desarrollan su trabajo. Este interés estuvo asociado, a la impronta que asumen las Organizaciones como “maquinas generadoras de nuevas organizaciones” (ver capítulo 5) y a la orientación desde la educación popular o la teología de la liberación, desde las cuales, algunas organizaciones asumieron sus procesos formativos con la población.

La importancia de constituir nuevo tejido asociativo reside en dos consideraciones básicas: La primera, que a través de la conformación de organización, los sujetos con los que trabajan (mujeres, jóvenes, niñ@s), pueden dar solución a sus necesidades y por lo tanto “mejorar su calidad de vida”. La segunda, a que la organización connota un carácter estratégico, pero a la vez difuso, de “trabajar por la organización popular” y contribuir a la construcción de sujetos históricos de cambio:

Nuestro interés son las formas de organización, porque la experiencia ha mostrado muchas veces, que no es fácil tomar conciencia política, es decir, que los problemas se entienden en su contexto, pero que es otro paso más difícil que la gente se organice para solucionar estos problemas en forma colectiva. Así vivimos y trabajamos con esta comunidad para dar nuestro aporte a la organización y a la transformación de la realidad (AVESOL).

La creación de variadas estrategias para conformar nuevo tejido asociativo va desde la generación de espacios amplios para la discusión abierta sobre los problemas locales, hasta el diseño de planes y programas de formación. La manera como se dan lugar éstas estrategias varía de una organización a otra, en lo que podríamos denominar “matices” para hacer organización.

En unos casos la generación de organización connota un carácter personalizado, en el que se busca una ampliación de los procesos organizativos, desde los sujetos y sus singularidades, apuntando a generar nuevos sentidos de vinculación social. De allí que la expresión “crear semilleros” sea recurrente.

No nos interesa trabajar con una cantidad de gente, nos interesa caminar con personas que tengan rostro, nombre e historia, que sean sensibles a la realidad que viven y en esa medida estén dispuestos a cambiar lo que no les gusta de su entorno inmediato, personas que puedan llegar a ser sujetos de cambio de su propia historia. Mujeres, jóvenes, niños y niñas transformadores de su realidad y su cotidianidad. (CPC)

En otros casos, la estrategia puede ser de tipo, expansivo; es decir, se busca ampliar la dinámica organizativa de base, a muchas personas y grupos a través de una gran variedad de proyectos y

experiencias. Como tal, la estrategia no se restringe a las poblaciones con las que trabajan sino que se traslada a la relación con otras organizaciones; en la que subyace un criterio de coordinación de los procesos.

En 1983 con la consolidación del hogar infantil y la biblioteca, los grupos de trabajo acompañados por las Javerianas, ven la necesidad de establecer una coordinación de los diferentes programas que iban surgiendo como respuesta a las necesidades del barrio. Se crea entonces la figura "centro de Cultura Popular Britalia" como espacio de coordinación de los grupos que se fueron formando como respuesta a las necesidades e inquietudes del barrio (CPC).

En otros casos, el sentido mismo de la organización da lugar a la creación de espacios de cohesión de varios grupos. El carácter es de articulador de procesos previos, en tanto se asume que la organización es una estructura que logra agrupar demandas afines.

La coordinadora se consolida como espacio articulador de organizaciones barriales (inicialmente comités, posteriormente asociaciones), convocadas por la problemática infantil, en particular en aspectos de abandono parcial, déficit nutricional, salud enfermedad y de desarrollo psicosocial (Coordinadora).

El ICES se convierte en la institución articuladora de los procesos organizativos. A nivel de la organización de las juntas, Potosí era el centro de referencia en Jerusalén. Este contacto y trabajo organizativo con líderes del barrio y con varias juntas, hace que se cree JERUCOM que es la unión de las juntas de Jerusalén, donde se buscaba dar viabilidad a los proyectos a través de la participación y el acuerdo de todos (ICES).

La presencia de procesos personalizados, expansivos o articuladores coexisten en varias de las Organizaciones Populares como estrategias conciente para conformar nuevo tejido asociativo. Así las organizaciones busquen mantener un criterio de autonomía frente a otras organizaciones y frente al mismo Estado, también ven importante el establecimiento de acuerdos y vínculos con otros procesos organizativos. A continuación se retomarán estos elementos.

Redes con otras organizaciones

Las organizaciones, intencionalmente construyen vínculos con otras similares, sean locales o temáticas, así como con organizaciones nacionales e internacionales y con personas que son vistas como aliadas permanentes u ocasionales. La posibilidad de construir tejido asociativo con otras organizaciones, potencia los procesos adelantados por las organizaciones, en tanto les permite

contrastar discursos, experiencias y prácticas, consolidar proyectos afines y tener mayores posibilidades de movilización e incidencia como colectivos.

Uno de los criterios del proyecto es permitir el intercambio de puntos de vista por diversos que sean, pero ese intercambio no debe llevar al aniquilamiento del otro; por ello el proyecto Escuela Comunidad ha establecido relaciones con diferentes organizaciones durante toda su historia, y con algunas de ellas, se puede decir que ha logrado consolidar redes (ICES).

En primer lugar, las organizaciones han construido acuerdos con otras *organizaciones locales afines*, con quienes se han desarrollado propuestas concretas para satisfacer necesidades de los habitantes, generar redes permanentes o para impulsar eventos culturales de integración como los festivales, los carnavales y Semanas por la Paz:

El festival de las Cometas convoca a todos los grupos del Sur Oriente; aquí vienen 'PEPASO' (Programa de Educación Para Adultos del Sur Oriente) que es un grupo muy fuerte en la zona de la Gloria, 'AVESOL' (Asociación de Vecinos Solidarios) que es un grupo muy fuerte en Atenas; grupos como el nuestro que tienen hasta 20 o 24 años que respetan y que reconocen nuestro evento; aquí vienen como invitados traen delegaciones a echar cometa o son jurados (La Promotora)

En segundo lugar, se han establecido relaciones de tipo académico con Organizaciones no gubernamentales (ONG) y con las universidades en las que sobresalen procesos formativos e investigativos. Los lazos construidos con personas, cercanas a las experiencias organizativas y leídas por las Organizaciones como "comprometidas", se han basado en vínculos afectivos donde prima la solidaridad y el apoyo mutuo.

Finalmente, las organizaciones en diferentes momentos han establecido vínculos con organizaciones nacionales e internacionales con las cuales hacen intercambios o buscan la gestión de recursos y en algunos casos el desarrollo de propuestas educativas. El establecimiento de vínculos entre organizaciones populares y con instituciones con sentidos y demandas afines, permite que fluyan recursos humanos y materiales, conocimientos y saberes; pero también que sea posible valorar el potencial cultural de la formulación de experiencias colectivas.

4. Construcción de necesidades y formas de solución

En los contextos barriales donde las organizaciones desarrollan su trabajo los pobladores van definiendo unas necesidades comunes a partir de las cuales elaboran sus propias estrategias de solución. En muchos casos, la resolución de estas necesidades sólo pasa por el esfuerzo familiar o la convergencia de acciones puntuales de los vecinos de una calle, (traer el agua de la pila o la quebrada, construir el alcantarillado), sin necesidad de conformar un espacio organizativo permanente.

Cuando el carácter de los problemas o magnitud sobrepasa la capacidad de los mecanismos tradicionales de solidaridad (por ejemplo el transporte), o cuando es valorado como un derecho colectivo imputable al Estado (la educación, la salud), se generan formas asociativas más estables que centralizan el trabajo y las relaciones con las instituciones externas, aparecen entonces las juntas de acción comunal y los comités de barrio, entre otros.

Las organizaciones por su parte, argumentan que su razón de ser está atravesada por la búsqueda de soluciones a las múltiples necesidades de los habitantes de los barrios donde trabajan. Para ello han diseñado diferentes estrategias para leer necesidades, a partir de las cuales comienzan a desarrollar una serie de propuestas y proyectos en busca de su solución.

El encuentro entre organizaciones y habitantes de los barrios supone un cruce entre las elaboraciones de necesidad de cada uno de ellos, pero también de las formas que se construyen para darles solución. ¿Cómo se va configurando este intercambio de lecturas? ¿De qué manera este encuentro incide en las lecturas de realidad que realizan las organizaciones y los habitantes de los barrios?.

El presente apartado busca plantear algunos elementos respecto a las lecturas de necesidad que elaboran los habitantes de los barrios, profundizar en las miradas que realizan las organizaciones respecto a estas carencias y analizar, finalmente, el intercambio de saberes y de formas de acción que este encuentro genera. En primer lugar se aborda la cuestión de la definición y jerarquización de necesidades que realizan las organizaciones; en segundo lugar, los cambios que en el nivel subjetivo provoca el encuentro entre los habitantes y las organizaciones; finalmente, se valorarán algunas representaciones sociales que realizan las organizaciones para dar cuenta de dichas problemáticas.

4.1. La definición y jerarquización de necesidades colectivas

Como se señaló en el capítulo 2, concebimos las necesidades sociales como construcciones que elaboran los individuos y los colectivos sociales frente a determinadas condiciones objetivas de existencia, en las cuales la memoria colectiva y las visiones compartidas de futuro son decisivos. Como interpretaciones intersubjetivas están situadas y a la vez condicionadas por un contexto cultural específico, lo que implica reconocer la creación de sistemas de *necesidades hegemónicas* que definen para una determinada época lo que se considera "indispensable".

El interés explícito de las organizaciones por buscar soluciones a las múltiples necesidades de los habitantes de los barrios, nos lleva a considerarlas como "fábricas de reconocimiento de necesidades" en tanto jerarquizan carencias y redefinen acciones a seguir. La jerarquización de necesidades pone en juego, tanto la magnitud y carácter de las carencias, como la dimensión subjetiva de quienes orientan el proceso organizativo.

Las organizaciones establecen una distinción entre lo que es considerado como urgente y lo fundamental; lo primero está asociado a los problemas sentidos por la gente (vías de acceso, servicios públicos, escuelas); lo fundamental, por las que consideran las "verdaderas necesidades", "los intereses de los sectores populares" que leen las organizaciones desde sus concepciones e idearios políticos. (transformación de la sociedad, lucha por la igualdad y la participación, etc). Esta distinción ha implicado para las organizaciones desplazamientos y negociaciones con los habitantes del sector, respecto a la posición que adquieren unas necesidades con relación a otras y al "orden" en que deben ser resueltas. En este proceso median las intencionalidades y maneras de ver el mundo de unos y otros.

Por ejemplo, la llegada de los educadores del ISNEM a Jerusalén, en principio implicó la búsqueda de recursos para la consecución de los servicios públicos, para luego iniciar un diagnóstico sobre la salud de los habitantes del barrio:

Los estudiantes del ISNEM y del INEM con asesoría del médico Carlos Hernández y otro médico de apellido Casabuenas, analizan la problemática en salud que existía en la comunidad; según el censo se pudo detectar que la mayor población afectada con enfermedades eran los niños, quienes padecían enfermedades como diarrea, parásitos, fiebre, infecciones, etc; lo que lleva a este grupo a iniciar una campaña de vacunación y salubridad en la comunidad (ICES).

Aunque se encontraron muchas demandas en este campo, se genera un “desplazamiento de la necesidad”, hacia la construcción de un espacio educativo, en parte porque los habitantes del barrio reconocen que las personas que llegan al barrio son educadores, pero sobre todo porque esta experiencia de trabajo previa incide en la mirada sobre lo que “más se necesita”: una escuela.

En otros casos, las primeras lecturas de necesidad que realizan las organizaciones, además de recaer sobre las condiciones objetivas en que vivían los habitantes, se asocian con la formación religiosa y cristiana de los pobladores, muy cercanas a las motivaciones de los núcleos de fundadores:

Unido a este deseo de transformación de la sociedad veían la necesidad de inculcar valores cristianos de la fraternidad y solidaridad, tanto en la comunidad como en otros ámbitos (CPC).

En lo religioso, eran pocos los espacios celebrativos. Tampoco había sentido de vecindad, la comunidad mantenía mas unas relaciones agresivas. Con la llegada de las hermanas de la asunción esta relación comienza a cambiar y toman fuerza las semanas santas con la presencia del padre Mario, con las celebraciones se realizan procesiones con un componente social fuerte lo cual generó mayor convocatoria en las actividades que desarrollaba AVESOL (AVESOL).

Pero quizás la principal lectura de necesidad realizada por las organizaciones (Coordinadora, Cometa, AVESOL, CPC, ICES) recae sobre un actor particular: los niños. Es a través de ellos que se leen las mayores injusticias sociales: abandono, desnutrición, insalubridad, pero también es a partir de ellos que es posible configurar organización con otros actores; las mujeres, por ejemplo:

Se inició un proceso de acompañamiento a estas mujeres, donde se abordaron temas relacionados con la realidad del barrio, con la situación de sus habitantes. El mirar ante esta realidad detectada que podían hacer ellas como mujeres habitantes del barrio. Todas se inclinaron por la situación de los niños, pues el barrio tenía unas condiciones de riesgo muy grandes para los niños (CPC.)

En la definición de este “orden de necesidades”, media la interacción entre las elaboraciones que realizan los habitantes de los barrios respecto a lo que quieren y las lecturas que realizan las organizaciones sobre lo prioritario a solucionar. En esta jerarquización de necesidades juegan un papel importante las estrategias que diseñan las organizaciones para leer con “mayor exactitud” las causas que dan origen a la necesidad y desde allí justificar las acciones a seguir. Sobre este último aspecto se profundizará a continuación.

En diferentes momentos de su proceso, las organizaciones han reivindicado el “partir de las necesidades de la gente” y “partir de la realidad” buscando con ello conocer a fondo las problemáticas de los pobladores; para ello, han implementado variadas estrategias como: Censos, sectorización del trabajo, procesos de formación y reflexión (CPC), Diagnósticos (AVESOL, Coordinadora, CPC), Visitas domiciliarias, charlas informales, observación de reuniones (la Coordinadora):

(...) se planean actividades tendientes a organizar equipo de trabajo con la población cautiva, capacitación y motivación de padres de familia, zonificación de los padres por el barrio donde viven y diagnóstico concreto de la situación de los niños. Es así como se organiza la realización de los censos. Los censos son una de las formas como los comités de defensa obtuvieron datos concretos (cifras) de la situación de la niñez. Los censos se realizaron en cada uno de los barrios en donde existía un comité o asociación de defensa (Coordinadora).

En otros casos, se acude a investigaciones más sistemáticas empleando métodos participativos de investigación como la Investigación Acción Participativa (I.A.P.) para indagar las problemáticas de manera conjunta con los habitantes de los barrios y reorientar acciones.

La investigación también, llevó a replantear algunos servicios que prestaba (tales como el servicio médico y el odontológico, no eran tan necesarios, puesto que ya existían en el sector centros médicos, y hospitales del Estado, a donde acudía la comunidad) y a fortalecer otros, pero además se impulsaron dos eventos: la semana de la creatividad, y el festival de la alegría (AVESOL).

Este permanente interés por conocer “lo que la gente necesita” y por diseñar estrategias que permitan una mejor lectura de ellas, genera desplazamientos en las miradas que hacen las organizaciones sobre el proceso que adelantan y sobre el tipo de acciones que debe implementar para responder a los retos que “el contexto demanda”. Así, es posible establecer que las organizaciones, a partir de las nuevas lecturas que realizan, configuran otras necesidades por solucionar y con ello determinadas acciones:

A través de la organización “se han dado respuestas concretas a realidades concretas”. Por ejemplo, a la problemática de la niñez se crearon los hogares infantiles, a la falta de escuelas se crearon las escuelas populares infantiles, a la problemática juvenil por un mejor aprovechamiento del tiempo libre, se organizó la casa taller, etc. (Coordinadora)

Al mismo tiempo que algunas necesidades se trataban de suplir "nacían" nuevas, es decir, necesidades que siempre existieron pero que no eran urgentes debido a la prioridad de otras. La necesidad de construir vías de acceso al barrio, de rutas de transporte, recreación y el servicio de teléfono se hicieron importantes en este momento. (ICES)

De igual modo, la implementación de variadas estrategias le ha permitido definir a la organización la continuidad o no de su trabajo en un determinado contexto.

Para 1994 se decidió no continuar con los talleres ni el refuerzo nutricional en el barrio Britalia, pues muchos de los niños que asistían ya no lo requerían, trasladando el esfuerzo nutricional a los barrios la Rivera y el Amparo, barrios donde el CPC estaba empezando su intervención y donde la situación nutricional de los niños era realmente precaria (C.P.C.).

Podría afirmarse que las organizaciones han sido respetuosas de los procesos de los pobladores en cuanto a la definición y ordenamiento de las necesidades, buscando articular de manera permanente su intencionalidad de trabajo con lo que los habitantes quieren alcanzar. Así mismo, se interesan por estudiar "a fondo" las problemáticas que detectan, mediante diferentes estrategias, con el fin de definir las acciones a desarrollar o los posibles giros y desplazamientos que se deben llevar a cabo en el trabajo.

En buena medida es esta sensibilidad para leer el sentir de la gente y para desarrollar estrategias para profundizar la lectura de las carencias, lo que va a justificar las acciones y programas que desarrollan las Organizaciones y lo que va a garantizar su permanencia y aceptación en las dinámicas barriales.

4.2. Encuentro entre lecturas de necesidades

Las organizaciones en su encuentro con los habitantes comenzaron a hacer una distinción entre lo que podría considerarse como *lo urgente* y lo que se asume como *lo fundamental*, de igual modo, buscaron conocer a fondo las problemáticas de los pobladores para lo cual desarrollan variadas estrategias. En este apartado nos interesa analizar la forma como el encuentro entre la lectura de necesidades que realizan las Organizaciones y los pobladores modificaron sus miradas sobre los problemas y sus posibles formas de solución.

Durante las primeras etapas, los habitantes de los barrios definían sus necesidades en torno a las carencias y desafíos ligados a la constitución material del barrio. La forma como se les daba solución

estaba asociada, por un lado, al repertorio de estrategias colectivas para resolver problemas colectivos (memoria colectiva), y por el otro, a las formas asociativas preexistentes. Esta resolución de necesidades fue generando unas *experiencias particulares* respecto a los mecanismos más "eficaces" para darles solución, como la autoayuda y las prácticas clientelistas.

Las organizaciones por su parte, se acercaron a los barrios con lecturas estratégicas de lo social, alimentadas por los idearios políticos y religiosos que animan su accionar. La presencia de tales metarelatos apuntaba a la transformación social, buscando que con su accionar se fueran generando nuevos procesos colectivos.

Estos modos de hacer, que se han ido sedimentando en el proceso de consolidación de los contextos barriales y las organizaciones, lo denominaremos experiencia colectiva, la cual se forma de estratos temporales que se conforman y sedimentan en la vida cotidiana. Tal sedimentación se establece en el lenguaje y en las prácticas sociales que están al alcance y uso cotidiano de "todos", refrescando la memoria individual y grupal y configurando procesos de identidad social.

La constitución de estas experiencias presenta diferencias: Para los habitantes de los barrios la experiencia que se va construyendo está más asociada con los saberes históricos y sociales, que se elaboran en el transcurso de la cotidianidad, orientada por las cosmovisiones aprendidas en el contexto local. Para las organizaciones, en la configuración de experiencia, (si bien se reconoce este carácter de interacción cotidiana), entran en juego discursos elaborados y conocimientos formalizados desde escenarios de tipo académico muy cercanos a la cultura letrada.

La interacción continua /discontinua entre estas formas de experiencia va a posibilitar la constitución de *experiencias transformadas* (TOMPSON , 1984), es decir, modificaciones significativas en los modos de percibir y hacer de los pobladores y las organizaciones, ampliando sus horizontes de sentido.

Los nuevos procesos de experiencia colectiva en las organizaciones y en los habitantes de los barrios se fueron configurando gracias a la reciprocidad que logran construir en su proceso; así modifican no sólo las lecturas de necesidades que realizan sino también sus prácticas de intervención. Para los habitantes de los barrios el encuentro con las organizaciones les permitió repensar sus necesidades individuales, como demandas y derechos colectivos, cuya solución debe exigirse y reivindicarse frente a instituciones del Estado. Ello se explica en buena medida, porque es

a través de la organización que las necesidades sociales devienen en demandas jerarquizadas y homologables en el espacio amplio de la sociedad. Precisamente es esta condición de homologación la que posibilita constituir la necesidad social en demanda y como tal en vínculo institucional con autoridades que ofrecen servicios públicos (CONSTANTINO, 1995).

Para las organizaciones, el encuentro con las formas de interacción social de la gente, sus modos de definir necesidades y las formas como le dan solución, les permitió ir cambiando las miradas macro con las que partieron (pueblo, pobres, sectores populares) por otras lecturas un tanto menos genéricas como "comunidad" e incluso particularizadas en torno a poblaciones específicas: niños, jóvenes y mujeres.

Dado que la investigación se centró en el proceso desarrollado por las organizaciones, nos detendremos en las representaciones necesidades y estrategias de acción que han construido las organizaciones con relación a los diferentes actores con los que trabaja y las necesidades que leen en torno a ellos.

4.3. Representaciones y necesidades según poblaciones

El intercambio de miradas y formas de acción que realizan las organizaciones con los habitantes de los barrios les va a permitir, como se ha dicho, construir una *experiencia transformada*. Para aquellas, esta interacción permanente va a posibilitar pasar de una lectura "macro" de las necesidades de los habitantes de los barrios, a una mirada más particular de las necesidades, respecto a grupos poblacionales distintivos por edad o por género.

Sin embargo, la definición de necesidades, por sí misma, no moviliza a las organizaciones para dar solución a dichas problemáticas; para que ello ocurra debe existir una mediación subjetiva entre éstas y la forma de satisfacerlas. Es decir, unos referentes culturales comunes que las lleven a considerar dichas carencias como un agravio o una injusticia intolerable (MOORE, 1996). El reconocimiento de las representaciones que construyen las organizaciones respecto a estos grupos específicos (niños, mujeres, jóvenes), lo que permite ir articulando tanto las necesidades sociales que en ellos leen como las acciones que movilizan las organizaciones para darles solución.

En lo cotidiano, se van elaborando diferentes interpretaciones de realidad que construye un grupo y con ellas los parámetros de lo válido, de lo correcto, de lo justo y lo injusto, de lo que debe ser. Dichas interpretaciones se van normalizando y en algunos casos institucionalizando, lo que hace

que se conviertan en miradas y prácticas habituales de carácter inconsciente, que no son cuestionadas y que generalmente se asumen como verdad: *En efecto si nuestra forma de ver la realidad construye en parte esa realidad, tenemos a nuestro alcance toda una serie de elementos que validan, sin lugar a dudas, nuestra forma de verla* (Ibáñez, 1994: 177).

En este sentido, una ruta de acceso para la comprensión de estos hechos anónimos y "normalizados" de la cotidianidad, es la de las representaciones sociales, las cuales pueden ser entendidas como la versión simbólica que van constituyendo los sujetos en los procesos de relación con otros sujetos y que develan los saberes y significados que elaboran respecto a un "objeto":

Las representaciones son formaciones discursivas que interactúan socialmente y configuran maneras de darle sentido a la existencia, universos de significación, referentes de identidad, pautas de reconocimiento sobre lo común y lo diverso, lo igual y lo diferente, consolidadas en el tiempo a través de intercambios sociales y ordenes institucionales (BONILLA 1994: 13).

De este modo, las representaciones son construcciones de sentido de un grupo, en el que se ponen en juego saberes comunes que se van reconstruyendo a partir de la conversación y el intercambio cotidiano. Las representaciones que elaboran las organizaciones, producen y reproducen creencias, normas y conocimientos que están presentes en la vida cotidiana y colectiva. Sin ellas, la misma acción se haría imposible al carecer ésta de un sustrato cognitivo que, aun en forma general y con amplias lagunas, prevea y reconozca los contextos de interacción.

Para realizar su trabajo, las organizaciones han definido grupos y poblaciones específicas que han sido asumidos como quienes requieren prioritariamente de su accionar. Partiendo del discurso de las organizaciones y de los relatos expresados en sus reconstrucciones históricas es posible leer las articulaciones entre representaciones, necesidades y acciones que se diseñan para dar cuenta de tales problemáticas, con respecto a tres grupos poblacionales: mujeres, niñ@s y jóvenes.

Las representaciones construidas sobre las mujeres en los relatos de las Organizaciones, parten del papel que comienzan a desempeñar las mujeres en las organizaciones mediante acciones relacionadas con la atención de los niños, para luego reconocerlas como pilares de los proyectos y como sujetos autónomos con posibilidad de ocupar cargos de elección popular.

Así, en las primeras etapas de sus historias, la mayoría de las organizaciones partieron de una representación de las mujeres como responsables de los niños, correspondiente con la función

social de mujer – madre, lo que a su vez implicaba reconocer sus necesidades asociadas a dicho papel:

Este primer momento de construcción de salones y espacios comunales (1977 a 1979), a su vez estaba marcado por la falta de servicios y las múltiples necesidades por las que atravesaban los habitantes del barrio, al parecer una de las causas que genero la urgencia de un hogar infantil en el barrio, fue la demanda de trabajadoras por parte de las empresas de flores, esto causo que varias mujeres tuviesen la necesidad de un lugar donde dejar los niños... (Coordinadora).

Sin embargo, en esta etapa fundacional, persiste un interés de las organizaciones por vincular a las mujeres a sus procesos, interés que puede ser entendido en dos sentidos. En primer lugar, como parte de la estrategia de inserción en el tejido social comunitario, que hacen las organizaciones, reconociendo en la sociabilidad de las mujeres, sus intereses y expectativas, el escenario propicio para iniciar su trabajo. En segundo lugar, como resultado de una convicción en la que subyace una lectura de la capacidad organizativa de las mujeres y de los jóvenes:

De esta manera se empiezan a perfilar las líneas de trabajo del futuro CPC. Por un lado, el trabajo con las mujeres y de ellas se deriva el trabajo con los niños Trini a este respecto dice: las Javerianas nunca trabajamos con los niños chiquitos, pero si indirectamente preparamos a las mujeres para ese trabajo (CPC).

El desarrollo de la investigación permite establecer que: La promoción y la organización comunitaria y popular a reflexionarse con profundidad, a partir de las mujeres y los jóvenes que son los que mayor capacidad organizativa presentan (AVESOL).

El trabajo con mujeres en organizaciones como el CPC, COPEVISA y La Coordinadora va a constituirse en eje central de trabajo de la organización; razón por la cual las mujeres pasan de ser vistas como responsables de los niños a ser coordinadoras, educadoras, lo que implica nuevas responsabilidades y con ello una lectura de las mujeres como sujeto de cambio.

El trabajo con mujeres, considerado prioritario por querer promover con él, la participación activa de las mismas en proceso de cambio y desarrollo de la comunidad, ayudándoles a salir de la marginalidad social en la que se encontraban y el reconocer su papel como actores protagonistas de cambio en sus comunidades (CPC).

Sobre este aspecto es necesario aclarar que, si bien la mirada que se construye sobre el rol social de las mujeres como mujer-madre aún circula, coexiste un interés por darle protagonismo. Ello se manifiesta por ejemplo, en la preocupación por consolidar una perspectiva de género en algunas de

las organizaciones, (CPC, Coordinadora, AVESOL) que permita ir modificando formas de relación y de vinculación social de las mujeres en ámbitos públicos y privados: *“Como necesidad vital, se vio la construcción de un pensamiento alternativo, sobre lo que significa la participación de la mujer de los sectores populares en un proceso de cambio y desarrollo como el propuesto por el CPC”.*

La perspectiva de género ha sido un eje transversal de trabajo que se ha consolidado en organizaciones como CPC y la Coordinadora, ubicándose como una intencionalidad explícita de la organización que busca modificar maneras de ver en las personas que se vinculan a las organizaciones y en los contextos donde despliegan sus acciones.

El taller solidario ofrece las oportunidades para que la mujer barrial encuentre las condiciones apropiadas para el fortalecimiento de la autoestima y pueda interpretar el entorno social y económico que las afecta. Se propende por abordar y enfrentar los esquemas de dominación cultural que cientos de hombres y mujeres (sean esposos, hermanos e hijos) que habitan nuestras casas, barrios y ciudades persisten en mantener (Coordinadora).

El cambio de representación respecto a las mujeres supone un replanteamiento en la lecturas de sus necesidades. En un primer momento requerían de procesos formativos para dar cuenta del trabajo que realizaban con los niños en los hogares infantiles; luego, sin desconocer este proceso, asumir a las mujeres como sujeto de cambio, implica ampliar y problematizar sus necesidades como mujeres. Este giro permite entonces, una ampliación de las temáticas y los énfasis en las acciones; de este modo, desarrollan talleres sobre diferentes temas como formación en valores, recreación, salud, nutrición y aspectos relacionados con la crianza (CPC), formación artística (La Cometa), capacitación técnica y formación en perspectiva de género para madres adolescentes y mujeres cabeza de familia (La Coordinadora).

Las representaciones que han construido las organizaciones sobre las y los niños giran en torno a dos matices complementario; una, la de niño carente, que sufre debido a las condiciones socio – económicas de los sectores en los que habita; la otra, la de niño como potencial sujetos transformador. En cuanto a la primera representación se valora que:

Las condiciones socio – económicas de aquella época (surgimiento de la coordinadora) empezaban a recrear un tipo de actitud y condición de la niñez que ubicaba a estos niños y niñas en desventaja frente a otros, dando lugar a la continuidad de la marginalidad (Coordinadora).

Por el terreno quebradizo, muchas viviendas son sótanos, fríos y húmedos. El conjunto de esta situación afecta más que todo a los niños; son ellos quienes más sufren del frío y la humedad; de la falta de alimentos y servicios; en general, sufren la falta de todo (AVESOL).

La lectura del niñ@ como potencial sujeto transformador, está relacionada con el interés de formar el Hombre Nuevo en AVESOL y CPC, constituir los sujetos de cambio en La Cometa; o con la construcción de los niños como sujetos de derechos en La Coordinadora.

Se buscaba enriquecer las capacidades de conocimiento, expresión y comunicación en los niños que los llevara a tomar la iniciativa en el descubrimiento de su comunidad, de su familia, de su escuela y de su barrio. Proyectando prepararlos como agentes de cambio en sus familias y comunidades, a partir de la construcción de nuevos valores y nuevas formas de relacionarse (CPC).

Le apostamos a que el niño y la niña piensen y propongan por sí mismos para que puedan realmente asumir la vida de manera distinta a lo común, en un país supremamente sumiso con una población que no se pronuncia ante nada (La Cometa).

En esta representación se observa además el reconocimiento del niño como ser integral que juega, aprende, se relaciona con otros, tiene posibilidades creativas que requieren ser desarrolladas. Estas “dos formas” de caracterizar a los niños y a las poblaciones con las que trabajan las ORGANIZACIONES, no están separadas, ni mucho menos en contradicción, se trata más bien de una lectura construida por las organizaciones que articula carencia con potencialidad como “dos caras de una misma moneda”. El sujeto en desventaja social, es visto a su vez como sujeto de cambio.

Esta manera de representar a los actores implica para las organizaciones, leer necesidades cuyas formas de solución toma distancia el estilo “asistencialista” que asumen otras organizaciones; por el contrario, les permite desplegar acciones encaminadas a fortalecer las capacidades y ampliar las posibilidades de proyección de dichos actores. Con relación a esta representación los niños y las niñas, sujetos de acción de varias de las organizaciones, presentan múltiples necesidades de tipo educativo, de salud, nutrición, (AVESOL, Coordinadora), de formación continua para su constitución como sujetos sociales (CPC; Coordinadora), de espacios de convivencia (La Cometa), de formación artística (AVESOL).

El trabajo desarrollado en el jardín buscó ir mas allá de responder a una necesidad inmediata como era el cuidar los niños, por ello sé pensó en incidir en su formación, en su desarrollo integral, como también en llegar a sus padres, en especial a la madre buscando un impulso a las familias. (AVESOL)

La necesidad de autogestionar una solución al problema del abandono temporal en niños menores de siete años, da origen a la organización de comités de defensa del niño y la niña (Coordinadora).

Para las organizaciones, estas necesidades comienzan a suplirse a partir de la creación de variados programas y proyectos en los que es crucial la participación activa de las familias con las que se inician dichos procesos. Por ejemplo, Jardines infantiles (AVESOL, CPC, la Cometa), programas de formación artística (AVESOL), hogares de cuidado diario, comités de defensa del niño y la niña (Coordinadora), Biblioteca, talleres artísticos (CPC), actividades deportivas (la Cometa).

Al igual que en los niños, sobre los jóvenes predominan dos lecturas articuladas entre si: como sujeto carente y como sujeto de cambio. La primera mirada está relacionada con la situación cotidiana que viven los jóvenes en los contextos barriales ya sea por las problemáticas que afrontan: privaciones socio afectivas, falta de oportunidades; o por las actividades que desarrollan en su tiempo libre: deportes, grupos artísticos y culturales, entre otras.

Las dificultades propias de los muchachos que afortunadamente no son tan graves, no son de drogadicción ni nada, son mas de que están empezando a beber, a salir a la calle y ya, pues los famosos grupos de esquina que hay en todo lado, a fumar, pero no es como tan grave la situación, es mas de problemas de agresión familiar y de falta de afecto (Coordinadora)

La segunda lectura, está asociada con su potencialidad como sujetos transformadores de la realidad. Estas representaciones aparecen claramente en los documentos de La Coordinadora y la Cometa. La representación de jóvenes que predomina en los documentos presentados por el CPC es la de un joven comprometido con la comunidad, involucrado en el trabajo pastoral a través de la catequesis y en actividades artísticas.

Por otro lado, toda la parte cultural que empieza con la nocturna y se consolida con una pequeña biblioteca, los grupos artísticos y culturales, y luego toda la parte pastoral que empieza con las comunidades de base, con los estudios de la Biblia y la preparación de los catequistas que va a alimentar con personas, con valores cristianos y evangélicos, el compromiso de los jóvenes, en todo el desarrollo de la parte cultural. (CPC).

En AVESOL, los jóvenes aparecen representados desde el trabajo cultural y de catequesis, y son caracterizados como un grupo poblacional con amplias posibilidades de organizarse. En el ICES aparece el actor "estudiante" del cual no podría afirmarse que sea una representación de los jóvenes, puesto que en esta categoría no solo estarían ellos, sino los niños y otras personas de la comunidad, los cuales independiente de su edad están vinculados a procesos escolarizados. Esto es, al rol específico de estudiar; en este caso la representación de estudiante es la de un sujeto potencialmente transformador.

Cuando hablamos de transformación de las condiciones, aludimos a que el estudiante, dentro de su formación crítica – reflexiva de su proceso educativo, debe revertir tal proceso en su empresa, en su familia, en su comunidad, en su país. Siempre procuramos que el estudiante mire las contradicciones que se desarrollan en su país y que se identifique con los intereses del sector popular (ICES).

Con relación a esta representación de jóvenes comprometidos, críticos, reflexivos pero con problemáticas propias del contexto en el que viven, las organizaciones han reconocido necesidades que están muy asociadas a la creación de espacios que garanticen la continuidad del proceso formativo que previamente han desarrollado en jardines y escuelas.

El grupo prejuvenil surge a finales de 1990 con miras a dar respuesta a una eterna preocupación: se observaba que los niños que seguían un proceso en la casa de los niños, al crecer y terminar su etapa necesitaban un nuevo espacio, donde pudieran compartir con otros muchachos de su misma edad, viendo necesario abrir este espacio (comunidad juvenil Illary).(CPC)

En ese orden de ideas, las propuestas de trabajo con jóvenes se han orientado particularmente al diseño de *procesos educativos y artísticos*, pues de una u otra manera subyace la idea de que es a través del componente educativo que las y los jóvenes pueden desarrollar su potencial, ocupar su "tiempo libre" y "enfrentar" los problemas propios del contexto social en el que viven".

Su lectura respecto a los y las jóvenes y sus necesidades, pone de presente de nuevo, la jerarquización de necesidades que se elaboran sobre estos actores y de las estrategias para darles solución. En consecuencia, han creado programas de formación artística (AVESOL, La Cometa, la Coordinadora y la Promotora); bibliotecas comunitarias, talleres de formación artística, catequesis y secundaria nocturna (ICES, CPC, AVESOL, COPEVISA y la Promotora), escuelas de mediación, taller de análisis, actividades deportivas de alta competencia, proyectos productivos (La Cometa).

La aproximación a las representaciones y las necesidades que construyen las Organizaciones sobre los actores con quienes trabajan, permite ir develando algunos procesos de identidad entre los sujetos, que al encontrarse en su saber común, en su manera de ver el mundo, logran cohesionar y configurar "interpretaciones colectivas destinadas a la significación de la realidad", que les permite diferenciarse de otros grupos.

Por último, se abordará la coherencia entre representaciones, lectura de necesidades y acciones. La construcción de representaciones sobre los actores con quienes trabajan las organizaciones, articulada a la lectura de necesidades que sobre ellos realizan, va a permitir la configuración de determinadas acciones para darles solución.

Dado que estas formas de acción son reflexionadas y están articuladas a un proyecto, es decir, se reconocen opciones viables para asumir los problemas y se despliegan acciones para lograrlas, podríamos decir que las organizaciones con su experiencia de trabajo, configuran prácticas sociales, entendidas como *experiencias particulares en que las personas se enfrentan a su realidad provistas de un proyecto y actúan consecuentemente para modelar esa realidad de acuerdo con tal intención. (...) a través de la práctica, los sujetos se van construyendo en la historia* (TORRES y TORRES, 2000)

En las organizaciones, a diferencia de otros espacios, como por ejemplo las instituciones de educación formal, existe un alto grado de coherencia entre sus discursos orientadores, las representaciones sobre los actores con los que trabajan, las necesidades que les atribuyen y las prácticas que despliegan para darles solución.

Por ejemplo, para AVESOL y La Coordinadora son los niños y niñas los sujetos centrales de su quehacer, dado que, como se ha mencionado anteriormente, se constituyen en la población con mayores problemáticas. La lectura de necesidades que se realiza, articulada a los propósitos de la organización va perfilando unas determinadas acciones y ejes de trabajo de la organización.

El jardín infantil "Hogar Solidario", se va perfilando como un espacio para formar hombres nuevos con mentes libres. Los niños y niñas inician un proceso de desarrollo integral, en el que se les enseña a compartir, a desinhibirse, a colaborar, a tomar decisiones propias, a adquirir un sentido crítico, a desarrollar su creatividad (AVESOL)

En el CPC la continuidad y ajuste de los proyectos, por ejemplo el de la biblioteca comunitaria, articula los propósitos de la organización, la experiencia de trabajo, algunas actividades y las necesidades detectadas:

Se pretende crear en el barrio un centro de educación popular y animación social, que aglutine los esfuerzos y realizaciones de dos años de trabajo, dándole estabilidad y continuidad a través de una biblioteca, cursos de formación (...) que impulsen la organización de la comunidad y den respuesta a las necesidades culturales. (CPC)

En otros casos, la lectura permanente sobre los cambios en los contextos barriales y las subjetividades de los actores, permite a las organizaciones hacer ajustes a las estrategias y reorientar las perspectivas de trabajo:

Fueron varios los intentos que se hicieron en esos momentos para motivar nuevamente a los jóvenes que habían participado en la propuesta anterior sin obtener mayores resultados. Se empezaron entonces a buscar, nuevas formas de intervención en el sector, era necesario salir a buscar a los jóvenes y estar con ellos en su espacios habituales (CPC).

Desde luego, las prácticas desarrolladas por las organizaciones desbordan los objetivos propuestos. Sin embargo, lo que interesa valorar en este punto, es que la correspondencia y coherencia que las organizaciones buscan construir desde sus discursos, las lecturas de necesidad, las prácticas y las relaciones que establecen con los habitantes de los barrios; permite ir ampliando sus posibilidades de intervención.

Lo que queda como pregunta es la capacidad que tienen las organizaciones para leer desde “otros lugares” los cambios sociales y culturales que se van presentando los contextos barriales y locales, así como en las poblaciones específicas con las que trabajan. Es decir, aparece como necesario poner en diálogo las elaboraciones construidas desde la experiencia (por ejemplo respecto a los jóvenes, al trabajo educativo con niños, la perspectiva de género) con otros discursos, referentes teóricos y procesos colectivos, que les permita “oxigenar” el trabajo y a partir de allí reorientar acciones y prácticas.

Hasta este punto ha sido posible profundizar en las relaciones, giros de concepción y reorientación de las estrategias de trabajo que desarrollan las organizaciones en el intercambio que van construyendo con los habitantes de los barrios y con otros grupos. También se ha tratado de analizar cómo logran articular sus intenciones a las necesidades que van leyendo en los contextos barriales,

negociando con los pobladores el orden en que dichas necesidades son resueltas y las acciones a desarrollar para darles solución. A continuación se analizará la forma cómo las organizaciones van ampliando la lectura de necesidades de lo material a lo artístico cultural, de acuerdo con los cambios presentados en los barrios.

5. Balance: Las organizaciones y el tejido social local

Uno de los principales aportes de las organizaciones y garantía de su continuidad es su contribución al enriquecimiento del tejido social local. En efecto, sus fundadores buscaron zonas populares de reciente formación donde la precariedad de las condiciones de vida de sus habitantes y la carencia de servicios básicos es evidente. En un comienzo, las organizaciones los acompañan en sus luchas por conseguir servicios públicos, construir parques, escuelas y centros de salud. Este acompañamiento les permite insertarse en la vida cotidiana de los barrios y hacer amistades; simultáneamente, los espacios creados por las propias organizaciones posibilitan nuevos vínculos personales y el establecimiento de redes informales de intercambio y afecto entre quienes participan de los procesos.

Las organizaciones también enriquecen el tejido asociativo de los barrios. En su momento fundacional, establecen contactos con organizaciones preexistentes: Parroquias, Juntas Comunales, y grupos de trabajo. A las primeras, en un comienzo se les apoya en sus luchas apremiantes; en un segundo momento afloran las tensiones generadas por diferencias en sus concepciones y estilos de trabajo. Las organizaciones alternativas critican a las Juntas su clientelismo y sus malos manejos; estas ven a aquellas como subversivas e intrusas.

Cuando las organizaciones ven las Juntas Comunales un espacio susceptible de orientar desde otros criterios, sus miembros entran a participar en las mismas, imprimiéndoles su estilo; es el caso del ICES, así como de la Asociación Cerro Norte y del CPC que han ubicado a mujeres en estos espacios habitualmente controlados por hombres.

Por otro lado, las organizaciones son epicentro de nuevos procesos asociativos: Comités de salud, grupos de jóvenes, jardines infantiles, asociaciones de defensa, bibliotecas, casas culturales, escuelas artísticas, etc., se han venido con formando desde o en torno a ellas. A este ímpetu asociativista, hay que agregar su papel articulador de procesos organizativos locales.

En los casos estudiados, las asociaciones se presentan como espacios de articulación con experiencias y grupos afines; la Coordinadora lo es por definición; en torno al ICES se configuró la Asociación de Juntas de Jerusalén, Jerucom; la Cometa el Festival lidera la iniciativa del festivales y el CPC el Carnaval por la Vida; AVESOL ha liderado el Movimiento de Casas Vecinales de su localidad y junto con la promotora en los años ochenta formó parte de la red local INPROCOM (integración para el progreso comunitario); finalmente, COPEVISA ha liderado el proceso de articulación local en torno a la Semana por la Paz.

En fin, este enriquecimiento de los tejidos social y asociativo ha potenciado, entre otras, la capacidad de los pobladores para definir necesidades y reelaborarlas como demandas y derechos, para ampliar sus alternativas de solución a través de la organización y la movilización, para configurar nuevas identidades colectivas y para construir otras opciones de vida y sentidos de futuro diferentes. De este último aspecto tratará el siguiente capítulo.

Capítulo 4: Transformación de identidades desde las organizaciones populares

Presentación

En el capítulo anterior se ha dado cuenta de los contextos y procesos que posibilitaron el surgimiento y consolidación de las organizaciones populares, así como de las múltiples maneras a través de las cuales éstas afectan el tejido social y asociativo local. En este capítulo la atención se centra en la descripción y el análisis de los dinamismos y mediaciones desde los cuales las organizaciones populares contribuyen a afirmar o a generar sentidos de pertenencia y cambios subjetivos sobre los diferentes actores con los que se relacionan.

Bajo el supuesto de que la identidad de las organizaciones y de sus integrantes no está dada sino que es una construcción intersubjetiva, tensional y discursiva que requiere ser explicada (Cadena 1999), en nuestro estudio se distinguen, por lo menos, tres ámbitos en torno a los cuales, desde las experiencias asociativas se construyeron sentidos de pertenencia.

El primero, más amplio y menos aprensible, es el de las acciones intencionales generadas por la organización hacia la población de los barrios para incidir en sus representaciones e imaginarios culturales sobre sí mismos. El segundo, es el de la organización misma como referente de identidad colectiva para sus integrantes. Por último, el de los cambios subjetivos personales que experimentan quienes participan de los procesos asociativos o de alguno de sus proyectos y que marcan el rumbo de sus modos de reconocerse como individuos.

1. Trabajo cultural de las organizaciones y formación de identidades locales

En el presente apartado, se analiza la forma cómo, en la medida en que los barrios se van consolidando y van solucionando las necesidades asociadas a los servicios públicos y sociales básicos, las organizaciones populares desplazan su "campo de intervención" hacia iniciativas dentro del campo artístico cultural. Ello no implica un abandono de sus orientaciones políticas, ni de su vocación reivindicativa, pero sí una reorientación de sus prácticas a través de las cuales buscan la "transformación social".

Algunas organizaciones vinculadas a esta investigación (La Cometa, AVESOL, CPC y Promotora), desarrollaron desde sus inicios actividades en torno a lo artístico y cultural como son la formación de grupos de teatro, la creación de escuelas de formación artística y la realización de carnavales, festivales y encuentros culturales. Organizaciones como La Coordinadora, el ICES y COPEVISA, aunque no asumen lo cultural como un eje de su acción, desarrollan procesos de promoción cultural y artística a partir de los cuales logran incidir en las dinámicas barriales.

El análisis de la dimensión cultural de las organizaciones se centró en la incidencia que este trabajo genera en los contextos (locales o barriales) donde se desarrolla, y aunque se trata de un eje de trabajo por explorar a fondo, la lectura de las reconstrucciones históricas permitió reconocer al menos tres componentes de este proceso: las maneras como se ha entendido lo cultural en las organizaciones, los espacios, acciones y estrategias referidas por las organizaciones como culturales y, la incidencia de lo cultural en lo simbólico barrial.

1.1. Maneras de entender lo cultural:

Lo cultural hoy no es entendido como algo sustantivo o la esencia metafísica del pueblo o la nación (concepción romántica), ni como un cúmulo de conocimientos y valores "superiores" como el arte y la ciencia (concepción ilustrada de la cultura). Desde los enfoques antropológicos y sociológicos contemporáneos (ARIÑO, 2000), la cultura es entendida como el conjunto de representaciones, símbolos, valores y creencias compartidas, generalmente fragmentadas y heterogéneas, desde el cual un colectivo orienta y confiere sentido a sus experiencias e interpreta las de los otros.

No obstante la noción de cultura en las organizaciones, especialmente durante sus primeras etapas, prevalece una noción "romántica" de cultura, al relacionarla con "lo tradicional", "lo propio", "lo auténtico" de lo popular y al limitarla a la esfera de lo artístico. De allí, que el énfasis de trabajo de las organizaciones sea el "rescate" o la "valoración" de la "verdadera" cultura del pueblo a través de diferentes formas de expresión estética. (CPC, AVESOL, ICES, la Cometa).

Lo cultural fue asociado entonces, con la recuperación de los valores propios de los sectores populares, reconociéndose su importancia, tanto por la posibilidad de potenciar desde allí procesos de concienciación y movilización social como, por su carácter formativo y activador de vínculos comunitarios:

La presentación de los espectáculos infantiles tenía dos propósitos. De una parte llevar recreación a los niños carentes de estos espacios, de otro lado, buscaba despertar un sentido cultural y pedagógico, en la medida que la observación de las distintas manifestaciones artísticas dejan un aprendizaje implícito que se memoriza y tiene un impacto que difícilmente se olvida, además que sirve como pauta de trabajo en los jardines (AVESOL)

Nosotros nacimos como un grupo que buscaba la integración de la comunidad, la integración a través de lo artístico, a través de lo cultural, que buscábamos generar espacios de encuentro entre los vecinos para que nos miráramos, para que nos tuviéramos confianza, para que nos encontráramos, para que nos conociéramos, por eso nace el Festival de las Cometas, por eso nace la Fiesta de los Niños, por eso esta biblioteca, por eso la revista, por eso muchas cosas (La Promotora).

Esta concepción romántica de cultura como tradición, identidad y fortalecimiento de lo popular ha sufrido pocas transformaciones a lo largo de la historia de las organizaciones. Sin embargo, es posible reconocer implícitamente otros rasgos que se atribuyen a las prácticas artístico – culturales de las organizaciones y que pueden entrar en diálogo con metáforas que se han construido respecto a esta dimensión. Exploremos algunas de estas asociaciones:

Cultura como Tejido: La cultura entendida como una trama de significaciones que los hombres han construido. Esta idea se asocia a la noción de red y nos acerca a una concepción horizontal de cultura como integradora de la comunidad:

"...de pronto lo que yo he visto o lo que yo he vivido en la Promotora, he visto cómo los sueños, cómo las esperanzas de una comunidad se integre, de que una comunidad desconfía de su vecino, de una comunidad que desconfía de la gente es por que piensan que les van hacer daño, se integren para ver las cosas nuevas de los demás, para ver que pueden aportar cosas (La Promotora).

Cultura como creación permanente. Considera la historicidad de lo cultural, más allá de las raíces originarias:

Entendemos que la cultura no es sólo tradición, pasado y patrimonio sino un quehacer continuo e histórico. Una tarea permanente que se va haciendo a partir de desafíos y de las situaciones concretas que se dan en las relaciones del hombre con el hombre, con la sociedad y con la naturaleza, en virtud de la cual se humaniza el mundo y se transforma (CPC).

Cultura como Matriz: La cultura es un espacio de producción donde cobra sentido la realidad que nos rodea. La naturaleza de la producción cultural es simbólica e imaginaria. La matriz es ante todo acción comunicativa; genera biografías, historias, ritos, mitos, costumbres, creencias.

El festival de la alegría ha sido un espacio de identidad cultural, que permite que nos encontremos con lo nuestro, con las danzas, la música, la comida, las comparsas, los juegos, todo plasmado con arte y creatividad para celebrara la vida, la amistad, la fraternidad, la solidaridad que nos une mas y nos llena de fuerza para resistir (AVESOL).

A lo largo de su proceso las organizaciones han logrado consolidar experiencias significativas y procesos que desde lo artístico cultural permiten la creación de acontecimientos y rituales en los ámbitos barriales. La construcción de relatos y maneras de narrar los contextos locales y nacionales desde actividades como el teatro, la danza y la música, ha sido una estrategia de producción de sentido.

Cultura como Expresión: Como producción de un capital de formas simbólicas a través de lenguajes verbales y no verbales. La expresión organiza los momentos de la vida, da curso a los deseos, formaliza la comunicación en códigos, configura rituales.

Con el evento se busca crear un espacio donde vaya existiendo y se integren las diferentes expresiones culturales de la comunidad y a su vez interesar a la comunidad para que comprenda la prioridad y la necesidad de que vean la cultura como algo necesario de su vida (AVESOL)

Las manifestaciones artísticas y estéticas y la creación de diferentes momentos para su socialización han sido una preocupación permanente de las organizaciones. Con ello se asegura no sólo el reconocimiento y la valoración del trabajo que realizan al hacerse públicas sus producciones, sino que además se logran configurar otras formas de comunicación y expresión social local.

En cuanto al arte popular, las organizaciones también poseen sus propias ideas. Unas, lo ven como un "medio" a través del cual se expresa de manera "auténtica" la cultura de los sectores populares:

El arte popular es la expresión de los más genuinos sentimientos del pueblo, de sus necesidades, aspiraciones y frustraciones. El arte popular es producido por el pueblo, por artistas identificados con sus intereses. Se reconoce porque su expresividad estética resulta comprensible y sugerente, responde a la realidad, es crítico y profundo, expresa la conciencia solidaria de un conflicto e invita a superarlo. Su valor supremo consiste en que representa y responde a las aspiraciones populares (CPC).

Para otros, el arte se constituye en una forma de expresión a través de la cual se produce conocimiento:

Cuando empiezo a trabajar acá es que uno se da cuenta que la base del proyecto es el arte, siempre. Ya leyendo algunos documentos y viendo el mismo apoyo que ellos dan incluso a las reuniones de profesores, que muchos profes acá ven la danza, el teatro como la perdedera de tiempo donde los muchachos van y joden un rato y bajan cansados y ya. Y uno ve pues la posición de Mauricio y Leonidas que ellos siempre son argumentando que también el arte construye conocimiento (ICES).

Junto al carácter de tejido, matriz y expresión de lo cultural que es posible leer en las organizaciones, se suma una construcción explícita por parte del CPC, e implícita en AVESOL que reivindica lo cultural como *espacio de resistencia*. En el caso del CPC la cultura, connota un carácter transformador y liberador, que va modificando las relaciones entre las personas.

Esta lectura implica un proceso de dignificación de los sujetos populares que se vinculan a las experiencias asociativas. Aunque las organización no siempre han hecho explícita dicha consideración, si han construido variadas estrategias al través de las cuales hace evidente esta intencionalidad. La más significativa es quizás el "Carnaval Popular por la Vida" proceso que se abordará más adelante.

En AVESOL, a través de diferentes actividades con un fuerte énfasis artístico, es posible reivindicar la autonomía es decir, *"lograr procesos por nuestros propios medios sin ser manipulados por intereses extraños"*. Desde luego, en este carácter de lo cultural como escenario de resistencia, se evidencia la preocupación por el rescate de las tradiciones populares, junto a la de proyectarse como organización hacia la población. El "Festival de la alegría" es quizás el proceso más significativo en el que se hace visible la resistencia cultural para esta organización.

El análisis de las distintas formas sobre cómo se ha entendido lo cultural y lo artístico en las Organizaciones permite valorar su importancia que le atribuyen; por un lado, "rescate de la cultura y la identidad popular"; por el otro como espacio formativo y proyectivo de los valores e ideologías de la organización; finalmente, como espacio de integración comunitaria.

1.2. Espacios y actividades artístico - culturales

Articuladas a las elaboraciones respecto a lo artístico cultural, las organizaciones vienen desarrollando diferentes estrategias y acciones para la formación y expresión artística, así como

para la formación e intercambio de saberes. Para efectos del presente análisis es posible distinguir tres ámbitos de producción y circulación cultural: espacios, actividades y eventos.

Como se ha dicho, las organizaciones han construido variadas formas de realizar trabajo cultural y artístico, especialmente con niños y jóvenes. En este se van configurando *espacios* como las bibliotecas comunitarias y Escuelas de formación artística, a través de las cuales se van diseñando y realizando procesos educativos, de "toma de conciencia" y de proyección social de las organizaciones:

Entonces una cosa que hicimos muy linda, fue la biblioteca, la librería y biblioteca, que fue decorada esa fachada, no sé si hay fotos de esa fachada, pero esa fachada Héctor le hizo una decoración y esa fachada que era un cuadro...basado en Cien Años de Soledad. A mí me encantaba nada más por el solo ver esa fachada.(Promotora)

El cambio de sede provoca nuevos desafíos "dar respuesta a lo cultural, en la medida que aspectos como la creación y la manifestación cultural popular, han sido negados pro el sistema a la población viendo como prioritaria la participación de la biblioteca a través de sus recursos materiales y bibliográficos que le permitiera a los miembros del equipo CPC y comunidad en general que asistía a la biblioteca, ampliar su conciencia popular y lo que ello significaba (CPC).

Por otra parte, todas las organizaciones organizan diferentes *actividades* denominadas "culturales", tales como talleres, novenas, cine foros, viernes cultural (AVESOL, La Cometa), talleres de teatro y danza con jóvenes (la Coordinadora, La Promotora), talleres de lectura (COPEVISA, La Cometa), celebraciones del día de los niños y las novenas (ICES, Promotora)), calles de la alegría, muestras artísticas, festival de cometas, retenes culturales (CPC, Promotora).

Tales actividades son asumidas como procesos formativos, lo cual permite ver en lo cultural una posibilidad de potenciar las dinámicas organizativas:

Los participantes de estas experiencias lúdicas reelaboran y construyen procesos de valoración que fortalecen el compromiso para emprender actividades de solidaridad, respeto y tolerancia. Básicamente su actividad central es la literatura: promoción de la lectura, lecturas dirigidas (niños – jóvenes) acercamiento al mundo de autores (a partir de la pintura y las artes plásticas) construcción de textos literarios (La Cometa).

En tercer lugar, una característica común a todas las organizaciones es la realización de *eventos* de gran impacto local y en cuya preparación centran todas sus energías. Estos acontecimientos culturales son el Festival de la Alegría de AVESOL, el Carnaval Popular por la Vida del CPC, el

Festival de La Cometa, el Festival del Viento de la Promotora, la Feria Cultural “Hijos del Cerro” de La Coordinadora y la Semana por la Paz de COPEVISA.

Estos eventos tienen un profundo significado estratégico para las organizaciones y les ha permitido darse a conocer en los ámbitos local y distrital:

El Festival de la Alegría, surge en 1991, casi a la par con la semana de la creatividad. Elsa lo describe como: "el evento donde hacemos todo el montaje de las comparsas, de grupos, de presentar un festival, frente a la comunidad, donde se ve una buena convocatoria, donde se ve respeto al evento. , al comienzo eran grupos de afuera, ahora estamos detectando grupos muy buenos dentro de la zona. (AVESOL)

La Promotora Cultural ha hecho eventos durante 18 años, eventos de gran presencia comunitaria, eventos importantes, eventos que convocan, no sólo el Festival de las Cometas; también la fiesta de los niños; también la Novenada Cultural, así llamamos a los días del 16 al 24 de diciembre con toda la actividad que gira alrededor del pesebre, la misma elaboración del pesebre allí en la Media Torta. Entonces es un espacio muy importante que cada vez coge más fuerza, más presencia como un lugar convocante, un lugar para la alegría, para la cultura, que lo ha aprovechado mucho la Promotora Cultural, en vacaciones recreativas, en festivales, en el día de los niños, en el día de las madres; se hacen muchos eventos ahí desde hace 18 años (Promotora).

Lo artístico cultural, en tanto práctica social, ocupa un lugar destacado en varias de las organizaciones, pues es a través de ésta logran acercarse de manera asertiva a los habitantes de los barrios y localidades, pero también hacer visible a la organización. Dada la importancia que reviste el desarrollo de eventos culturales como los festivales y los carnavales para varias de las organizaciones, nos detendremos a conocer en profundidad una de ellas: El Carnaval Popular por la Vida del CPC.

El Carnaval Popular por la Vida, que anualmente organiza el CPC en conjunto con otras organizaciones, nació en 1988 bajo el lema “Britalia también es capital”; dicha consigna era una forma de denuncia, respecto a la difícil situación ambiental que para ese entonces vivía el sector. Con el tiempo (1995) este evento recibe el nombre de “Carnaval Popular por la Vida”, constituyéndose en un espacio de encuentro entre organizaciones que busca, mediante diferentes propuestas artístico – culturales, “anunciar la vida y la esperanza y denunciar las situaciones que agobian a la comunidad” (CPC).

En este proceso, la propuesta de carnaval comenzó a ser apoyada desde 1997 por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo y en 1998 fue incluida en el Plan de Desarrollo Local. No obstante

estos apoyos institucionales, tanto el CPC, como las demás organizaciones que coordinan la realización del Carnaval (Corporación Cultural Nueva Esperanza y la Asociación Caos y Control), reivindican su carácter autónomo y como espacio de expresión y reconocimiento comunitario.

El Carnaval se constituye entonces en un evento artístico cultural, que luego de más de una década de existencia, logró consolidarse como espacio articulador de diferentes experiencias organizativas sectoriales, propiciando un mayor acercamiento de las organizaciones a las dinámicas barriales, así como la incorporación de nuevos elementos estéticos y tópicos de reflexión en la cotidianidad de los habitantes del sector.

El Carnaval retoma los problemas latentes y los saca a la luz, hunde sus raíces en la memoria colectiva y aporta en la construcción y organización del barrio. El carnaval hace parte de la vida misma de la comunidad y como tal, acoge diversas expresiones, inquietudes e inconformidades y recibe nuevas propuestas tanto temáticas como estéticas las lleva a cabo y permite darle nuevos sentidos a la cultura popular (Video: Soñando la vida, conjurando la muerte. Britalia 1999).

La organización y puesta en marcha del Carnaval, supone varios procesos: De una parte, la coordinación de diferentes estrategias de comunicación y difusión (invitaciones personales, carteles, volantes, afiches, perifoneo, contacto con algunos medios de comunicación, etc), lo que garantiza que el Carnaval vaya ganando un reconocimiento a nivel sectorial. De otra parte, el involucrar formas de participación de las organizaciones, grupos artísticos y de la comunidad, para lo cual se han definido tres momentos.

Un primer momento, en el que se encuentran las organizaciones sociales y culturales que han contribuido en la construcción del Carnaval desde sus inicios. Estas organizaciones elaboran el sentido político del Carnaval y convocan a las organizaciones de base para discutir dicha propuesta, a partir de lo cual se diseñan las comparsas y se propician espacios de reflexión.

Un segundo momento, en el que se vinculan grupos artísticos y culturales de la localidad que comparten el sentido del Carnaval y que aportan en su constitución, mediante la creación de desfiles, comparsas y actos culturales. Y un tercer momento, que involucra al público en general a través de diferentes actividades de difusión (presentaciones, peñas culturales, actos precarnaval, entre otros). Con esto se espera que "la comunidad en general" se vaya apropiando significativamente de las reflexiones, manifestaciones, sensaciones propias de la dinámica de carnaval.

En términos generales, puede afirmarse que la construcción de un evento como el Carnaval activa los vínculos y las redes de relación entre grupos y organizaciones, posibilitando que en torno a una propuesta conjunta se vayan construyendo sentidos colectivos y demandas afines. Los alcances de este proceso pueden ser valorados desde diferentes dimensiones:

En primer lugar, la realización del Carnaval contribuye en el *crecimiento individual* de sus participantes, al constituirse en un proceso de aprendizaje y al generar nuevos retos desde el campo artístico cultural, y responsabilidades en el plano local. En segundo lugar, el alcance puede ser pensado, a partir del *establecimiento de vínculos* entre las personas y las organizaciones, que han participado en la realización del Carnaval. Los niños(as) que comenzaron a colaborar en los primeros carnavales ahora son jóvenes que participan asumiendo nuevas responsabilidades, por ejemplo con la dirección de un grupo, o con la vinculación desde su propia organización a la propuesta del Carnaval. Lo que pone de presente la importancia de este tipo de eventos en la continuidad y expansión de los procesos organizativos

Finalmente, a través del Carnaval se hacen visibles *logros en los contextos barriales* (valorados por las organizaciones), como la construcción de identidad local, la configuración de un espacio de expresión artística para los jóvenes, el reconocimiento del carnaval a nivel local y la apertura de espacios de reflexión. Poner en juego procesos de creación y circulación cultural, en eventos como el carnaval, permite la constitución de espacios de planeación, reflexión y discusión colectiva que, a manera de ritual inciden significativamente en el plano de lo simbólico.

Eventos con procesos organizativos y simbólicos similares son el Carnaval de la Alegría impulsado por AVESOL desde 1991 en la localidad de San Cristóbal, la Semanas por la Paz liderada por COPEVISA entre las organizaciones de los barrios populares de la localidad de Usaquén y el festival de festivales de La Cometa.

1. 3. Incidencias del trabajo cultural

Valorar el impacto que las formas de entender lo cultural y las acciones explícitamente culturales de las organizaciones tienen sobre las poblaciones con quienes desarrollan su intervención, implica reconocer las transformaciones subjetivas generadas desde dichos procesos. Esto, sin perder de vista, que los procesos de construcción de sentido de pertenencia de un colectivo social amplio y

heterogéneo como es el de los pobladores barriales, está atravesado por un espectro más amplio de condiciones y experiencias, tal como se expuso en el capítulo anterior.

Con la información obtenida, profundizar en la incidencia simbólico barrial resulta difícil, por cuanto las voces que prevalecen en los relatos provienen de las organizaciones. Así, lo que se presenta a continuación son las valoraciones que éstas hacen al respecto. En primer lugar se reconoce una incidencia en la ampliación de las *"maneras de ver"* de la gente ya sea porque se comienza a valorar desde lo cultural "lo propio", porque se "amplia la conciencia popular", porque se generan nuevas maneras de relación, o simplemente porque se sensibiliza musicalmente a la comunidad.

La vinculación a estos programas si bien no dejaron nada concreto y establecido, si fueron despertando una nueva conciencia e identidad cultural contribuyendo en la recuperación de los valores culturales y en la transformación de la realidad que vivía la comunidad de Britalia (CPC).

Este impacto se valora además por el enriquecimiento del universo simbólico expresivo de la gente, dado que se ganan espacios amplios de participación, se rompe la rutina al generarse canales de expresión, y lo *"artístico cultural se vuelve una actividad usual en la vida de la comunidad"* (CPC).

Las actividades, espacios y eventos culturales, elevan el nivel cultural de la población, en la medida en que les permite establecer una mirada diferente sobre lo cultural, que algunas organizaciones llaman "formación de público":

Con el Festival de la Alegría... parece ser que ya hay un público como dispuesto a mirar espectáculos y no tanto en el ambiente de estar tomando y hacer escándalo, sino mas bien en actitud de mirar el evento, de sentarse a mirar desde el momento en que comienza hasta el momento en que se termina la programación, en entonces eso cambio un poco el devenir de los festivales, y fue muy enriquecedor en ese sentido de que la gente del barrio viene es a mirar, no sin que al final se haga la Fiesta, la rumba, la verbena, la gente si participa, lo importante es que al no haber venta de licores se gana en que la gente participa mas, hay mas organización (AVESOL).

En segundo lugar, se puede afirmar que a través de sus acciones culturales, las organizaciones inciden en la construcción de identidades individuales y colectivas, las cuales *"se activan y renuevan para resolver conflictos, para negociar la tradición, para resistir y para elaborar utopías"* (SAFA, 1998). Dicha construcción de identidad es diferenciada según el nivel en que se involucren las

personas y los grupos en los procesos culturales de la organización, en el que se distinguen tres niveles: los fundadores, las personas formadas en las organizaciones y los habitantes de los barrios cercanos a la organización.

El grupo de fundadores, quien jalona los procesos, se constituye en el núcleo impulsor de los valores centrales de la organización. Son las personas que por su experiencia en el trabajo organizativo orientan el proceso y permanentemente alimenten la utopía que anima a la organización. El papel de este grupo "histórico" radica en su liderazgo en la definición de un "ser" de la organización y en la construcción de opciones viables, proyectos, en torno al cual articular sus acciones.

El grupo de fundadores contribuye a la construcción de narrativas y en la animación de las actividades rituales (ver numeral 2 del capítulo) dentro del proceso asociativo, lo que posibilita la cohesión de las personas vinculadas a la organización y la definición de un "nosotros" como proceso asociativo. *"Lo que sostiene al individuo en el colectivo (la cohesión misma del grupo) es la convicción empíricamente sustentada, de compartir un ideal, un proyecto, una idea"* (Sánchez, 2001: 96).

Otro nivel de construcción de identidad está relacionado con las personas que forman parte de la organización. Se trata de los grupos de habitantes, especialmente mujeres y jóvenes, que se fueron formando en el proceso organizativo y cuya afectación subjetiva, se expresa sobretodo en asumir como referente de identidad su pertenencia a la organización y al campo de actores identificados con su trabajo; por eso, es común que empiecen a autodenominarse como "madres comunitarias", "educadores populares", "trabajadores comunitarios" o "trabajadores culturales".

En varios casos estas personas, por su grado de compromiso, entran a formar parte del núcleo coordinador; ello implica asumir responsabilidades importantes dentro de los proyectos y representan a la organización en actividades y procesos locales, manteniendo los criterios de la organización:

Entonces aprendí todo lo que fue el manejo de la biblioteca los criterios y ese tipo de cosas pero además de eso yo tenía que acompañar a María Helena en la elaboración, en la preparación de las actividades de los jóvenes de los viernes. (CPC)

Finalmente, se encuentran los habitantes de los barrios cercanos a la organización, que sin estar del todo vinculados, participan en algunas de las actividades que ésta propone, a partir del grado de afinidad respecto a la propuesta de la organización. En torno a cada organización, podemos calcular

entre uno y dos centenares que participan permanentemente en sus proyectos y en sus eventos culturales; esta población se reconoce en este tipo de espacios, amplía su horizonte de pertenencia, más allá del barrio, y sus estrategias de acción colectiva, más allá de la autoayuda y el clientelismo:

En ese encuentro nos dimos cuenta que éramos muchas las mujeres de los sectores populares que compartíamos los mismos problemas, que las mujeres pobres del país teníamos motivos comunes para luchar... también que a través de la presión al gobierno, con las marchas también podíamos conseguir cosas y no solo rogando (Coordinadora)

Por otra parte, afirma vínculos de sociabilidad y afirma identidades particulares (de género y generacionales) como la de ser niño, joven o adulto mayor, como lo expresan diversos testimonios:

... a uno mismo le sirve como mujer por decir algo, yo me di cuenta que el ser mujer no es solo la palabra mujer, todo el mundo dice si usted es mujer, y yo eso lo he ganado mucho acá definitivamente, en la parte pedagógica, ósea yo aquí realmente muchas cosas de lo que soy en este momento (Coordinadora)

Esa es una de nuestras metas más grandes, un acercamiento a los abuelos. Ahora el Club de Abuelos de nuestro barrio se ha fortalecido, casi sin recursos, pero sin embargo con una riqueza muy grande que es la recuperación de las historias, que es la recuperación de la confianza... (Promotora)

Yo si estoy muy agradecida con la biblioteca, pues me ha permitido conocer otros jóvenes del barrio, sentir que me tienen en cuenta y sentirme parte de la comunidad y participar de sus proyectos; antes era una joven común y corriente, ahora no, porque con otros jóvenes nos preocupamos mas por el barrio, por el sector, por nosotros mismos como jóvenes (CPC).

En este proceso, como en los anteriores, además de hablar de la construcción de identidades con cierta perdurabilidad en el tiempo, quizás sea pertinente también hablar de identificaciones más cambiantes, menos estables; en términos de Cerbino (2001),

No se puede hablar de identidad sin pensar que ésta constantemente se expone a transformaciones, por la intervención o la simple aparición de factores externos que la ponen en juego. Por eso la noción de identidad se ve acompañada siempre de la noción de identificación. Lo cual permite pensar la identidad como algo estático, sólido e inmutable, sino como variable, plural y relacional. La identificación represente entonces el proceso de apertura de la identidad hacia nuevas formas de reconocimiento.

2. La identidad de las organizaciones.

Las organizaciones no sólo contribuyen a enriquecer la vida social, organizativa y cultural local; también generan sentidos de pertenencia entre quienes participan de sus procesos. Abordar la

identidad en las organizaciones populares implica asumir que las organizaciones mismas construyen su propia identidad y reconocer la incidencia que tienen sobre la identidad personal de sus integrantes.

En el primer caso, la experiencia compartida de los integrantes de las organizaciones, va configurando un conjunto de mitos, símbolos, ritos, lenguajes y valores que le dan distinguibilidad frente a la población local y frente a otras asociaciones similares (GIMENEZ, 1997). Las organizaciones, además de ser un sistema socioestructural (estructuras de poder, estrategias, procesos, recursos), son un sistema cultural, un orden o de significados y prácticas simbólicas compartidas que definen su identidad organizacional (ALLAIRE y FIRSUTO, 1992).

Tal identidad no se configura solo por poseer una historia común, participar de una ideología, unos propósitos, unos recursos y unas relaciones estables, como por el hecho de mantener conversaciones recurrentes en torno a dichas historias, propósitos y vínculos, así como por compartir unos ritos, costumbres, símbolos, valores y creencias que garantizan la continuidad en sus acciones y la cohesión de sus miembros en torno a ellas:

El lazo que se conforma en las organizaciones sociales está "ordenado" por las reglas que de forma tácita o manifiesta se asumen en dicha colectividad, consolidándose una ética una moral, unas normas y unos valores que organizan la propia vida y con las cuales se juzga a si mismo y a los demás (SÁNCHEZ, 2001: 98)

Este numeral da cuenta de aquellos referentes narrativos, prácticos y simbólicos que conforman la identidad de las organizaciones populares; antes de ello, explicaremos los referentes conceptuales desde los cuales construimos el modelo analítico que orientará la exposición.

Si como lo afirmamos antes, las organizaciones populares son construcciones culturales "intersubjetivas", su identidad está asociada a los mitos, las creencias, las ideologías, los valores, eslóganes, rituales, etc. Dado que esta producción de sentido existente en las organizaciones populares estudiadas ha sido uno de los factores que ha garantizado su continuidad y fortaleza, asumiremos la perspectiva cultural para abordar la identidad de las mismas.

Así, la identidad de las organizaciones puede ser abordada desde la propuesta analítica de Gilberto Jiménez (1997) quien asume la identidad como instrumento de análisis teórico y empírico. Para dicho autor, la identidad social es una construcción histórica y cultural que delimita el sentido de pertenencia individual y colectivo. Por tanto, es asumida un cúmulo de representaciones sociales

compartidas que funciona como una matriz de significados para definir un conjunto de atributos idiosincráticos propios, los cuales dan sentido de pertenencia a sus miembros y les permite distinguirse de otras entidades colectivas.

Las identidades colectivas no son la sumatoria de identidades individuales; se trata de entidades relacionales constituidas por individuos vinculados entre sí por un sentimiento de pertenencia, compartir un núcleo de símbolos y representaciones y una orientación común a la acción. Un conjunto de individuos se comporta como actor colectivo en tanto es capaz de pensar, hablar y actuar como tal.

Para el autor, en la configuración de una identidad colectiva confluyen las narrativas autobiográficas que los grupos producen sobre sí mismos, los rasgos idiosincráticos que los distinguen frente a otros, y las redes personales y sociales en las que se involucran. En consecuencia, define estos aspectos para el abordaje de la identidad colectiva, a saber: la narrativa biográfica, los rasgos distintivos y las redes de interacción.

1. Las narrativas autobiográficas

La categoría "narrativas" para el caso de las organizaciones es entendida como un conjunto de relatos sobre su origen, sobre los contextos en los cuales se surgieron las propuestas y sobre las motivaciones que dieron origen a las experiencias. Además de estos mitos fundacionales, también hacen parte de las narrativas los "hitos", entendidos como los momentos claves en el desarrollo de las organizaciones, los personajes sobresalientes de dichos relatos y otras referencias históricas de las organizaciones sobre las cuales sus integrantes consideran vigentes.

2. Los rasgos de distinguibilidad.

La categoría "rasgos" recoge los elementos referidos los ritos, las actividades ritualizadas, los símbolos, las costumbres y otros aspectos históricos y simbólicos que sirven como marco de definición de la identidad de la organización; también los postulados éticos y filosóficos, que ayudan a entender tanto las líneas de acción como la proyección de la organización. Esta definición de características simbólicas de las organizaciones, se da necesariamente en una doble vía, ya que la posibilidad de distinguirse tiene que ser reconocida por los demás; de la misma forma la distinguibilidad también supone un conjunto de rasgos distintivos que definen la especificidad o la unidad de lo que le es propio a la organización.

3. Las redes de interacción.

Referidas al conjunto de relaciones de alianza o confrontación que establecen individuos y colectivos en su lucha por construir un nosotros que los diferencie de los otros. Al igual que las otras dos dimensiones, las interacciones nos son fijas sino cambiantes, tanto por los actores a los que están referidas como a sus contenidos. Por el énfasis puesto en este capítulo a los procesos subjetivos, el ámbito de las relaciones de las organizaciones será tratado en el capítulo sobre lo político.

2.1. Las narrativas autobiográficas

La categoría "narrativas" es entendida como un conjunto de relatos sobre su origen, sobre los contextos en los cuales se surgieron las propuestas y sobre las motivaciones que dieron origen a las experiencias. Además de estos mitos fundacionales, también hacen parte de las narrativas los "hitos", entendidos como los momentos claves en el desarrollo de las organizaciones, los personajes sobresalientes de dichos relatos y otras referencias históricas de las organizaciones sobre las cuales sus integrantes consideran vigentes.

Para Harry Abarbanel, las funciones de estas historias son múltiples; *"en primer lugar, ellas delimitan lo pertinente, aquello que debe tenerse en cuenta en la toma de decisiones; en segundo lugar, diseñan el estilo adecuado de razonamiento; en tercer lugar, presentan una perspectiva común en cuanto a las soluciones que serían aceptables y, finalmente, contienen las presuposiciones y los valores implícitos que servirán de guía a quienes debe tomar decisiones"* (ABARBANEL, 1996: 59)

Esta vigencia y actualidad de las narrativas históricas de las organizaciones populares, contadas con frecuencia ante propios y ajenos, es fundamental en la comprensión de su identidad cultural. Por ello, los relatos históricos producidos por las organizaciones para esta investigación son la materia prima del análisis que compartiremos a continuación.

Vale anotar que todos los textos producidos por las organizaciones se han tratado en un sentido primario, no en la significación política o simbólica; por ejemplo los relatos fundacionales se analizan como "mitos fundacionales", que no necesariamente recogen todos los aspectos de la historia, ni todas las voces presentes. Lo que se ha intentado es inferir una estructura, que seguramente no presente en todos los relatos, pero que sin embargo los contiene.

Los mitos fundacionales

El mito fundacional está inmerso en la narrativa de cada una de las organizaciones, y hace parte de la historia que explica cómo iniciaron y cómo han llegado a ser lo que son actualmente las organizaciones. El mito como principio fundante y explicativo permite acercarnos al momento originario de las organizaciones en donde básicamente lo que se encuentra es la "llegada" (advenimiento, aparición) de una o varias personas, quienes a partir de la identificación de un problema "sentido", invitan a la acción colectiva y organizativa de un grupo determinado de personas.

En detalle, el mito fundacional involucra los siguientes elementos constitutivos:

- La llegada de los fundadores. Un grupo de personas que llega al sector e invita a la acción colectiva a otro grupo de personas para construir solución a un "problema concreto", que actúa como pretexto de un postulado de orden "superior" (emancipador, liberador, transformador):

La llegada de la institución Javeriana o de la Javerianas a Kennedy y más tarde a Britalia, no fue un proceso fortuito ni de un momento a otro. Fue un proceso que se demoró alrededor de dos años y se da desde sus inicios por una motivación de tipo evangélico. "Yo en este punto quiero dejar muy claro que el inicio del trabajo es fundamentalmente por una motivación evangélica, por una motivación de una influencia muy fuerte de la Teología de la Liberación, por una opción muy fuerte por los pobres y esto que ahora suena un poco peyorativo, en aquella época tenía una fuerza muy especial, porque todavía no mucha gente que estaba en esa tónica" (CPC.).

- La búsqueda de un lugar, un territorio o contexto de dificultades es deliberada, se busca a propósito a los más pobres entre los pobres, lo cual seguramente actúa como garantía del compromiso y evidencia del "sacrificio". Dicho contexto es de dificultad extrema, barrios muy pobres, alejados del centro urbano, sin servicios básicos con problemas en todos los ordenes:

Dentro de las expectativas del sector popular que se tenía en ese momento, Jerusalén las cumplía todas; hacia 1983 las condiciones físicas eran muy precarias, no existían los servicios públicos básicos: agua, luz, alcantarillado, transporte; no existían centros de atención en salud o educación; prácticamente no existía nada físico construido por el ser humano, solo las montañas áridas; esta situación lleva a que la gente que llegaba a poblar fuera gente muy pobre que estaba buscando cualquier lugar para construir sus ranchos y dejar de pagar arriendo... (ICES)

- Las motivaciones de los iniciadores son de orden "superior" religioso o político; expresan ideales tales como la transformación de la sociedad o la puesta en práctica y difusión de una utopía. Como manifestación de dicho compromiso, fue común "irse a vivir al barrio":

En este barrio toman en alquiler un pequeño apartamento que hacía parte de una casa donde también viven tres familias en inquilinato, iniciando desde su sensibilidad un acercamiento a la problemática de pobreza y explotación que se vive, pero además aprendiendo con la gente cuales son las causas de los problemas personales, familiares y sociales que viven diariamente. (AVESOL)

- En algunas historias, juegan un papel tan significativo como el de los fundadores, el grupo de mujeres o jóvenes del barrio que habían comenzado a trabajar antes de la llegada de los “fundadores”. En algunos casos, se evidencia una tensión simbólica en torno al origen de la iniciativa organizativa popular:

En el año 1975, en una conversación entre Alba Borja y Sixta Tulia Martínez, habitantes del barrio Santa Cecilia y colaboradoras de la Junta de Acción Comunal se dio la primera iniciativa para crear una guardería para los niños y niñas del barrio (Coordinadora)

Este trabajo surge por iniciativa de la mujeres de la Comunidad como un trabajo voluntario, teniendo en cuenta que no se contaba con el reconocimiento por parte del gobierno (COPEVISA).

- Los niños aparecen en varios momentos como preocupación y objeto de la acción inicial, es decir en primera instancia los problemas de los niños son el “problema concreto”. Son las mujeres las que, generalmente, en un comienzo acuden a la convocatoria, muy seguramente por su vinculación con los niños y permanencia en el barrio:

En 1978 la Junta de Acción Comunal del barrio viendo la necesidad de las familias que no tenían donde dejar a sus [hijos](#) mientras salían a trabajar comenzaron a buscar recursos, ya que contaban con un lote que se podía destinar para hacer un Hogar Vecinal para la atención de los niños y niñas del barrio. (COPEVISA)

Falta de programas que atendieran las necesidades de los pobladores en especial la población infantil, la cuál por lo general quedaba abandonada parcial o totalmente pues los padres y madres salían a trabajar todos los días y dejaban a los niños encerrados o en la calle. (Coordinadora).

- La invitación a la acción colectiva como forma de construir la solución a los problemas compartidos:

En punto central de nuestro interés son las formas de organización, porque la experiencia ha mostrado muchas veces, que no es fácil tomar conciencia política, es decir, que los problemas se entienden en su contexto, pero que es otro paso más difícil que la gente se organice para solucionar estos problemas en forma colectiva. Así

vivimos y trabajamos con esta comunidad para dar nuestro aporte a la organización y a la transformación de la realidad. (AVESOL).

Un hecho interesante, común a seis de las siete experiencias fue la creación de jardines infantiles:

Lo anterior llevo a pensar en la urgente necesidad de un Jardín Infantil para el barrio, se hicieron reuniones, se discutió y se estudiaron posibilidades. A principios del año 1980 se abrieron las puertas de un pequeño jardín infantil, que funcionaba en dos piezas arrendadas en una casa, acondicionada mínimamente, y atendido por jóvenes de la comunidad y se inició con diez niños. Una especialista en pedagogía preescolar prestaba una asesoría, desde el principio se busco brindarles atención integral a los niños, incluso alimentaria, ya los padres de familia colaboraban para ello." (Avesol).

El Hogar (infantil) se inició con 15 familias que vivían en el barrio, en esos momentos no habían(sic) servicios públicos; se comenzó en una casa prefabricada que se compró con dinero recogido en diferentes actividades.(COPEVISA)

- La utopía de la solución de problemas mediante la acción colectiva se concreta en proyectos. El proyecto como estrategia sostenida de acción, es el punto de enlace entre el postulado superior, la voluntad personal y las soluciones a los problemas "concretos". Permite conectar la solución con la Utopía. La "verdadera solución" es la acción organizada de la población para afrontar sus necesidades y constituirse como el sujeto del cambio:

... Antes de 1994 La Cometa no había realizado y ejecutado proyectos financiados directamente por el Estado; de manera que el Acuerdo 23 "abre un espacio de trabajo institucional distinto al que veníamos realizando nosotros; es decir gestión para articularnos más con las instituciones del Estado y nos demostró que sí podíamos adelantar trabajos sin ceder en nuestros criterios y autonomía institucional. A través de este proyecto abrimos trabajo en algunas escuelas del sector de manera más sistematizada, más organizada y profesional". (Cometa)

Además de estos mitos fundacionales, las organizaciones van tejiendo una red de historias acerca de los hitos de su trayectoria histórica cuya evocación permanente – aunque más intensa en ciertos momentos - alimenta el sentido de pertenencia de sus integrantes y se convierten en un marco de referencia para valorar sus compromisos, las prácticas y actitudes actuales.

Hitos históricos

En este apartado la idea es dar cuenta de los momentos de crisis, rupturas o cambios trascendentales que en sus autonarrativas, marcan el tiempo y el devenir de las organizaciones; en algunos casos significan transformaciones radicales tanto de las condiciones como de la estructura

misma de la organización. Algunos de los casos en que se evidencia un tipo de crisis son: 1) La crisis del metarelato utópico; 2) La muerte de uno de los iniciadores; 3) El retiro de los miembros fundadores o de algunos integrantes; 4) La pérdida de la sede; y 5) Los eventos donde se toman "grandes decisiones"

A continuación, se ejemplifican estos hitos históricos o momentos decisivos, que marcan la identidad narrativa de las organizaciones populares.

- La crisis del metarelato. La caída de los sandinistas, la crisis del socialismo de Europa del Este, incidieron menos en las organizaciones que los procesos políticos nacionales; en particular, la desmovilización de algunos grupos insurgentes, para la única organización que provenía del trabajo de masas de una de ellas:

Durante 1991 la organización presenta un quiebre: el cambiante panorama geopolítico, en particular los acontecimientos en Europa y el coletazo electoral desafortunado de la Revolución Nicaragüense, desencadena una crisis de referentes discursivos desde los cuales poder articular el proyecto Cometa. Algo más, "la forma como se decide la desmovilización del EPL, -comenta Oscar- afectó porque se pierden todos los referentes, no tanto que los militantes estuvieran en contra de la desmovilizada sino la forma como se asumió" (Cometa).

Cuando llegamos a Bogotá ya había un quiebre, el enfrentamiento rompió definitivamente el colectivo....provocó la salida de algunos compañeros". Con esta salida "muere una etapa, no porque se diera un cambio absoluto sino que finalizó esa etapa de estrecha relación con el partido, aquí seguimos trabajando como cometas, no cargados de organización (EPL-ML)" confiesa Henry (Cometa)

- La muerte de uno de los iniciadores (ICES)

Para el ICES el momento más importante y crítico es la muerte de uno de sus fundadores y líderes del trabajo, el profesor Evaristo Bernate:

*La muerte de él, tenaz; yo creo que en mi vida - y no me gusta recordar eso porque para mí es tenaz, yo creo que he tratado de tener eso muy, nunca ponerme a pensar en ese instante, porque es tenaz, tenaz - la muerte de él yo la recuerdo porque esa noche, el papá de mis hijas estaba tomando, y yo oí alguna bulla, yo estaba como azorada de que iba a pasar algo, que de pronto se iban agarrar ahí en esa tienda, yo estaba mirando una novela que si no estoy mal se llamaba mi amada Beatriz, era una novela mexicana, y yo escuche bulla, yo apague el televisor y me quede como escuchando a ver que era lo que pasaba, no volví a escuchar nada, prendí el televisor otra vez y volvía a escuchar la bulla, volví y le baje el volumen, y cuando por allá dijo alguien: **Mataron a Evaristo**, cuando dijeron mataron a Evaristo yo me tire de la cama, yo estaba en pijama y yo arranque a correr, cuando yo llegue a allá, Evaristo estaba tirado*

ahí al frente de la casa, yo le decía a los muchachos es él, es él, y ellos me decían si es él "

- Retiro de los fundadores de la organización

En el caso de AVESOL, la situación de crisis está relacionada con la salida de las religiosas fundadoras de la experiencia:

El segundo acontecimiento, tocó más el corazón de la experiencia y de sus integrantes, mas aún a la comunidad de los barrios donde habían trabajado las Hermanitas de la Asunción, ya que se trató de su partida. Nuevamente Rosaura y Elsa cuentan como fue este hecho trascendental "Vienen desde Francia a mirar y a vigilar el trabajo que ellas han hecho, seguramente que es una de las condiciones de su vinculación como hermanas de la asunción, de construir, formar e irse. A mí fue la persona que me lo dijeron, y ni siquiera fue antes de la visita de las francesas, fue después de la visita, cuando a ellas ya les notificaban que veían que el trabajo estaba muy adelantado, que la comunidad había progresado mucho, que había otras comunidades más pobres que las necesitaban..., me dicen que por favor nada de nada (AVESOL).

- Retiro de algunos integrantes. Un hecho común en las historias organizativas – especialmente las que guardaban relación con grupos de izquierda - es el retiro de uno o varios de los miembros fundadores, generalmente asociado a diferencias de orientación de los trabajos. Es el caso de La Cometa, de la Promotora Cultural y de la Coordinadora. La experiencia de ésta está referida a su propio dinamismo como red, ya que al tratarse de la unión de organizaciones con orígenes y orientaciones diferentes, son previsibles los desacuerdos:

La Asociación Chircales planteó que estaba en desacuerdo con los resultados, pues consideraban que existían múltiples problemas en la Coordinadora y que el ánimo del documento era plantear algunas alternativas que pudiesen contribuir a la solución de estos problemas...

Este tipo situaciones empezaban a reflejar lo que se venía. En diciembre de 1989 y después de un proceso de varias discusiones y diferencias frente a los objetivos el carácter de la organización su relacionamiento y su papel, la Coordinadora se divide en dos de tal modo que seis organizaciones quedan de un lado integradas por: Santa Cecilia, Delicias del Carmen, Los Chircales, La Cabaña, Jerusalén Canteras y Jerusalén Potosí y tres de otro: Cerro Norte, Soratama y Villa Nidia. Termina aquí un periodo rico en experiencias y en expectativas.(Coodinadora).

- La pérdida de la sede. Fue el caso de la Cometa, donde una de sus crisis estuvo relacionado con la pérdida de la casa que habían adecuado como sede:

Otro quiebre (año 1992), aunque no propiamente del orden paradigmático o discursivo fue que la cometa se queda "tácitamente" sin sede; es decir, somos informados por parte del propietario del predio de que la finca estaba en venta por lo tanto había que buscar otro espacio para continuar con el desarrollo de las actividades que se adelantaban; esta incertidumbre obliga adelantar gestión ante la alcaldesa de la localidad, Martha Rocío Pinzón y la dirección del PNR para acceder al comodato de una casa ubicada en el barrio Costa Rica (La Cometa).

- Eventos donde se toman "grandes decisiones"

Un momento clave para algunas organizaciones son los Encuentros o salidas de la ciudad en los cuales se ha discutido, reflexionado y deliberado sobre las prácticas de las organizaciones y se han tomado decisiones de trascendencia, estos ejercicios se recuerdan como claves en la historia de las organizaciones.

Un ejemplo interesante es la organización de un seminario por parte de la Coordinadora

Como parte de los análisis y reflexiones que se realizaron en la Coordinadora se propone organizar un seminario que analice la política infantil del momento, el 23 y 24 de octubre de 1987. La Coordinadora como líder convocante de este evento presentó la ponencia denominada "LAS POLITICAS ESTATALES PARA LA PROTECCIÓN Y DESARROLLO DEL NIÑO". En esta ponencia analizaba y cuestionaba la política de estado liderada por el presidente Virgilio Barco, a la vez concluía con un cuestionamiento a la propuesta del ICBF denominada Hogar de Bienestar HOBI. (Coordinadora)

Otra referencia a eventos que marcan cambios en las organizaciones es la Coordinadora, con el "ENCUENTRO DE SASAIMA JULIO 5 Y 6 DE 1986:

Dentro de las actividades que se consideraban vitales eran los encuentros pues en estos se posibilitaba tener el tiempo para la reflexión análisis y proyección de la coordinadora, es así que se organiza un segundo encuentro de asociaciones y comités de defensa del niño, el cuál se realizó durante los días 15 y 16 de diciembre de 1984 en el centro recreacional el Ocaso. (Coordinadora).

Las movilizaciones

Este aspecto se refiere a aquellos hechos o eventos de protesta en los que las organizaciones han participado, o eventos que han realizado y que han marcado momentos importantes de su desarrollo. Aunque todas han participado con alguna frecuencia en movilizaciones de carácter nacional como el primero de mayo y el día de la mujer, en algunas han jugado un papel más decisivo o les ha generado un impacto mayor.

El decidirse a participar en una movilización está asociado a la valoración de la magnitud de los problemas, a lo trascendental de los motivos o a las coyunturas políticas nacionales o locales. Para que tengan alguna trascendencia, la realización de estos actos de protesta, generalmente requirió de la vinculación con otras organizaciones y de altos niveles de coordinación.

En el tiempo, y como referente mítico, en primera instancia estuvo el Paro Cívico de 1977, sobre el cual todas las historias hacen alguna referencia, sea como antecedente, como experiencia de sus fundadores o como presencia del grupo inicial:

El 14 de Septiembre de ese año se desarrolla el Paro Cívico Nacional, es jalonado en Suba entre otras organizaciones por CENAPROV, esta movilización provocó el saqueo de tiendas y almacenes de Quirigua, con ello se evidencia la protesta e inconformidad social ante el auge de medidas antipopulares adoptadas durante el Frente Nacional". (Cometa)

En el caso del CPC, del ICES y la Promotora se refieren a jornadas de protesta local a propósito de problemáticas de los barrios y las zonas de influencia de las experiencias:

En el segundo semestre de 1985, la situación de insalubridad vivida en el barrio llegó a tal punto que se detecto en el barrio un brote de fiebre tifoidea... Para enero de 1986, la problemática toco fondo al presentarse una inundación de tal magnitud que los habitantes del barrio decidieron tomarse la avenida de abastos "para exigirle a la administración distrital y a la EAAB una solución definitiva al problema". (CPC).

La propuesta del "Paro Cívico Zonal" se decide conjuntamente con otros sectores organizados de la localidad, realizar el paro que se llevó a cabo el 11 de octubre de 1993. Este paro se venía madurando y aplazando desde hacía algunos años; en los diferentes momentos que se había pensado en realizar, la comunidad terminaba negociando con el gobierno, pues aún se creía en que el gobierno distrital iba a dar soluciones a la problemática que afectaba la localidad... El paro convocado por las organizaciones cívicas y comunales de la localidad finalmente se desarrolló, generando lo contrario a lo que los medios de comunicación y el gobierno deseaban: la integración de diversos sectores de la localidad y sus organizaciones. Fue el primer acto público en el que Ciudad Bolívar se hizo sentir como un colectivo organizado y dispuesto a solucionar sus problemas. (ICES).

Entonces vino como después, hubo un paro muy fuerte en el Suroriente, no me acuerdo cuál fue, un bloqueo fuerte de la comunidad; entonces nosotros participamos. Arrancó eso fue como un jueves...nosotros el sábado, ya estábamos ahí: hicimos "El Trancazo de la Cultura", ese "Trancazo de la Cultura" que salíamos en zancos...en la vía Villavicencio, como una forma artística de brindar también, que la gente pudiera, que la comunidad viera que nosotros también éramos solidarios con ese acto que ellos habían hecho ¿sí?, y también para seguir apoyando la localidad; entonces nosotros nos

paramos, colocamos pancartas, hicimos cosas, abríamos espacio y parábamos carros y decíamos: "este es El Trancazo de la Cultura", entonces llegó la policía y nos cogieron. (Promotora)

En el caso de la Coordinadora es muy interesante ver como las "tomas" al ICBF tienen una significación trascendental en la consolidación de la identidad organizativa.

Las tomas se recuerdan como actividades de carácter reivindicativo ante el Estado (en particular al ICBF); se decidían en asamblea de la coordinadora, esta iba acompañada de un pliego de peticiones el cual era construido a partir de las necesidades de los comités y asociaciones, a la vez se realizaban pronunciamientos frente a normas, leyes y decretos que pudiesen atropellar a la población en especial a los niños... Se organiza una toma a la sede principal del ICBF. esta toma fue organizada poco a poco con las mujeres y los hombres que participan en la coordinadora, se realizaron jornadas de capacitación y concienciación con los padres a cerca de las problemáticas, de tal forma que tod@s estuviesen claros frente a lo que se iba a reivindicar, la organización se realizaba por comités; de alimentación, comunicación, agitación, primeros auxilios, seguridad, y de negociación (Coordinadora).

2.2. Otros rasgos de distinguibilidad.

En este apartado me referiré a los ritos, las actividades ritualizadas, los símbolos, las costumbres y otros aspectos históricos y recientes que los integrantes asumen como marco de definición de la identidad de la organización; también se involucran los postulados éticos y filosóficos, que ayudan a entender tanto las líneas de acción como la proyección de la organización, dada la importancia que juegan en este tipo de organizaciones.

Esta definición de "rasgos propios" se da en una doble vía. Por un lado, la posibilidad de distinguirse tiene que ser reconocida por los demás; de la misma forma la distinguibilidad también supone un conjunto de rasgos distintivos que definen la especificidad de lo que le es propio a la organización.

Desde la antropología se ha establecido el valor de los ritos (de paso, de iniciación, afirmación), como indicadores necesarios de la transformación de las personas, las organizaciones y los contextos. El rito cumple una función social de auto reconocimiento y reconocimiento social, en donde el propiciador del rito convoca a un sujeto para que se mire a sí mismo, se reconozca, haga conciencia de su situación y de una posible transformación, el rito es una de las muchas necesidades de los seres humanos, en tanto que seres sociales.

A continuación se exploran los significados de dos tipos de ritos, los de estilo Carnaval o Festival, denominados ritos de gran formato y las actividades rituales o hábitos organizacionales, que siendo cotidianas tienen un valor especial para quien la realiza.

Ritos de gran formato.

En todos los casos se encuentran fiestas, carnavales, festivales, celebraciones y conmemoraciones, que año tras año se realizan en un formato muy similar. Son un espacio de puesta en escena del saber y los principios de la organización, así como de proyección a la comunidad de manera abierta, es el espacio de encuentro de unos y otros, es el nivel del encuentro con la "comunidad".

En el caso del ICES se recogen dos eventos anuales que tienen un carácter trascendental para la organización como son: la Marcha del Primero de Mayo, y la conmemoración anual de la muerte de Evaristo. Igualmente se realizan otro tipo de celebraciones como : Día de los niños y la Novena navideña, que de alguna forma hacen parte de las tradiciones populares de los barrios y no de una propuesta institucional tipo "carnaval" como se establece en el resto de los casos

Para la Cometa "*en 1992 Aparece en toda su dimensión el Festival de La Cometa; los niño(a)s de los centros educativos..., niños especiales y padres de familia asisten masivamente a las actividades programadas durante los cinco días*". AVESOL también registra su evento de la siguiente forma

El FESTIVAL DE LA ALEGRÍA, surge en 1991 casi a la par con la semana de la creatividad. Elsa lo describe como: " el evento donde hacemos todo el montaje de las comparsas, de grupos, de presentar un festival, frente a la comunidad, donde se ve una buena convocatoria, donde se ve respeto al evento, al comienzo eran grupos de afuera, ahora estamos detectando grupos muy buenos dentro de la zona...

El Centro de Promoción y Cultura realiza desde 1988 el Carnaval Popular Por la Vida:

En 1992 se adelanta el IV Carnaval denominado AMERICA MILES DE AÑOS, este evento fue un reconocimiento a nuestra cultura milenaria y tuvo tres grandes momentos: Preparación de comparsas; Olimpiadas, cada equipo buscó nombres acordes con el sentido del carnaval; y Festivales Artísticos. Éste carnaval se desarrolló entre abril y noviembre de 1992. (CPC).

En todos los caso, hay una puesta en escena, que implica la salida de la organización de su lugar tradicional de trabajo, para ponerse en otro escenario, en donde básicamente exhibe productos artísticos (música, danza, teatro). Siempre se siguen unos pasos como son: 1) convocatoria; 2) la

llegada de los convocados; 3) el inicio del rito (presentación); 4) el clímax (desfile de comparsas, presentación de los grupos, intervenciones); 5) la culminación.

Es de anotar que es justamente en el clímax en donde se evidencia el mensaje, el sentido e incluso la fuerza de la propuesta; es decir, después del clímax, "algo debe suceder en los otros". Este momento es el propicio para transmitir los mensajes superiores del colectivo como transformación, construcción y cambio. El convocante es, por lo general, la misma organización. Los convocados son en todos los casos a los beneficiarios, los receptores, en fin "la comunidad" que recibe y comparte los alcances del rito, sea como catarsis de los problemas personales o como reivindicación y lucha por "conquistas sociales" que se relaciona directamente con los motivos.

El tema o los motivos de la actividad ritual va cambiando, según las lecturas de las necesidades del contexto. En principio todos los ritos tiene un objetivo de orden superior, no se hace un rito de por sí o por cumplir, sino que antecede a él un postulado superior como los 500 años de la invasión europea o la coyuntura de guerra sucia del país.

A manera de balance es factible decir que el rito es un factor de identidad que cumple una función de renovación de actitudes y afirmación de valores. En la preparación y realización de estos ritos de gran formato, la organización invierte grandes energías y participar en alguna o todas de sus fases es altamente valorado y regulado entre sus integrantes.

Actividades ritualizadas

Se refieren a eventos de carácter cotidiano que tienen un espacio institucionalizado y que se repiten en un formato estandarizado y con cierto rigor, igualmente el carácter de la actividad crea una "atmósfera" que marca el punto de "distinción" de cualquier otra actividad rutinaria o cotidiana; es decir que distingue está actividad de un acto como "hacer aseo".

Son actos rutinarios con un valor simbólico, o sentido especial por el significado que tienen para quienes convocan y para quienes participan. En general son actividades hacia adentro, a diferencia de las anteriores y los participantes tienen un vínculo más estrecho con la organización. El caso típico en todas las experiencias son las "reuniones" que cumple con todos los elementos señalados de un rito: convocantes, convocados, procedimiento y puesta en escena; pero también hay otros

más asociados a la cotidianidad como la “hora del almuerzo”, de “las onces” o del “tintico”, muy comunes en la vida de las organizaciones.

Encontramos que siempre hay alguien que tiene la iniciativa, incluso en espacios rutinizados, hay un procedimiento, un conjunto de acciones que hacen parte de la actividad, que se repiten de forma “natural”. La puesta en escena es efectivamente una noción del teatro que hace referencia a un ambiente creado para un fin, en el cual surge el actor, realiza unas acciones y produce un resultado en los demás. En este caso el líder o coordinador de la actividad se ubica en un espacio determinado y realiza o promueve la acción de los otros actores. Algunos ejemplos.

En el ICES refieren acciones como *“reuniones, chocolatadas, y salidas pedagógicas”*. En la Coordinadora, *“las asociaciones y comités... jóvenes entre los 12 y 17 años se reunían dos veces por semana, dos horas en la noche 6:00p.m a 8:00 p.m. En estos grupos realizaron talleres..., por lo general los jóvenes que pertenecían a los grupos tenían familiaridad con las jardineras”*. (Coordinadora). En el caso de la Cometa se destaca *“la reunión de los Lunes, institucionalizada con los jóvenes, para la reflexión y discusión de diversos temas”*; también, las calles de la alegría y la fiesta de la cometas. Para el caso del CPC se reconocen actividades como las reuniones de mujeres (núcleos), las Celebraciones de vida (cada mes), las reuniones de coordinación y formación.

Otras actividades ritualizadas son las celebraciones de cumpleaños, las reuniones semanales, los espacios de reflexión, las fiestas y celebraciones, las eucaristías, las chocolatadas, los paseos y la participación en movilizaciones de convocatoria más amplia (días de los trabajadores y de la mujer, semana por la paz).

Modos cotidianos de hacer y relacionarse

Aunque esta temática será desarrollado en el capítulo 4, en este apartado se hará referencia a las prácticas y relaciones administrativas de las organizaciones, que las caracteriza y en torno a la cual afirman su identidad frente a otras formas de gestión dentro del campo social. En cuanto a los propósitos que las orientan, el hecho de identificarse con utopías alternativas, lleva a que definan objetivos a corto, mediano y largo plazo, coherentes con sus orientaciones políticas y que les permite mayor continuidad, acumulado y eficacia de sus acciones. Además, todo lo que hacen tiene una intención educativa: la formación de quienes se involucren en los proyectos y procesos.

A diferencia de otras formas asociativas más gestionistas, asistencialistas o contestatarias, las Organizaciones populares han incorporado criterios alternativos en la definición de sus propósitos, en sus estructuras y procesos de gestión, en la toma de decisiones y en la adjudicación de responsabilidades. Toda iniciativa pasa por una serie de procesos de identificación sistemática del problema a resolver, de creación de grupos de responsables, de planeación, ejecución y evaluación colectiva de los programas, proyectos y actividades.

En el nivel de las estructuras internas de poder, en todos los casos se han creado instancias colectivas de toma de decisiones sobre los asuntos fundamentales de la organización. Llámese, colectivo de dirección, equipo coordinador o directivo, lo cierto es que la orientación del trabajo ya no está sólo en quienes promovieron la experiencia sino entre quienes se han formado en la misma. Esta lógica se traslada a cada uno de los espacios y proyectos; generalmente existen colectivos de responsables que deciden con autonomía sobre el rumbo de sus propias áreas.

Cabe destacar que los criterios para acceder a estos niveles decisorios son coherentes con las orientaciones y los valores de las organizaciones. En casi todos los casos, los dirigentes reconocen a las personas más comprometidas y responsables, a quienes después de un seguimiento, se les invita a asumir responsabilidades y compromisos mayores. Los nuevos líderes – en la mayoría mujeres de los mismos barrios - van paulatinamente incorporando las orientaciones, principios y criterios de trabajo y promoviéndoles en los espacios de acción.

2.3. Cómo se ven las organizaciones actualmente

En este último apartado se dará cuenta de algunos postulados que definen el momento actual de las organizaciones en los términos de sus propias representaciones. Este ejercicio tiene la doble finalidad de indicar algunos puntos clave de la identidad de las organizaciones, referidos a aspectos tales como su carácter o naturaleza distintiva, a la función que cumple en sus contextos y a como son vistas por otros actores locales y nacionales.

El CPC de Britalia, enfatiza en su carácter de organización comunitaria, comprometida con la participación y formación de la población con la que trabaja:

“es necesario detectar primero la necesidad a dar respuesta, para luego buscar los recursos que permitan desarrollar un programa que de respuesta a esa necesidad,

reiterando desde esta postura que el CPC no es una ONG (entidades que se dedican a buscar recursos y luego mirar donde los pueden invertir), sino una Organización comunitaria (CPC).

La promoción de las mismas personas, fruto de los procesos personales, ha llevado al CPC a considerarse como una organización comunitaria, que orienta su trabajo al fortalecimiento de la participación comunitaria, en el proceso de cambio social. Con un componente educativo muy fuerte y como una organización enraizada en la comunidad.

A lo largo de los 23 años de trabajo ha hecho parte activa de la vida del barrio Britalia y del sector, ya que el CPC, es el fruto de la organización de mujeres y jóvenes de la comunidad que tratan... de generar propuestas organizativas para dar respuesta a necesidades sentidas de la comunidad (una guardería, una biblioteca, un programa de salud, un refuerzo alimenticio, el desarrollo de la expresión artística, la recuperación de zonas verdes, la creación de propuestas productivas para las mujeres...). Y la reivindicación con la comunidad, de las condiciones necesarias, para que los habitantes de los barrios puedan vivir dignamente (consecución de servicios públicos, legalización de los barrios, respeto a la vida de los jóvenes, derecho a la recreación, al deporte y a la cultura)" (CPC).

En el caso del ICES la identidad de la organización está referida a su orientación popular y comunitaria, su carácter abierto y su función de reconocer y canalizar las necesidades de la población:

Aunque la educación popular constituyó la base del discurso fundacional, ya que quienes empiezan la experiencia de trabajo son alumnos del ISNEM comprometidos con el trabajo popular, en el momento este ha sido transformado hacia el trabajo comunitario, lo popular se expresa en varios elementos de la cultura organizacional del ICES. En su infraestructura abierta sin portones, rejas o vigilancia, en su decoración carente de adornos, solo con lo necesario, por ello no hay decoración como tal, sino objetos que el colegio ha recibido como regalos ; en la forma como los profes se visten que no esta sujeto a la moda ; en la forma de hablar de los profes usando términos castizos y reflejando una conciencia de clase popular; en las relaciones establecidas entre profes, alumnos, directivos y padres de familia como iguales pertenecientes a una misma clase social " ...

El ICES se ha consolidado como un Centro Cultural de Desarrollo Comunitario, que es un sitio que busca centralizar las propuestas en torno a las necesidades de la gente (ICES).

En la Coordinadora insisten en reconocer un cambio de énfasis y estilo de acción, sin perder su perspectiva de compromiso social y comunitario. Esta distinción tiene que ver con el proceso de los educadores en la organización, el momento en que se vinculan, pero sobre todo con los ritmos y los espacios que se construyen en la Coordinadora.

“En la actualidad, el origen de las asociaciones y el sentido de la Coordinadora se ha ampliado, si en un principio estaba “ligado a construir poder popular desde las bases, con un a propuesta que buscaba responder a la problemática de la infancia en un sector específico”, se han ido configurando nuevas demandas con el paso del tiempo, así, aparece un interés por el trabajo con jóvenes y la proyección comunitaria” (Coordinadora).

Por ejemplo, para una educadora que se ha vinculado al proceso desde sus inicios hay una añoranza de las vías de hecho y de las actividades que se realizaban durante las primeras etapas del proceso organizativo: tomas, cargada de piedra, consecución del presupuesto, etc. Para un educador que se ha vinculado desde mediados de los noventa, la mirada sobre la organización ha cambiado, ya no hay un peso tan fuerte sobre la etapa fundacional sino sobre los propósitos que se quieren lograr (Coordinadora).

La distinción de ese antes y el ahora permite establecer además, que la organización ha tenido desplazamientos en la manera como presenta sus demandas, al considerar otras vías de presión diferentes a las de hecho. Esto obedece, entre otras razones a los cambios en el contexto socio-político del país” (Coordinadora).

AVESOL que atraviesa por un proceso de institucionalización formal, asumió el lenguaje de la planeación estratégica para definir su “misión”:

AVESOL es un espacio comunitario que facilita y desarrolla acciones de educación, apropiación, evaluación, sistematización, investigación, proyección social y cultural, implementando líneas programáticas que benefician a los pobladores del sector medio de la localidad Cuarta de San Cristóbal, así como a organizaciones e instituciones locales, distritales y nacionales con un equipo humano sólido, eficiente y cualificado, Implementando recursos tecnológicos sobre sistemas y medios audiovisuales y espacios adecuados, consolidando la gestión y la autogestión para que el hombre sea sujeto activo, crítico y propositivo, en el nivel individual como colectivo, que incida en el cambio de su entorno social. (AVESOL)

La Promotora Cultural ratifica su identidad en torno al trabajo cultural local con diferentes sectores de la población y en el reconocimiento ganado a lo largo de su trayectoria:

...por lo menos ahora la Promotora está trabajando en talleres de arte, cultura, ciencia; está trabajando alrededor de esto. Como antes se trabajaba con la juventud, ahorita se esta tratando de abarcar los niños y los abuelos; estamos viendo que los abuelos aquí en este barrio hay abuelos muy maltratados por sus mismos hijos; entonces se abrió el club de abuelos como un espacio para recrear la imaginación, para que los abuelos nos cuenten sus historias, porque ahora no se escuchan los abuelos son los que más han vivido y nos pueden contar la raíz de cómo han pasado las cosas... (Promotora)

...nosotros sabemos que la Promotora a nivel local tiene un reconocimiento que ni siquiera nosotros mismos lo sabemos, a nivel Distrital tiene un reconocimiento y

nosotros todavía casi no somos conscientes de eso, de ese reconocimiento que hay, a nivel nacional lo debe tener, y a nivel internacional yo creo que sí, estoy segura que lo tiene. Entonces no estamos hablando de un grupito que nació ayer; estamos hablando de un grupo maduro, un grupo con trayectoria y un grupo que tiene crisis, crisis como todos, pero que desafortunadamente está cumpliendo veinte años y ya es mayor de edad (Promotora)”

La Cooperativa COPEVISA también se reconoce como organización popular que vive un momento de posicionamiento en las dinámicas sociales y políticas de su localidad:

La Cooperativa ‘COPEVISA’ es una experiencia de articulación comunitaria y organización popular urbana en la década de los 90s en los cerros nororientales de Bogotá... puede caracterizarse como Organización Popular Urbana. Esta caracterización será muy útil para la comprensión de su origen, desarrollo, presencia y sentido actuales.

Ganamos el reconocimiento de autoridades locales como por ejemplo lo que estableció la alcaldía local en la firma del último comodato “que es de público conocimiento que la Cooperativa COPEVISA, ha venido desarrollando el proyecto educativo para jóvenes y adultos de la localidad de Usaquén. Que dicho programa se ha adelantado durante varios años con el apoyo de la alcaldía local de Usaquén y que ha generado beneficios grandes a la comunidad”. (COPEVISA)

De lo anterior es posible señalar un conjunto de puntos indicativos de los cambios históricos y de la situación actual, aunque sea en un nivel discursivo, es decir como se consideran según lo que expresan. En primer lugar, las organizaciones se definen a sí mismas como organizaciones autónomas, sean comunitarias, populares o culturales, al tomar distancia con otras asociaciones subordinadas al Estado y con sus estilos de trabajo. Así hayan transformado los énfasis discursivos y los estilos de acción (de más movilización a más cogestión), reconocen que su horizonte alternativo se mantiene.

En segundo lugar, hay una reafirmación plena y contundente en torno a lo comunitario. Dicha categoría, de tan poca estima en los discursos clásicos de izquierda, ha ganado gran significación en este tipo de trabajos, al referirse, no tanto a la población con la que se trabaja (“la comunidad”), sino a los propósitos que la orientan: promover la articulación y el fortalecimiento de vínculos basados en la solidaridad y en lo colectivo por encima de lo individual. Este énfasis en lo comunitario, ratifica su diferenciación frente a las orientaciones clientelistas, individualistas, asistencialistas y gobiernistas.

En consecuencia con el anterior postulado, las organizaciones se definen como un componente activo de la comunidad, del sector, de la localidad. Es decir, frente a los actores externos o a las

asociaciones emergentes, se ratifica la idea de que “las organizaciones han nacido y crecido con los barrios en los que trabajan”, lo cual les confiere una legitimidad moral.

En general se presenta un cambio y ampliación en el rango de la población objetivo, que si bien en todos los casos obedece al genérico “comunidad” presenta la inclusión de nuevos actores, particularmente de los jóvenes, o de grupos escolares. Es ampliamente significativo de los ajustes al contexto y de la adaptación de las organizaciones a los nuevos retos, el surgimiento de nuevas líneas de acción tales como: ambiente, recreación, deporte, producción.

Finalmente, se insiste en que dichas organizaciones populares han ganado un reconocimiento que trasciende las fronteras de los barrios que las vieron nacer. En todos los casos son reconocidas a nivel local, tanto por el conjunto de organizaciones sociales como por las autoridades locales. Algunas han sido destacadas por los medios o acreedoras de distinciones por su trabajo.

2.4. La identidad de las organizaciones, una construcción

La identidad de las organizaciones es una construcción de índole histórica y cultural que da fortaleza, distinción y continuidad a las organizaciones populares, en la medida en que da sentido a sus orientaciones, a sus acciones y a sus relaciones internas y con el mundo exterior. En nuestro análisis privilegiamos las narraciones míticas, las ritualidades y otros elementos simbólicos propios de las organizaciones y cuyos elementos sobresalientes retomamos.

El surgimiento de la experiencia está marcado por la presencia de una utopía que sirve como guía de la acción y objetivo de largo plazo. El metarelato se convierte en práctica y proyecto de vida, por la vía del convencimiento y la manifestación de la voluntad de trabajo. El metarelato se vive como narrativa interiorizada que sirve como principio explicativo y fundamento a la acción y la identidad individual.

Todas las experiencias surgen en contextos de dificultad buscados deliberadamente, para implementar propuestas de trabajo que buscan solucionar problemas “concretos”, en la mayoría de los casos asociados, de niños y mujeres. La gestación de las experiencias es un proceso de mutuo conocimiento entre los que llegan y la comunidad, que pasa por intercambios de doble vía, por ejemplo el discurso del metarelato se vuelve discurso comunitario y el contexto comunitario se convierte en el contexto de la experiencia; esto para llegar a una “integración” en los postulados de organización comunitaria o comunidad organizada.

El compromiso político o religioso de las personas juega un papel trascendental en la definición, permanencia y crecimiento de la organización; igualmente, el convencimiento fundamenta la identidad individual y proyecta las bases de la identidad colectiva. La Utopía, política o religiosa, coinciden en elementos como la transformación de las condiciones de vida, para alcanzar dignidad, equidad, justicia, que son el fundamento del discurso de las organizaciones.

Cada organización posee una narrativa, una versión sobre los acontecimientos originarios, que actúa como referente poderoso de identidad en tanto que narrativa construida, heredada, y "no canjeable", que sirve como soporte ideológico, que se transmite en el tiempo. La identidad se expresa en las prácticas como "compromiso", que se exterioriza y se manifiesta en la voluntad de trabajo por y para la comunidad. La construcción de "soluciones" a los problemas "reales" de la comunidad es un esquema generalizado de las organizaciones y permite ante todo "poner en práctica el metarelato", como manifestación de la voluntad colectiva.

Los hitos definen puntos de la historia y la recuperan para el presente como memoria actual, como historia vigente, que actúa como referente de identidad. Los puntos que son comunes y destacados en las narrativas refieren un proceso de institucionalización, la adquisición o compra de una sede fija, el inicio de proyectos o la celebración de convenios; marcan el tiempo, los estilos y las posibilidades de incidir en el contexto.

Las organizaciones presentan momentos de quiebre que van desde el retiro o la muerte de sus fundadores, pasan por procesos reflexivos, hasta rupturas y separaciones definitivas, que marcan un momento particular de la vida de la organización y que le significan recomposición orgánica, de redistribución de poder y de funciones.

Los ritos renuevan los vínculos, marcan los espacios y los tiempos, permiten definir los alcances de las acciones de unos y otros, organización - comunidad. Los ritos de gran formato tipo Carnaval o Festival, son la puesta en escena de la organización ante la comunidad. Las actividades ritualizadas son hábitos cotidianos que crean "atmósferas"; dentro de estas acciones se encuentra una gama de actividades que van de la celebración de cumpleaños a reuniones de reflexión, pasando por eucaristías; denotan aspectos como "compartir", "celebrar" "familiaridad" "solidaridad", que son vinculantes muy fuertes.

En fin, las organizaciones cambian, mediante estrategias adaptativas, permiten asumir metodologías y discursos coherentes con el metarelato que aún está vigente y como tal es la garantía de continuidad de la organización.

3. Los cambios en la subjetividad generados desde las organizaciones:

El análisis de las múltiples formas como las organizaciones fortalecen las redes sociales y dan lugar a otras, potencian la creación de tejido asociativo, generan procesos culturales y afectan dinámicas culturales colectivas no debe hacernos perder de vista que su mayor incidencia está en los sujetos particulares que las conforman. En el lento proceso de configuración como experiencias asociativas, también van generando formas distintas de ver, de hacer y de relacionarse, es decir, de emergencia y transformación de subjetividades

La subjetividad es la dimensión de la vida individual y colectiva donde se decantan y cobran sentido los procesos identitarios. Está estrechamente relacionada con los procesos culturales de construcción de sentidos de pertenencia, dado que involucra un conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo, conscientes e inconscientes, físicas, intelectuales, afectivas y eróticas, desde los cuales los sujetos elaboran su experiencia existencial, sus propios sentidos de vida (CALVILLO y FAVELA, 1995).

Como se señaló en el capítulo 2, la subjetividad es simultáneamente constituyente del proceso social y constituida por él. Es producto y a su vez produce y refuerza discursos y acciones, se teje en la historia, dentro del marco de las estructuras, pero es a través de las experiencias y lucha de los individuos y los grupos donde es vivida, como es el caso de las organizaciones populares estudiadas.

Las distintas formas que asumen los discursos, las prácticas y las relaciones que circulan en y desde las organizaciones, generan múltiples incidencias en el orden subjetivo. Como se señalaba anteriormente, el encuentro de las organizaciones con los habitantes de los barrios posibilita una transformación mutua en sus representaciones de necesidades, de estrategias de solución y sentidos del cambio social.

Por un lado, para el conjunto de los habitantes de los barrios el encuentro con la experiencia de trabajo de las organizaciones les permite ampliar la comprensión de su sistema de necesidades orientándolas, reelaborándolas como demandas y derechos, así como expandir su repertorio de

formas de solucionarlas, incorporando o potenciando las ya conocidas. Del mismo modo, incorporan otros sentidos posibles a la solución de sus problemas, más allá de las individuales y familiares; en esta revaloración práctica de lo colectivo y lo comunitario se fortalece su sentido de pertenencia social, como clases o sectores populares.

Por otra, las organizaciones ven transformar sus imaginarios y representaciones sobre dichos sectores y las estrategias de cambio social; hacen tránsito de unas miradas abstractas e idealizadas del pueblo, pasando a otras más específicas (más no menos entusiastas) como comunidad o con 'rostro propio': mujeres, niños y jóvenes. Estos cambios en la manera de ver a los pobladores populares ha simultánea al modo de concebir su acción social y cultural: de la idea inicial de concienciar para organizar y movilizar a la gente, se asume que la realización de su utopía pasa por procesos más lentos y menos espectaculares de transformación de esquemas interpretativos y de valores, de la generación y gestión de proyectos y la ampliación de espacios de participación.

Por último, y es de lo que se tratará en este numeral, las dinámicas organizativas incidir en la subjetividad de las personas que están directamente vinculadas a ella. Con relación a esto, distinguiremos tres formas básicas de esa afectación. En primer lugar, desde en el ámbito cognoscitivo, es decir en su capacidad para apropiarse y reelaborar nuevos saberes y conocimientos; en segundo lugar, en el plano axiológico, es decir, desde los valores que se vuelven centrales para las organizaciones y que son incorporados por quienes en ella se involucran; en tercer lugar, desde los modos de asumirse como sujetos; y finalmente, desde los cambios en los sentidos de vida, esto es, las nuevas visiones y opciones de futuro que se generan al hacer parte de una organización.

No sobra afirmar que dichos cambios subjetivos se generan, tanto por acciones intencionales de las organizaciones (charlas, talleres y otras actividades formativas), como a través de su vida diaria. En las primeras, se enfatizan contenidos cognoscitivos y valorativas (el funcionamiento del Estado y de los derechos ciudadanos, conciencia crítica, la creatividad, la solidaridad y el compromiso), así como aquellos que desarrollan capacidades propias de los campos de acción y roles de sus integrantes:

de todas maneras a mi me gustó mucho porque uno crea conciencia política, el gobierno en ese momento, lo que significa un Estado, el gobierno que llega qué hace, cómo lo hace, por qué dice que va a hacer y no hace; ósea, todo esto, realmente yo lo

aprendí aquí. Y en eso tampoco me las puedo dar de dura... pero si siento que tengo cierta conciencia, sentido político. (Coordinadora)

Por otro lado, el ámbito de los espacios y momentos cotidianos considerados como formativos, también tiene sus propios contenidos; éstos se refieren, tanto a las formas de comprender(se) y valorar(se), como a los modos de actuar y relacionarse. En fin, el currículo cotidiano de las organizaciones lleva a que la gente, "redefine sus referentes identitarios y resignifique su vida cotidiana" (MAGENDZO y EGAÑA, 1991: 81)

En el plano de los cambios cognitivos, en primer lugar, la experiencia cotidiana dentro de la organización posibilita en sus participantes la adquisición de nueva información y ampliación de sus nociones sociales. Los participantes de las organizaciones señalan que conocen mejor la situación del barrio y del país, el funcionamiento de la política y sus derechos; también que adquirieron conocimientos sobre el campo de acción en el que están (pedagogía, salud, teatro, enseñanza de la lectura y la escritura, etc).

Pero más que información y conocimientos específicos, los partícipes de una experiencia asociativa amplían sus estrategias de comprensión de la realidad social, sus esquemas interpretativos (BERGER y LUCKMAN, 2003); dichos cambios de comprensión involucran simultáneamente, estructuras intelectuales, valorativas y prácticas; un ejemplo, es el reconocimiento, por parte de las educadoras de la EPI, del carácter político de la problemática infantil y de su labor educativa:

Algo que sí me hace pertenecer a esta organización: es el sentido político del trabajo con los niños. Entonces es transformar pensamientos, maneras de ser; yo creo que es una de las partes más importantes que se crea acá en la organización; el trabajo que se realiza con los niños tiene también un sentido político y un sentido de generar conocimiento que se da aquí y en cualquier parte, en cualquier escuela...yo pienso que tiene que marcar la diferencia con el resto... uno gana un sensibilidad frente a las problemáticas

Así, en los espacios cotidianos de la vida de las organizaciones populares, se afirman o cuestionan, se reproducen o transforman, los conocimientos y valores que los sujetos han construido para interpretar y orientar sus prácticas. Las organizaciones se convierten en espacios, donde se conversa de otra manera y en los cuales se construye una realidad diferente, opuesta, muchas veces, a lo que se vive cotidianamente, por fuera de ella. El siguiente testimonio expresa como

desde las organizaciones se generan representaciones contrarias a las predominantes en los ámbitos populares:

Nosotras muchas veces nos agarramos más bien porque queremos que cada vez los niños sean mejor atendidos, esa es una sensibilidad que se gana acá, sí, y es que eso de los derechos del niño puede ser que nadie, coja a usted y le recite los derechos de los niños, pero si esta, es la cotidianidad que se vive de otra forma, en el dialogar en el hablar incluso hasta en interponernos con los padres para que ellos no maltraten a sus hijos, una cantidad de cosas que se van ganado poco a poco.

También, en las organizaciones se generan esquemas valorativos que reorientan las relaciones de sus integrantes consigo mismos y con los demás; es decir, pautas de interacción, de manejo del poder y de resolución de conflictos, que son interiorizados por sus integrantes para solucionar otras situaciones:

Igualmente uno también aprehende a respetar todo eso, respetar lo que piensan los demás, y hacer valer también lo mío y a plantear lo mío, aunque se choque con los demás, cosa que yo tampoco hacía, yo era una persona muy callada, muy en lo mío y ahora no. (Sandra, EPI)

Yo pienso, que, en primer lugar, es toda la formación de criterio y de carácter porque, por ejemplo todavía nos encontramos con gente y me dicen que yo era peliona desde chiquita pero había algo en el proceso de formación que te hacer ser crítico y que te hacía tomar posturas... Eso a mí me marcó muchísimo o sea como ese sentido de responsabilidad, el sentido de que ... el que tú fuiste subiendo en determinadas cosas pero porque tú le fuiste metiendo el hombro (Mary Sol, FASOL CPC).

Sobre este aspecto, el hacer parte de una organización permite construir, a través de las prácticas y el proyecto que orienta a la organización valores como la autoestima, la solidaridad, el respeto y el compromiso, así como la valoración del interés colectivo más allá del interés individual. Dado el peso de la influencia de la teología de la liberación y de la educación liberadora, este componente ético ha sido una fortaleza dentro de la identidad de las organizaciones, el cual es muy fuerte en las relaciones y actitudes cotidianas de sus integrantes.

En tercer lugar, la vinculación a procesos organizativos incide significativamente en la vida de las personas que allí participan. La organización permite el acceso a nuevas experiencias y posibilidades de cualificación, así como al intercambio de saberes y prácticas, lo que logra incidir en la posición que como sujeto se asume con relación al mundo:

La promotora ha sido un espacio vital en mí a pesar de que yo he tenido muchas dificultades en mi casa, con mis amigos, con la gente de la Universidad ponía de primer

lugar ahí, estar ahí porque era muy importante entonces me ha definido muchísimas cosas a nivel personal me ha ayudado como a construir el camino que yo quiero recorrer en mi vida sí, como una familia chiquita. Entonces como que a nivel personal me ha ayudado muchísimo, un lugar que me ayudó a estructurarme a nivel profesional con lo del teatro, de entender la vida también y ahí están como mis mejores amigos. (La promotora)

Este proceso se hace más visible en las mujeres de las organizaciones, dado que son quienes participan mayoritariamente de los procesos asociativos. Su vínculo con las organizaciones les permite replantear su papel en el hogar, en el trabajo y en la sociedad, afectando su identidad de género y modificándose (en ocasiones conflictivamente) el sentido de ser mujeres.

Por último, las transformaciones en la subjetividad tienen que ver con la incidencia en el estilo de vida: vincularse a una organización cambia los proyectos de futuro. Por ejemplo, al estar en la organización se vuelve importante seguir estudiando, participar de investigaciones, estar al tanto de programas y políticas en torno a las cuales gira el proyecto de la organización, acceder a nuevas formas de comunicación y asumir de manera distinta la situación local.

Los proyectos de vida se colectivizan y pasan por la conformación de nuevas experiencias asociativas y las organizaciones posibilitan a quienes allí participan, ampliar sus horizontes de futuro. Es muy común encontrar historias de personas que pasaron por la organización y que posteriormente generaron en otros contextos sociales, culturales o educativos, experiencias similares a las que vivieron en las organizaciones.

4. Balance: identidad y continuidad procesos de los organizativos populares

Para cerrar este capítulo, se harán algunas consideraciones sobre la relación entre procesos identitarios generados por las organizaciones y la propia continuidad de éstas. Para autores como Schvarstein y Etkin (1990), la identidad misma de una organización tiene que ver con su capacidad de mantenerse en el tiempo, conservando ciertos invariantes en cuanto a propósitos, recursos y relaciones internas y con el medio.

Los elementos que definen la identidad, de una organización se agrupan en tres dominios: el de las relaciones, el de los propósitos y el de las capacidades existentes. El primero alude a las relaciones entre las personas; el segundo al de los propósitos que orientan las acciones de estas personas, ya sea individual o colectivamente, y el tercero se refiere a los recursos de todo tipo que se desarrollan y emplean para el logro de los propósitos y la legitimación de las relaciones (SCHVARSTEIN 1991, 64).

Con la relación que las organizaciones establecen con los habitantes de los barrios y la construcción de identidades que este proceso genera, ¿Qué garantiza la continuidad de los procesos organizativos?. En principio podría señalarse cinco aspectos que permiten esta continuidad: la configuración de vínculos con los contextos barriales, la construcción de redes con otras organizaciones, la posibilidad de introducir criterios de reflexividad en el trabajo, la capacidad de ampliar la lectura de necesidades de lo material a lo simbólico cultural, y la formación de generaciones de relevo.

En primer lugar, las organizaciones a partir del metarelato que las anima y de la propia elaboración que van haciendo de su proceso, procuran ser respetuosas de las lecturas, ritmos y procesos que realiza la gente; por ejemplo, para dar solución a sus necesidades. Este respeto, no impide que desarrollen su trabajo de acuerdo con sus propias intencionalidades. En este sentido, se reconoce que las orientaciones de tipo ideológico y político que animan el trabajo de las organizaciones, han implicado un distanciamiento crítico de las imágenes de poder; es decir, que las lecturas que construye las organizaciones buscan transformar significativamente las formas como tradicionalmente se resuelven algunas problemáticas (clientelismo) o se asume el trabajo con los habitantes de los barrios (asistencialismo)..

Además, este vínculo también puede ser analizado desde los lazos afectivos y de solidaridad que se van constituyendo en el encuentro organizaciones – habitantes de los barrios en tanto, la consolidación de los barrios coincide con el surgimiento y posterior establecimiento de las organizaciones, lo que ha posibilitado su vinculación activa en las demandas, problemáticas, y expectativas de los pobladores.

De este modo, las organizaciones, implícitamente parten de una reivindicación de lo relacional, de la construcción de redes sociales como el espacio de encuentro voluntario en el que media lo afectivo y se establecen niveles de interrelación, solidaridad, conflicto e intercambio recíproco. Las organizaciones potencian la construcción de vínculos comunitarios, entendidos como *relaciones caracterizadas por un alto grado de intimidad personal, profundidad emocional, compromiso moral, cohesión social y continuidad en el tiempo. (...) la comunidad es una fusión de sentimiento y pensamiento, de tradición y compromiso, de pertenencia y volición*" (NISBET, 1999: 34)

En segundo lugar, la continuidad de las organizaciones está asociada a su capacidad para construir redes de relación con otras organizaciones. Las Organizaciones a lo largo de su historia se han interesado por establecer, en mayor o menor medida variadas formas de relación con diferentes organizaciones locales, gubernamentales y no gubernamentales, lo que les permite un intercambio de recursos materiales y simbólicos y la articulación de esfuerzos para lograr sus objetivos. De allí que sea posible pensar que las organizaciones son en si mismas redes, esto es, un entramado que se construye cotidianamente en la interacción con los habitantes de los barrios pero también con otras formas asociativas.

Otro aspecto que garantiza la continuidad de las organizaciones tiene que ver con la introducción, durante los últimos años, de criterios de reflexividad sobre su trabajo, que se expresa en el interés de las Organizaciones por leer el contexto en el cual trabajan, por diseñar estrategias para leer necesidades y por realizar acciones para darles solución. Las organizaciones han construido espacios de discusión en los que se plantean dificultades relacionadas con su dinámica.

El introducir procesos de reflexión respecto al trabajo que las organizaciones desarrollan con mujeres, niños y jóvenes, permite reorientar acciones de trabajo y ampliar sus posibilidades de intervención. Esta relectura permanente en buena medida garantiza que se vayan ampliando las formas de intervención de cara a los cambios de la sociedad actual.

En cuarto lugar, la permanencia de las organizaciones ha sido posible gracias a la capacidad de ampliar la lectura de necesidades de lo material a lo simbólico cultural. A medida que los barrios se consolidaron, es decir, comenzaron a solucionar las necesidades asociadas con los servicios públicos básicos, vías de acceso, escuelas, puestos de salud; las organizaciones, van desplazando el "campo de intervención" de las condiciones infraestructurales a procesos que se ubican en el plano de lo cultural. Asumir lo artístico cultural como un nuevo campo de acción les permite, por una parte, acercarse desde otros códigos (estéticos, simbólicos, expresivos) a los habitantes y de otra, hacer visible el trabajo de la organización en el contexto local. Este proceso ha permitido establecer nuevos vínculos y formas de articulación entre las Organizaciones y los habitantes, así como una mayor legitimidad.

Finalmente, la continuidad de las organizaciones ha sido posible gracias a la preocupación por vincular a nuevas personas al proceso. Estas personas que por su compromiso con el trabajo, su

grado de responsabilidad y su carisma, se van incluyendo en las dinámicas internas de la organización, garantizan la continuidad y expansión de los proyectos y programas, a la vez que configuran fuertes vínculos de pertenencia y lealtad. Formar generaciones de relevo es una estrategia para ampliar los sentidos que animan a la organización y colectivizar las experiencias asociativas.

Abordar el espectro de posibilidades que implica la dimensión social y cultural de las organizaciones es una tarea a profundizar máxime cuando se trata del entronque del “mundo de la vida” de la organización, con la cotidianidad de los contextos y pobladores con los que trabaja. La tarea entonces, es continuar desmadejando esta tupida red para comprender a profundidad el papel de las Organizaciones en la configuración de actores colectivos y la construcción de ciudad.

Capítulo 5

La política de las organizaciones populares

Presentación

Junto a la identidad, la otra gran dimensión sobre la que busca dar cuenta esta investigación es la política de las organizaciones populares urbanas, en particular, su potencial de transformación social y de generación de nuevas subjetividades políticas. Coincidente con este interés, un rasgo común en las reconstrucciones históricas de las organizaciones populares participantes del estudio ha sido su "intencionalidad política" y su "carácter político alternativo".

En consecuencia, desde la fase de reconstrucción de la historia de las organizaciones, se buscó reconocer las ideologías, las interacciones y acciones explícitamente consideradas como "políticas". En la fase interpretativa, se buscó reconocer concepciones, prácticas y relaciones políticas de cada organización, se afinaron las categorías y se hizo una lectura intensiva de los documentos producidos en las fases previas, cuyo fin era reconocer la racionalidad política de las organizaciones.

Identificados los rasgos que dan singularidad y sentido a las ideologías, prácticas y relaciones políticas de las organizaciones populares analizadas, procedimos a confrontarlas con algunas perspectivas de análisis que consideramos pertinentes a nuestros hallazgos. En efecto, autores como Norbert Lechner, Hugo Zemelman, Néstor García Canclini, Patricia Safa y Gloria Naranjo (ver capítulo 2) plantean cómo las recientes transformaciones de las sociedades latinoamericanas exigen una redefinición de los modos como se ha entendido la política y proponen argumentos para redefinirla, así como para reconceptualizar la democracia y la ciudadanía, más allá de la concepción liberal clásica.

En este capítulo se presenta una síntesis interpretativa de las concepciones y prácticas políticas predominantes de las organizaciones populares estudiadas. En primer lugar, se aborda la ideología política de las organizaciones a partir del análisis de su discurso; a continuación, se analizan las prácticas política de las organizaciones, manifiesta en sus modos de relacionarse con otros actores, en sus modos cotidianos de actuar y de ejercer la participación, los cuales van más allá de los discursos de los grupos. Por último, se hace un balance interpretativo del carácter y alcances de las prácticas políticas de las organizaciones.

1. El discurso político de las organizaciones

Asumir una perspectiva no determinista de la política, en la que juega un papel central la construcción de utopías y proyectos alternativos, así como la articulación de voluntades y de actores para realizarlas, implica reconocer e interpretar el discurso político de las organizaciones populares estudiadas. En efecto, si éstas se definen como opciones autónomas y críticas del Estado, así como alternativas al orden social dominante, podemos suponer que asumen principios, valores y actitudes consecuentes.

Si entendemos por concepción, el conjunto coordinado y estructurado de ideas y de modelos explicativos que poseen personas o colectivos frente a situaciones problemáticas específicas, en sentido estricto, las organizaciones no poseen una concepción política plenamente estructurada; lo cual no significa que no posean una ideología política, considerada como un conjunto de principios, ideas más o menos elaboradas, representaciones y expresiones comunes a los colectivos de las organizaciones y regidos por un sentido más o menos compartido (REBOUL, 1986: 17) .

Si bien desde las organizaciones, no se ha elaborado un cuerpo sistemático de ideas políticas, si se comparten unas orientaciones, valores, representaciones y criterios sobre lo que consideran propiamente lo político y que buscan dar coherencia a su actuar. Dicho conjunto de significados compartidos se hacen visibles y se pueden reconocer en sus documentos y declaraciones institucionales, en los testimonios de sus miembros y en sus conversaciones cotidianas, así como en sus relatos históricos. Es decir en sus discursos, entendidos como

toda práctica significativa que, emanada de un sujeto colectivo, refleja unas determinadas condiciones de producción (los mecanismos sociolingüísticos que condicionan el discurso) y proyecta una ideología. El discurso social es lo que permite a un agente social reproducirse y producir efectos sociales (IMBERT, 1981: 11)

De este modo, el lenguaje, las formas y el contenido de los discursos de las organizaciones, a la vez que está estructurado socialmente, estructura las prácticas y relaciones de sus miembros. Así como no es posible asumir una práctica discursiva sin contexto social, es impensable la acción social sin acción discursiva; más aún: discursos y prácticas sociales orientadas por aquellos, configuran identidades y subjetividades de los sujetos que las agencian. Asumido como práctica comunicativa y producción de sentido, el discurso "constituye un objeto de significación que no sólo es un reflejo de los modos en que se representa la sociedad, sino un espacio donde tienen lugar las disputas por

lograr la hegemonía (institucionalización) de una representaciones y no de otras" BONILLA y GARCIA, 1998: 22).

En este sentido, los discursos políticos de las organizaciones expresan, recrean y construyen discursos de época, concepciones e ideologías políticas que circulan en los contextos más amplios del país y del continente, así como de los campos sociales en los que se desenvuelven: la educación, la cultura, lo eclesial, etc. Es así como podemos reconocer en los discursos fundacionales de las organizaciones ciertos rasgos comunes, identificados con la ideología política de izquierda predominante en América Latina durante la década del setenta y comienzos de los ochenta.

Así mismo, la puesta en escena de estas ideologías y representaciones políticas en realidades específicas, así como la asunción a lo largo de la historia de las organizaciones de prácticas específicas y retos inéditos, ha generado algunos cambios en sus discursos políticos fundacionales y la apropiación de nuevos referentes discursivos por parte de las organizaciones.

1. 1. El contexto ideológico y las influencias discursivas de la época

En el discurso fundacional de las asociaciones, se evidencia la influencia del ambiente ideológico de los movimientos sociales y políticos latinoamericanos de fines de los setenta y comienzos de los años ochenta. Este estuvo signado por la radicalización de las luchas populares, la influencia del marxismo en el mundo académico, el influjo progresista del Concilio Vaticano II, la experiencia socialista en Chile, el triunfo de la revolución sandinista y el auge de movimientos insurgentes en Centroamérica; también por la emergencia y difusión de discursos y propuestas emancipadoras como la filosofía latinoamericana, la teología de la liberación, la educación popular y la investigación acción participativa.

En el mismo período en Colombia, en el contexto de la crisis del Frente Nacional, también se vivió un crecimiento de las luchas y organizaciones populares; en particular fueron destacados los movimientos y paros cívicos regionales, cuya máxima expresión fue el paro Cívico Nacional de septiembre de 1977¹. Así mismo, como se señaló en el capítulo 2, se dio una reactivación del campo

¹ Entre 1971 y 1981 se realizaron 138 paros cívicos; entre 1982 y 1989 creció el número de protestas cívicas a 218, más de 30 por años (RESTREPO, 1994: 52)

de la izquierda política e insurreccional; a las organizaciones que habían surgido durante la década previa, se le sumaron otras fuerzas y coaliciones políticas y nuevos movimientos armados.

En consecuencia, el clima ideológico predominante en los ambientes universitarios, sociales, educativos y eclesiales comprometidos o simpatizantes con estas luchas era el de un inminente y necesario cambio revolucionario. Entre las jóvenes generaciones se respiraba un ambiente de resistencia y crítica a los valores tradicionales, así como una mayor sensibilidad hacia las injusticias sociales y la búsqueda de un pensamiento crítico. Este imaginario colectivo de "aceleración histórica" se alimentaba también de los contenidos de la música protesta, del teatro comprometido y de otras expresiones del arte vanguardista que anunciaban el inminente amanecer.

Es también una coyuntura en la que surgen diversos Centro de Promoción, investigación y apoyo a procesos populares, como Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Dimensión Educativa, Centro Ecuménico Para El Cambio Social (CEPECS) y Foro por Colombia, así como revistas de lectura crítica de la realidad nacional y mundial y de divulgación de las ideas progresistas como Alternativa, Solidaridad y Colombia Hoy. Estas ONGs y publicaciones progresistas jugaron un papel clave en la conformación y desarrollo de las organizaciones populares que surgen por aquel entonces.

Como se señaló, los años setenta y comienzos de los ochenta también fueron de dictaduras y represión en el continente. En Colombia, durante el gobierno de Turbay Ayala, se aplicó la Doctrina de Seguridad Nacional. Como respuesta al incremento de los movimientos y paros cívicos, así como a la reactivación de la insurgencia, Turbay, tan pronto se posesionó expidió el Estatuto de Seguridad, desde el cual se institucionalizaron los allanamientos, las detenciones arbitrarias, las torturas y desaparición de dirigentes sociales y activistas de izquierda. Fue tal el grado de violación de los derechos humanos que por ese entonces surgen las primeras organizaciones para defenderlos (ILSA, Comisión Andina de Juristas, ASFADDES) y se realiza en 1978 el Primer Foro por los Derechos Humanos.

La lectura de un analista político a mediados de los ochenta confirma este contexto de polarización social, política e ideológica:

Desde entonces, la situación colombiana ha estado signada en buena medida por la tensión producida entre el ascenso del movimiento popular y de una insurgencia que pugnan por cambios fundamentales, y por otro lado, la acción de grupos y clases

dominantes que desde el estado y el poder económico actúan y redefinen programas para tratar de desactivar la inconformidad..(GONZALEZ, 1987: 28).

Este panorama político e ideológico de época, influyó decisivamente sobre las opciones de quienes impulsaron las organizaciones populares estudiadas. En todos los casos, es indudable que el contexto político de la época marcó su simpatía o identificación, en sentido amplio, con el proyecto político e imaginarios de la izquierda:

Nosotros fuimos influidos por ejemplo por la guerra en Nicaragua, que era tema de conversación diario, y la posibilidad, incluso, de ir a Nicaragua y ofrecerse allá para aportar algo a la revolución que estaban haciendo allí; el tema de Chile, Pinochet acabando con el sueño socialista de Allende. Nosotros teníamos una visión latinoamericana, yo creo que eso enriqueció la vida política de la Promotora.

Una de las experiencias estudiadas, La Cometa, nació directamente de una agrupación política de izquierda armada (el Ejército Popular de Liberación) y otra, La Promotora, se formó con algunos de sus integrantes fueron militantes del Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR:

Por ahí en el 85, fueron dos o tres años en que se empezó a iniciar, no, incluso antes de la Promotora, que cuando estábamos en el grupo de teatro Puropueblo, año 82-83, pertenecemos al MOIR, cuando entramos a fundar la Promotora con tanta energía, ahí ya nos desligamos del MOIR y le damos mas autonomía al movimiento local cultural (La Promotora)

En el ICES se hace alusión a que algunos profesores fundadores de la experiencia habían tenido o participaban de organizaciones políticas de izquierda. Así mismo, en la Coordinadora Hugo y Lucy habían sido militantes de izquierda en Chile y las religiosas que animaron AVESOL, CPC y COPEVISA también compartían "el idealismo político de la época.. que se inscribía en la opción socialista para cambiar el rumbo de la historia" (AVESOL). De todas formas, la participación en eventos o campanas más amplias de movilización, puso a las organizaciones en contacto con el amplio espectro de grupos de izquierda de la época, algunos de los cuales quisieron infiltrarlas o instrumentalizarlas.

En ese ambiente de sensibilización social, de radicalización política y de represión en América Latina, tanto la izquierda política como los diferentes campos sociales y culturales progresistas asumieron el marxismo como perspectiva interpretativa y metodológica. Desde una perspectiva

crítica al capitalismo, en el mundo artístico, educativo, eclesial, investigativo y comunicacional emergieron propuestas discursivas alternativas como el arte comprometido, la Educación popular, la Teología de la Liberación, la Investigación Acción y la Comunicación Alternativa.

1.2. La influencia de la teología de la liberación y de la Educación Popular

En todas las experiencias hubo una relación directa o indirecta con las corrientes alternativas surgidas en el mundo eclesial y educativo. En particular, la llamada iglesia popular y su teología de la Liberación, así como la Educación Liberadora y Popular fueron las mayores influencias discursivas en las organizaciones populares estudiadas y cuyas orientaciones se expresan en buena parte de sus prácticas.

La Teología de la Liberación es una corriente teológica y eclesial progresista, que surgió en América Latina en el contexto renovador generado por el Concilio Vaticano II, en particular de la Conferencia Episcopal realizada en Medellín en 1968. En el Documento de Medellín, los obispos latinoamericanos respaldaron una interpretación radical del evangelio como opción liberadora que implica un compromiso de la Iglesia con los pobres y con la transformación unas estructuras sociales injustas, opuestas al evangelio².

Como antecedente inmediato a este giro del catolicismo se destaca el significado que tuvo la figura del sacerdote colombiano Camilo Torres Restrepo, así como el Manifiesto de los Obispos de Brasil y de los Obispos del Tercer Mundo en 1966. En vísperas de la Conferencia de Medellín habían nacido el movimiento de "Sacerdotes del Tercer Mundo en Argentina y el Grupo Golconda en Colombia; en 1970 se creó en Chile el movimiento Cristianos por el Socialismo y en 1972 se realizó en Colombia el primer encuentro de Sacerdotes para América Latina (SAL).

La influencia de esta renovación eclesial y teológica fue decisiva en el surgimiento de trabajos y organizaciones de base en las ciudades latinoamericanas, pues de muchas comunidades religiosas surgieron iniciativas de compromiso con las poblaciones populares. En los años setenta y ochenta, numerosos sacerdotes y religiosas deciden "insertarse" en ambientes populares para llevar la Buena Nueva de la Liberación.

² Los datos que siguen fueron tomados del libro de PERESSON Mario (1991). La educación para la liberación en Colombia (1960 – 1990). Documentos Koininía. Bogotá

Este fue el caso de las Hermanitas de la Asunción en el barrio Atenas del suroriente, de las religiosas Javerianas en el sector de Britalia en Kennedy y de la Institución Misionera que hizo presencia en el sector El Codito de Usaquén. Esta "opción por los pobres" se manifiesta en los testimonios de sus fundadoras:

Vivir reflexionar, enunciar y celebrar nuestra fe en Jesús Liberador al interior del movimiento popular...Parte de la Iglesia de los Pobres" (AVESOL).

Yo en ese punto quiero dejar muy claro que el inicio del trabajo es fundamentalmente por una motivación evangélica, de una influencia muy fuerte de la Teología de la Liberación, por una opción muy fuerte por los pobres." (CPC)

Dichas teologías progresistas también influyeron en la decisión asumida por muchos laicos comprometidos, de acompañar o impulsar experiencias organizativas o educativas populares, como es el caso de Evaristo Bernate, fundador del ICES en Ciudad Bolívar, quien había estudiado en el Instituto de Pastoral Latinoamericano Juvenil (IPLAJ) orientado por el sacerdote y teólogo Mario Peresson. Esta presencia de un cristianismo crítico como orientador de las organizaciones es vigente aún en el CPC y en AVESOL:

La postura política crítica y la conciencia crítica para el equipo del CPC se traduce en dos grandes líneas de acción: la evangelización y la transformación a la luz del Evangelio (CPC Eje identidad)

El compromiso y la opción de AVESOL es una perspectiva de Fe que supone acciones de ANUNCIAR la Buena Nueva de Justicia y Equidad, de DENUCIAR las prácticas y estructuras que impiden el desarrollo de la vida plena, dentro de un espíritu CELEBRATIVO en la alegría de vivir en comunidad (Documento de Misión institucional).

Por otro lado, cinco de las experiencias analizadas hacen referencia a la influencia que ha tenido la Educación Popular en su surgimiento y orientación permanente. Esta corriente pedagógica latinoamericana inspirada en el trabajo de Paulo Freire, quien a partir de la crítica a la educación tradicional formuló una propuesta de alfabetización basada en el diálogo, que buscaba que los iletrados a la vez que aprendían a leer y a escribir, se concientizaban de su situación y de la necesidad de un cambio.

Inspiradas en estos planteamientos surgieron en diversos lugares de América Latina experiencias en alfabetización, educación de adultos y educación rural, que buscaban apoyar o generar

organización popular. Fue el caso de AVESOL, el ICES, el Centro de Promoción Cultural de Britalia, de La Cometa y de la Promotora Cultural, en cuyos relatos fundacionales se refieren a la lectura de Paulo Freire³.

Este encuentro entre lo educativo y lo político, dio origen en los setenta a la corriente de la Educación Popular. Dicho movimiento cultural se articuló entrono a las siguientes ideas básicas (TORRES 1997): crítica al carácter injusto de la sociedad capitalista y al papel reproductor de dicho orden que ha jugado la educación; su finalidad es contribuir a que los sectores populares se constituyan en sujetos protagonistas de una transformación profunda de la sociedad; a través de metodologías que desarrollen una conciencia crítica y unos valores coherentes con dicho cometido.

La influencia de la Educación Popular es central en los discursos fundacionales del ICES y de la Coordinadora, aunque también es decisiva en la configuración histórica y discursiva de AVESOL y el CPC, tal como se manifiesta en sus reconstrucciones históricas:

Otras posiciones afirmaban que aunque la escuela hacía parte del aparato ideológico del Estado, desde allí era posible gestar procesos de concientización social, se podía trabajar desde una educación popular... lo que lleva al ICES a consolidarse como un proyecto de educación Popular...

1. 3. Los contenidos del ideario político fundacional.

La presencia del pensamiento, la ideología y los imaginarios de izquierda sobre las organizaciones y movimientos populares latinoamericanos es evidente en el contenido de los discursos de las organizaciones de nuestro estudio. Influidas explícitamente por la Teología de la Liberación (AVESOL y CPC), la Educación Popular (ICES, la Coordinadora, AVESOL y CPC), o por movimientos políticos e ideologías de izquierda (La Cometa, ICES); la ideología política de las organizaciones manifiesta en su discurso político comparte un cuerpo coherente de ideas comunes. Destacamos 4 unidades de sentido centrales, en torno a los cuales se derivan o articulan otras más particulares:

- Identificación con utopías de transformación radical de la sociedad;
- Lectura crítica del orden social dominante, en particular del Estado;

³ Tal vez el libro de mayor influencia en Colombia y el continente fue Pedagogía del Oprimido, del cual se hicieron muchas ediciones

- Compromiso con los sectores populares como Sujetos del cambio, y
- Necesidad de concientizarlos, organizarlos y movilizarlos como comunidad

1) La Utopía: el sentido alternativo de las organizaciones.

El eje central de la ideología política de las organizaciones populares estudiadas es el compartir la utopía de la construcción de una Nueva Sociedad, que supere las injusticias, inequidades y desigualdades del orden social presente. Dicha intencionalidad utópica de construir un orden social alternativo se evidencia en afirmaciones como las siguientes:

El mirar y luchar por la posibilidad de construir una Colombia diferente donde todos tengan cabida en igualdad de condiciones...

Construir una sociedad justa junto a los sectores populares ha sido siempre el punto de encuentro (ICES).

Busca ante todo la construcción de una sociedad justa y solidaria para un hombre y una mujer nuevos. (CPC)

"Participación activa en la transformación de nuestro país... educación para la organización y transformación de la sociedad..." (Coordinadora)

Propiciar un modelo de sociedad política cuyo objeto es la búsqueda del bien común (La Cometa)

En dicha intencionalidad utópica, confluyen, tanto el imaginario de cambio radical propio de la izquierda (la revolución), como la concepción escatológica de la tradición religiosa judeocristiana (el advenimiento de Reino de Dios). En el período en el que surgieron las organizaciones populares objeto del estudio, tanto los militantes de izquierda, como los educadores populares, los cristianos comprometidos y otros activistas sociales y culturales, compartían este metadiscurso utópico que daba sentido y orientación a sus proyectos y prácticas, a la vez que configuraba su identidad colectiva e individual.

Esta convicción compartida de la necesidad de un cambio urgente de las estructuras sociales, la Revolución, no puede interpretarse como un impulso voluntarista o de entusiasmo ingenuo de la gente de la época. Puede ser explicada por la convergencia de los factores sociales, políticos e ideológicos señalados para el período; un contexto de transformaciones estructurales en la

sociedades latinoamericanas, de incremento de las luchas sociales y de los movimientos políticos, así como de un ambiente crítico y radicalizado en lo cultural e ideológico, creó unas condiciones históricas propicias para la emergencia y legitimación del pensamiento utópico

Pero más que la comprensión histórica de la existencia de dicho imaginario emancipador, nos interesa destacar el papel constructivo de la utopía en la configuración de las prácticas e identidades políticas de las organizaciones sociales que surgieron bajo su inspiración. En términos de Hugo Zemelman (1998), el concepto de utopía apunta a la producción de historicidad; expresa la dimensión de posibilidad, de sentido potencial de la subjetividad social; de construcción de opciones viables de futuro; de transformación del presente en horizonte histórico.

En este sentido, la Utopía, no puede ser valorada sólo en su factibilidad empírica, sino en su potencialidad de construcción social. La utopía no es una nave de los sueños, no es algo inalcanzable o imposible; la utopía no es una meta hacia la que se viaja sino el horizonte del viaje mismo que los sujetos siempre tienen a la vista mientras caminan (LUMINATO, 1995: 31 –37).

Para las organizaciones populares la utopía no se concibe como un discurso externo; se constituye en horizonte de sentido siempre presente, en cuanto para realizarla es necesario ir cambiando las estructuras relaciones y prácticas de poder existentes, por unas coherentes con sus contenidos. En consecuencia, las organizaciones se conciben a sí mismas como *proyecto*, como mediación y espacio que articula las orientaciones, las relaciones y las prácticas que hacen realizable la utopía. Ello conlleva a que quienes se identifican con ella deben definir orientaciones, principios y criterios de acción y relación que les permitan avanzar hacia el horizonte de futuro compartido:

Desde los inicios, los objetivos del trabajo (no sólo la Biblioteca sino de todo el Centro de Cultura Popular Britalia) se planteaban en torno a la proyección, al futuro, pensando que desde lo inmediato, se podía empezar a construir la Utopía (CPC)

La intención era que la idea del Reino de Dios, se expresara en todas y cada una de las prácticas y proyectos que fuéramos realizando con la gente del barrio (AVESOL).

A manera de ilustración, vemos como la identificación con la utopía de construcción de una Nueva Sociedad y un Hombre Nuevo no se queda en su formulación abstracta; conlleva a que las organizaciones definan unos principios y valores éticos coherentes con ella, que contribuyen a

formar los hombres y mujeres capaces de hacerla realidad y a imprimirle a sus prácticas una mística poco frecuente en organizaciones inspiradas exclusivamente en ideologías políticas:

Buscamos un hombre de a pie que conozca y transforme la realidad social, construyendo hechos de paz... (AVESOL)

El hombre, entendido como dignidad... solidaridad, justicia, trabajo en comunidad... (AVESOL)

Buscábmós inculcar valores cristianos de fraternidad y solidaridad; exaltar valores humanos como la solidaridad, la justicia, el compañerismo, la honestidad... (ICES)

El caso más explícito de búsqueda de coherencia entre utopía e identidad organizativa es el documento de la Coordinadora, donde plantea los principios orientadores de su quehacer⁴:

- *Popular: la educación como espacio generador de transformación social y cultural;*
- *Transformadora: desarrollo de prácticas y fundamentos liberadores en la cultura;*
- *Autonomía: construcción de identidad y protagonismo, con sentido colectivo;*
- *Clasista: conciencia de pertenencia e identidad de intereses*
- *Alternatividad: desarrollo de propuestas que superen la dominación cultural*
- *Criticidad: lectura y análisis de confrontación*
- *Reivindicativo: recuperación de lo propio*
- *Resolutivo: capacidad de construir soluciones potenciando lo propio.*

Finalmente, vale la pena puntualizar que esta permanente presencia del discurso utópico en las organizaciones, ha contribuido a garantizar la continuidad en el tiempo de estas organizaciones populares, más allá de las transformaciones políticas y sociales en el contexto local, nacional e internacional.

⁴ Coordinadora de Organizaciones Populares de Defensa de los Derechos del Niño y de la Niña. Corporación Servicio de defensa a la niñez, SEDEN. Nuestra propuesta pedagógica. Bogotá, 2001

2) Lectura crítica al orden social dominante

En coherencia con la identificación utópica, un referente discursivo común a todas las organizaciones es la lectura crítica y toma de distancia frente a la sociedad dominante. Más que los contenidos propuestos o su viabilidad inmediata, lo valioso de las utopías es su capacidad de cuestionamiento al orden presente. La utopía entonces “ *implica al mismo tiempo una toma de posición efectiva y referida al contenido de los problemas actuales... su meta principal es el conocimiento del presente*” (Coordinadora) para justificar la vigencia y necesidad de un horizonte de futuro alternativo.

El discurso fundacional de las organizaciones, identificado con la educación popular y la teología de la liberación, atravesado a su vez por la ideología izquierdista de época, asumió la lectura estructural y clasista de la sociedad propia del pensamiento crítico latinoamericano del momento. En efecto, la caracterización de la sociedad colombiana es la de un sistema social capitalista y por tanto, clasista, explotadora, injusta y alienante:

El mirar y luchar por la posibilidad de construir una Colombia diferente donde todos tengan cabida en igualdad de condiciones es una manera de oponernos a la historia del País, que desde siempre ha sido manejada por una minoría... Creemos que parte del problema del país, es que la clase dirigente no le interesa que la población tenga una visión crítica de la realidad”. (ICES)

Lo que nos ha empujado a hacer este trabajo es el interés en la situación que vive nuestro pueblo: la problemática de la pobreza y explotación en el contexto de estructuras internacionales de poder. (AVESOL)

“Estas líneas políticas estaban en reconocer que habían dos clases sociales, ricos y pobres, explotadores y explotados la cual debía empezar a superarse a partir de la concientización, desde la Educación Popular”. (Coordinadora)

Un referente frecuente de esta lectura crítica al sistema dominante es el Estado, sus instituciones y sus políticas; su representación es coherente con la lectura estructural y clasista: expresa los intereses de la clase dominante, no cumple sus obligaciones, no respeta los derechos de los sectores populares, y reproduce los valores propios del sistema. Esta crítica al sistema social vigente, al Estado y sus instituciones también se manifiesta en la preocupación explícita de las organizaciones por tomar distancia con sus prácticas predominantes tales como el paternalismo y el asistencialismo:

En el proyecto de Escuela Comunidad se piensa que las soluciones no deben ser asistencialistas... por tal motivo se busca desde el acercamiento a la comunidad, concientizarla en torno a la necesidad de organizarse para conseguir lo necesario. (ICES).

Es así como, actualmente la aceptación del grupo por parte de la comunidad podemos considerarla garantizada, al haber conseguido no aparecer ante el barrio, como un grupo invasor, ni tampoco benefactor, a medida que las relaciones personales se han ido estrechando y el compromiso con ellos se ha basado en la colaboración y la amistad. (CPC)

El programa del ICBF una vez más muestra la esencia de lo que es el Estado: paternalista, asistencialista, que no impulsa el desarrollo comunitario, mantiene a los seres humanos en su individualismo, fomentando la actitud indiferente, apática y limosnera del pueblo. (Coordinadora)

Compartiendo un referente común a los discursos de educación popular, las organizaciones que tienen proyectos educativos formales (AVESOL, ICES, Coordinadora), insisten en cuestionar y tomar distancia con la educación y la escuela tradicionales y con sus prácticas educativas, por considerarlas reproductoras del sistema dominante. Así, en el ICES, se discutió el carácter neoliberal de la política de concesión de Colegios impulsada por la Secretaría de Educación del Distrito y en la Promotora, durante sus inicios, se asumió una actitud crítica y contestataria frente al gobierno:

El discurso era incendiario, entre lo poético y lo incendiario. Era poético porque la Promotora siempre el afecto y el amor ha estado ahí latente, ese fuego no solamente de El Tizón, sino de vida, de alegría. Entonces, en cualquier acto que se hacía, siempre había un doble sentido... un mensaje subliminal, de apoyo, de solidaridad, y de protesta, frente a la situación; por ejemplo de servicios públicos, de las vías llenas de huecos, de lo que estaba haciendo el gobierno en ese momento y si alguien hacía algo bueno había que reconocerlo, pero generalmente...era incendiario, que la gente se quedara pensando y cuestionándose muchas cosas... (Promotora)

Así el tono contestatario común al discurso fundacional de las organizaciones haya dejado de ser central, su participación en cogestión de proyectos y en espacios de participación local abiertos durante los noventa, no les ha disminuido la actitud crítica frente al gobierno y sus políticas.

3) Los sectores populares como sujeto histórico de cambio.

En coherencia con la utopía de formar una sociedad y un hombre Nuevo y con la lectura crítica del sistema social dominante y sus valores, las organizaciones comparten otras ideas y convicciones

como son su compromiso con los sectores y comunidades populares, el afán por partir de su realidad e intereses y el pretender formarles como sujetos de cambio a través de su concientización, organización y movilización.

Uno de los contenidos centrales del imaginario y la ideología política de las organizaciones y común a las tradiciones de izquierda, de la educación popular y de la teología de la liberación, es la convicción y postulado de que los sectores populares, hoy víctimas del orden injusto, son los llamados a protagonizar el cambio anhelado; por tanto, "la opción "política y ética" de las organizaciones es comprometerse con su construcción como actores de dicha transformación emancipadora.

Al igual que otros discursos de época, más que una concepto que da cuenta de las poblaciones con las que se trabaja, lo popular es representado como un actor genérico, unitario llamado a construir el nuevo orden, el "Sujeto Histórico de cambio". El nivel más abstracto de representación del sujeto popular es el de Pueblo o "los pobres" y es más usado por las experiencias más influidas por concepciones religiosas (CPC, AVESOL):

Ayudar al Pueblo a salir del analfabetismo crónico

Ayudar al pueblo a sacar sus propias conclusiones y expresarlas

Promover la recuperación de valores propios del Pueblo (CPC)

Otro modo amplio de representar la población es el uso de categorías propias de la tradición marxista y el lenguaje de izquierda: proletariado, clases populares, sectores populares; la opción por estos sectores de clase y su "proyecto histórico" llevaba a afirmar el "carácter clasista" de las organizaciones y sus proyectos; en el relato de reconstrucción histórica del ICES es reiterativo apelar y aclarar estas diferentes categorías para nombrar lo popular:

Lo popular se entendía no sólo como los sectores pobres de la sociedad sino como las personas alejadas de la toma de decisiones y del poder del país.

Proyectarse y trabajar con la clase proletaria de la capital

El estar interactuando con la clase obrera permitía desarrollar propuestas políticas y pedagógicas alternativas al modelo capitalista imperante

En el Instituto se establece como criterio de trabajo la proyección hacia los sectores populares...

Se buscaba la solidaridad y el compromiso de los estudiantes con los sectores marginados de la sociedad...

Un proyecto que fuera clasista, en el sentido que fuera un proyecto de educación que a través de ese proceso la gente se educara políticamente....

Finalmente, una categoría coherente y común en los imaginarios políticos de las experiencias organizativas populares es la de "Movimiento Popular", categoría que resume simbólicamente el conjunto de actores y luchas sociales alternativas, una institución imaginaria que agrupaba a los sectores sociales organizados y movilizados del país e incluso del continente: *Vivir, reflexionar, anunciar y celebrar nuestra fe en Jesús Liberador al interior del Movimiento Popular (AVESOL)*

Junto a estas categorías sobre lo popular, está la de "comunidad", entendida en el discurso de las organizaciones como la población territorial específica con la que actúan y en la que se localizan los atributos del Pueblo. A diferencia de éste, que es abstracto, la imagen de comunidad es "concreta": con ella se puede trabajar, se le puede acompañar, organizar y buscar alternativas. Lo "comunitario", al igual que lo "popular" aparece no sólo es un referente poblacional, sino un valor e ideal ético político: se es comunitario o se actúa comunitariamente, cuando se promueve la construcción de vínculo social e identidad colectiva, la solidaridad y el sentido crítico; es decir, se busca favorecer "los intereses de la comunidad".

Del mismo modo, el pueblo y la comunidad tiene rostro propio en los sujetos singulares que participan o se benefician de los proyectos de las organizaciones: las mujeres, los jóvenes, los niños y los ancianos. Estos son representados, en consecuencia, a la vez como víctimas del sistema, pero a la vez como "sujetos de derechos" protagonistas de su propia emancipación (sujetos políticos), tal como se desarrolló en el capítulo sobre tejido social, asociativo y construcción de identidades.

En concordancia con las representaciones del proyecto utópico, de estado y de sujetos de cambio, un referente del discurso político de las organizaciones es reivindicar los derechos (sociales, económicos, culturales) de los sectores populares. Mucho antes de que se generalizara en el país el discurso de los derechos humanos, las organizaciones populares reivindicaban frente al Estado los

derechos "del pueblo", entendidos como los derechos sociales a la educación, la salud, la vivienda, etc.

4) La concientización y la organización de la comunidad

Dentro del orden discursivo de las organizaciones, la formación de los sectores populares como sujeto de cambio pasa necesariamente por la toma de conciencia de la realidad injusta en que viven, de la necesidad histórica de cambio y de su papel protagónico en dicho cambio; así mismo por su organización y movilización en torno a sus derechos e intereses.

El afán por "concientizar a los sectores populares, elemento central en el discurso fundacional de la educación popular y en otras prácticas emancipadoras, fue el resultado de la fusión entre la tradición marxista y su concepto de "conciencia de clase", con la educación liberadora de Paulo Freire y su postulado de "toma de conciencia de la realidad y de la necesidad de su transformación mediante la acción política. Concientizar consistía en lograr que la gente reconociera el carácter estructural de sus problemas e injusticias sociales, a la vez que asumiera un compromiso consciente con la transformación de dichas situaciones que impiden el desarrollo pleno de los sujetos y comunidades populares.

Lo cierto es que en las prácticas educativas, eclesiales, comunicativas e investigativas alternativas promovidas por las organizaciones populares, la concientización se asumió como componente y mediación necesaria en el trabajo con la población:

Crear conciencia crítica en las personas... que las llevara a un análisis crítico de la sociedad capitalista y sus contradicciones (CPC)

Crear conciencia acerca de la magnitud, de los orígenes y de las consecuencias de la situación... (AVESOL)

Que fuera un proyecto de educación, que a través de ese proceso, la gente se educara políticamente y adquiriera elementos para ir transformando la realidad...

Que los sectores populares... tomen conciencia de que entre todos debemos buscar la manera de transformar el país (ICES)

La organización de la población para la solución de sus problemas, para ganar mayor capacidad de interlocución con el Estado y, principalmente, para convertirse en actor social, es otro referente de

los discursos políticos de izquierda y de las propuestas alternativas como la Educación Popular, presente en los discursos de las organizaciones populares en cuestión. En efecto, uno de los rasgos definitorios de la Educación Popular es asumir una opción por el fortalecimiento de las organizaciones y movimientos populares" es reiterado en los relatos históricos de las organizaciones:

El punto central de nuestro interés son las formas de organización, porque la experiencia ha mostrado que es más fácil tomar conciencia política, que los problemas se entienden en su contexto, pero que es otro paso más difícil que la gente se organice para solucionar estos problemas en forma colectiva. (AVESOL)

Buscando que la población entienda su situación social y se organice para poder dar solución a las problemáticas que existen en el sector (ICES)

Vemos cómo, a pesar de no existir una elaboración global explícita de la concepción política de cada organización, podemos encontrar una coherencia interna en el cuerpo de ideas, representaciones y principios orientadores manifiestas en los relatos históricos y los testimonios de sus protagonistas. Estos fragmentos discursivo fundacionales confirman que el horizonte político de las organizaciones se sitúa en un contexto ideológico de izquierda (crítica al orden capitalista e identificación con visiones de futuro alternativas) e incorpora principios postulados por la Educación Popular y la Teología de la Liberación, como considerar a los sectores populares como sujetos del cambio y su necesaria concientización y organización para realizarlo.

5) Las variaciones en el discurso político de las organizaciones

En la medida que el relato histórico de las organizaciones avanza, son cada vez menores las referencias a sus orientaciones políticas; sin embargo, alcanzamos a identificar algunos desplazamientos discursivos que pueden indicar actualizaciones, adecuaciones o variaciones ideológicas de las organizaciones, así como del peso que tuvieron en dichos cambios las transformaciones del contexto político internacional y nacional, acaecidos entre fines de la década de los ochenta y en los comienzos de los noventa.

Lo primero que nos llama la atención es que a diferencia de la fase fundacional, donde son reiterativas las referencias a sus principios, ideas y representaciones de lo político, en la medida en que nos acercamos al presente, los relatos históricos se centran en sus programas, áreas y proyectos de trabajo, haciendo escasa alusión a sus orientaciones ideológicas.

Con la excepción de La Cometa, la crisis de los discursos ortodoxos y los metarrelatos de izquierda ahondada por la caída del socialismo soviético - tan decisivos en la fase fundacional - no parece haber afectado directamente los discursos de las organizaciones. La experiencia más explícitamente identificada con la izquierda, La Cometa, precisamente surge en el contexto de las transformaciones políticas señaladas; la horfandad ideológica dejada por la crisis del socialismo histórico y la inserción de su organización política dentro del Proceso de Paz llevó al colectivo coordinador a acercarse a otros discursos políticos "institucionalizados", de corte democrático liberal; por ello, es la organización que más ha incorporado en su discurso, categorías como sociedad civil, formación ciudadana, sentido de lo público, etc; incluso, como o veremos luego, en la etapa actual, la Corporación ha adelantado proyectos de convivencia ciudadana, formación política de jóvenes, así como de mediación y liderazgo democrático.

El asumir como político el trabajo de las organizaciones, pero no "amarrado" a un partido o movimiento político en particular, sino a los discursos y redes de la Educación Popular y la Teología de la Liberación, ha hecho que las variaciones discursivas tengan más que ver con las dinámicas internas de estas comunidades interpretativas y a las propias lecturas colectivas sobre los cambios del contexto local. Por ejemplo, la división interna que se dio dentro del movimiento nacional de comunidades eclesiales de base a raíz de su intento de cooptación por parte de una de las organizaciones insurgentes; en una coyuntura de crisis a comienzos de los noventa llevó a que surgiera una nueva red de grupos y organizaciones inspiradas en la teología de la liberación, pero deslindada abiertamente de la lucha armada.

Es el caso del CPC, el cual ha incorporado desde la última década la reivindicación de la dimensión política del trabajo cultural, lo cual se hace explícito en la organización anual de un Carnaval por la Vida:

(El carnaval) no es solamente un evento artístico, es un evento político, que ve en lo cultural y en lo artístico, un medio de expresión de los valores y tradiciones de la comunidad, al igual que la puerta de entrada a otras expresiones artísticas propias de la vida urbana.

También ha sido el CPC la única organización que ha desarrollado una reflexión explícita acerca de la concepción política que orienta su caminar en la actualidad, a partir del reconocimiento de los cambios en el contexto mundial, nacional y local. Se trata de la propuesta de "resistencia cultural",

entendida como la estrategia de los sectores populares para enfrentar la exclusión social y política en tiempos neoliberales, donde la iniciativa histórica la tienen los sectores dominantes de la sociedad. Sin embargo, más allá de lo dicho no encontramos un desarrollo explícito de esta perspectiva.

Durante la primera mitad de la década de los noventa, las organizaciones pasaron por una fase en la que bajó el tono radical de sus discursos políticos, incorporando referentes discursivos reivindicativos de lo democrático. Dichos cambios estuvieron asociados, por un lado al contexto ideológico político nacional, signado por la Nueva Constitución Política que generó grandes expectativas en los sectores progresistas del país; por el otro, puede explicarse por las propias dinámicas de consolidación de las experiencias, de su posicionamiento local y temático, así como por el relevo generacional, la incorporación de nuevos integrantes no socializados políticamente y la ausencia de espacios permanentes de formación y discusión política.

Al mismo tiempo, algunas de las organizaciones, se ha revalorado el carácter político del quehacer pedagógico y cultural de sus trabajos; así mismo, han incorporado otras perspectivas de trabajo como las políticas de género (CPC, Coordinadora), lo ambiental (AVESOL, CPC) y lo cultural (La Cometa y la Promotora), ampliando el horizonte mismo de comprensión de lo político al quehacer cotidiano de la organización.

En fin, podemos afirmar que, así algunas experiencias organizativas hayan introducido algunos giros en algunos aspectos y la discusión ideológica haya disminuido o desaparecido en otras, las líneas gruesas de las orientaciones ideológicas del discurso fundacional son mantenidas por las organizaciones. Esta lealtad al discurso fundacional es justificada por ellos, tanto la vigencia de los metarrelatos utópicos fundacionales, como por la pervivencia de las relaciones estructurales de la sociedad que justifican su surgimiento, tal como lo afirmó uno de sus dirigentes en el conversatorio sobre lo político (septiembre 8 de 2001):

Lo político desde un comienzo lo hemos entendido como compartir sueños, proyectos, utopías... Qué de lo viejo debe permanecer y qué debe cambiar? Continúan las mismas relaciones de poder, de opresión, de exclusión y explotación... nuestra voluntad colectiva de cambiar, mejorar la vida colectiva no se puede materializar por no tener acceso a los espacios de toma de decisiones ni recursos suficientes...

Tal vez la mayor riqueza en la innovación política de las organizaciones no esté en el plano discursivo sino en el de sus prácticas. Es tanto en las relaciones y acciones de las organizaciones que asumen explícitamente como políticas, como en aquellos vínculos y quehaceres cotidianos ubicados en el plano experiencial de las organizaciones, donde las organizaciones están construyendo nuevas orientaciones políticas, en la mayoría de los casos sin un correlato discursivo. De estas nos ocuparemos a continuación.

2. La acción política de las organizaciones populares.

Las ideologías y criterios políticos que profesan las organizaciones populares, es decir, sus concepciones explícitas, buscan expresarse, tanto en sus modos de actuar frente al mundo externo, como en sus modos de actuar interno, en su actuar cotidiano (OFFE, 1996: 177); en fin, en todo lo que se hace en la experiencia organizativa. Por ello, buena parte de las prácticas desplegadas en y desde las organizaciones, podemos interpretarlas como acción política; consideración que se corresponde con las afirmaciones, comunes dentro de las organizaciones, referidas a que "todo lo que hacemos es político" o "aquí la política está en todo".

Estos modos de actuación política de las organizaciones populares no son únicamente concreción o expresión de las creencias, las ideas y los principios presentados en el numeral anterior. Su acción desborda el discurso; como lo señala Roger Chartier (1995), las prácticas sociales no están totalmente subordinadas al discurso y pueden producir nuevos sentidos, no siempre "atrapados" por la palabra de sus actores. Esto es lo que sucede con la acción política de las organizaciones, cuyas prácticas, si bien guardan alguna relación con las ideas y representaciones señaladas, expresan cosas "no dichas" por sus protagonistas, enriqueciendo la propia concepción política de las organizaciones.

Para efecto de la exposición, hemos definido dos ámbitos de acción de las organizaciones. Por un lado, el externo, marcado por las relaciones más características con relación a "otros" actores: el Estado⁵, los partidos políticos, otras organizaciones sociales y personalidades. Por el otro, el interno, asociado al conjunto acciones y relaciones consuetudinarias de las organizaciones, tanto con su población de referencia ("la comunidad") como hacia dentro: sus propios miembros.

⁵ El análisis a profundidad sobre la relación de las organizaciones con los procesos de descentralización, es el objeto del capítulo 6

2.1. Los modos de actuar externo: las relaciones con "los otros"

Una dimensión que nos permiten observar la práctica política de las organizaciones, es lo que Offe llama "modo de actuar externo". Con esta categoría se refiere a los tipos y formas de relación que establecen con otros actores sociales y políticos, sean institucionales, colectivos o individuales. Dichos actores que representan el poder hegemónico o a las fuerzas alternativas, pueden apoyar a las organizaciones. Unas veces, acudiendo a formas de vinculación y participación convencional como la petición, la tutela o el convenio; en otras ocasiones, a formas de participación y acción no convencional (contenciosas) como son lo son el repertorio de formas de protesta (TILLY, 1995)

2.1.1. Las relaciones con el Estado y sus políticas.

En primer lugar se destacan las relaciones con el Estado, sus políticas, las instituciones que las ejecutan y los espacios institucionalizados de participación. Como se señaló en el numeral dos, un rasgo de identidad política de las organizaciones es que se conciben a sí mismas como independientes, autónomas y críticas frente al aparato de estado y al sistema político dominante y es desde estas consideraciones como se relacionan con él.

Por ello, sus relaciones han ido, desde la confrontación o "exigencia" de hacer valer "los derechos de los sectores populares, al cumplimiento de "sus obligaciones con la comunidad", pasando por la participación, "cautelosa", en algunos de sus programas y espacios institucionales, hasta la cogestión y ejecución "crítica" en algunos espacios de participación y políticas sociales.

Aquellas organizaciones como AVESOL, el CPC y la Coordinadora, que trabajan con niños y mujeres, se han relacionado particularmente con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y con Bienestar Social del Distrito, entidades responsables de la ejecución de los programas gubernamentales frente a la niñez, la mujer y la familia. El propósito y el ámbito de la relación ha sido la de obtener recursos (alimentos, materiales e infraestructura para los Jardines, Casas Vecinales u Hogares, y el pago de salarios para las mujeres educadoras).

Ya sea individualmente, o en asocio con otras organizaciones similares, han sido frecuentes las confrontaciones en torno a los criterios, la destinación de recursos, los estilos o las medidas que adoptan estas instituciones gubernamentales: la realización de acciones de presión (cartas, denuncias públicas, movilizaciones y tomas) ha permitido el logro de algunas conquistas favorables a los espacios de trabajo con los niños y niñas (especialmente recursos materiales y económicos).

Incluso, en el caso de la Coordinadora, se logró incidir en la definición misma de políticas y programas favorables a las mujeres y niños.

Las organizaciones que realizan actividades educativas o culturales, se han relacionado, respectivamente, con la Secretaría de Educación del Distrito (SED) y el Instituto Distrital de Cultura y Turismo (IDCT) entidades que regulan y promueven dicho tipo de proyectos. En particular, dado el carácter educativo del ICES, la relación con la SED ha sido permanente desde su conformación; en la actualidad tienen suscrito un convenio de apoyo al proyecto educativo, no exento de discusiones y tensiones acerca de contexto liberal de la política de concesiones; cuando las religiosas Javerianas crearon un Centro de educación de Adultos solicitaron ayuda a la SED, la cual envió sus propios educadores y posteriormente lo cerró.

Con el IDCT, especialmente desde el proceso de descentralización, las organizaciones que hacen trabajo cultural o poseen proyectos en dicho campo, se valen de recursos de la localidad o del instituto, a través de los diversos mecanismos de contratación y participación existentes, como es el caso de los Consejos Locales de Cultura. La realización de los carnavales de AVESOL y el CPC, así como algunos de sus programas de formación artística se apoyan en recursos del Instituto, al igual que La Cometa, en su condición de Casa de la Cultura, recibe apoyo del mismo.

Las organizaciones también han tenido relaciones puntuales o coyunturales con otros programas de Bienestar Social, el Departamento de Acción Comunal, el Instituto Distrital de Recreación y Deporte y la Secretaría del Gobierno de la ciudad, así como de otras entidades gubernamentales de carácter nacional como el Plan Nacional de Rehabilitación.

Vale la pena destacar que con el proceso de transformación institucional de algunas de entidades distritales a lo largo de la década de los noventa, se generaron nuevas posibilidades de vinculación de las organizaciones; el caso más visible es el del Departamento Administrativo de Acción Comunal durante la administración de Antanas Mockus que introdujo el Programa "Obras con saldo pedagógico" introducido, que consistió en convocatorias anuales de proyectos de construcción de infraestructura física de los barrios que además incorporaran otros procesos de participación y cultura ciudadana. Dado que el carácter del concurso era "quitarle aire a las prácticas clientelistas propias de las Juntas de Acción Comunal" y que las organizaciones populares tenían una experiencia acumulada en la elaboración de proyectos, algunas como CPC, con presencia en la

Junta Comunal en el barrio Britalia, logró la financiación de tres proyectos de recuperación de zonas verdes como áreas comunitarias.

En todos los casos, las organizaciones procuran que su identidad y la autonomía institucional se mantenga y se fortalezca mediante estas acciones financiadas o concertadas con instituciones gubernamentales. Así mismo, en organizaciones como el CPC, han definido criterios de relación con estas entidades gubernamentales y han evitado participar de Programas como el Plan Colombia, por considerarlo contrario a los intereses populares.

2.1.2 Con partidos y movimientos políticos.

Junto a las instituciones gubernamentales y estatales, son los partidos y movimientos políticos, las organizaciones representativas del sistema político y cuya relación podría parecer ineludible para las organizaciones populares, dado que generalmente están presentes en los espacios de las mismas, los territorios populares locales, y buscan influir sobre las poblaciones con las que ellas actúan.

Sin embargo, en los relatos históricos son escasas las referencias a su relación con los partidos tradicionales, salvo cuando se les asocia con los dirigentes comunales tradicionales y las tensiones que generaron en algún momento. En conversaciones informales se confirma la explícita toma de distancia de las organizaciones populares con este tipo de colectividades políticas, al identificarlas con el clientelismo, la manipulación, la corrupción y el oportunismo.

Con respecto a las organizaciones políticas de izquierda, si bien es cierto que las organizaciones se identifican en sentido amplio con el pensamiento de izquierda, la tendencia predominante es la del distanciamiento crítico, aunque las posiciones varían. Tenemos desde un caso en el cual la organización misma se origina desde el "trabajo de masas" de una organización política radical pero con la cual posteriormente se distancia (La Cometa), pasando por organizaciones donde algunos de sus miembros simpatizaban o pertenecían a proyectos políticos de izquierda (ICES, Promotora), hasta organizaciones donde se ha buscado tomar distancia con aquellas (AVESOL, CPC, COPEVISA).

Esta desconfianza de las organizaciones populares frente a partidos y movimientos izquierda a lo largo de las dos décadas, puede explicarse por el hecho de que a los ojos de aquellas, "las prácticas y procedimientos empleados por muchos partidos de ese signo, no siempre se diferencian de los empleados por los partidos del sistema" (RAUBEL, 1999: 16). Frente a la experiencia vivida por

algunas de ellas a comienzos de los ochenta, de intento instrumentalización por parte de organizaciones insurgentes, las organizaciones procuraron mantener su autonomía y no aceptar ser tratadas como "base de apoyo", "respaldo de masas", ni ejecutoras de "proyectos elaborados sin su participación".

En todo caso, es evidente que pese a su identificación global con la izquierda, existe una clara diferenciación entre el carácter más social de las organizaciones y el carácter político manifiesto de los partidos políticos. Mientras aquellas asumen su relación con el poder desde la cotidianidad permanente de sus acciones y relaciones, estos reconocen que su cometido es el control del Estado a través de mecanismos específicos, sean legales (elecciones) o ilegales (conspiración, toma del poder). A finales de la década, empezó a impulsarse la idea de una izquierda social, que finalmente confluyó en la creación del Frente Social, una de las fuerzas que junto al Polo Democrático, constituyen hoy la Izquierda política en Colombia y que fue decisiva en el triunfo electoral del sindicalista Luis Eduardo Garzón en el 2002 como Alcalde de Bogotá.

2.1.3 Con otras organizaciones locales o del mismo campo de acción.

Las Juntas de Acción Comunal y las parroquias, son las formas más comunes de vinculación entre barrios populares e institucionalidad estatal y eclesial. Casi siempre preexisten o coexisten con las organizaciones populares y con las cuales casi siempre establecen relaciones de colaboración, competencia o confrontación.

La colaboración de las organizaciones con las Juntas Comunales y las parroquias se ha dado cuando confluyen intereses coyunturales comunes como la lucha por la obtención de los servicios públicos o las actividades de catequesis. Se torna competitiva en ciertas coyunturas, cuando contienden por bienes colectivos como las zonas comunales o los parques, o se disputan la representatividad comunitaria.

Finalmente, las relaciones han sido confrontativas cuando los párrocos o líderes comunales representan intereses o posiciones ideológicas contrarias a las de las organizaciones; en casi todos los casos donde hubo tensiones fuertes, los dirigentes comunales tradicionales o los párrocos tildaron a los miembros de las organizaciones de subversivos o guerrilleros o los amenazaron, llegando a extremos dramáticos como el asesinato de profesor Evaristo Bernate.

Luego de una etapa en la que las organizaciones procuran actuar si ninguna vinculación permanente con las Juntas, al sentir que cuentan con un respaldo considerable entre la población, pasan a coparlas. En cinco de las experiencias analizadas, miembros de las organizaciones - por iniciativa propia o de acuerdo con sus colectivos - han participado en las Juntas de Acción Comunal; en el caso de la Promotora Cultural y COPEVISA, en estos momentos controlan totalmente las Juntas.

Por lo general, la presencia de integrantes de las organizaciones en las Juntas ha implicado renovar sus prácticas de relación con la "comunidad" y el Estado, desde los valores y criterios de trabajo propios de las organizaciones populares urbanas:

Hoy además de eso, además de seguir con todos esos procesos de casi veinte años, entonces nosotros tenemos también la responsabilidad de hacer que la gente comprenda que es a partir de la participación y a partir de la ayuda mutua y de la solidaridad y de todos esos valores que el Estado no se preocupó por...durante muchos años, por construir entre las comunidades. Hoy casi igual nos toca a nosotros empezar a decirle a los vecinos, otra vez hablar de la fraternidad, de la solidaridad, de la ayuda mutua, de la confianza, de los afectos y que así podemos surgir..." (La Promotora).

Otra característica común a las cinco organizaciones ha sido su preocupación por coordinar sus acciones o articularse con otros grupos y asociaciones en el nivel barrial, local y sectorial. Así por ejemplo, los relatos históricos de varias organizaciones coinciden en el hecho de haber participado en encuentros entre organizaciones populares de Bogotá a comienzos de la década del ochenta.

En el nivel particular, AVESOL y la Promotora, durante la década de los ochenta, formaron parte del proceso de INPROCOM (Integración para el progreso comunitario) que agrupó a más de una veintena de grupos y organizaciones del suroriente bogotano; en los noventa, AVESOL es activa y de la Asociación para el Desarrollo de la Zona 4 y lidera a nivel local, el Movimiento de Casas Vecinales.

El CPC formó parte del Núcleo de desarrollo Comunitario, de la Red de Centros Culturales de Ciudad Kennedy, del Comité Pro Defensa del Patrimonio Público y lidera el Comité Coordinador del Carnaval Popular por la Vida; el ICES ha liderado la articulación de procesos asociativos en Ciudad Bolívar como el Movimiento Comunitario Jerusalén (JERUCOM), forma parte de la Coordinadora de Organizaciones populares Unidad Cívica y participa del proyecto de comunicación alternativa "Desde Abajo".

La Coordinadora de Organizaciones Populares de defensa de los derechos de los niños y las niñas, por su propia naturaleza fue en sus inicios una confluencia de experiencias asociativas; además, a lo largo de su historia generó vínculos y espacios de confluencia con otras organizaciones en torno al tema de la niñez; sólo hasta hace poco, ha buscado articularse con otros grupos en el nivel local.

La Corporación La Cometa, pese a que en sus inicios mantuvo cierta distancia con otros grupos culturales de Suba, en la actualidad coordina acciones como el Festival de Festivales con otras organizaciones de la zona y forma parte de la red zonal "Decidamos ya", formada a fines de los noventa. Como se ya se mencionó, COPEVISA lidera la articulación de las organizaciones de base en el sector popular de Usaquen, en torno a actividades como la Semana de la Paz.

También todas las organizaciones forman parte o mantienen relaciones con redes y espacios de coordinaciones de carácter distrital y nacional entre asociaciones que trabajan en el mismo campo temático, ya sea la educación, la defensa de los niños, la cultura, lo eclesial, la comunicación, etc. Sin embargo, salvo algunos encuentros propiciados por Dimensión Educativa y el Cinep en los años ochenta, en la actualidad son inexistentes los espacios de coordinación permanente entre organizaciones populares urbanas.

2.1.4 Con personas, grupos e instituciones de apoyo.

Cabe destacar que a lo largo de la historia de los organizaciones, estas han mantenido vínculos estables con personas, organizaciones no gubernamentales (ONGs) y Agencias Internacionales de Apoyo, identificadas con sus orientaciones. Es común la presencia, solidaridad y acompañamiento de agentes sociales comprometidos con los procesos populares como es el caso de los sacerdotes Mario Peresson (en AVESOL, ICES y CPC) y Benito Lay, de los chilenos Hugo Fernández y Lucy (Coordinadora) y del periodista Héctor Torres (CPC), así como también de religiosas, médicos, otros profesionales, intelectuales o figuras públicas que se solidarizan con los procesos en coyunturas específicas, así no necesariamente compartan sus orientaciones:

"...las charlas que nos dieron Leonor Zubieta, Julio Ferro y Marco Antonio López fueron tan duras y nos llegó tanto y nosotros lo asimilamos de una forma tan hermosa; la apropiación de lo cultural, la apropiación del terreno, la apropiación de la historia; con esos elementos llegamos a fortalecer la revista El Tizón, la Papelería Macondo y el grupo se fortaleció muchísimo en noviembre del 84, todo y el 85, fueron años de formación con estos maestros porque nosotros no podíamos pagar pero ellos voluntariamente iban a darnos las charlas" (Promotora).

También las organizaciones han acudido a Organizaciones No Gubernamentales que consideran progresistas o comprometidas con el trabajo popular como es el caso del CINEP y Dimensión Educativa. Se acude a ellas, ya sea para solicitar apoyo en capacitación, asesoría o, con menos frecuencia, para conseguir recursos económicos. La confianza hacia estos centros de promoción popular ha llevado a que organizaciones como AVESOL, el CPC y el ICES participen de propuestas investigativas o de iniciativas como fue el caso de los Planes de desarrollo Local (PDZ) que impulsó el CINEP en algunas localidades, en la fase previa al proceso de descentralización.

Algo similar se ha dado con Universidades e instituciones privadas que ofrecen apoyos puntuales, y con las cuales se establecen acuerdos concretos de apoyo técnico y pedagógico; en algunos casos se privilegia el trabajo con universidades públicas. Por ejemplo, la Universidad pedagógica ha mantenido vínculos con 3 organizaciones a través de proyectos de práctica pedagógica en educación infantil y ciencias sociales.

Finalmente, la mayoría de las organizaciones han acudido a ONGs o a Agencias de Cooperación extranjeras, especialmente con el fin de obtener apoyos económicos para construir sus sedes y para desarrollar programas y proyectos que demandan grandes recursos. Algunas de los organismos internacionales a los que se ha acudido han sido CEBEMO, NOVIB y MEBISA, Tierra de Hombres, Cristian Children's Fundation y la Interamerican Fundation.

Las organizaciones coinciden en señalar que estos vínculos con organizaciones y agencias internacionales se desarrollan conservando su autonomía; al igual que con el Estado, no generan ningún tipo de dependencia o compromiso ideológico con las mismas. En algunos casos ha posibilitado relacionarse con otras organizaciones de base que reciben apoyo de una determinada Agencia, pues algunas promueven la formación de redes o espacios de encuentro con otras organizaciones a nivel distrital y nacional.

Para concluir, debemos afirmar que la mayor o menor cantidad y calidad de vínculos que pueda generar una organización popular le posibilita tener mayor autonomía, flexibilidad y sustentabilidad. En aquellos casos donde las relaciones con otras organizaciones locales son débiles o dependen de una sola institución (estatal o privada) para la consecución de recursos, las organizaciones son más vulnerables en coyunturas de crisis o rupturas con dichas entidades. Por el contrario, aquellas

organizaciones con un espectro amplio de vínculos con otras organizaciones e instituciones de orden local, así como entidades financiadoras, tienen mayor capacidad de acción y perdurabilidad.

2.2 Los modos de actuar cotidianos.

Como lo señala De Certeau (1996: 51), "las prácticas cotidianas competen a un conjunto extenso, de difícil delimitación, que provisionalmente podríamos designar bajo el título de procedimientos". Según el pensador francés, los modos de hacer son esquemas de operaciones cuyo funcionamiento puede definirse respecto al discurso las ideologías (Foucault), a la experiencia (el *habitus* de Bourdieu) y a la ocasión u oportunidad (el *Kairos* de Vernat y Detienne).

A partir del análisis de la trayectoria histórica y de la reflexión política de las organizaciones, reconocemos un itinerario de acciones más o menos común en el actuar de los gestores de las experiencias organizativas, las cuales expresan "estrategias" políticas conscientes de las organizaciones, pero también tácticas de resistencia propias de los subalternos y no siempre con una clara conexión con sus concepciones políticas explícitas⁶:

1. En la fase "fundacional" de las experiencias, al reconocerse como externos, sus promotores realizan acciones de inserción o "acercamiento" a los sectores poblaciones con quienes se quiere iniciar el trabajo. Se habla en un caso de que "*Lucy se fijó en los cerros*", en otro que "*las hermanas se fueron a vivir al barrio*", que "*los maestros se insertaron en la comunidad*"; incluso, en el caso de La Cometa y la Promotora, donde a pesar de que sus fundadores ya vivían en el barrio, para iniciar sus actividades, "*emplearon diversas formas de acercamiento*". En el caso del ICES es explícito:

El proyecto ve la necesidad de meterse de lleno en el barrio, como un componente más: por ello comienzan a asistir a asambleas, reuniones y en ellas a plantear propuestas y a orientar a la gente.

Estas prácticas de acercamiento e inserción están relacionadas con las ideas y convicciones de los pioneros, en particular con el de compromiso con los sectores populares, exigencia tanto de la "opción preferencial por los pobres" de la teología de la liberación, como de la educación popular liberadora o el principio izquierdista de trabajo de masas, como lo ilustra el siguiente testimonio:

⁶ Retomamos el concepto de estrategias definido por Michel de Certeau (1996: XLIX): "Llamo estrategia al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir de que un sujeto de voluntad y poder es susceptible de aislarse de un ambiente. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como propio y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta".

conscientes de que un proyecto de educación liberadora no se logra sino a partir de la inserción en el medio y del compromiso adquirido con el mismo, el equipo empezó el trabajo a partir de una aproximación progresiva al barrio, tomando contacto con los vecinos del mismo (CPC)

2. Acciones encaminadas a acompañar a las poblaciones locales, a "la comunidad", en sus luchas reivindicativas y en la conquista de espacios públicos. Organizaciones como ICES, AVESOL, CPC y COPEVISA aparecen a menudo apoyando a los habitantes del barrio y a las organizaciones comunitarias como las Juntas de Acción Comunal, en sus demandas por la instalación o mejora de servicios públicos o en la solicitud y construcción de parques infantiles, escuelas y centros de salud. Incluso en el CPC y en la Coordinadora se han acompañado poblaciones y procesos más allá del habitual radio de influencia de la organización: los asentamientos situados en la Ronda del Río Bogotá, en el primer caso y un intento de invasión en la zona alta de los cerros, en el segundo.

Ese afán por incidir en las luchas reivindicativas de los barrios donde hacen presencia ha llevado a que en tres de las organizaciones, sus miembros participen en las Juntas de Acción Comunal o en los Consejos Comunales, imprimiéndole el estilo propio de las organizaciones populares: Evaristo Bernate y otros miembros del ICES han sido presidentes de la JAC de Potosí la Isla, una educadora de la Coordinadora ha sido Presidente de la JAC de cerro Norte y cuatro mujeres del CPC lideraron el Consejo Comunal de Britalia durante un tiempo: en los dos últimos casos, como en otros conocidos, estos espacios tradicionalmente controlados por hombres son asumidos por mujeres.

3. Acciones de conocimiento sistemático de la realidad local. En correspondencia con los criterios políticos de "partir de la realidad", de "reconocer las necesidades sentidas de la comunidad" y "trabajar desde la realidad del pueblo", los pioneros y luego, las organizaciones mismas, realizan acciones investigativas de la realidad local, de las áreas temáticas o de las poblaciones con las quienes se va a trabajar.

Un elemento clave en el proceso de formación del CPC... se sustenta en un constante análisis de la realidad...lo que permitía al equipo proyectar las metas para el año venidero y su seguimiento (CPC)

Por ello, es común la realización de diagnósticos, censos e investigaciones sobre la salud, la educación y otras problemáticas y "necesidades" de la gente. En algunas organizaciones se ha incorporado como una práctica "normal", realizar por su propia iniciativa o participar activamente en

investigaciones sistemáticas propuestas por ONGs, centros de investigación o universidades; es el caso, tanto de AVESOL, que hizo un diagnóstico de salud apoyado por el CIID y el diagnóstico zonal promovido por el CINEP, como del CPC, el ICES y La Cometa, las cuales han desarrollado y participado en estudios sobre aspectos específicos de su localidad: ello evidencia una madurez política de las organizaciones, al reconocer la necesaria conexión entre conocimiento y empoderamiento.

4. Acciones de promoción, y creación de espacios y dinámicas asociativas de base. Es el caso de los grupos de mujeres y de jóvenes, los comités de salud, catequesis", los Jardines infantiles, las guarderías, los Hogares de atención, las Asociaciones de Defensa, las bibliotecas, Club de Abuelos y otra variada gama de agrupaciones comunitarias, encaminadas a "mejorar la calidad de vida de los barrios y de la gente" o a ampliar la participación "comunitaria" en el nivel local.

Dicho ímpetu organizador, común a todos los casos, es consecuente con uno de los componentes centrales en los discursos propios de la Educación Popular, la Teología de la Liberación y de la izquierda, asumidos por las organizaciones, el cual podemos sintetizar como *"acompañar a los sectores populares en su constitución como Sujeto de cambio a partir del fomento y apoyo de sus organizaciones"*. Así, la "organización popular", entendida como proceso y como resultado es asumida como una condición necesaria en la construcción política alternativa y como referente de identidad de las organizaciones.

Por eso, en todos los casos, un hito significativo en el relato histórico de las experiencias participantes, es la creación de la forma organizativa actual, dado que esta es asumida como lugar estratégico de consolidación, continuidad, proyección, articulación y coordinación de los grupos de base preexistentes, así como la garantía para la conformación de nuevos grupos y proyectos.

El nacimiento formal o reestructuración de la Asociación de Vecinos Solidarios (1982), del Centro de Promoción y Cultura (1982 y 1988), del Instituto Cerros del Sur (1984), de la Coordinadora de Comités y Asociaciones de Defensa de los niños (1984), de la Promotora Cívica y Cultural (1985), de la Corporación La Cometa (1990) y de COPEVISA (1994), representa en cada caso, la posibilidad, de una acción colectiva a mediano y largo plazo, la consecución estable de recursos y la proyección más efectiva sobre el contexto local.

Así mismo, aparece como un logro relevante para las organizaciones, el trascender la dinámica propia de los grupos y sus actividades puntuales, a la conformación de estructuras organizativas más estables como son las Areas, los Programas, Proyectos, Ejes y Planes de trabajo con objetivos a mediano y largo plazo. Este fortalecimiento organizacional que supone una capacidad propositiva y una incidencia mayor sobre la población con la que se actúa, puede ser considerado como un logro eminentemente político.

5. Acciones de movilización y protesta manifiesta. Especialmente dirigidas frente a las instituciones representativas del poder estatal. Aunque son más frecuentes en las etapas iniciales de las experiencias, en mayor o menor medida, todas las organizaciones han participado o han protagonizado marchas, tomas, concentraciones públicas o paros cívicos para denunciar las necesidades de la población o la injusticia de una medida o demandar de las autoridades atención o solución a un problema o necesidad no satisfecha.

En el caso de la Coordinadora de Asociaciones Populares, son ya "clásicas" las tomas realizadas a las sedes ICBF entre 1984 y 1989 como mecanismo de presión para *"conseguir recursos para llevar acabo los procesos pedagógicos, por un mayor reconocimiento del trabajo que desarrollan las educadoras y por incidir en las políticas con respecto a los hogares infantiles"* (Documento Eje identidad y Cultura).

En las otras organizaciones, la frecuencia es menor, pero también en la mayoría de los casos han estado referidas a reivindicación de derechos o demandas incumplidas frente al estado; en casi todos los casos ha estado coordinada con otros grupos y organizaciones locales o del mismo campo de acción; es el caso de la participación del ICES en la realización del Foro de derechos humanos y el paro Cívico de Ciudad Bolívar, del CPC con su participación en plantones frente a ECSA y en el bloqueo a la Avenida de las Américas y de AVESOL y la Promotora en los paros locales de la década de los ochenta.

Generalmente se acude a las vías de hecho como "último recurso", una vez agotadas las vías institucionales; en casi todos los casos se combinan unas, según las circunstancias:

Los mecanismos que se utilizaron para lograr los servicios públicos eran en primera medida la utilización de vías legales y pasivas, los reclamos; las exigencias... a través de cartas, obligando a las entidades a contestar las peticiones, el segundo mecanismo eran las vías de hecho, por ello se realizaban tomas con la comunidad a diferentes estamentos estatales (ICES)

También es común la participación de las organizaciones en jornadas de movilización más amplias convocadas por otras organizaciones; tal es el caso de su presencia en las marchas del Día de los Trabajadores, del día de la mujer, o más recientemente en la Marcha de las mujeres contra la Guerra y en la Semana por la Paz.

La preocupación por denunciar públicamente agravios e injusticias, así como de anunciar las propuestas alternativas de las organizaciones, se ha institucionalizado en dos casos (AVESOL y CPC) en torno a la realización periódica de carnavales y festivales que canalizan a través de la expresión lúdica y estética las insatisfacciones y reclamos de la población, movilizándola en coyunturas determinadas.

Así por ejemplo, los Carnavales de la Alegría de AVESOL y el Carnaval "Popular por la Vida" organizado por el CPC, han estado referidos a temas como la denuncia de las situaciones de muerte e injusticia que padecen los sectores populares y/o a la celebración de la vida, la solidaridad y la esperanza que identifica a dichas organizaciones; por ejemplo, en 1992 ambos eventos culturales hicieron alusión a la conmemoración del V centenario.

6. Acciones de formación de sus miembros. La preocupación manifiesta por la "formación de conciencia crítica", por "elevar el nivel político", por "formar pensamiento alternativo" o por "cualificar a los miembros" ha implicado llevar a cabo acciones de formación política y capacitación de los potenciales o efectivos participantes de las organizaciones, especialmente referidos a contenidos políticos y a las áreas temáticas en las que trabajan.

En cuanto a la formación política, es frecuente en las organizaciones aludir a acciones que van desde la realización o asistencia a eventos de análisis de coyuntura, pasando por la invitación de especialistas, la creación de grupos de estudio y espacios de formación política de los colectivos o equipos coordinadores o de las mujeres y los jóvenes con quienes se trabaja, hasta la creación de Escuelas de Formación y Promoción Comunitaria.

Cabe destacar que pese a la permanente invocación por la formación política, ésta parece haber decaído en algunas de las organizaciones durante las fases más recientes; ello ha significado - según su propia mirada - un debilitamiento del horizonte político de las mismas, generalmente absorbidas en la resolución de problemas inmediatos - como la consecución de recursos - y en la ejecución de tareas y actividades urgentes.

Por otro lado, según sea el campo de acción de los grupos o proyectos de las organizaciones, es común la capacitación de sus miembros en los contextos, conocimientos y habilidades correspondientes a sus campos de trabajo. Es así, como encontramos en la historia de las organizaciones, la realización o participación en cursos de primeros auxilios, de alfabetización de adultos, de educación y pedagogía infantil, de investigación, de teatro, etc.

Así mismo, los Encuentros y Jornadas de reflexión y análisis de realidad, así como los momentos de evaluación y planeación - generalmente realizados fuera de la ciudad - son asumidos como espacios de formación de sus participantes. Además, la resolución cotidiana de problemas y dificultades en esos aspectos también es vista desde las organizaciones, como un espacio formativo para sus miembros.

2.3. La coherencia en los modos del hacer: los criterios de trabajo

Hecho este recorrido panorámico por la acción política de las organizaciones los terrenos público, comunitario y interno, es de destacar su coherencia con los discursos que las orientan. Por una parte, en el hecho evidente de que las relaciones con el Estado, los partidos, otras organizaciones y la población local, así como hacia dentro, procura ser fiel a los principios y valores políticos y éticos explícitos. Por otra, en una menos evidente, pero quizás más significativo para las organizaciones: los modos mismos de hacer las cosas, de establecer vínculos y de tomar decisiones.

Para las organizaciones populares es tan importante lo que hacen como la manera de hacerlo; el hecho de asumirse como propuestas alternativas a las instituciones y prácticas políticas y sociales dominantes o tradicionales, ha llevado a que las organizaciones que participan del proyecto destaquen como primordial, "sus modos de hacer las cosas", pues es en éstos, donde puede evidenciarse su concepción práctica de la política.

Por ejemplo, se insiste en la realización de una actividad o un proyecto siempre parte del reconocimiento con la propia población de que va a resolver algún problema real, es decir, que parte de sus necesidades sentidas; así mismo, las decisiones acerca de lo que va a hacerse son tomadas colectivamente y no individualmente; por otro lado, cuando se trata de una movilización o acción de protesta se trabaja previamente con la gente y se respeta su decisión de participar o no de dichos actos; así mismo, siempre se procura articular acción y reflexión: se crean y mantienen espacios permanentes de estudio y educación.

Algunas organizaciones como es el caso del CPC y AVESOL, dichos criterios se han hecho explícitos en forma de reglas o acuerdos y deben ser respetados por los miembros de la organización. Incluso, en ambos casos se prohíben conductas no coherentes con la orientación de la organización como consumir bebidas alcohólicas o hacer fiestas dentro de las instalaciones de la organización.

En fin, las organizaciones populares acuden a múltiples formas de relación y acción colectiva, desde las cuales, a la vez que "exteriorizan" sus ideas y principios políticos, inciden en la formación de sus miembros, en las microdinámicas sociales y en las políticas locales y, eventualmente, en los campos de acción más amplios como las políticas públicas frente a la cultura, bienestar familiar o educación.

Lo más importante, es que las prácticas compartidas contribuyen a la formación de nuevos sentidos comunes, conciencia crítica e identidad colectiva entre los miembros de las organizaciones, en la medida en que amplían sus referentes de interpretación de la realidad social, su visión de futuro y su voluntad política, a la vez que mejoran sus capacidades de pensamiento crítico y sus modalidades de actuación.

3. La participación dentro de las organizaciones

Un escenario privilegiado para analizar la política de las organizaciones es la manera como asumen las relaciones de poder hacia su interior, en particular la definición de las orientaciones del trabajo y la toma de decisiones internas, a lo que llamaremos participación en las organizaciones. La participación, en la escala socioespacial que sea (nacional, municipal, local u organizacional), tiene un carácter eminentemente político, dado que evidencia la menor o mayor posibilidad de involucrar individuos en la toma de decisiones sobre los asuntos que los afectan.

Generalmente, en las fases iniciales de cada experiencia el poder de definir las orientaciones del proyecto estuvo en manos de los fundadores o promotores; pero en la medida en que las experiencias asociativas se consolidaron y se ampliaron sus áreas de acción, se fueron creando espacios colectivos coordinación o dirección (llámense Equipo Coordinador, Consejo de delegados, Comité directivo o simplemente "colectivo") en los que se fueron incorporando personas formadas en el trabajo o que ejercen cargos de coordinación de proyectos o áreas de trabajo. En el caso de CPEVISA, por su carácter de cooperativa, existe una Asamblea anual de socios y un Consejo de

Administración, pero las decisiones sobre asuntos estratégicos [J]SON tomadas por un comité formado por las y los dirigentes históricos.

Esta tendencia a crear instancias colectivas de definición de las orientaciones generales y de la toma de decisiones fundamentales de la organización y de ir las institucionalizando en sus estructuras organizativas, es común en los relatos de reconstrucción histórica de las organizaciones. Cabe destacar el caso de AVESOL, organización en la cual, las religiosas fundadoras de la experiencia decidieron dejar la dirección de la organización en manos de un grupo de jóvenes del barrio hace más de una década y éstas han logrado sostener y fortalecer la experiencia, manteniendo su identidad institucional; en el caso de La Cometa, el colectivo de coordinación ha sido prácticamente el mismo a lo largo de su historia.

Los criterios explícitos o implícitos de acceder a estas instancias de dirección, asumen formas particulares en cada experiencia; sin embargo, generalmente están asociados a la apropiación de los propósitos, principios y valores que dan identidad a la organización y a la capacidad demostrada para asumir responsabilidades de coordinación.

Esta singular forma de incorporación de nuevos miembros a los equipos de coordinación, basada en los principios y orientaciones éticas y políticas de la organización, que busca salvaguardar su identidad y autonomía, asume modalidades diferentes en cada organización. En el CPC, en AVESOL y en el ICES, la incorporación de un nuevo miembro al grupo de coordinación pasa por un seguimiento previo del candidato en cuanto a su sentido de responsabilidad con las tareas asignadas, con su sentido de pertenencia y compromiso con la organización y sus capacidades de liderazgo, que denominan "acompañamiento". En otras, como la Coordinadora, las instancias máximas de coordinación pasa por demostrar "que se tiene conocimiento" y capacidad de dirección.

Esta preocupación por democratizar la estructura organizativa, se traslada a cada uno de los programas, áreas o proyectos que generan. En estos, aunque generalmente existe un coordinador, existe un equipo que toma las decisiones específicas de dicho espacio; esta coexistencia de espacios y niveles diferenciados de coordinación colectiva es común a todas las experiencias. Sin embargo, la toma diaria de decisiones administrativas y operativas generalmente es asumida por las personas responsables de los proyectos, áreas o instancias específicas.

Como puede suponerse, esta tendencia a incorporar a los miembros de la organización en la toma de decisiones, no está exenta de tensiones. En algunos casos, porque no son claros los criterios acerca de "quiénes deciden cada cosa" o cómo acceder a cada una de las instancias de participación. Por ejemplo, en una de las organizaciones se señala que mientras que se han venido ampliando las áreas de trabajo y por tanto de asunción de responsabilidades por parte de nuevos miembros, algunas decisiones claves para la organización son tomadas sólo por quienes ocupan cargos formales de dirección; esto ha generado tensiones entre el grupo de dirección y miembros de la organización que reclaman el derecho de ser tenidos en cuenta.

En otros casos, quienes coordinan un proyecto específico reclaman mayor autonomía en la orientación de su área de acción; tensión que generalmente se resuelve a través de acuerdos y consensos; sin embargo, en algunas ocasiones cuando no es posible llegar a soluciones satisfactorias, se han generado el retiro de miembros o, en el peor de los casos, de escisiones de grupos, como ha pasado en la Coordinadora en varias ocasiones.

En algunas organizaciones se presenta una tensión entre la lógica participativa de los procesos organizativos y la lógica vertical de las formas institucionales de sus proyectos. Por ejemplo, entre las líneas de coordinación del colectivo y las líneas de dirección de un colegio o un Hogar Infantil. Esta tensión entre ampliación de las bases de la organización y la centralización de las decisiones puede ser interpretado desde la llamada "ley de hierro de las organizaciones" formulada por Michels (1970), quien planteó que en la medida en que una organización social crece, disminuyen las posibilidades de participación.

Finalmente, un obstáculo a la democratización de la coordinación de las organizaciones es el peso preponderante de los fundadores y líderes históricos, algunos de ellos relacionados entre sí por redes familiares. Pese a su intención de apertura, en las situaciones de crisis y rupturas internas, tienden a salir quienes están por fuera de esas redes de parentesco. Es el caso de La Cometa y La Promotora, cuyo núcleo histórico corresponde a una familia extensa del barrio.

En aquellos casos donde el grupo coordinador no se ha ampliado o se ha descuidado la formación política, algunos discursos administrativos provenientes del mundo empresarial y adoptados por instituciones del Estado y algunas agencias financiadoras, son asumidos por las organizaciones; ello

explica la centralidad que ha venido ganando en algunas organizaciones los planteamientos de la planeación estratégica y las preocupaciones por la gestión, la eficacia y eficiencia, etc.

Pero más allá de los alcances y limitaciones de las dinámicas de participación interna de las organizaciones, lo cierto es que éstas han venido construyendo una serie de criterios y mecanismos para garantizar un manejo participativo y consensuado de las decisiones consuetudinarias y de situaciones no previstas; cuando surge una iniciativa o problema, es comentado y conversado colectivamente por los involucrados o los interesados en las instancias respectivas, antes de tomar una decisión o definir una alternativa de solución: "Todo se discute".

4. El balance: la política de las organizaciones populares urbanas

Concluimos este capítulo haciendo una lectura interpretativa de los fenómenos y procesos presentados en función de definir los alcances y las limitaciones del discurso y la acción política de las organizaciones populares, apoyándonos en algunos autores que asumen la política, la democracia y la ciudadanía más allá de la concepción liberal e institucional, predominante en la mayoría de los análisis políticos. La hipótesis que lo articula es que las organizaciones populares urbanas, así tengan la esfera de lo social como principal campo de acción, son importantes actores políticos; no sólo porque estas lo reivindiquen, ni por sus permanentes y conflictivas relaciones con el Estado, sino primordialmente, porque con sus acciones y dinámicas permanentes amplían los sentidos de la política y de lo democrático, a la vez que contribuyen a formar nuevas prácticas ciudadanas y culturas políticas de carácter crítico.

4.1. Las organizaciones como actor político

En el contexto actual de descrédito de la política tradicional, las organizaciones reivindican el sentido político de su actuación, a la vez que buscan diferenciarse de las organizaciones políticas tanto de derecha como de izquierda. De este modo, podemos considerar a las organizaciones populares, como actores políticos, si por ello entendemos a todos aquellos actores sociales capaces de organizarse con carácter permanente, definir objetivos a corto, mediano y largo plazo y proyectarse hacia la transformación de la sociedad, desarrollando procesos continuos de lucha y conciencia política popular" (RAUBER, 1999: 34).

Por ello, las organizaciones entienden que su intencionalidad política no consiste en "tomar el poder", sino de construir poder desde todos los espacios sociales, entendido como proyecto

alternativo y articulación colectiva, como capacidad para gestar y desarrollar proyectos viables que se consideran legítimos en función de sus ideales y principios, de generar nuevos esquemas de participación y organización que fortalezcan la capacidad de la población para enfrentar eficazmente sus problemas, a la vez que interiorizan nuevos marcos valorativos y modos de representarse la sociedad.

Las organizaciones populares, deben librar permanentemente y en todos los escenarios donde se desenvuelven, luchas para impulsar sus ideales y sus proyectos, a la vez que fortalecer procesos comunitarios e identidades colectivas; por ello, buscan ir ganando espacios institucionales de participación o representación democrática, al tiempo que procuran articular actores sociales como fuerza con capacidad de presionar al Estado para que cumpla sus responsabilidades sociales, para cuestionar sus actuaciones e incidir sobre las políticas públicas; así mismo, para crear nuevos esquemas de organización y participación y configurar nuevas identidades políticas, sin necesidad de constituirse en organizaciones formalmente políticos.

Pero además, esta articulación entre discursos utópicos, generación de proyectos, formación y articulación de sujetos para la solución de necesidades concretas, permite que las organizaciones, al igual que los llamados Movimientos Sociales, politicen nuevos espacios y temas como la crianza de los niños, la salud, la educación, las relaciones cotidianas y las prácticas artísticas. Las acciones colectivas desplegadas desde las organizaciones es política en la medida en que evidencia el carácter político de todas las esferas de la vida social, visibilizando y cuestionando relaciones de dominación, exclusión y discriminación presentes en ellas. Las organizaciones populares, en la medida en que hacen visibles tales conflictos, e injusticias presentes en diferentes esferas de la vida social (privada y pública) y que articula esfuerzos y voluntades para afrontarlas, contribuye a reconocer que las relaciones de poder no sólo se concentran en el Estado, sino que están presentes en todas las instituciones sociales.

4. 2. Las organizaciones populares y la política pública

Esta valoración del sentido amplio de la política en las organizaciones no significa que éstas no se involucren e incidan en escenarios explícitamente políticos como el Estado y las políticas públicas. Como ya se señaló, las organizaciones establecen una relación permanente con el Estado, en la medida en que al desarrollar sus proyectos, tramitar sus demandas y reivindicar derechos, acuden a las

autoridades políticas para que respondan por ellas o imputan a dichas autoridades la responsabilidad del problema en cuestión.

Las organizaciones populares urbanas generalmente se relacionan con las instituciones del gobierno responsables de ejecutar las políticas sociales, en la medida en que asumen que el Estado tiene la obligación de garantizar los derechos de todos los ciudadanos, que sus recursos son de la propia gente o que dichos programas son el resultado de sus luchas. Dicha relación, les permite legitimarse como actores sociales que reclaman derechos colectivos, sin acudir a las prácticas clientelistas, ni a expectativas paternalistas de las instituciones estatales:

Bueno, nosotros nos fuimos ganando espacio; por ejemplo, partamos con las instituciones estatales, nos fuimos ganando un espacio y un respeto, y éramos bien contestatarios, pero contestatarios con argumentos y eso nos...No éramos cualquier contestatario sino que aprendimos a tener argumentos y llevar propuestas, ser propositivos, no ser simplemente...una de las cosas que no queríamos era estar como estirando la mano; nosotros tenemos conocimiento, tenemos ganas de hacer cosas, tenemos herramientas, ¡ábrannos espacios que nosotros vamos a hacer!, y no, como otros: 'es que no tenemos nada, que si nos regala pa' tal cosa'...no señor. (La Promotora)

La creciente intervención estatal en la regulación de diferentes espacios de la vida colectiva a través de las políticas públicas, ha llevado a que las organizaciones sociales se politicen en su afán por incidir en esos mismos espacios. Al estabilizarse espacios y procedimientos de negociación en torno a la definición de políticas públicas, el deseo de las organizaciones movilizadas por fortalecer su capacidad de incidencia y su carácter de interlocutores legítimos, los lleva a asumir un papel activo en este ámbito. Es el caso de algunas de las organizaciones estudiadas, que con sus demandas y propuestas inciden en las políticas públicas, nacionales, distritales o locales, frente a la niñez, la mujer, la cultura y la juventud.

Por último, en algunas ocasiones, las organizaciones suelen acudir a arenas políticas institucionales como escenario posible de fortalecimiento o prolongación de sus dinámicas. Es el caso de la participación en la elección de autoridades locales y otros procesos de planeación o gestión local, que será abordada en el siguiente capítulo; por ahora, basta señalar como, algunas organizaciones populares han conformado alianzas o movimientos cívicos locales que participan en contiendas electorales locales respaldados asociados con otras organizaciones sociales y se ha asumido una activa

participación en los Encuentros Ciudadanos para lograr que se aprueben proyectos que favorezcan la población.

Esta valoración de las potencialidades políticas de las organizaciones en el ámbito de la política pública no nos debe hacer perder de vista sus limitaciones, en particular la dificultad para articularse como una fuerza social permanente en el nivel local y mucho menos distrital o nacional. Han sido escasos y coyunturales los intentos de coordinación entre organizaciones sociales urbanas alternativas; en algunos casos han sido reactivas en torno a políticas estatales o medidas adversas; otras en torno a acuerdos electorales a nivel local o distrital (elecciones de ediles, concejales y alcalde de la ciudad); casi nunca para proponer o concertar políticas públicas. En fin, el horizonte de alternatividad política en el que se definen las organizaciones populares, debe ser reconsiderado.

4. 3. Organizaciones populares y construcción de nuevas ciudadanías

Cuando las organizaciones sociales no sólo demandan el cumplimiento de la responsabilidad del estado frente a sus demandas, sino que además presionan por la ampliación de los canales de participación ciudadana y reivindican derechos colectivos, contribuyen a la democratización de la sociedad y a la expansión de la ciudadanía. Así por ejemplo, las luchas por acceder a los derechos fundamentales y sociales propios de la vida urbana, permiten a los pobladores organizados ejercer su ciudadanía, *"sin desvincular esta experiencia de las formas de identidad, ni de las redes sociales de que hace parte"* (NARANJO, 1999: 14).

Si asumimos con Kimlika y Waire (1997: 5), que *"el concepto de ciudadanía está íntimamente ligado, por un lado, a la idea de derechos, y por el otro, a la noción de vínculo con una comunidad particular"*, podemos afirmar que desde el actuar de las organizaciones populares se construye permanentemente ciudadanos que exigen el reconocimiento y cumplimiento de su derecho a la ciudad, en particular, su derecho a tener derechos. En esta perspectiva de ampliación de la noción de ciudadanía, para Manuel Ramírez Saíz (2001) existen tres modelos para entenderla:

1. Como sumatoria de derechos reconocidos que hace se los individuos miembros de una comunidad política y sujetos de garantías y obligaciones;
2. Como instituciones y procesos que contribuyen al respeto y cumplimiento de derechos consagrados;

3. Como prácticas que llevan a cabo los ciudadanos para reivindicar nuevos derechos; son un proceso abierto: el derecho a tener derechos.

Las organizaciones populares serían un espacio de constante negociación de su ciudadanía, entre las nuevas demandas y las agencias estatales, tal como lo interpreta Patricia Safa en su estudio sobre Ciudad de México:

Las Organizaciones Vecinales demandan el acceso a la toma de decisiones de la ciudad en su conjunto, a partir de las dimensiones y particularidades del territorio local. "La lucha por la identidad vecinal es una forma de buscar el reconocimiento del derecho de los habitantes de la ciudad a decidir sobre su presente y su futuro" (SAFA, 2001: 168)

Como puede apreciarse, esta ampliación de idea de ciudadanía, trasciende la esfera de los vínculos y compromisos entre los individuos y el Estado; se refiere más bien a una estrategia política *"que sirve para abarcar las prácticas emergentes no consagradas por el orden jurídico, el papel de las subjetividades en la renovación de la sociedad y, a la vez, para entender el lugar relativo de estas prácticas dentro del orden democrático y buscar nuevas formas de legitimidad duradera en otro tipo de Estado"* (GARCIA -CANCLINI, 1995:21).

Ser ciudadano no se refiere sólo al sujeto de derechos que participa en los espacios institucionales de representación, *"sino también a las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia y hace sentir diferentes a quien tiene una misma lengua o semejantes formas de organizarse y satisfacer sus necesidades"* (GARCIA -CANCLINI, 1995: 19) ; ciudadano es el sujeto que participan activamente en la producción de lo social, de lo público y de la democracia en lo local. Quienes participan en las organizaciones, generalmente reivindicar valores tales como la solidaridad y la justicia, asumen un compromiso mayor en defensa de lo público (entendido como lo común), participan activamente en los asuntos locales, se organizan y movilizan en torno a derechos colectivos, son propositivos en la definición de políticas locales y crítico frente a las políticas o acciones que vulneran el colectivo.

Es por ello, que aunque dentro del lenguaje de las organizaciones no es una categoría muy apreciada, podemos afirmar que estamos frente a lo que algunos llaman "ciudadanías activas" (LECHNER, 2000), "nuevas ciudadanías" (DAGNINO, 2001), o como preferimos nosotros, ciudadanías críticas, pues no buscan integrarse al sistema político sino desbordarlo, replantearlo en función de nuevos valores y

utopías políticas. El ejercicio de dichas ciudadanías alternativas no se limita a los momentos y espacios que proporciona el estado: es permanente, autónomo, crítico y alternativo frente a la institucionalidad hegemónica. En las organizaciones, la democracia es una construcción permanente.

4.4. Organizaciones populares y nuevas culturas políticas

Finalmente, las organizaciones populares son políticas en la medida en que posibilitan la configuración de nuevas culturas políticas, entendidas como *"el conjunto de conocimientos, creencias, valores y actitudes que permiten a los individuos dar sentido a la experiencia rutinaria de sus relaciones con el poder, así como con los grupos que le sirven como referencia identitaria"* (GIMENEZ, 1996: 4).

La pertenencia a una organización o la participación en sus programas, proyectos y actividades, permite a sus miembros, colaboradores y población beneficiada, ampliar su visión política. Por un lado, incorporando valores, representaciones e ideas críticas acerca del Estado, sus instituciones y los espacios locales; por el otro, reconociendo el carácter político de ámbitos como la salud, la cultura y la educación; sus actitudes y prácticas con respecto al poder y las autoridades empieza a ser diferente a la predominante en la población que no participa de tales experiencias asociativas. Un testimonio de La promotora, confirma esta apertura en la manera de entender la política:

"Nosotros hemos esquivado los caminos politiqueros sabemos que nuestras relaciones no se basan en el discurso tradicional promesero de una vida mejor o de una mejor calidad de vida por la simple promesa. Nosotros sabemos que ese camino está trillado, que ese camino está desgastado y tenemos que encontrar otro lenguaje, otras posibilidades, de ahí nuestro énfasis en el trabajo cultural.

Nosotros partimos de una base y es el descubrimiento, a través del trabajo de la revista El Tizón, de que esta comunidad está rota, de que esta comunidad tiene una historia pero no se ha permitido contar esa historia a través de ningún medio. Entonces nosotros vamos a los barrios, hablamos con los abuelos y ahí como que restauramos un medio de comunicación, y es darles a ellos la posibilidad de contar su historia.

Entonces ahí ya hay una expresión y hay un lenguaje nuevo, el acercamiento, es un acercamiento amistoso, cordial, sabiendo que somos parte de esta comunidad, que estamos andando a la par y que estamos descubriendo una comunidad que estaba oculta (La Promotora).

Como se ha hecho evidente en este estudio, en ciertas coyunturas, la población que recibe una influencia permanente de las organizaciones y sus proyectos tiende a estar más dispuesta a la organización y movilización en defensa de sus derechos o frente a las injusticias o arbitrariedades, que

otros actores sociales e institucionales. Esta politización de la población posibilita la democratización de la vida social y política ya no sólo del barrio, de las asociaciones y la localidad sino de la ciudad y el país.

Así mismo, en la medida en que los miembros activos de las organizaciones y colaboradores permanentes van interiorizando estos valores e ideologías, van asumiendo roles y compromisos mayores dentro de los programas y proyectos, participan en la toma de decisiones y en las acciones de movilización. Los más involucrados en los procesos asociativos y de movilización van generando un nuevo sentido de pertenencia en torno a la organización misma, a su campo de acción (ser educador popular o trabajador cultural, por ejemplo) o al cuerpo doctrinario en el que se inscribe la organización (iglesia de los pobres, educación popular, comunicación alternativa) el cual también les amplía el horizonte más allá del barrio y la localidad.

Estas emergentes identificaciones políticas se van fortaleciendo o debilitando, en la medida en que el sujeto haga presencia o participe en los espacios rutinarios de la organización, de sus referentes simbólicos, de sus discursos, de sus celebraciones y luchas. Esta afectación de la subjetividad política colectiva e individual (conciencia, cultura e identidad políticas), posibilita la formación de sujetos políticos autónomos, capaces de generar y sostener proyectos y acciones orientados por utopías de transformación social. En fin, construcción de poder, construcción de proyecto y construcción de sujetos son tres aspectos del mismo proceso de la política de las organizaciones populares.

Capítulo 6

Descentralización, organizaciones populares y protesta urbana

Presentación

El proceso de descentralización iniciado en la ciudad de Bogotá en la última década del siglo pasado, representó el principal reto político para las organizaciones populares estudiadas. Más que los cambios en el orden internacional como la crisis del socialismo soviético o la derrota sandinista en Nicaragua, fueron los cambios en materia de descentralización y participación local introducidos por la Constitución Política de 1991, los que desafiaron las prácticas y relaciones de las organizaciones, expuestas en el capítulo anterior.

En el contexto de apertura y democratización institucional generado por la Carta Política de 1991, la descentralización política y administrativa de la ciudad, en particular, la creación de las Juntas Administradoras Locales, la incorporación de la planeación participativa y la creación de consejos y comités locales en torno a algunos asuntos de política local, plantearon a las OPU un nuevo escenario político en el que parecía posible incidir en la administración y gestión de los asuntos locales, por vías diferentes a las que estaban habituados: la gestión autónoma de sus propios proyectos y la presión a las autoridades mediante la movilización colectiva.

De hecho, en su momento, varios comentaristas de la época, proclamaron que con el nuevo orden constitucional, la ampliación de canales institucionales de exigencia de derechos y de participación ciudadana, así como el avanzado – con relación a otros países de la región - nivel de descentralización, perdería sentido en Colombia, la acción colectiva contenciosa. Como se analizará en este capítulo, para la ciudad de Bogotá, el pronóstico no se cumplió. Por el contrario, los nuevos escenarios políticos se convirtieron en una nueva arena del conflicto entre las fuerzas sociales de la ciudad, que aún está en curso.

Para desarrollar este planteamiento, se presentará en primer lugar, el azaroso proceso institucional de creación, reglamentación y desarrollo de la política de descentralización en Bogotá. En segundo lugar, se analizarán los espacios y dinámicas de participación en los cuales las organizaciones sociales se han involucrado; en tercer lugar, se abordará el comportamiento de la protesta urbana en

Bogotá durante el periodo, tomando como clave de lectura su relación con el proceso descentralizador. Finalmente se hace un balance de la acción colectiva durante el periodo estudiado.

1. Los avatares de la descentralización en Bogotá

Dentro del proceso de recomposición institucional acaecido en la mayoría de los países latinoamericanos tras el fin de las dictaduras militares, se incorporaron iniciativas de descentralización política, entendidas como “un proceso de distribución de poderes, funciones y recursos del nivel central del Estado, a favor de mayor autonomía y protagonismo de las regiones y los municipios, y de una participación directa del ciudadano en la gestión de los asuntos públicos locales” (ORJUELA, 1992: 37).

Aunque este proceso descentralizador estuvo asociado a la presión de las agencias internacionales de crédito (FMI, BM, BID) por ajustar la estructura de los estados a las demandas de la apertura neoliberal, la menor o mayor intensidad de las reformas en cada país ha estado mediado por la correlación de fuerzas entre actores políticos nacionales y regionales. “La descentralización en la región se sintoniza tanto con los planes de ajuste promovido por entes supranacionales, como con los procesos políticos de cada uno de los países” (GARCIA 2003, 51).

En el caso colombiano la descentralización iniciada desde mediados de los ochenta, puede entenderse como un intento por democratizar las instituciones políticas en un contexto de incremento de la movilización social y de la acción de los grupos insurreccionales desde la década del setenta. Su institucionalidad democrática se ha caracterizado por su estabilidad, pero no por su apertura política, lo cual ha llevado a que se le considere una “democracia restringida”.

1.1. Colombia: crisis de legitimidad y descentralización

Esta democracia excluyente alcanzó especial notoriedad durante el llamado Frente Nacional (1958 – 1974), durante el cual los dos partidos tradicionales (Liberal y conservador) acordaron alternarse en el gobierno cada cuatro años y repartirse paritariamente todos los cargos públicos, bajo el pretexto de acabar con la violencia política que durante la década anterior le había costado la vida a más de 300.000 colombianos.

Este cierre político coincidió con el proceso de industrialización y crecimiento urbano más grande que ha tenido el país en su historia, en torno al cual emergieron nuevos actores sociales y políticos que no encontraron posibilidad de expresión dentro del “acuerdo frentenacionalista”. Como

consecuencia de esta ausencia de canales institucionales de expresión de las nuevas fuerzas sociales e ideológicas, durante la década del sesenta y setenta surgen varios movimientos armados de oposición (FARC, ELN, EPL, M19) y se expande una modalidad de protesta singular: los paros cívicos, locales, regionales y nacionales¹.

Estas formas de lucha social se convirtieron en un verdadero dolor de cabeza a las autoridades nacionales. En vísperas del Primer Paro Cívico Nacional de septiembre de 1977, el historiador Medófilo Medina contabilizó 72 de este tipo de acciones entre 1970 y 1977. Durante los gobiernos de Julio Cesar Turbay Ayala (1978 – 1982) y Belisario Betancur (1982 – 1986) hubo un aumento cuantitativo de los movimientos y paros cívicos en el país: entre 1978 y 1986 se realizaron 285 paros cívicos y 416 de otras formas de protesta cívica (LOPEZ 1987).

Luego del fracaso del intento de controlar el inconformismo social y la insurrección armada por la vía represiva durante la administración Turbay, el gobierno de Betancourt le apostó a una relegitimación del Estado a través de un (a la larga fallido) proceso de paz con los actores armados y a una apertura política, en la cual la descentralización política jugó un papel central.

Esta voluntad política, que encontró consenso en la clase dirigente representada e el Congreso, se expresó en el Acto Legislativo # 1 de 1986 y en la Ley 11 del mismo año. El primero, permitió la elección popular de alcaldes y la realización de consultas populares en los municipios; la segunda, dotó a los municipios de un estatuto administrativo y fiscal que les permitió tener autonomía en la prestación de servicios, con el propósito de promover el desarrollo y la participación ciudadana en los asuntos locales, al asumir funciones delegadas por el gobierno central, los departamentos y las entidades descentralizadas.

El objetivo de la Reforma Municipal de 1986 era doble: de un lado, entregar a los gobiernos locales una serie de atribuciones, competencias y recursos, que les permitiera dar respuesta a las demandas ciudadanas; de otro, darle vía a la participación ciudadana en la vida local a través de la elección popular de alcaldes, la consulta municipal, la división de los municipios en comunas, la creación de Juntas Administradoras Locales en cada una de ellas y la participación de los usuarios en la dirección y control de las Empresas de servicios públicos (VELASQUEZ 1995: 163).

¹ Dicha forma de acción colectiva, consiste en “la paralización total o parcial de las actividades más importantes de una región, una ciudad o a un conjunto importante de sus barrios, y que tiene como

En fin, la descentralización puesta en marcha suponía que una gestión eficiente y participativa del Estado redundaría en una mayor legitimidad de las instituciones políticas. En términos globales, buscaba “fortalecer simbólicamente y políticamente al Estado, descargando al gobierno nacional de ciertas responsabilidades administrativas, aumentar la capacidad institucional de control del conflicto y reconstruir la legitimidad del régimen político a través de la vinculación de la ciudadanía a la toma de decisiones” (GARCIA 2003, 56).

El proceso de negociación de paz desarrollado durante los gobiernos de Virgilio Barco y Cesar Gaviria con algunos movimientos alzados en armas y que confluyó en la Asamblea Nacional Constituyente y dio origen a la Constitución Política de 1991, significó un paso adelante en el intento de relegitimación del Estado.

En efecto, la nueva Carta política definió a Colombia como un “Estado social de derecho”, reconoció un amplio espectro de derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales, creó diversos espacios para su exigencia e incorporó nuevos mecanismos de participación ciudadana y profundizó el proceso de descentralización. En cuanto a ésta última, con la nueva Constitución se extendió la elección directa a la selección de los gobernadores departamentales y de los miembros de las Juntas Administradoras Locales, se ajustaron los diseños institucionales de los ya existentes ámbitos de representación popular, se aumentó la autonomía de las entidades territoriales subregionales y se agilizó la transferencia de recursos a las mismas.

Este nuevo intento de relegitimación de la institucionalidad política en el nivel nacional, también permitió incorporar a Bogotá al proceso de descentralización, dado que por un intrínsculo normativo, la capital del país no había podido asumir en su plenitud las reformas de 1986. De esta cuestión, central para nuestra investigación, nos ocuparemos a continuación.

1.2 La descentralización en Bogotá durante los noventa.

En Bogotá, desde las reformas fiscales y políticas y algunas administrativas introducidas en 1986 se llevaron a cabo con el resto del país. Sin embargo, la relacionada con la elección de las Juntas Administradoras Locales encontró un obstáculo legal, porque la capital había sido sustraída del Régimen Municipal Ordinario desde 1945 al conferírle la particularidad de ser Distrito Especial; esto

finalidad la exigencia a las autoridades de la solución inmediata de problemas agudos o inmediatos que afectan al conjunto de la población (MEDINA, 1977: 6).

significaba que no se le podían aplicar las normas nacionales, salvo en el caso que se estableciera explícitamente en ellas. Dicha condición fue ratificada por el Acto Legislativo # 1 de 1986 y la Ley 11 del mismo año, quedando la ciudad en un “limbo jurídico”, como lo expresó el constituyente Jaime Castro en 1991.

Fue precisamente este personaje, ministro de gobierno de Belisario Betancur y principal impulsor de las reformas de 1986, quien dentro de la Asamblea Nacional Constituyente impulsó la iniciativa de que Bogotá tuviera un estatuto especial que posibilitara incorporar definitivamente la descentralización en el manejo de sus asuntos políticos, administrativos y fiscales. El consenso entre los constituyentes en torno a la política de descentralización llevó a que en la Constitución de 1991 se fortaleciera dicha política en todo el país y que se fortalecieran las autoridades locales de su capital.

En primer lugar, saco a Bogotá del “limbo jurídico” al sujetarla al régimen municipal ordinario; esto significaba que las leyes municipales podían aplicarse a la ciudad siempre y cuando no contravengan el estatuto especial que la regiría, el cual debía ser aprobado por el Congreso. En su artículo 323, la Constitución ordenó que la ciudad se dividiría en localidades, cada una con autoridades y recursos propios; las autoridades consistirían en un alcalde local y en un órgano colegiado, popularmente elegido, denominado Junta Administradora Local (JAL), integrada por siete ediles. La división de la ciudad y la definición de las funciones específicas de las autoridades locales serían definidas por el Alcalde mayor de Bogotá y luego aprobadas por el Concejo Municipal.

Las nuevas reglas de juego, incorporadas en 1991, permitieron que, rápidamente, el Congreso de la República a través de la Ley # 1 de 1992 y el Concejo Distrital a través de los acuerdos 2 y 6 del mismo año, reglamentaran la creación, la cantidad, la jurisdicción y las competencias de las JAL, los Fondos de desarrollo y las Alcaldías Locales. Así, el 8 de marzo de 1992, a menos de un año de la aprobación de la Constitución, los bogotanos estaban eligiendo simultáneamente al Alcalde Mayor, al Consejo Distrital y a la primera generación de ediles de las JAL.

La premura con que la clase política reglamentó los gobiernos locales, merece una explicación, dado que es importante para comprender el rumbo que tomaron los gobiernos locales y las JAL a lo largo de su primera década de funcionamiento. Los congresistas con intereses electorales en Bogotá y los concejales de la ciudad, con miras a las elecciones de marzo, vieron en las JAL una oportunidad de aceptar sus maquinarias electorales clientelistas y garantizar la votación a su favor, frente al crecimiento

del voto independiente y por la izquierda recién desmovilizada que ya se había expresado en las elecciones del congreso el año anterior.

Esta preocupación por su supervivencia política es expresada claramente por las palabras de una de la Concejal Martha Luna, dirigiéndose a sus colegas: *Déjenme decirles algo: si los 18 congresistas elegidos en Bogotá, no se esfuerzan en aprobar esto [el proyecto de ley], nosotros y los demás concejales que les apoyamos, estamos perdidos* (Concejo de Bogotá, Acta # 31 de 1991). En el mismo sentido, congresistas del partido Liberal, expresaron su solidaridad al candidato a la Alcaldía Mayor, Jaime Castro, quien aspiraba a ser elegido en los mismos comicios. Por tanto, elegir las JAL en 1982, sería conveniente para el Partido y su candidato.

De este modo, respaldados en la Ley 1 de 1992, los concejales promulgaron el Acuerdo # 2 del mismo año en el cual adoptaron la antigua división de la ciudad, llamando "localidades" a las antiguas 20 zonas; además definieron el número de ediles a ser electos en cada localidad y declaro que las funciones de las JAL serian las definidas por la ley en mención. Bajo estas normativas, las elecciones se realizaron en la fecha prevista y fueron elegidos 184 ediles para conformar las recién creadas 20 Juntas Administradoras Locales.

Una vez aprobado dicho Acuerdo, todo estaba listo para elegir las JAL, como efectivamente sucedió. Sin embargo, había que dar un nuevo paso para que pudieran funcionar: establecer una nueva reglamentación de asuntos locales; dicha tarea había quedado abandonada por los concejales por estar dedicados a expedir el Acuerdo # 2, a la elección de los ediles y, por supuesto, a su propia reelección. Así fue como el alcalde saliente presento un proyecto en esa dirección, el cual fue aprobado por el Concejo como Acuerdo # 6 de 1992.

En dicho acuerdo se reglamentaron las funciones de las JAL y de los Alcaldes Locales. En lo que respecta a las primeras, se les asignaron dos competencias generales: la administración autónoma de todos los asuntos públicos locales y la prestación de servicios para la satisfacción d necesidades locales y que no fueran prestados por ninguna otra autoridad. Como funciones específicas se les asignó la aprobación de los planes de desarrollo y los presupuestos locales, la reglamentación del uso de los espacios públicos, la construcción y el mantenimiento de obras públicas locales la aprobación d contratos y documentos financieros, así como la supervisión del cumplimiento de las normas de construcción uso de las zonas públicas.

A los alcaldes locales se les asignaron funciones administrativas, de ejecutor del presupuesto del Fondo de desarrollo local y de autoridad policial. El Acuerdo 6 también creó dos órganos de coordinación: el Consejo Local de Gobierno, conformado por el Secretario de Gobierno de la Ciudad, los 20 Alcaldes Locales y, eventualmente los 20 presidentes de las JAL. Por otro lado, cada JAL podía crear y reglamentar una comisión asesora para coordinar las actividades locales.

Al primer año de ser elegidos los integrantes de las primeras JAL y nombrados los nuevos alcaldes menores, el Gobierno Nacional, a través del decreto 1421 de julio de 1993 promulgó el Estatuto Orgánico del Distrito Capital, instrumento que se constituyó en el nuevo eje del orden político y administrativo de la ciudad. A juicio de los analistas (SANTANA, 1997) dicho decreto redujo la autonomía de las autoridades locales, iniciando una contra reforma a la voluntad de la Constituyente.

En primer lugar, limitó los recursos para las localidades al 10% del total de ingresos corrientes del Distrito, dando la facultad discrecional al Alcalde mayor, de elevarlo al 20%; en segundo lugar dio al Alcalde Mayor de nombrar y remover libremente a los Alcaldes Locales; en tercer lugar, el burgomaestre pasó a administrar directamente los Fondos de Desarrollo Local y prohibió a los ediles formar parte de sus Juntas Directivas; finalmente, los presupuestos locales solo podían ser aprobados por las JAL, después del visto bueno del recién creado Consejo de Asuntos políticos, económicos y fiscales de la ciudad (CONFIS).

Promulgado el decreto 1421, el Alcalde Castro expidió el decreto 460, en el cual incorporaba los nuevos principios a los fondos de desarrollo local. Estas medidas, que fueron justificadas frente a algunos casos de ineficiencia administrativa, corrupción y clientelismo detectados en los primeros meses de los nuevos gobiernos locales, redujeron drásticamente la autonomía de las autoridades locales, con el consiguiente incremento del poder del gobierno central.

Para el período siguiente (1995 – 1997), fue elegido como Alcalde Mayor a Antanas Mockus, matemático y filósofo que acababa de ser rector de la Universidad Nacional de Colombia; desarrolló una campaña electoral por fuera de los partidos, con escasos recursos y llena de actos simbólicos, en torno a la idea pedagógica de formar cultura ciudadana. En consecuencia, su programa de gobierno lo denominó “Formar ciudad” e incorporó a cada una de sus acciones un “componente pedagógico” orientado a la “construcción colectiva de ciudad”.

Un segundo rasgo del estilo introducido por Mockus fue introducir mayores niveles de racionalidad al gobierno de la ciudad; para ello, organizó un Observatorio de Cultura Urbana, en cuyas investigaciones buscó respaldar sus propuestas y enfatizó el fomento a la planeación y el uso controlado de recursos. Finalmente, asumió como principio el rechazo a las prácticas políticas tradicionales, en particular el clientelismo, la corrupción y la negociación de sus políticas con el Concejo Municipal.

Con respecto a la descentralización, reglamentó la planeación local a través del decreto 425 de 1995, basado en los principios de participación y complementariedad. En cuanto a lo primero, se convocaría a ciudadanos y organizaciones locales a la elaboración de proyectos, para que la destinación de los recursos no pasara por las mediaciones clientelistas y se mejorara la transparencia y rendición de cuentas; un comité técnico en cada localidad evaluaría los proyectos, reduciendo el alcance de las prácticas políticas tradicionales. Finalmente, establecía un cronograma rígido para el proceso de planeación, para reducir el riesgo de inferencia de los políticos clientelistas²

Con respecto a la “complementariedad” entre los planes locales y el Plan general de la ciudad, se establecía que los proyectos presentados debían corresponder a alguna de las seis prioridades de su gobierno: cultura ciudadana, medio ambiente, productividad urbana, progreso social, legitimidad institucional y espacio público. Además, por cada inversión que una localidad hiciera en torno a dichas prioridades, el gobierno central favorecería la inversión de recursos en dicha localidad.

Como lo veremos en el numeral siguiente, las nuevas reglas de juego y el estilo mismo de Mockus generó en algunas organizaciones populares la confianza para participar en el proceso de planeación participativa local, pese a reconocer que el clientelismo seguía conservando un margen de acción, como en efecto pasó. El último gobierno capitalino de la década de los noventa (1998 –2000) estuvo en manos de Enrique Peñalosa, proveniente de una familia de la elite empresarial y política de la ciudad. El objetivo general de su Plan de Gobierno, “La Bogotá que queremos”, fue *“generar un cambio profundo en el modo de vivir de los bogotanos, devolviéndole la confianza a los bogotanos en su capacidad para construir un futuro mejor y dinamizar el progreso social, cultural y económico”* (Alcaldía Mayor de Bogotá, 1998).

² Eran 15 días para la presentación de proyectos, 2 para seleccionar los mejores, uno para publicar los escogidos, 6 para escuchar a los proponentes, 2 para seleccionar los finales, 2 para que el Alcalde elaborara el Plan local, basado en los proyectos y lo presentara a la JAL para su aprobación.

Basado en varios diagnósticos realizados en años anteriores y retomando algunos programas de las dos administraciones anteriores, el énfasis del Plan estuvo puesto en el desarrollo de la infraestructura física de la ciudad, expresado en cinco megaproyectos: sistema integrado de transporte masivo, construcción y mantenimiento de vías, banco de tierras, sistema distrital de parques, y sistema distrital de bibliotecas.

En cuanto al proceso de descentralización, le dio continuidad a la participación en la elaboración de los planes locales e introdujo nuevos cambios a las políticas de contratación local. A través del decreto 739 de 1998, se modificaron algunos procedimientos en la planeación local. Con respecto a nuestro tema de interés, se establecieron mecanismos para aumentar la participación directa de los ciudadanos en la elaboración de los planes locales: 1) la división de cada localidad en zonas más pequeñas para acercarse a más población en el proceso; 2) la creación de los Encuentros Ciudadanos periódicos en cada zona para la elaboración y evaluación del plan local; y 3) la conformación de Comisiones de trabajo con la participación de los habitantes, para estudiar los proyectos incorporados en los planes locales. Con el decreto 518 de 1999 se eliminaron dichas comisiones, pasando su responsabilidad a las oficinas de planeación local.

Con respecto a la responsabilidad en la contratación local, que estaba en los Alcaldes, pasó a los miembros de su gabinete. También creó unas oficinas especiales, denominadas Unidades de Ejecución Local (UEL), a fin de ayudar a las autoridades locales en los procesos de contratación. En adelante, todo proyecto en el cual se le fueran a invertir recursos locales deben ser revisados por la UEL, que rechaza los inviables, devuelve los viables para mejorarlos en caso de ser necesario y realizar el proceso de contratación. Los argumentos de esta decisión fueron reducir el clientelismo y la corrupción, mejorar la calidad técnica de las obras y liberar a los Alcaldes de los pormenores de la contratación.

Realizado este recorrido por las transformaciones institucionales realizadas desde 1992 en torno a la definición de una política de descentralización para la ciudad de Bogotá que introdujo nuevos espacios de participación de los ciudadanos en la elección de autoridades locales y en la planificación local, nos ocuparemos de la diferentes maneras como las organizaciones populares se vincularon a dichos escenarios.

2. Las Organizaciones populares frente al contexto descentralizador

La incorporación, en la Constitución de 1991 de nuevos espacios de participación ciudadana y de mecanismos para la protección de derechos económicos, sociales y culturales, generó un ambiente de optimismo entre algunos sectores progresistas del país. Por otro lado, la serie de medidas para aplicar la descentralización en la ciudad capital fue vista por las organizaciones sociales y los actores políticos con presencia en los barrios populares de Bogotá como una oportunidad para proyectar sus concepciones, relaciones y prácticas en el ámbito local.

Desde que comenzaron a aplicarse las primeras medidas en materia de descentralización, en particular la creación de las Juntas Administradoras Locales, los tradicionales líderes comunales vieron una oportunidad para ampliar al ámbito local su capacidad para captar recursos estatales y de actualizar sus relaciones de clientela con los concejales y los políticos tradicionales; así mismo, éstos vieron en aquellas, un escenario propicio para asegurar su poder y reproducir sus prácticas tradicionales.

En cambio, en un primer momento, solo algunas organizaciones populares autónomas vieron en las JAL una posibilidad para potenciar su acción social y política y de proyectar en un territorio más amplio, sus particulares modos de entender la política y de realizar sus trabajos. La premura como fueron tramitadas las normas de descentralización, la tradición abstencionista y la desconfianza frente a las iniciativas gubernamentales, llevó a que las organizaciones populares, mantuvieran una mezcla de indiferencia, escepticismo y expectativa:

Al comienzo no veíamos claros los nuevos espacios; suponíamos que iban a ser controlados por el gobierno y los políticos corruptos de siempre; creíamos que era una estrategia para legitimar el Estado y quitarnos la bandera de la participación que éramos nosotros los que la agitábamos antes; en fin había desconfianza pero no sabíamos que hacer” (Entrevista a dirigente)

“Aquí desde el proyecto no estábamos de acuerdo con la participación en la JAL porque considerábamos que ese proceso de descentralización traía – en la medida en que no había formación política – conflicto entre la misma gente; que el problema del país no era crear micropoderes, porque de una manera u otra, las decisiones más importantes, las políticas y el presupuesto, vienen desde el nivel central (ICES).

Pero a lo largo de la década, en la medida en que coyunturas políticas como el triunfo de Mockus con su explícita toma de distancia con las prácticas políticas tradicionales y la creación de nuevas instancias de participación como los Consejos Locales de Cultura y los Encuentros Ciudadanos, las

organizaciones fueron matizando su actitud inicial y se fueron involucrando en algunos espacios. Con base en la experiencia de las organizaciones populares estudiadas y la de otras similares, se abordarán a continuación los espacios en los que su presencia ha sido más frecuente: las JAL, los Consejos Locales de Cultura, los Encuentros Ciudadanos y la gestión de algunos proyectos locales.

2.1. Las Juntas Administradoras Locales (JAL)

Como ya se mencionó, las JAL hicieron parte de las reformas institucionales iniciadas desde mediados de los ochenta con el fin de re legítimar el Estado promoviendo un mayor acercamiento de la ciudadanía a la planeación de su desarrollo local. También, que en el Estatuto Orgánico de Bogotá (1993) se le asignaron a las JAL funciones normativas, de control, de planeación, de promoción de la participación ciudadana y de intermediarios entre las instituciones y la población.

La primera elección de JAL en 1992, confirmó algunas tendencias del comportamiento electoral de los bogotanos y definió algunas nuevas que se irían perfilando a lo largo de la década. En primer lugar, la abstención de los bogotanos (superior a la nacional) desde el Frente Nacional se mantuvo y se manifestó tanto en la elección del Alcalde Mayor y del Concejo, con un 74%, como para las JAL, con un 71% (ZAMUDIO, 1997: 71); quedaba en evidencia que la primera elección de representantes locales fue recibida con indiferencia por el grueso de la ciudadanía.

No solo por el alto nivel de abstención, las juntas locales no fueron plenamente representativas de la ciudadanía bogotana. Todos los ediles resultaron elegidos con pocos votos; la votación de los elegidos estuvo entre 1952 y 129 sufragios, cantidad que no alcanzó (salvo en 2 casos) sino para elegir, por residuo, a las cabezas de lista (ZAMUDIO, 1997; 83). Vale la pena señalar que en localidades con predominio de estratos altos, una tercera parte de los electores voto en blanco, evidenciándose la escasa significación que tiene para estos sectores sociales la participación

En segundo lugar, la mayoría de los candidatos que se postularon como candidatos a las JAL tenían vínculos con los partidos y movimientos políticos tradicionales. De las 1320 listas inscritas en todas las localidades, 806 eran de este tipo (VELÁSQUEZ, 2003: 62). Así por ejemplo, el partido Liberal respaldó 519 listas, el partido Conservador 105 y otros dos movimientos conservadores, 103. Además, el voto favoreció de nuevo al bipartidismo que logró elegir a 109 de los 185 ediles electos. La izquierda política, tuvo una baja participación, en la medida en que respaldó 79 listas y obtuvo la elección de sólo 18 de

sus candidatos; el recién incorporado a la vida civil M19 logró 10 ediles, y la Unión Patriótica (que nació del fallido proceso de paz con las FARC), los otros 8.

Un nuevo hecho electoral empezó a manifestarse en las elecciones de 1992: fue el hecho de que varias organizaciones cívicas, religiosas e independientes se presentaran con sus propias listas y lograran elegir sus propios ediles. Así, participaron 70 listas de diferentes movimientos cristianos respaldaron que obtuvieron 7 ediles, 243 movimientos cívicos que obtuvieron 28 ediles y 175 listas sin perfil definido, que lograron 20 escaños. El esotérico Movimiento Unitario Metapolítico, con presencia en los sectores más populares de la ciudad, obtuvo 3 ediles

Entre los ejemplos de organizaciones cívicas típicas hubo varias asociaciones de vecinos y juntas de acción comunal, así como movimientos respaldados por organizaciones populares como Movimiento Cívico y Despertar Cívico de las localidades de Negativa y Rafael Uribe Uribe, respectivamente. Sin embargo, vale la pena señalar que bajo esta categoría de movimientos independientes también se disfrazaron algunas listas provenientes de partidos tradicionales (VELÁSQUEZ, 2003: 65).

Salvo los casos señalados del Movimiento Cívico y Despertar Comunitario, las pocas organizaciones populares que se presentaron a las elecciones de JAL en 1992, tuvieron experiencias negativas en materia electoral. En el caso del ICES, desde los años ochenta formaba parte de JERUCOM, asociación de Juntas Comunales del sector de Jerusalén. Frente a la creación de las JAL, algunos de sus líderes plantearon que *"si esos espacios no eran ocupados por personas que han trabajado y trabajan por el desarrollo de las localidades, serían ocupados por personas que buscan beneficios personales"*. (ICES).

En un primer momento buscaron promover su participación desde la Unión Cívica de Ciudad Bolívar, red de organizaciones comunitarias y grupos de base de toda la localidad. Pero los líderes de los tres sectores en que se divide ésta, no se pusieron de acuerdo y cada uno inscribió su propia lista:

"A la final no salimos ninguno, quisimos hacer más y lo que hicimos fue menos porque fraccionamos la votación; entre los tres grupos hicimos más de 1.200 votos, más que el edil que sacó la mayor votación, creo que fue de 912; o sea, que si nosotros nos hubiéramos ido unidos, habríamos entrado con la primera votación" (ICES).

También fue el caso del Movimiento Poder Local Suroriental en San Cristóbal. En el contexto del recién iniciado proceso de descentralización, algunas organizaciones populares históricas de la zona como AVESOL, Promotora Cultural, PEPASO y Popular Amistad, lanzaron una lista para acceder a la JAL,

encabezada por Oscar Bustos de la Promotora. Pero la ambigüedad frente al mismo proceso electoral hizo que no se elaborara una estrategia clara de campaña y solo se obtuvieron 336 votos, como lo recuerda el relato histórico de AVESOL:

Lo de las elecciones, fue más un pretexto para encontrarnos, para hacer política nosotros, y hacer de partido también, pues todo su trabajo de hecho es política. Pero hacer ya un partido, es difícil; cuando uno le ha dicho a la gente no a los partidos, uno ha echado un discurso, eso no hay que hacer el juego, y después terminar en un partido... volver a decirle a la gente vote. Nosotros no tenemos esa cultura, creo que a los que más se nos dificultó fue a AVESOL decir mire porque no vota por esto. No tenemos la maquinaria, ni la dinámica y éramos muy puros; nos costó mucho decirle a la gente vote, y no lo hicimos, no lo pudimos hacer, y por eso la gente no salió, porque es hacerle el juego a muchas cosas sin tener en claro para qué, creer que un edil va a salvar la situación y no era de una persona, es de un proceso, de un trabajo en conjunto, que tendríamos que replantearlo, reflexionarlo e irlo desarrollando con el tiempo.

Finalmente, el Movimiento Cívico Comunal en Chapinero, creado por organizaciones de base de los barrios populares de la localidad de Chapinero y inscribieron un lista e hicieron campaña entre los habitantes de estos asentamientos en torno a la legalización de sus propiedades, el mejoramiento de los servicios públicos y sociales y la defensa de la reserva forestal de las montañas que los rodean. Pese a sus esfuerzos, sólo obtuvieron 447 votos, 115 votos menos que el último candidato elegido en la localidad.

Con las elecciones de 1994 que elegirían alcalde, concejales y ediles para el período 1995 –1997, el panorama cambió un poco. La coyuntura social y política atrajo a varias de las organizaciones populares a participar por primera vez en las contiendas electorales locales. En efecto, ante la inoperancia, mala administración, corrupción y clientelización de los primeros gobiernos locales, en algunas localidades se formaron movimientos que denunciaron dicha situación y promovieron acciones de protesta, como es el caso del bloqueo de vías realizado por organizaciones populares y algunos ciudadanos exigiendo que la JAL respondiera por el manejo de los recursos locales (El Tiempo, 1 de junio de 1993). En el mismo año hubo paros cívicos por razones similares en Suba y Usme, así como amenaza de paro en Negativa y Bosa (El Tiempo, 12 de diciembre de 1993).

Por otra parte, la candidatura independiente de Antanas Mockus, atrajo la simpatía de la opinión pública frente a la posibilidad de transformar las viejas prácticas políticas, lo que se expresó no solo en su triunfo contundente frente a los candidatos de los partidos tradicionales, sino en la disminución de la abstención

en un 4% y del porcentaje de votos en blanco del 22% en 1992 al 13% en 1994 (Registraduría Disitrital, 1994).

El ambiente de inconformidad con las primeras Juntas y de optimismo en torno a la candidatura de Mockus, propició que alguna organizaciones se decidiera apoyar a candidatos a ediles independientes (CPC, COPEVISA) o a la realización de alianzas con otros grupos para lanzar listas propias (ICES, AVESOL, La Cometa). Es el caso del Movimiento Cívico Comunal en Usaquén, PILO en Chapinero, El Otro Cuento en Bosa, el Movimiento Comunitario en Usme, el Movimiento Cívico Cultural en Suba, el Movimiento Cívico Comunitario en Ciudad Bolívar, el Movimiento Integración Comunitario en San Cristóbal, Causa Común en Kennedy y el Movimiento Cívico. Pese a la escasa o nula experiencia electoral, salvo en los últimos 3 casos, cada estas listas promovidas por organizaciones populares logró colocar como edil a su candidato.

En estas nuevas elecciones, las organizaciones populares incorporaron nuevas estrategias en la conformación de sus listas y en la promoción de sus campañas. En el caso de JERUCOM en Ciudad Bolívar, lo primero fue asumir una denominación más amplia, la de Movimiento Comunitario, que era más inclusivo:

JERUCOM era un nombre muy cerrado, pues se refería solo a las Juntas de Acción Comunal de Jerusalén, y había más organizaciones trabajando en Jerusalén como eran los jóvenes, las madres comunitarias, las organizaciones de padres de familia y los comités cívicos; entonces dijimos, se hace necesario cambiar de nombre y colocar otro que recoja como el pensar de todos (ICES).

Al movimiento se sumaron grupos de base y organizaciones de otros sectores de la localidad, lográndose que el candidato del Movimiento fuera elegido con 952 votos, la tercera votación entre 95 listas inscritas en la localidad. Experiencias similares se dieron en otras localidades como Bosa, Suba y Chapinero donde las organizaciones populares ampliaron sus alianzas a otros grupos de base independientes con presencia en la localidad y cambiaron sus estrategias de comunicación (reuniones explícitamente de campaña, acceso a medios, creatividad) para captar electores más allá de sus bases históricas (NARANJO, CONTRERAS y MENDOCILLA, 1997).

Este triunfo electoral, fue en todos casos pírrico frente al abrumador peso de los ediles provenientes de los partidos tradicionales. Con el fin de controlar la proliferación de listas, el Congreso expidió una norma que exigía que toda candidatura para las JAL requerían del aval de un partido político inscrito

o de un número determinado de firmas, así como del pago de un depósito como garantía de seriedad. Sin embargo, dicha norma fue ineficaz, pues aumentó el número de listas inscritas a 1579 y con ellas, se agudizó la fragmentación del voto. Así mismo, cada uno de los partidos apoyó indiscriminadamente varios candidatos a ediles de una misma localidad, en su afán de ampliar la base electoral de sus candidatos a concejales y Alcalde.

Los partidos tradicionales, más que en 1992, obtuvieron la mayor parte de los 184 ediles. El partido Liberal apoyó 929 listas inscritas y eligió 101 ediles. Las corrientes conservadoras apoyaron 328 listas y obtuvieron 39 ediles. Para completar, 70 de los ediles ganadores fueron reelectos, confirmándose la eficacia del clientelismo, como fue denunciado en varios casos donde hubo trasteo y compra de votos, así como uso de documentos falsos ((VELÁSQUEZ, 2003: 101). En contraste, la Alianza M19 apoyó 28 listas y obtuvo sino un edil, y la Unión Patriótica apoyó a 16 y obtuvo 7 ediles (ZAMUDIO, 1997: 90). Junto a la baja participación electoral de la izquierda política, llama la atención la segunda irrupción del Movimiento Cívico Independiente, respaldado por un senador, que apoyó 35 listas y obtuvo 8 ediles

En cuanto a los candidatos provenientes de movimientos independientes de partidos, el número de listas bajó de 498 en 1992 a 248 en 1994. Los provenientes de movimientos cívicos y organizaciones sociales pasaron de 418 inscritos en 1992 a 135 en 1994 y de 48 ediles electos en el primer año a 30 en el segundo. De nuevo hay que aclarar que muchos de las candidaturas que se presentan como independientes son respaldados por algún partido o son realmente independientes pero buscaron el aval de un partido para evitar la recolección de firmas.

La participación de las organizaciones populares en estas elecciones también se vio afectada por engaños propinados por los candidatos que apoyaron. Es el caso del ICES que apoyó al candidato del Movimiento Cívico Comunitario, quien una vez en el cargo, se dejó cautivar por las prácticas tradicionales. Algo similar paso en Suba con Alvaro Poveda del Movimiento Cívico Comunitario, tal como lo narra un miembro de organización comunitaria, en la actualidad (2005) edil en la misma localidad:

... Así fue como Álvaro Poveda el que había sido presidente de la junta de acción comunal de la Gaitana, junto con unos profesores de FECODE y con unos transportadores de microbuses que hacían rutas piratas en Suba y con algunos de nosotros que teníamos trabajando el tema de educación y cultura, empezamos a recoger firmas, creo que recogimos unas 5000 firmas... con esas 5000 firmas se logró

inscribir eso y hacer una votación donde salió Álvaro Poveda, pero después Álvaro mostró sus verdaderas intenciones, o su verdadero perfil politiquero

En las elecciones realizadas en 1997 para el periodo 1998 – 2000, mientras aumentó a nivel general el número de listas inscritas (2379), la participación de las organizaciones populares disminuyó. Esto, debido a la valoración de las limitaciones de actuación de los ediles independientes en un contexto de mayoría absoluta de los partidos tradicionales y de que el seguro triunfador, Enrique Peñalosa daría poco margen a las organizaciones independientes. Pero además, porque las organizaciones encontraban en otros escenarios y formas de acción mayores posibilidades de incidencia, como se verá a continuación.

Sólo hasta las siguientes de la primera década del siglo XXI con la emergencia del movimiento político Polo Democrático Independiente se reactivaría la participación electoral de las organizaciones independientes en las JAL, pero este proceso excede los límites temporales de este estudio.

2.2. Los Consejos Locales de Cultura

Este repliegue de las organizaciones populares históricas frente a las JAL a finales de la década es compensado con su participación más activa en dos espacios donde encontraron más posibilidades de intervenir desde su experiencia en torno a campos específicos de acción: los Consejos Locales y los Encuentros Ciudadanos.

Los primeros obedecen a la política de descentralización de las Secretarías e instituciones del gobierno central de la ciudad. Durante las administraciones de Mockus y Peñalosa se fueron creando comités y consejos locales en torno a asuntos y temas como la juventud, la cultura, la política social, la salud y la educación. En dichos espacios participan las autoridades locales respectivas y representantes de organizaciones sociales para concertar planes, programas, proyectos y sus respectivos recursos para el respectivo sector.

Aunque según el campo de acción de las organizaciones unas se han vinculado a los Comités de Infancia o a los Consejos de juventud y política social, resulta interesante encontrar que, salvo la Coordinadora y el ICES, todas se han involucrado activamente en los Consejos Locales de Cultura. Ello puede explicarse, tanto por ser un campo en el que tiene una experiencia acumulada y ocupa un

lugar central entre sus intereses, como por las mayores posibilidades de incidencia de estos espacios, donde es más limitada.

Los Consejos Locales de Cultura (en adelante, CLC) forman parte, junto con el Instituto Distrital de Cultura (IDCT) del Sistema Distrital de Cultura, creado por el decreto 462 de 1994, y fueron concebidos como espacios de concertación entre el estado y diferentes sectores de la sociedad en el campo cultural, para la definición de políticas culturales y control del gasto público en el sector (VELÁSQUEZ,2003).

El número promedio de miembros del CLC en cada localidad es de 18 o 19, aunque en Chapinero hay sólo 11 y en Bosa, 23 consejeros. Por la Administración participan el Alcalde local o su delegado, un delegado de la comisión de cultura de la JAL y un delegado del IDCT. Por la comunidad, un representante de las JAC, uno de las organizaciones de mujeres, uno de las organizaciones de adultos mayores, uno de los Consejos Locales de Juventud, uno por las casas de Cultura y Centros Culturales, uno por las ONG culturales, uno por las comunidades negras, uno por las organizaciones indígenas y gitanas (cuando las hay) y un representante de las organizaciones campesinas (en las localidades con zonas rurales).

A partir de una concepción amplia de cultura, las funciones de los CLC son amplias. Entre otras, la elaboración anual de un Plan de trabajo, la asesoría en la formulación de las políticas culturales de la localidad y su presupuesto, concertar con el IDCT la programación de actividades culturales, evaluar la gestión del gasto público en cultura y la labor del IDCT en la localidad y promover la participación amplia de la población en el desarrollo cultural local. Esta gama de funciones permite suponer que la acción de los CLC es de gran alcance y participar en ella generar una incidencia sobre la población local.

Así lo entendieron las organizaciones populares que participaron en la investigación. En algunos casos participando directamente en calidad de representantes de las casas Culturales o como representantes de organizaciones culturales; en otros, posicionando sus habituales proyectos y actividades en los Planes Locales de Cultura y cogestionando programas de interés común con el IDCT. En el primer caso está AVESOL, la cual participa en el CLC de San Cristóbal, a través del coordinador del área de cultural, quien comenta:

La participación en el Consejo Local de Cultura desde AVESOL, se viene haciendo desde el año 98, donde participo en representación de las organizaciones y casas de

cultura de la localidad; es una elección que se hace mediante un consenso de las organizaciones que avalan a una persona, y se tiene participación entonces en el consejo local, donde están participando también las Juntas de Acción Comunal, artistas independientes, un delegado del alcalde, un delegado de los ediles, de comunidades negras, de jóvenes; son como los diferentes sectores que en la localidad trabajan por la cultura o en la cultura. Tenemos el espacio de poder impulsar desde allí políticas, diseñarlas, políticas culturales para la localidad, de ser puente entre la Alcaldía y la comunidad para desarrollar o gestionar proyectos que tengan que ver con la cultura (AVESOL).

La Corporación La Cometa, junto con otras organizaciones culturales de la localidad d Suba, han logrado posicionar algunos de sus proyectos culturales. Por un lado, han conseguido que los festivales de Danza Folclórica, de la Cometa, de la Juventud y el Carnavalito, que durante la década de los ochenta desarrollaron con sus propios medios, hayan quedado incorporados en varios de los Planes de Desarrollo local desde 1993, llegando en el año 1999 integrarlos en uno solo:

En 1999 las organizaciones que adelantábamos el Carnavalito, Festival Cultural de La Cometa, Rueda Lúdica, Festival de Identidad, Arte a la Calle y Núcleos de Formación en Teatro de Títeres, decidimos articular estos esfuerzos a través de un evento anual – Festival de Festivales, Suba por el Encuentro-; nos inclinamos por esta decisión pensando en garantizar mayor impacto Local y acceder conjuntamente a recursos del Plan de Desarrollo Local a partir del Sistema Local de Cultura.

En Suba, las Casas de la Cultura también han sido una iniciativa de las organizaciones populares históricas desde comienzos de los ochenta. Teniendo como antecedente la Casa Cultural del Rincón, diversos grupos y organizaciones artísticas han replicado el concepto en sus respectivos barrios. En el año 1997, se materializó una acción conjunta con el IDCT para fortalecer las existentes y promover otras, como proyecto piloto en la ciudad.

Hicimos acercamientos con Corporación Juvenil el Rincón, Corporación Occidente, Corpohunza y Cometa. La propuesta residía en construir y dotar logísticamente dos Casas Culturales en Suba - Centro y Ciudad Hunza respectivamente, y a la vez mejorar las condiciones administrativas con equipos y recursos financieros a Cometa y Rincón-Occidente. Advertimos que lo anterior fue posible porque el Instituto respetaba la autonomía y las decisiones sobre los asuntos de Cometa, no se delegaban. Después de intensas discusiones al interior del colectivo acogimos críticamente el proyecto. (La Cometa)

En el marco de las Casas Culturales emergió la Escuela permanente de Mediación y Liderazgo, esta logró movilizar la mirada que sobre el conflicto escolar circulaba entre maestros y estudiantes de 14 centros educativos de la localidad:

A partir de julio de 1997 en coordinación con el Instituto Distrital de Cultura y Turismo nos propusimos desarrollar un proceso de convivencia ciudadana al interior de catorce centros educativos de la franja suroccidental de Suba. En ese sentido creamos la Escuela de Mediación, consistente en un espacio comunitario donde se reconoce y analiza el conflicto como elemento dinamizador del desarrollo humano y la forma positiva de buscarle solución por vía de la mediación.

Procesos similares han tenido organizaciones como el CPC en Britalia, AVESOL y la Promotora en San Cristóbal, y Kerigma en Bosa, las cuales han logrado incorporar en los planes de desarrollo cultural, sus habituales eventos culturales como los carnavales por la vida y de la Alegría, así como otros festivales locales. En todos los casos, manteniendo su autonomía, en la medida en que el IDCT no impone condiciones por fuera de las de calidad técnica y artística.

Incluso, dado que algunos eventos son sometidos a licitación pública donde participan otros interesados, se ha dado el caso en que su realización ha sido encargada a otras organizaciones externas que la han ganado. En un caso, Kerigma, la organización popular decidió, de todos modos, hacer su propio montaje artístico; en otra, La Promotora se participó con una actitud crítica al desempeño de la entidad encargada de ejecutar el evento:

“Ante las gravísimas fallas que ha evidenciado la organización Zea Maíz en la administración de los recursos tanto técnicos como humanos, así como en la reproducción y producción de los eventos del proyecto N° 0975... decidimos suspender los eventos que faltan...Esta determinación la tomamos ante las graves anomalías que Zea maíz ha presentado en la realización de los eventos: Festival de las Cometas en el barrio San Vicente Parte Alta y en el de la Cultura se Toma a San Cristóbal, que de repetirse en la forma en que lo está haciendo seguiríamos arriesgando la calidad del resto de los eventos, conquistada a lo largo de varios años de esfuerzo...”. (Promotora)

En una investigación recientemente realizada sobre participación en Bogotá (VELÁSQUEZ, 2003), se confirma lo encontrado en esta: los CLC aparecen como la instancia de más activa participación de las organizaciones sociales. De los 345 consejeros elegidos en 2002, el 50% provenían de organizaciones sociales sustantivas y 17% a ONGs locales; como es de suponer, la mayoría

pertenecen a organizaciones del área cultural, pero también de organizaciones territoriales como las JAC.

2.3. Los Encuentros Ciudadanos y otros espacios

El tercer espacio generado por las políticas de descentralización en el cual han participado las organizaciones populares ha sido el de los Encuentros Ciudadanos, creados durante el gobierno de Mockus y reformados durante el de Peñalosa dentro del propósito de involucrar las iniciativas de la ciudadanía en los Planes de desarrollo Local. Además, algunas organizaciones populares han contratado con entidades distritales la cogestión o ejecución de otros proyectos y programas en torno a temáticas de interés común.

Realmente, solo desde 1998 las organizaciones sociales y los líderes locales se incorporaron decididamente en dichos encuentros, dado que en su primer intento de realización (1994) hubo escasa participación. En ese año se realizaron 440 y en 1999, 349, con la participación en los dos años, de 84.769 personas, algunas de ellas representando las 2.560 organizaciones participantes (PIZANO, 2003: 54). Aunque todas las organizaciones, salvo La Coordinadora, participaron parcial o totalmente en las diferentes dinámicas en torno a los Encuentros Ciudadanos, para ilustrar sus procedimientos, alcances y limitaciones se presenta el testimonio de una dirigente de COPEVISA en Usaquén sobre su participación en uno de ellos:

Lo que se decide el año anterior es hacer un encuentro general para conocer y discutir el plan de desarrollo distrital, luego un primer encuentro local por zonas o unidades de planeación zonal (UPZ); la localidad la divide como quiera el consejo local de planeación. En Usaquén hay una pelea porque se divide por territorios: el territorio 1 que es el mas pobre, el territorio 2 con gente de estrato tres y la zona plana (territorio 3) que son los mas ricos. Entonces se hace un primer encuentro local para conocer un borrador de primer plan de desarrollo, que ya existe y que la alcaldía ya tiene predeterminado y que se supone es un borrador para la discusión.

Luego se hacen encuentros por territorios, y en cada territorio existían ocho comisiones: salud, educación, cultura, productividad, recreación y deporte, etc.; en cada territorio hay una mesa temática y un primer encuentro donde definen problemáticas y, en teoría, un segundo encuentro donde se definen soluciones. Las problemáticas se jerarquizan y las soluciones también, y se vota en todas las mesas; esto en un periodo supremamente corto, porque las elecciones del consejo son en enero y los encuentros ciudadanos se vencen en la primera semana de marzo. El plan de desarrollo tiene que estar aprobado en agosto y los plazos son muy cortos como para el desarrollo del proceso.

COPEVISA, participa en los encuentros del territorio uno, pero por la cercanía con el

hospital de Usaquén terminamos no sólo participando como ciudadanos normales, sino participando en toda la preparación metodológica, animación del proceso de encuentros. COPEVISA, no se si afortunada o desafortunadamente, participó en las ocho mesas de trabajo y de las ocho mesas la gente de COPEVISA sale como comisionada de trabajo, que son las personas que representan a la comunidad en el periodo completo del Plan de desarrollo local, que tienen que hacer el control y seguimiento al plan de desarrollo.

En las ocho mesas sale COPEVISA como comisionada, cuatro personas de cuatro mesas distintas: salud, educación, productividad y recreación y deporte, y definimos que a las tres no; renunciamos a la de recreación y deporte, y nos convertimos formalmente en comisionados de las otras tres; luego de los encuentros ciudadanos, los comisionados siguen depurando la propuesta.

Como metodológicamente los encuentros no están claramente definidos y lo que sale es un listado de problemáticas y uno de soluciones que no están organizados como plan, ni tampoco metodológicamente se formulan para pensar la localidad a largo plazo. En esa época es justamente la transición de los alcaldes locales anteriores a la nueva alcaldía y no hay quien lidere desde la alcaldía local, ni quien se apersona del proceso. En el mismo periodo de formulación de encuentros ciudadanos hubo, por ejemplo, tres alcaldes en Usaquén

Luego, los comisionados resumen, por decir de alguna manera, y le entregan un montón de cosas sin sistematizar al alcalde; éste tiene por ley, hacer lo que se dice en los encuentros ciudadanos; pero, como los encuentros terminan siendo un listado de cosas, finalmente el alcalde termina armando un plan de desarrollo que tiene que ceñirse al programa distrital y que recoge lo que le interesa de los encuentros.

Luego eso, pasa a la JAL; ahí vuelven a intervenir los comisionados como parte de los encuentros en representación de la comunidad, a decir si estamos o no de acuerdo; si eso se mencionó en los encuentros. Pero es tanto lo que hay que defender y yo creo que lo que pasa es que el nivel de formulación es muy incipiente y se puede pelear todo o nada y hay mucho intereses ahí; por ejemplo, los Ediles no participan de los encuentros ciudadanos, unos por respeto, otros porque no quieren pero finalmente otros porque no les importa el proceso de participación de la gente.

Luego se llega a la Junta Administradora Local y esta aprueba o no el plan de desarrollo; en el caso de Usaquén se aprobó por acuerdo y se generó una gran inconformidad de la gente, los comisionados de trabajo, el consejo local de planeación, porque lo que queda reflejado allí no era lo que la gente quería, pero que tienen que ver mucho con condiciones mas subjetivas de cómo se presentan las cosas...

COPEVISA sigue como comisionada de trabajo. De 25 personas que estuvimos en los encuentros, quedamos solo tres personas en el permanente trabajo y hasta ahora seguimos en eso, con quien hemos seguido mas cercanos es con el hospital de Usaquén, por que nos entendimos... y últimamente hemos tenido acercamiento con la nueva alcaldesa y hay una identidad interesante, le llama la atención lo que hacemos, nos parece una mujer decente, hasta ahora presenta una voluntad política diferente al anterior y quiere visibilizar un poco lo que hacen las organizaciones sociales.

Según la evaluación de la propia Alcaldía, “los Encuentros llegaron a convertirse en un instrumento permanente de participación política y social ciudadana, un espacio para pensar y actuar por la localidad y el bienestar colectivo” (PIZANO, 2003: 54). Sin embargo, como puede apreciarse, los Encuentros ciudadanos convocan a la población local en el diagnóstico de los problemas y en la generación de propuestas de solución, pero dichos aportes van pasando por filtros institucionales que las van depurando o desconociendo, sin que existan mecanismos efectivos para garantizar el respeto a dichas contribuciones.

Para algunas organizaciones, el participar en estos espacios, les ha permitido ser reconocidos por la seriedad de sus trabajos, buscar recursos a sus proyectos y enterarse de convocatorias o licitaciones en las que pueden aplicar. Así, por ejemplo, La Cometa logró crear un Centro de Conciliación Local y COPEVISA arreglar una de sus sedes y financiar un proyecto de salud:

Dado el impacto y acogida de la escuela de mediación, la Secretaria de Gobierno solicitó el acompañamiento para la implementación y montaje del Centro de Conciliación Local. Esta acción permitió que la institución pública interviniera en las diversas manifestaciones conflictivas locales, no obstante era frágil en la comprensión de la problemática juvenil local, situación que impedía un abordaje y resolución del conflicto en el contexto sociocultural de los jóvenes. (La Cometa)

... Esto llevo a establecer relaciones con funcionarios públicos y con líderes de la localidad que aunque incipientemente nos incluirían en listas y convocatorias locales. Paralelamente, la UCPI también se acercaba a COPEVISA y nos proponía realizar rumbas sanas y participar de algunas reuniones programadas por ellos.

Después, nos llegó una invitación para que COPEVISA se presentara a licitar para ejecutar el proyecto de los arreglos de la casa. Con afanes, a última hora, sin ninguna experiencia nos presentamos ante al UEL (Unidad Ejecutiva Local) de acción comunal para leer la licitación.

... En julio del 2.003 se firma el convenio “celebrado entre el Hospital de Usaqué y la Cooperativa Copevisa para sumar esfuerzos y coordinar programas de mejoramiento de la educación y de la salud a las clases menos favorecidas”, que además de reconocernos como contraparte contribuiría de manera significativa al desarrollo del eje de participación y organización en este período.

2.4. Balance de la experiencia frente a la descentralización

¿Qué balance hacen las organizaciones con respecto a su participación en estos espacios generados por las políticas de descentralización y que, efectivamente, ampliaron la gama de sus

posibilidades de acción local? Antes de hacer una apreciación global de estos escenarios, es necesario valorar por separado cada uno de los que las organizaciones han tenido alguna presencia: las JAL, los Consejos Locales de Cultura y los Encuentros Ciudadanos.

Las JAL fueron presentadas como espacios de participación ciudadana en el ámbito local. Sin embargo, con las restricciones que se le fueron imponiendo desde su creación, sus funciones normativas, de control, de planificación y de definición de presupuesto son limitadas. En primer lugar, no tienen poder real de definición de normas ni de control efectivo al Alcalde; en segundo lugar, realmente no tiene poder decisorio, dado que el plan de desarrollo local, debe ir en concordancia con las políticas de la administración central; por último, la administración de los recursos locales está en manos del Alcalde. Como dijo un entrevistado: *"Las JAL no pasan de ser una descentralización electoral"*.

Con estas restricciones, las funciones de la JAL se reducen a la de gestión. Los ediles operan básicamente como intermediarios entre la población de las localidades, sus redes políticas y la Administración. Al perder su función política (representación, toma de decisiones, control), las JAL terminaron siendo un espacio potencial para la reproducción de los esquemas clientelistas.

Los ediles pasaron a ser, como lo habían sido los dirigentes de las Juntas Comunales hasta antes del 91, unos intermediarios, unos tramitadores entre las demandas de la población y la administración, un gestor de obras, tal como lo expresa un edil:

"A mi llegan y me dicen: edil, necesito un cupo en un colegio, en una escuela, necesito que me ayuden; por ejemplo a llevar un enfermo a un hospital; entonces son cositas pequeñas; que las vías, que las calles que el reparcho... entonces está uno más cerca de la comunidad" (Edil independiente, Barrios Unidos, citado por GARCIA, 2003: 88).

Esta potencial clientelización de las JAL fue, desde un comienzo, sospechada por las organizaciones; por ello, ha sido permanente el dilema entre no participar para no legitimar dicho esquema, o hacerlo, transformando el enfoque y modo de mediación entre población y administración, dada la legitimidad de las organizaciones como portadoras de otras concepciones y estilos de acción y política local:

Para las organizaciones comunitarias en su primer momento no hubo, no se logró dimensionar la importancia que tenía el escenario; se entendía como un escenario de participación local al que habría que vincularse, pero como no se tenía la experiencia política electoral; éramos como la otra posibilidad de propuesta de trabajo que tenía la

localidad; entonces las prácticas tradicionales de política fueron las que ocuparon esos espacios porque las discusiones nuestras era nada con los partidos, nada que tenga que ver con partidos, con la estructura como tal no importa si es de izquierda o derecha, eso no nos interesa para nada. (Entrevista Edil independiente de San Cristóbal)

Conociendo las juntas administradoras locales como unas juntas comunales de mayor envergadura, una junta ya no de un barrio sino una junta global, la suprema junta, que maquinaba entre los barrios la solución de los problemas de la localidad, se vio la necesidad de que si era importante estar ahí y que había que para qué se hiciera un reconocimiento a un trabajo social, pero de forma independiente (Entrevista Edil independiente de Suba)

Ya estando dentro de las JAL, los ediles provenientes de procesos organizativos autónomos, valoran que su papel en ellas es la de permitir que las organizaciones y la gente común y corriente, tengan un acceso directo a la información sobre las políticas distritales y con ello aumenten sus posibilidades de controvertirlas a tiempo o de involucrarse en aquellas que vean coherentes con sus concepciones y campo de acción. Además, insisten que, desde allí, mantienen su vocación formativa en su calidad de educadores populares, apoyan a otros grupos de base y ciudadanos en la comprensión de las políticas públicas y en la formulación de propuestas propias:

A mí lo que me generan estos espacios son tres cosas esenciales que son: El acceso a información, que me ayuda entender que uno no podía participar si no tiene información y bueno, allí se encuentra toda las arandelas que tienen las estructuras de nuestras instituciones, entonces no la ley, información desactualizada, no es información pertinente, es incompleta y ejercicio de reconocer que la participación requiere información me ayudó mucho entender hasta dónde podemos llegar en estos escenarios. (Entrevista Edil independiente de San Cristóbal)

Usted como edil puede jugar un papel importante frente a esas dinámicas organizativas, en el sentido de que cuando en el barrio la gente se reúne para su organización muchas veces no tiene ni idea de la cantidad de normas, no tiene ni idea de cómo obtener recursos de la localidad, no tiene idea de un determinado programa o proyecto que esté ejecutando el Distrito... (Entrevista a Edil independiente de Chapinero)

Con respecto a la presencia dentro de los múltiples Consejos y Comités locales se tiene una valoración similar. Se les reconoce su escasa capacidad de incidencia de la mayoría de ellos y la tendencia, en algunos casos, a ser instrumentalizados por los funcionarios. Sin embargo, su participación en ellos está justificada por la posibilidad de acceso a la información, como experiencia de formación política, como vivencia directa de los alcances y limitaciones reales de estos espacios

participativos institucionalizados y como espacio de conocimiento y encuentro con otros grupos y personas con concepciones comunes.

En esos, como 15 consejos, los ciudadanos podemos vertir muchos de nuestros intereses en torno a lo que significa la construcción de democracia y desarrollo local. Sin embargo, estos escenarios son instrumentalizados, entonces muchas veces terminan refiriéndose unos niveles de representación, donde no se logran realmente procesos de formación o de incidencia en las decisiones locales...

Se tiene acceso a la información, pero es que no basta con información, yo puedo tener la información y me queda muy difícil asumir que dice la información; lo que requiero de metodologías y propuestas que me permitan didáctica la información para que sea de fácil acceso a la gente, y creo que allí es donde yo logro tener un elemento muy importante a mi favor, un poco para mirar lo individual, y es eso y educador y que vengo de una formación de educación popular, entonces, entre menos complejos se haga el saber o el conocimiento mucho más fácil es la retracción para volver a entender lo complejo. ..

La gente pueda entender que hay unos escenarios en dónde jugar, no necesita ser especialista o profesional para estar en un consejo local de cultura, para estar en el consejo local de discapacidad, para estar en los COPACO. Es muy importantes manejar esos tres elementos: acceso a información, metodología para comprender es información, y otros escenarios donde yo pueda jugar, donde puede intervenir realmente. (Entrevista Edil independiente de San Cristóbal)

En este sentido estos escenarios, son para mí no solamente ejercicios para descentralizar la participación sino que son evidentes espacios información política, de construcción de ciudadanía en lo local y que no puede entenderse en una discusión y en una guerra con la democracia representativa (Entrevista Edil independiente de Suba)

Frente a la proliferación de estos espacios colegiados de "participación", también se comparte la opinión de que fragmentan la posibilidad de articulación y acción global de la población en torno a sus problemáticas. Salvo el Consejo de Planeación y el de Políticas Públicas que se suponen transectoriales, la casi veintena de comités y consejos se ocupan de sectores o poblaciones específicas; pero al igual que ellos, estos Consejos son meramente consultivos y no tienen ningún poder más allá que el de formular recomendaciones al Alcalde y a la JAL.

Finalmente, es evidente que salvo los Consejos Locales de Cultura, que cuentan con recursos y personal técnico de apoyo permanente, las demás instituciones descentralizadas prestan un escaso apoyo efectivo a los canales de participación. No les destinan recursos ni personal y, en algunos

casos, su existencia es discrecional de los Alcaldes Locales, como es el caso de los Consejos Locales de Política Social. Por ello, la presencia de las organizaciones en estos espacios es discrecional; participan en aquellas cuando se puede prever que sus opiniones o proyectos pueden ser tenidos en cuenta y lograr alguna incidencia; se marginan de aquellas en las que no ven tal posibilidad.

Con respecto a los Encuentros ciudadanos, también hay una mirada paradójica. Por un lado, aparecen como un escenario atractivo para la deliberación y el debate, para conocer otras organizaciones y darse a conocer, para el aprendizaje político de sus integrantes, para posicionar proyectos e iniciativas propias, e incluso para acceder a recursos estatales:

“Después Adela nos comentó que estaba participando en los Encuentros Ciudadanos para participar del presupuesto participativo para la parte cultural de la localidad, pasando proyectos. Enseguida le preguntamos si ella creía que los Encuentros Ciudadanos servían para algo, porque a nuestro parecer no era un espacio participativo sino consultivo, entonces ella dijo que creía que sí, que seguramente; que si no se participaba pues no servían, o que si no se hacían en forma colectiva, por ejemplo uniendo fuerzas de varios grupos culturales dentro de la localidad, pues tampoco servían. Pero que esos eran espacios que estaban ahí y que se abrían para la gente, para que se pudieran realizar proyectos, y que la idea era resaltar la parte cultural de la localidad” (Promotora)

“...entonces en la medida en que aparezcan los recursos, ¿y esos recursos de dónde aparecen?, estos recursos aparecen de estar gestionando en el Fondo de Desarrollo Local, en la Alcaldía, de estar pendiente de las convocatorias y ver y mandar proyectos y ver que esos recursos lleguen para acá. Esos recursos hay que gestionarlos, hay que hacerlo, y nosotros siempre lo estamos haciendo para canalizar esos recursos para nuestra comunidad...” (Entrevista a dirigente)

Pero también se reconocen como limitaciones, la rigidez de sus procedimientos que alejan al ciudadano común y corriente, por el nivel superficial de los debates, pero especialmente por su limitado poder de decisión real sobre los asuntos locales; se limitan a ser un insumo en el diagnóstico, pero no en la definición específica de políticas, en la construcción de planes y mucho menos en la definición del presupuesto.

Estos encuentros, a mi modo de ver, no ha logrado trascender la cultura de la consulta, entonces se volvieron escenarios de consulta y no de decisión, que es lo mismo que le pasa a los consejos que son eminentemente consultivos y ese hecho se manifiesta en que en los encuentros ciudadanos a la gente se le sigue tratando como niño chiquito, es la gente y los ciudadanos que no saben.

... desde el planteamiento que hizo Mockus no se ha logrado trascender ese primer nivel; ese otro nivel que uno esperaría, no se dio... la gente hace una descripción de problemas, hace una priorización de problemas y después caracteriza problemas, pero no pasa al otro nivel y es entrar al diseño de unas alternativas de solución, que es lo que nosotros denominamos hoy política pública.

No sé si culturalmente seguimos pensando que nuestra comunidad son niños chiquitos y creo que los encuentros ciudadanos como una estrategia de participación adolecen del siguiente paso que es lo que uno esperaría en ejemplos como Porto Alegre o Sao Paulo con los presupuestos participativos. (Entrevista Edil independiente de San Cristóbal)

A modo de balance provisional, se puede afirmar que la participación limitada de las organizaciones en estos espacios institucionales locales les ha permitido abrirse un poco de los escenarios barriales y sectoriales de actuación, ganando una proyección más local y en algunos casos al ámbito de la política pública del Distrito. Aunque no abandonan su posición crítica y escéptica frente a su carácter y alcances, participan en ellos como otra manera de conocer la lógica del poder dominante, acceder a información y desarrollando proyectos e iniciativas allí donde les es posible mantener autonomía en su orientación.

En fin, las organizaciones asumen frente a estos espacios, lo que Villasante (1994) llama una conducta reversiva: "Sí, pero no". Es decir, participar en estos escenarios puestos por el poder, pero sin creer totalmente en ellos; tratando de hacer allí, hasta donde se puede lo que hacen desde sus propios ámbitos de trabajo y desde sus propios criterios; aprovechando al máximo estas escasas oportunidades, para sacarles provecho, pero sabiendo que sus apuestas estratégicas no están allí.

Por ello, podemos leer esta participación como una táctica de resistencia, en los términos de De Certeau (1996: 31), "el orden efectivo de las cosas es justamente lo que las tácticas populares aprovechan para sus propios fines, sin ilusiones de que vaya a cambiar de pronto". Actuar dentro del terreno del poder dominante, exige de los dominados, actuar tácticamente, utilizar los marcos de acción institucionales, conservando los criterios y modos de hacer propios. Ello genera, lo que James C. Scott, denomina micro forcejeo de las relaciones de poder; *"Así una elite dominante trabaja incesantemente para mantener y extender su control material y su presencia simbólica. Por su parte un grupo subordinado se ingenia estrategias para frustrar y revertir esa apropiación y también para conquistar más libertades simbólicas"* (SCOTT, 2000: 232).

La metáfora de “voltearle la torta al Estado”, empleada por el dirigente de una de las organizaciones, tal vez sea más contundente para expresar la manera como éstas entienden esas nuevas relaciones con el Estado:

“...nosotros nacimos y nacimos hace veinte años como una organización contestataria del Estado, o sea, como un grupo de personas que nos sentíamos no representados, como cosa aparte, y como una organización contestataria podríamos decir que nos identificaba...no solo con nosotros, sino con muchas organizaciones y nosotros no nos sentíamos identificados con este Estado, que ha sabido darle la vuelta a esa torta, por decirlo así, y ponernos a las organizaciones de responsables. Hoy casi que somos responsables de lo que el Estado tendría que responder, y ¿cómo le dio la vuelta y en qué momento?

Tal vez nunca estuvimos ahí, ni muy pendientes, pero cuando se habla de empequeñecer el Estado, pues muy feo esto de la descentralización, cómo nos han mandado a nosotros a resolver todos los problemas sociales, culturales, deportivos, económicos y de toda índole; que nos organicemos y manejemos nuestro presupuesto y miremos a ver cómo es que se van a solucionar las problemáticas que tenemos aquí. La ventaja es que hasta donde es posible, podemos hacerlo a nuestro modo, dándole de nuevo la vuelta a la torta (Entrevista a dirigente)

3. La protesta urbana antes y después de la descentralización

Otra prueba de que el hecho de que las organizaciones populares se involucren en los nuevos espacios no compromete su identidad histórica de autonomía y alternatividad es que éstas continúan acudiendo a sus prácticas de movilización colectiva, para expresar su rechazo a las medidas adversas de las autoridades, para presionar la solución de demandas desatendidas y para reclamar el respeto de los derechos de los pobladores.

Aunque la protesta urbana no es exclusivamente promovida o protagonizada por las organizaciones populares, su análisis es útil para valorar en qué medida las reformas descentralizadoras han logrado o no desactivar la movilización social y legitimar la institucionalidad estatal, como se lo habían propuesto sus impulsores. Para ello, se acudió a una base de datos construida por el investigador y a la base de datos elaborada por el CINEP, ambas referidas a los eventos de protesta urbana registrados por la prensa desde el año 1977 hasta el 2000.

Aunque la ciudad es escenario de diferentes formas de protesta en diversos campos, en torno a diferentes motivos y protagonizadas por diferentes actores (por ejemplo, universitarios, trabajadores), sólo se consideran urbanas aquellas movilizaciones que surgen en torno a

problemáticas a la organización colectiva de la vida urbana, ya sea la reivindicación de servicios y sociales, la demanda de participación en la gestión y la política de la ciudad, la oposición a medidas gubernamentales que afectan poblaciones localizadas en espacios urbanos o la reivindicación de identidades colectivas de base territorial.

También es pertinente aclarar que se trabaja con esta escala temporal de 24 años, dado que nos permite hacer apreciaciones sobre las continuidades y cambios del comportamiento temporal, actores, motivos y modalidades de movilización, antes y durante el proceso de implementación de las medidas descentralizadoras.

3.1. Comportamiento de la protesta urbana antes de la descentralización

Entre el 1 de enero de 1977 y el 30 de diciembre del 2000 se registraron en prensa 1067 acciones de protesta en Bogotá, con un promedio aproximado de 44 acciones por año. Es posible que hayan ocurrido más, pero no hayan sido visibilizadas por los medios; éstos generalmente reseñan las formas más impactantes como los paros, pero no otras de menor resonancia como las marchas pacíficas que se dan dentro de un barrio o localidad. Sin embargo, la información si es indicativa de tendencias que pueden ser comprendidas con relación a los contextos en que se produjeron.

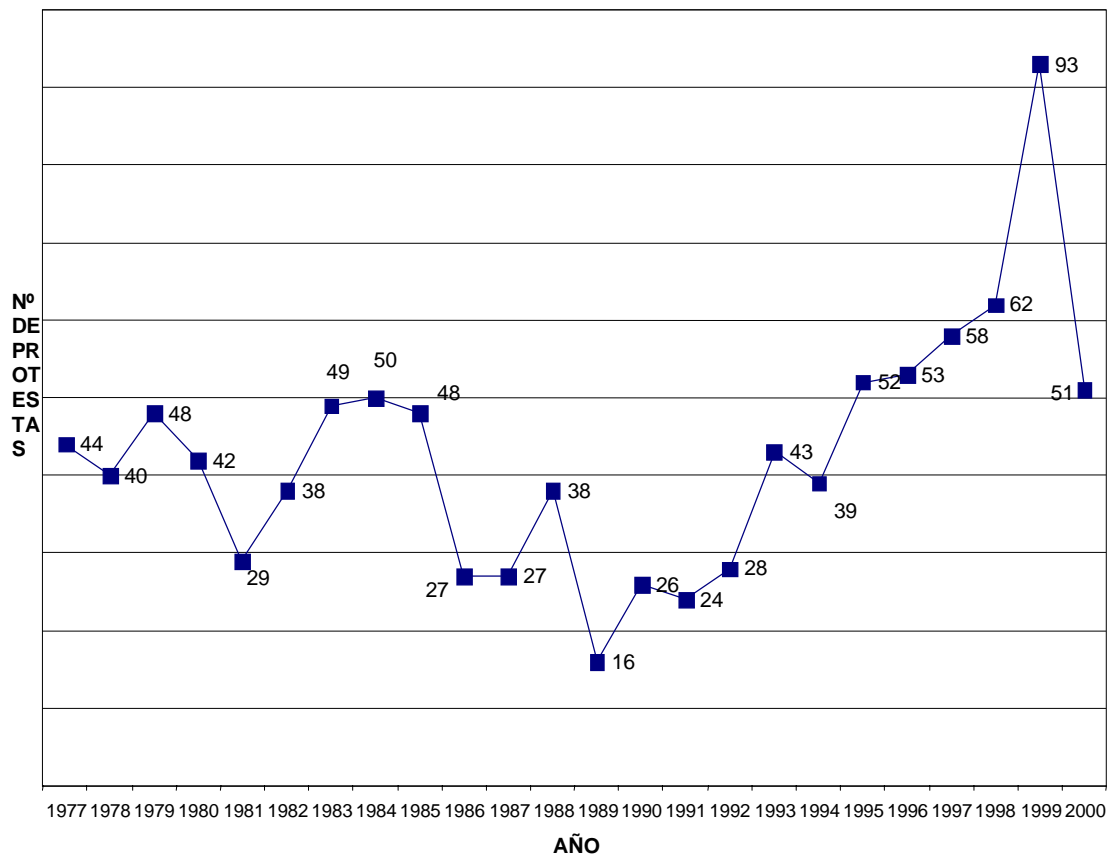
El gráfico # 1, nos permite tener una visión de conjunto de la dinámica de protesta y reconocer tres períodos claramente diferenciados en cuanto a magnitudes, motivos, adversarios y modalidades de lucha por parte de los habitantes de la ciudad: el primero, de 1977 a 1982, el segundo, de 1983 a 1991 y el tercero, correspondiente a los procesos descentralizadores, de 1992 a 2000.

Primer periodo (1977 – 1982)

Comienza con un pico que corresponde al fin del ciclo de incremento de protestas iniciado en 1974 y que tuvo su punto culminante en 1977 con el Paro Cívico Nacional, período en el que se registró un alza en el costo de vida jamás visto en la historia del país; “si entre 1968 y 1970 la tasa promedio de la inflación fue del 7.6, ya en 1972 se disparó al 14.8, para llegar en el año del paro Nacional al 29,2” (MEDINA, 1984: 124). El descenso de la protesta en los 5 años siguientes está asociado a la represión desencadenada en el país y en particular en Bogotá, después del Paro Nacional y que durante el gobierno de Turbay alcanzó dimensiones alarmantes, amparada bajo el Estatuto de Seguridad expedido pocos días después de su posesión, el 6 de septiembre de 1978.

Los principales motivos de las 241 protestas en ese lapso estuvieron relacionados con las adversas condiciones materiales de existencia de los barrios populares en proceso de formación; hubo 69 luchas en torno a los servicios públicos, la construcción de vías y rutas de transporte, contra el alto costo de la vida y en reivindicación de servicios sociales (educación, salud, recreación, atención a la infancia y a la tercera edad). En segundo lugar, las protestas se dieron contra las medidas represivas del gobierno y la violación de los derechos humanos (66 acciones); esta temática, hasta ahora inédita en el país, también convocó la realización de foros y la creación de organizaciones de familiares de detenidos políticos y en defensa de derechos civiles. Con menor intensidad hay protestas contra arbitrariedades o incumplimiento de promesas por parte de instituciones (23 casos) y por temáticas ambientales (17 casos) y en solidaridad con otras luchas (16 casos).

GRAFICO 1
TOTAL PROTESTAS URBANAS EN BOGOTA
1977 -2000



FUENTE: BASE DE DATOS CINEP

Con respecto a los adversarios blanco de las protestas (Ver gráfico), en primer lugar estuvo el gobierno nacional (88 casos), al que habría que sumar las protestas contra los excesos de la policía y las fuerzas militares (16). En segundo lugar, el gobierno distrital (57) y entidades municipales, especialmente las empresas de servicios públicos (12). Finalmente, hubo 35 protestas contra actores privados como empresas contaminantes y de transporte.

Las modalidades de lucha durante ese periodo fueron las marchas y plantones, generalmente en plazas públicas y escenarios céntricos (86 casos); la confrontación directa contra la policía y el ejército, especialmente en los territorios populares (54 casos) y los paros cívicos (45), modalidad que empieza a generalizarse en la década de los setenta y que requiere la articulación de diferentes organizaciones a nivel zonal, municipal o nacional, según sea el caso. En menor medida, hubo 31 tomas de entidades, 13 invasiones de terrenos, con los consecuentes intentos de desalojo y resistencia a los mismos, y 8 bloqueos de vías, realizadas por pobladores en calles estratégicas de la ciudad.

Segundo periodo (1983 – 1991)

Comprende los gobiernos de Belisario Betancourt y Virgilio Barco y primer año de gobierno de César Gaviria hasta la elaboración de la actual Carta Política. Como ya se señaló, la política de Betancourt frente al incremento de la insurgencia armada y de la acción colectiva fue la de iniciar un Proceso de Paz con algunos movimientos alzados en armas y el anuncio de una apertura democrática para legitimar las instituciones frente a la ciudadanía; dicha apertura creó una estructura de oportunidades favorable a la organización y movilización popular; en Bogotá, como en todo el país, surgieron movimientos cívicos, se fortalecieron las organizaciones de viviendistas y el movimiento comunal inició un proceso de articulación nacional.

La explosión de organización y movilización social estuvo también estimulada por el tono social del discurso presidencial y el programa de gobierno que anunciaba casas sin cuota inicial, erradicación de la pobreza absoluta y entrega de subsidios a las familias de escasos recursos. Tal vez por el contraste entre estas expectativas de mejoramiento de la calidad de vida y la persistencia de las adversas condiciones de existencia de los barrios populares, agudizadas con los efectos de las

primeras medidas de ajuste fiscal iniciado en 1985³, los principales motivos de las protestas en Bogotá continuaron siendo los servicios públicos, tanto por su acceso como por el precio de sus tarifas (59 acciones) y los servicios sociales (33 acciones).

Hubo 58 protestas motivadas por el incumplimiento de las políticas gubernamentales anunciadas, en particular, el anuncio de las vivienda sin cuota inicial, a la vez que se descongelaron los cánones de arrendamiento. Otro proyecto que generó movilizaciones fue el Programa Integrado de desarrollo para Ciudad Bolívar; esta vasta zona del sur de la ciudad que tuvo el mayor crecimiento de la década y fue convertida en Alcaldía menor en 1984; pese a que dicho proyecto fue anunciado con pitos y tambores, su lenta ejecución generó varias luchas por parte de sus habitantes.

Llama la atención que el tercer motivo de las movilizaciones continuaron siendo de denuncia por la violación de derechos humanos (39 acciones). Ello se explica porque, una vez concluido el gobierno de Turbay disminuyeron las detenciones arbitrarias, pero se incrementaron los asesinatos y las desapariciones forzosas, protagonizadas por las nacientes organizaciones paramilitares; dicha aparición de estas organizaciones criminales fue el resultado de la confluencia entre el desagrado de los militares con el proceso de negociación iniciado por los 2 gobiernos siguientes con las guerrillas y la expansión del poder territorial del narcotráfico.

El repertorio de modalidades de movilización fue similar al del periodo anterior, con algunas leves modificaciones. Las manifestaciones públicas (marchas, plantones) fueron la principal forma de protesta (147 acciones); un poco más abajo estuvieron los bloqueos de vías (41), las confrontaciones directas con la fuerza pública (35), la toma de entidades estatales (31), los paros cívicos (29) y las invasiones de terrenos (15).

Hasta un mes antes de la Toma del Palacio de Justicia por el M19 y respuesta contundente de las fuerzas armadas (noviembre de 1985), la plaza de Bolívar acogía numerosas manifestaciones públicas de los diferentes sectores de población de la ciudad. Después del hecho sangriento pasaron 10 meses sin que se dieran marchas o concentraciones populares. Este hecho, y la escalada de violencia política vivida a fines de la década de los ochenta, permiten comprender el descenso súbito de la protesta social en la ciudad entre 1989 y 1991. Sólo en 1988 hubo 4380

³ En ese año, el gobierno de Betancourt firma un acuerdo con el FMI, cuyas exigencias eran ya: apertura económica; medidas antiinflacionistas y una serie de procesos de liberalización en el sector financiero, que buscaron liberar tanto las tasas de cambio como las de interés.

personas asesinadas por razones políticas: enfrentamiento entre guerrillas y fuerzas armadas, masacres, y asesinatos selectivos a dirigentes sociales y activistas de izquierda (PALACIO Germán, 1991: 106).

Durante el primer año del gobierno de César Gaviria confluyeron los efectos de la guerra sucia con las expectativas de transformación institucional generadas por la culminación de la negociación de paz entre el gobierno y algunos grupos guerrilleros y la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente. Como resultado, bajó en número de protestas tanto en Bogotá como en el conjunto del país, donde además, habían comenzado a gobernar la primera generación de alcaldes municipales elegidos por voto popular.

A modo de balance de la protesta urbana entre el 14 de septiembre de 1977, día del Paro Cívico Nacional y 31 de agosto de 1991, día en que nace la Nueva Constitución, en Bogotá se registraron 259 protestas protagonizadas por los pobladores de sus barrios populares, distribuidas así (GARCIA, 1992: 359): 137 movilizaciones, 42 petitorios, 23 tomas de oficinas de instituciones estatales, 32 paros cívicos y 25 amenazas de paro. La autora, afirma que las luchas urbanas en Bogotá no son pluriclasistas, sino que tienen un fuerte carácter popular, tanto por las organizaciones que las convocan como por la base social que se moviliza.

3.2. Las luchas urbanas durante el proceso de descentralización

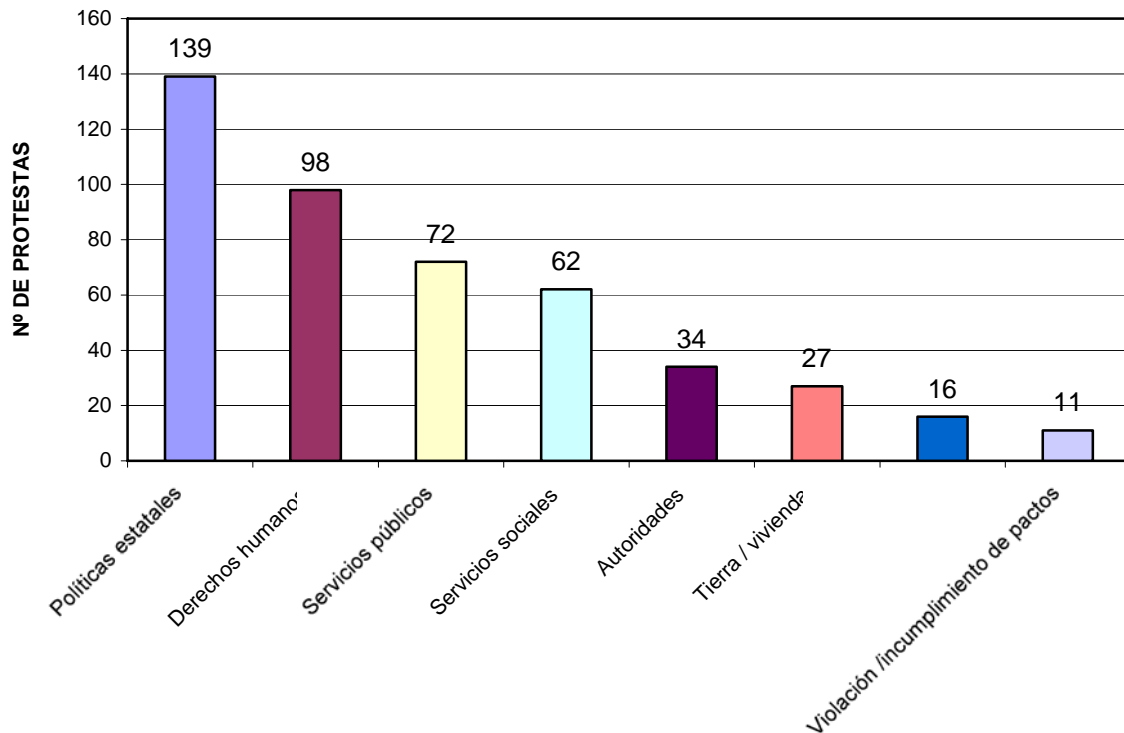
El tercer período (1992 – 2000), corresponde a los años durante los cuales se han implementado las reformas institucionales de descentralización ya señaladas. Como puede apreciarse en el Gráfico 1, a diferencia de lo que esperaban sus propulsores, la protesta urbana no se desactivó, sino, por el contrario, estuvo en ascenso hasta alcanzar 479 acciones, 93 de ellas en 1999, nivel nunca visto en la historia reciente del país. A continuación, se describe e interpreta dicho comportamiento de la acción colectiva, en cada uno de los aspectos abordados para los períodos previos: motivos, adversarios y modalidades de lucha asumidas.

Los motivos y sus factores explicativos

En cuanto a los motivos (Ver Gráfico 2), se aprecia un cambio importante que consiste en que las principales razones de las protestas realizadas durante esos 9 años tienen que ver con políticas estatales (139 casos) y en defensa de derechos humanos (98 casos), por encima de los servicios públicos y sociales, que juntos, suman 134 acciones. Le siguen las luchas contra medidas o

acciones de autoridades (34), las luchas en torno a la vivienda (27), el defensa del medio ambiente (16) e incumplimiento de promesas (11).

GRAFICO # 2
MOTIVOS DE LA PROTESTA
EN BOGOTA PERIODO 1992-2000



Fuente: base de datos CINEP

Esta transformación en los objetos de las luchas, puede ser explicada en relación con los tres procesos históricos nacionales que definen el periodo: el nuevo orden institucional generado con la Constitución de 1991, la aplicación de las políticas neoliberales y sus consecuencias sociales en la ciudad y el recrudecimiento de la violencia política; la combinación de dichos procesos generó las condiciones para que la protesta se mantuviera e incrementara y se definiera en torno a los temas señalados.

Como ya se planteó al comienzo de este capítulo, el proceso constituyente y su resultado, la Carta política de 1991, fue el producto de una coyuntura política marcada por el proceso de desmovilización de varios movimientos insurgente que alimentó la expectativa de conciliación nacional en torno al propósito de construir una paz duradera. A la vez, se realiza durante el gobierno de Cesar Gaviria, quien bajo la consigna de “apertura económica”, acelera la aplicación ortodoxa de las reformas neoliberales iniciada el gobierno anterior.

La pluralidad de actores políticos y sociales presentes en la Asamblea Constituyente dio la posibilidad histórica de reestructurar las instituciones políticas colombianas en función de una perspectiva de Estado social de derecho. En efecto, la presencia de constituyentes del M19 y otras fuerzas de izquierda, de representantes del movimiento indígena, de diferentes grupos religiosos y sectores independientes, permitió un reconocimiento amplio de derechos económico, sociales y culturales, así como la generación de diversos instrumentos para su defensa y exigencia, así como de nuevos espacios de participación ciudadana y la definición de unas reglas claras para el ejercicio de la actividad partidista.

El ambiente de apertura política y la afirmación del Estado como garante de los derechos de los habitantes del país, contribuyó a politizar las protestas protagonizadas por los pobladores de la ciudad. Por un lado, llevó a que los programas de gobierno nacional y distrital, así como sus planes de desarrollo y de política fiscal (reformas tributarias e impuestos de valorización), se convirtieran en contenido frecuente de las luchas de los pobladores durante la década.

Por otro, llevó a que varias de las luchas sociales históricas se abordaran en la perspectiva de derechos. Así, por ejemplo, las demandas por bienes y servicios públicos y sociales se articularon en torno a la bandera de la exigencia de derechos incumplidos por las autoridades, en contravía al mandato constitucional. En consecuencia, en algunas luchas se acudió al uso de instrumentos para exigir su cumplimiento tales como la tutela, la acción popular y el derecho de petición.

Dentro de las luchas contra políticas públicas también se encuentran las relacionadas con el desarrollo urbano: recuperación de espacios públicos, protagonizadas tanto por habitantes de condominios cerrados como por vendedores informales; normas sobre uso de suelo y zonificación; planes de renovación urbana; normas de tránsito para ordenar usos de vías, etc.

El paquete de medidas de ajuste neoliberal implementado por Gaviria y continuado por los 3 gobiernos posteriores, en términos generales, se pueden resumir en los siguientes aspectos:

- 1) Apertura económica, que se traduce en la eliminación de las barreras arancelarias (tarifas, subsidios a la exportación, etc.) para permitir una libre circulación de bienes y servicios con el mercado internacional.
- 2) Medidas antiinflacionistas encaminadas a contraer la demanda y que se expresan en primer lugar por un proceso por independizar la banca central cuya principal función se circunscribirá al manejo de aquellas variables que pueden causar un aumento en los precios de la economía.
- 3) Estímulo a la inversión extranjera, tanto directa en el sector productivo, como en el mercado de capitales. La privatización de empresas públicas se justifica como una solución a los supuestos problemas de su ineficiencia y como un renglón atractivo para la inversión extranjera.

El gobierno Gaviria tomó las medidas más aperturistas, desmontando las medidas de protección que existían sobre algunos sectores de la economía, incluyendo el sector agrícola. La apertura de Gaviria se convirtió en una apertura hacia adentro: una importación de bienes de consumo y suntuarios que compitieron con la industria nacional, parte de ella incapaz de competir en igualdad de condiciones, y menos en capacidad de vender al mercado exterior. A finales de su gobierno, hubo manifestaciones contra las privatizaciones que aunque fueron convocadas por sindicatos tuvieron participación de pobladores populares organizados.

En cuanto a las medidas antiinflacionarias, la reforma constitucional del 91 introdujo la independencia del Banco de la República, otorgándole como principal función la vigilancia y el control de la inflación. En un proceso relativamente gradual el país desmontó el sistema de tasa de cambio del "goteo" a través del cual la tasa se iba devaluando progresiva y lentamente, para imponer una banda cambiaria y finalmente dejarla fluctuar a los vaivenes del mercado.

La legislación en materia de inversión extranjera y remesas al exterior se flexibilizó con el fin de atraer capitales foráneos. Por otro lado, se inicia un significativo proceso de privatización de empresas estatales con el supuesto de mejorar su eficiencia y reducir el déficit fiscal. Por el contrario, éste ha aumentado por el crecimiento de la deuda externa. Al comenzar la década, en

1990, la deuda del país era de 15.471 millones de dólares, una de las más bajas de América Latina; en el 1995 aumentó a 24.928 y en el 2001 alcanzó los 38.752 millones de dólares; entre 1990 y 2001, la deuda pública pasó del 15% al 42% del PIB.

Este conjunto de políticas condujo al país a un proceso de desindustrialización y de desagriculturización del país. Efectivamente, casi un millón de industrias pequeñas y medianas que no estaban en capacidad de competir con los bienes importados cerraron sus puertas; en sólo el año 1999 entraron en concordato 198 empresas. Mientras tanto, el sector agrícola entraba en una profunda crisis derivada de la apertura indiscriminada a las importaciones de este tipo de productos al mercado nacional. El peso de dicho sector pasó del 41% en 1950 al 11% en el 2000 y la tierra que en se entonces representaba el 20% de la renta nacional, se redujo al 1% al terminar el siglo XX (MACHADO, 2001).

Las consecuencias sociales del impacto económico negativo del ajuste neoliberal en Colombia durante la década de los noventa, no se hicieron esperar. En primer lugar, un aumento significativo de los niveles de desempleo y precarización del empleo. Mientras que en 1989, la tasa del desempleo era del 8.9%, a lo largo de la década de lo noventa fue aumentando hasta el 20.5% en el año 2000 (DANE, 2003). Para ese mismo año, el 65% de los ocupados ganaban menos de dos salarios mínimos legales y sólo el 6% recibe más de 5 salarios mínimos (El Tiempo, 17 de noviembre de 2001). En términos de ingresos, el promedio anual per cápita paso de US \$ 2.158 en 1994 a \$ US 2.043.

Otro resultado fue un aumento de la pobreza. Según la CEPAL, de los 40 millones de colombianos al comenzar el siglo XXI, 26 millones, es decir el 60% estaban en situación de pobreza y 9 millones de éstas, en situación de indigencia. de personas viviendo con ingresos por debajo de la línea de pobreza. Por efectos de la apertura neoliberal, el número de pobres aumentó entre 1996 y 2000, de 21 millones a 26 millones; es decir 5 millones de nuevos pobres en 5 años.

A pesar de que entre 1991 y 1995, la nueva Constitución favoreció el aumento del gasto social, durante la segunda mitad de la década, éste disminuyó, pasando del 18.3% en 1995 al 15.2% en 1999. Contrasta con esta situación, el aumento del gasto militar, que ha mantenido una propensión creciente desde mediados de la década del 90 pasando de niveles cercanos al 5% del PIB para situarse en el 2002 por encima del 8% (CGR, 2004).

A lo largo de los noventa, los habitantes de los barrios populares de Bogotá también se vieron afectados por los efectos nefastos de la apertura neoliberal. A pesar de que los indicadores en materia social de la capital, históricamente han estado por encima del promedio nacional⁴, la pobreza y la desigualdad se ha incrementado más rápidamente en Bogotá durante la década del noventa. En particular, existe un gran contraste entre las localidades donde viven los estratos altos y aquellas donde están los estratos populares.

En cuanto a pobreza, el número de habitantes en esta condición aumentó entre 1993 y 1999, de 2.443.411 a 2.911.419, con una variación de 468.008 personas (AVENDAÑO, 2000: 29). Estas cifras son más preocupantes si tenemos en cuenta que la indigencia se duplicó en ese lapso, pasando de 434.973 a 829.601 personas, con los consecuentes problemas de desnutrición y morbilidad.

Al analizar la concentración del ingreso en la ciudad se confirma la inequidad evidenciada para las décadas anteriores: en 1995, mientras el 30% de los hogares mas pobres recibía el 8,7% del total de la ciudad, el 30% de mayores ingresos, recibía el 70.6% y el 10% más rico, recibía el 38% de los ingresos totales. Al cruzar el indicador de línea de pobreza con la ocupación del jefe de hogar, se encuentra que teniendo como base que el 34.7% de los hogares de la ciudad son pobres, dicha pobreza cubre al 40% de los asalariados, al 36% de los trabajadores independientes y al 100% de las trabajadoras domésticas. (DANE, 1995)

El contraste entre localidades durante la década también fue notorio. En 1993 el índice promedio de NBI en Bogotá era del 14.1%; mientras para una Localidad de estrato alto, este porcentaje era del 5,2%, en localidades como San Cristóbal y Ciudad Bolívar, este índice llega al 25 y al 28% respectivamente. Esta realidad se confirma también en los ingresos per cápita en el mismo año; mientras que en la localidad de estrato alto era \$ 3.396.800, en las dos localidades populares era de \$ 976.900 y \$ 872.100, es decir, cuatro veces menor.

En materia de empleo, entre 1990 y 1995 Bogotá fue la ciudad que presentó mayor crecimiento entre 1990 y 1995; mientras la tasa de crecimiento anual en las 7 mayores centros urbanos fue de 2,61%, la de Bogotá fue de 3,4%. Sin embargo, el desempleo creció entre el 1995 y el 2000 del 7.6% al 20.3% y la mayor fuente de empleo a lo largo de la década fue el sector informal que

⁴ Por ejemplo, mientras en 1993 y 1998 la población en situación de pobreza era del 57.8% y 51 % a nivel nacional, en Bogotá era de 44.9% y el 37% respectivamente (Misión Social, 1999).

alcanzó el último año el 50% de la población trabajadora de la ciudad, con la consecuente precariedad de ingresos y condiciones laborales.

En materia de vivienda, de los dos millones de familias que en Colombia que no la poseían en el año 1999, 300.000 habitaban en Bogotá. Esta alta proporción estuvo asociada tanto al crecimiento vegetativo, como la constante migración (en 1993 el 41% de los habitantes e la ciudad eran inmigrantes). Para ese año, el porcentaje de viviendas con hacinamiento crítico era para el país, del 11.1% y para Bogotá del 7.9%. (AVENDAÑO, 2000: 31) .

El constante flujo migratorio llevó a que entre 1985 y 1995 se formaran 26 barrios irregulares por año, pese a que los gobiernos de Castro y Mockus realizaron una fuerte campaña de legalización de esos asentamientos. Solo durante el gobierno de Mockus se legalizaron 846 hectáreas. Creación del Banco de Tierras y Metrovivienda. Estas medidas, sumadas al hecho de que las oleadas migratorias as recientes no están llegando a la capital sino a los municipios conurbanos, permite comprender la disminución de protestas en torno a la vivienda (27 en 9 años) en contraste con la década anterior.

Algo similar sucede al revisar las cifras entregadas por las empresas de servicios públicos a lo largo de la década del noventa; desde dicha información, se puede concluir que su cobertura es casi total: 98,4% de la energía eléctrica, 96% del acueducto y el 95.6% del alcantarillado. Sin embargo, tal apreciación es menos optimista si se contrasta el número de suscriptores y el total de hogares existentes en la ciudad; así, el déficit d energía sube al 17% de los hogares, el de acueducto al 28.8% y el del alcantarillado al 43.1% (BERNAL, 2000: 14). A lo largo de la década, las protestas por servicios no se encaminaron solo a su consecución, sin también a la calidad de prestación del servicio y al alza de sus tarifas.

El cuarto motivo de las protestas fueron las demandas por servicios sociales. Dado que el mayor porcentaje de población en edad escolar se concentró en las localidades más pobres (46%), las luchas por la construcción o adecuación física de construcciones educativas y la ampliación de cupos, fue frecuente. En cuanto a la salud, las demandas se concentraron en pedir infraestructura y dotación de centros asistenciales y en solidaridad con los trabajadores de los hospitales que fueron cerrados en el contexto de la privatización de la salud, durante el gobierno de Pastrana. Finalmente hubo algunas movilizaciones en demanda de seguridad; aunque dicho problema disminuyó a lo largo

de la década, en algunos barrios, la existencia de pandillas juveniles, el asalto a residencias y la venta de drogas motivó algunas protestas.

El tercer factor que permite comprender el contenido de las protestas de los bogotanos a lo largo de los noventa, en particular las marchas por la paz y exigiendo respeto a los derechos humanos, fue el incremento del conflicto armado interno y su traslado a las ciudades. Al comenzar la década los grupos insurgentes M19, EPL, PRT y Movimiento Quintín Lame pactaron la paz y se incorporaron a la vida civil y política. No fue el caso de las organizaciones armadas de mayor envergadura y peso histórico, las FARC y el ELN, con unos 18.000 combatientes para ese entonces.

Por otro lado, desde mediados de los ochenta, pero especialmente a lo largo de los noventa fueron cobrando presencia y fuerza los llamados grupos paramilitares, organizaciones criminales, generalmente financiadas por narcotraficantes y grandes terratenientes, que fueron copando vastas áreas de la geografía nacional, especialmente en la región norte y nororiental del país. En aquellas zonas donde no existía plena hegemonía de los grupos insurgentes y en aquellas donde existían actividades ilícitas o lícitas de gran rentabilidad como cultivos de coca y amapola o producción aurífera, se dieron inicialmente las principales confrontaciones entre paramilitares y guerrilleros.

En los noventa, dichos enfrentamientos se han venido extendiendo a lo largo de la geografía nacional, reconfigurándose el mapa de control territorial de estos actores armados. Las 64 frentes de las FARC, mantuvieron el control del piedemonte de la cordillera oriental, la mayor parte de las selvas del suroriente y algunas zonas históricas en todo el país. El ELN mantuvo su influencia en grandes áreas del nororiente del país, pero la perdió en el Magdalena Medio frente al avance de los paramilitares. Estos, además de garantizar control total del norte (departamentos de la Costa Atlántica) y el noroccidente (Antioquia), ocuparon áreas dentro de los llanos orientales y de la región Pacífica y áreas estratégicas de producción de cultivos ilícitos y rutas de comercialización.

Además de la confrontación militar directa, los diferentes actores armados, han utilizado la coacción, intimidación y asesinato de la población civil. En el caso de los paramilitares fueron habituales las masacres y el desplazamiento forzoso de poblaciones, práctica que también fue sumiendo las FARC en los nuevos territorios conquistados o recuperados a los paramilitares. Del mismo modo, todos los actores convirtieron en una práctica habitual el cobro de impuestos y el secuestro extorsivo en sus zonas de influencia. Este deterioro de la guerra, se tradujo en el drama del desplazamiento interno

que se agudizó durante los últimos años de la década y, que según los analistas, superó un millón de personas en la última década. La ciudad de Bogotá ha sido su principal receptor; según una ONG, hasta el año 2000 habían llegado a la ciudad unas 480.000 personas, el 23% del total de la población desplazada del país.

Una tendencia que se fue perfilando desde mediados de la década fue la urbanización del conflicto. En primer lugar, ciudades como Medellín y Cali fueron escenario de la confrontación entre los carteles del narcotráfico; ambos bandos se identificaron a comienzos de la década contra la extradición, colocando bombas en la capital de la República. Por otro lado, guerrillas y paramilitares han llevado su lucha territorial a los barrios periféricos de las principales ciudades, llegando a niveles inusitados especialmente en Medellín, ciudad que, a la larga, quedó bajo el dominio paramilitar.

En Bogotá, la presencia del paramilitarismo y las milicias urbanas de la guerrilla ha sido menor. En las zonas de la ciudad donde hicieron presencia, generalmente comenzaron ejerciendo violencia sobre los jóvenes, a través de amenazas y asesinatos selectivos. La mayoría de las protestas en defensa de derechos humanos se realizaron en denuncia de estos actos de "limpieza social" contra los jóvenes o dentro de jornadas nacionales por la paz y búsqueda de resolución del conflicto armado.

Adversarios y modalidades de las protestas

En coherencia con los motivos de protesta, los adversarios de la misma también cambiaron. En primera medida, las luchas (198) estuvieron dirigidas contra el gobierno distrital. Durante la alcaldía de Jaime Castro (1992 -1994) las 66 acciones contra su gobierno o las entidades municipales, estuvieron referidas a los servicios públicos, malla vial, vivienda y legalización de barrios, prevención de desastres y protección del medio ambiente; otras estuvieron relacionadas con el incipiente proceso de descentralización, pidiendo transferencia oportuna de recursos a los Fondos de Desarrollo Local y ejecución de Planes locales (GARCIA, 1997: 114).

La mayor parte de las 58 protestas contra la administración de Antanas Mockus (1995 – 1997) no estuvieron referidas principalmente en torno a los servicios públicos como lo fue en el de los 17 años anteriores, sino a los servicios sociales, particularmente a la educación. Se destacaron las protestas de los habitantes de algunas localidades (Bosa, Suba y Usaquén) contra la reubicación de los habitantes del barrio Los Comuneros que fueron desalojados de un lote propiedad de los

Ferrocarriles Nacionales, que ocuparon por décadas. Otra movilización contra su reubicación lo protagonizaron los pobladores del Tintal, ubicado en la ronda del Río Tunjuelito, a la que se sumaron pobladores de otros barrios.

Un tercer grupo de conflictos contra la administración del alcalde filósofo fue la protagonizada por los transportadores y conductores frente a medidas regularizadoras de rutas y uso de vías, a favor de los usuarios del transporte. También hubo tres movilizaciones de taxistas pidiendo seguridad para su trabajo y sus vidas y una de propietarios de empresas transportadoras en contra de la orden de sacar de circulación los modelos de más de 25 años de funcionamiento.

Contra la administración de Enrique Peñalosa (1998 – 2000), se realizaron 97 actos de protesta. Vendedores ambulantes y estacionarios, indigentes y transportadores protestaron frente a medidas de restitución del espacio público o renovación urbana (GARCIA, 2000: 99). En segundo lugar, las demandas contra las autoridades distritales estuvieron referidas a servicios públicos domiciliarios y servicios sociales, en particular por la educación pública, cuya reestructuración fueron entendidos por las comunidades educativas como intentos de privatización.

Las luchas de los transportadores contra la administración continuaron, por la continuidad de las políticas de restitución de vehículos viejos, la regulación de tarifas y la organización de rutas. La construcción del sistema de transporte masivo “Transmilenio”, también trajo la oposición de los pequeños propietarios de buses, excluidos de la empresa creada para su usufructo.

El segundo adversario de las luchas urbanas del período fueron los gobiernos nacionales, especialmente contra sus políticas macroeconómicas y sociales que la población asumió como violatorias a sus derechos, dentro del nuevo lenguaje incorporado por la Constitución de 1991. Durante la administración de Castro, las 10 medidas de carácter nacional rechazadas fueron el racionamiento de energía, la reforma a la seguridad social y la privatización de servicios públicos; a estas acciones hay que agregar las marchas presionando un clima favorable para la paz y a favor de los derechos de las mujeres. Durante el gobierno de Mockus hubo 27 acciones contra el gobierno nacional, asociadas a la demanda de apoyo a la educación pública y al cumplimiento de las políticas de vivienda, empleo y seguridad social anunciadas por el presidente Samper.

Finalmente, durante la administración Peñalosa, que coincidió con los dos primeros años del gobierno de Andrés Pastrana, las 55 luchas contra el gobierno nacional estuvieron referidas, en

primer lugar al respeto y protección de derechos civiles, políticos, económicos y sociales consagrados en la Constitución. Así, por ejemplo, hubo marchas motivadas por el asesinato de dirigentes políticos y sociales, por desapariciones y masacres cometidas por paramilitares, por el derecho a la paz y por equidad de género. Hubo varias protestas contra el Plan de desarrollo del gobierno, que anunciaba medidas de corte neoliberal (privatización, liquidación de entidades oficiales, reforma laboral y política fiscal) y el Plan Colombia, que había sido negociado en secreto con los Estados Unidos.

La propuesta del gobierno de autofinanciación de las universidades públicas provocaron airadas protestas de sus profesores, empleados y estudiantes. Del mismo modo, el cierre de hospitales y la crisis del sistema de salud nacional también provocaron movilizaciones de la población. La disminución de fondos destinados a programas de atención a adultos mayores y la infancia, provocaron acciones colectivas de ancianos y madres comunitarias. Finalmente, se destacan las protestas de los deudores hipotecarios del sistema UPAC (unidades de valor constante) que hizo crisis ante la imposibilidad de los deudores de pagar sus crecientes obligaciones.

En cuanto a las modalidades de la acción colectiva entre 1992 y el 2000, el repertorio es similar al de la década anterior destacándose la gran cantidad de manifestaciones (291 acciones), seguida muy de lejos de los bloqueos de vías (92 casos), toma de instituciones (33), confrontación con la fuerza pública (32) y paros cívicos (25). Las marchas y concentraciones se efectuaron principalmente hacia y en la Plaza de Bolívar, pero también se dieron frente a las Alcaldías Locales e instituciones cuestionadas. Los bloqueos de vías fueron comunes para presionar respuestas inmediatas a demandas urgentes, como fue el caso de las realizadas por los barrios del nororiente de la ciudad entre 1992 para demandar la construcción de vías de salida del sector.

Aunque los Paros Cívicos disminuyeron en esta década, vale la pena valorar su importancia, dado que requiere la preparación y coordinación de diferentes actores sociales. Los que se dieron durante la última fase de la administración de Castro y generalmente estuvo asociada a las expectativas frente a las bondades de la descentralización. Así, por ejemplo, en junio de 1993 los habitantes de la localidad de Engativa realizaron un Paro Cívico para protestar por el mal estado de la malla vial y en octubre del mismo año, las organizaciones populares y algunas JAC de Ciudad Bolívar realizan un Paro Cívico que bloqueó dos salidas estratégicas de la ciudad durante 13 horas (El Tiempo, 12 de

octubre de 1993). Dado el impacto de los paros, otra forma de presión hacia las autoridades, fue la de la amenaza de realizarlos mediante la entrega de pliegos de solicitudes.

3.3. Las tendencias globales de las luchas urbanas en Bogotá

Luego de presentar el comportamiento de las luchas manifiestas protagonizadas por los pobladores bogotanos en los tres períodos establecidos durante el último cuarto de siglo XX, se intentará hacer un balance de sus tendencias y elaborar algunas reflexiones sobre sus significados. Nos referiremos a su comportamiento temporal, a las continuidades y cambios en cuanto a los motivos, adversarios y modalidades de acción, y a su distribución territorial en las diferentes localidades en que se divide la ciudad. Además de la información presentada, nos apoyaremos en algunos gráficos que resumen la información del periodo con respecto a los aspectos señalados.

En primer lugar, que los ciclos correspondientes a los tres periodos están determinados principalmente por las coyunturas políticas nacionales, más que por las problemáticas propiamente urbanas que las motivan o por una historia interna del movimiento popular urbano, si lo hubiere. En su calidad de capital del país, asiento de las autoridades nacionales y de los medios de comunicación, así como epicentro de las dinámicas económicas y políticas de mayor peso en la vida del país, las luchas de los pobladores y de sus organizaciones son altamente sensibles a las estructuras de oportunidad que ofrecen los cambios de coyuntura.

En efecto, los dos ciclos de declinación de la acción colectiva coinciden con dos etapas de persecución y represión de la oposición política y social en el país: el de aplicación del estatuto de Seguridad, bajo el gobierno de Turbay Ayala y la llamada “guerra sucia” contra las bases y dirigentes sociales y de la izquierda en el país, llevada por una combinación siniestra entre paramilitares y sectores de las fuerzas armadas. Así mismo, los ciclos de ascenso de las luchas urbanas corresponden con gobiernos o coyunturas políticas de apertura política y expectativa de cambios institucionales (administración de Belisario Betancourt y Ernesto Samper, promulgación de la nueva Constitución Política).

Estos ciclos encuentran plena correspondencia con los de otras protestas asentadas en la ciudad como las luchas sindicales, cuyo comportamiento durante el periodo fue similar, en contraste con las luchas indígenas y campesinas cuyo comportamiento temporal durante el período tuvo su propia lógica. En una rigurosa investigación realizada por el CINEP sobre luchas sociales en Colombia en

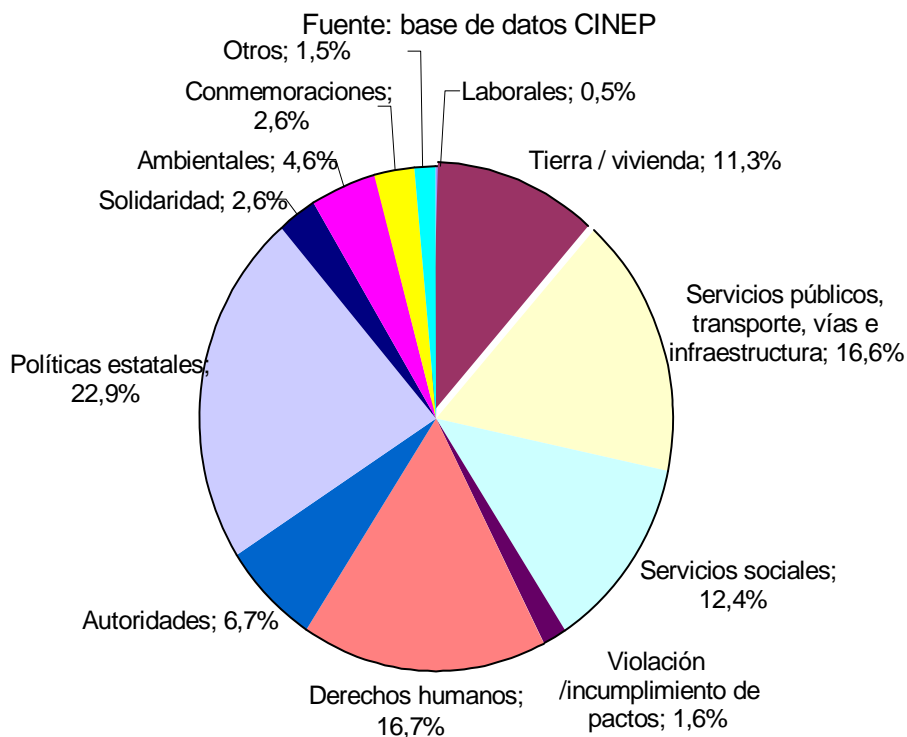
el último cuarto del siglo XX, se encontró que el 34% de las protestas fue protagonizada por trabajadores asalariados y el 28% por pobladores; es decir, la acción colectiva de estos dos actores corresponde a más del 60% del total del país (ARCHILA y otros, 2002).

Esta coincidencia entre acción sindical y luchas urbanas, no puede entenderse como confirmación de algún “destino histórico” ni mucho menos de la existencia de una vanguardia obrera. Tiene que ver con el hecho de compartir experiencias comunes en su calidad de habitantes de la ciudad: en los contextos urbano populares, pese a su heterogeneidad ocupacional de sus habitantes, las dinámicas de socialización, comunicación y organización territorial contribuye a generar cierta solidaridad e identidad genérica de clase, manifiesta en sus representaciones cotidianas como “pobres” o “pueblo” y en los discursos de los actores movilizados donde son frecuentes expresiones como clases populares, sectores populares y movimiento popular para referirse a sus poblaciones y acciones en conjunto. La presencia conjunta de ambas categorías sociales en la preparación y desarrollo de los Paros Cívicos locales, regionales y nacionales puede dar una pista en la exploración de esta hipótesis

Una segunda consideración tiene que ver con los motivos de las protestas, resumidos en los Gráficos 3 y 4. Durante el período estudiado (1977 – 2000), las luchas contra políticas sociales tuvieron la mayor frecuencia (22.9%), seguida por las luchas en torno a la defensa de derechos humanos (16.7%) y por los servicios públicos e infraestructura urbana (16.6%). A continuación están las protestas en torno a servicios sociales (educación, salud, recreación) con un 12.4% y la vivienda con un 11%; los demás motivos representan menos del 10% del total.

Este peso de las razones más políticas frente a las de índole más material no fue constante durante el lapso estudiado, sino que, fue cobrando peso a lo largo de la década de los noventa. Tendencia contraria tuvieron las luchas en torno a servicios públicos y vivienda, mayor en la década anterior y que descendió en los noventa; las luchas por servicios sociales, mantuvieron un comportamiento constante a lo largo del cuarto de siglo estudiado. Indudablemente, el panorama político generado con el nuevo orden constitucional y el recrudecimiento de la violencia política durante la década de los noventa aportan la clave para comprender esta “politización de la protesta”. Como ya se señaló, la Carta Política de 1991 no sólo generó expectativas de cambio, sino que dotó a las organizaciones sociales de un referente discursivo y valorativo desde el cual justificar sus luchas, sin ser acusados de subversivos o terroristas.

GRAFICO # 3
MOTIVOS DE LA PROTESTA EN
BOGOTA 1977 - 2000



Por eso, la defensa de los derechos civiles, políticos, sociales, económicos y culturales de los ciudadanos, se convirtió en bandera común de los movimientos sociales, a la vez que los sectores políticos y sociales dominantes emprendieron una campaña para echar atrás las modestas conquistas jurídicas de la gente de común. Así mismo, la oleada de formación ciudadana y constitucional que se promovió tanto desde instancias oficiales como por ONGs, actualizó la educación política de las organizaciones, pobladores y estudiantes, que generó un clima propicio a movilizaciones contra políticas estatales y medidas gubernamentales que se consideraron lesivas contra los derechos de los habitantes de la ciudad o de la soberanía.

Por otra parte, el recrudecimiento y deterioro del conflicto armado colombiano, trajo consigo la violación generalizada de los derechos humanos, en particular el de la vida y el crecimiento cuantitativo de asesinatos y masacres, así como del desplazamiento y el secuestro. Las denuncias por la violación de los derechos humanos, que inicialmente fue enarbolada por la izquierda política y

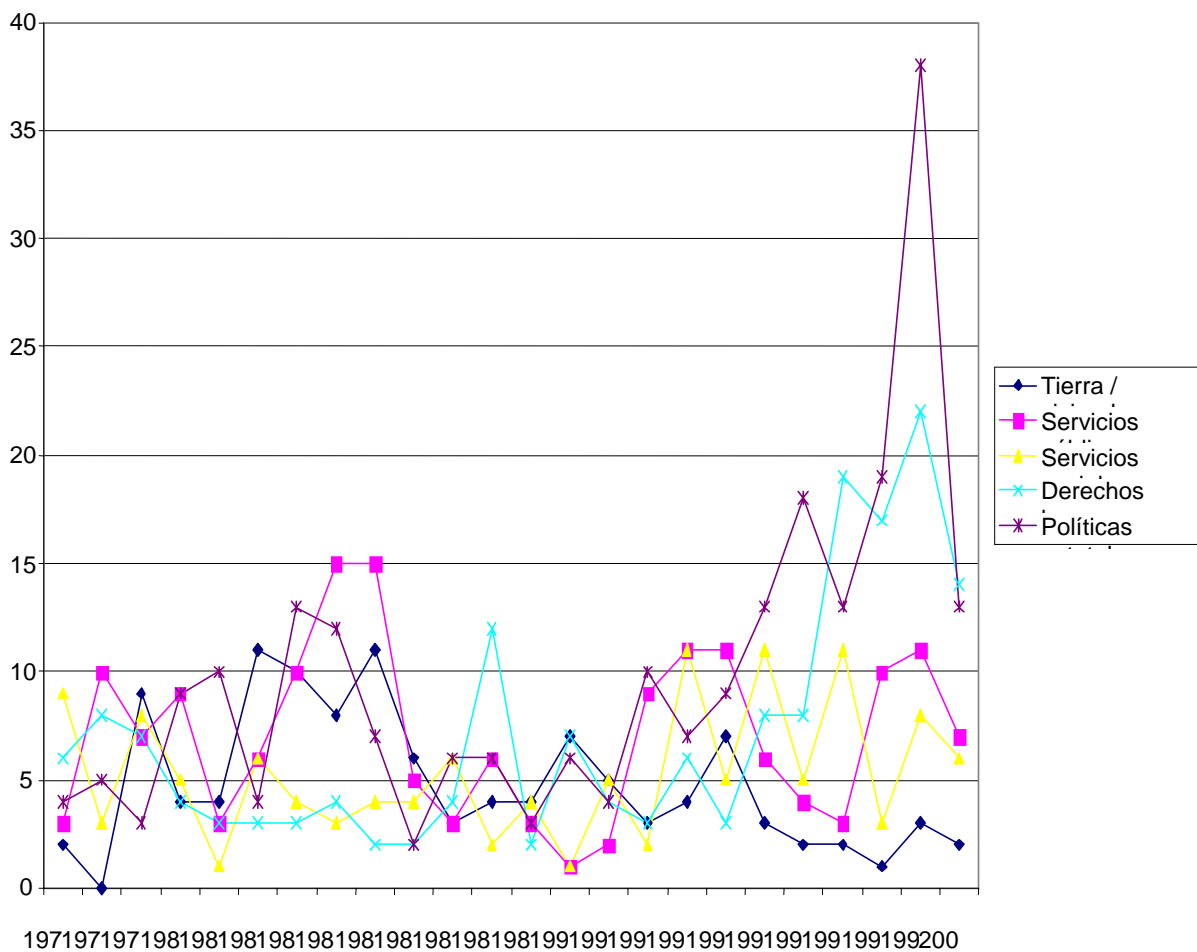
social durante los dos ciclos de represión identificados, involucró durante el último lustro a vastos sectores sociales y políticos afectados por la expansión de la violencia. Por ello, diferentes actores políticos y sociales, convocaron, con cada vez más frecuencia a marchas y acciones simbólicas “contra la violencia” y “los actores armados”, así como por “la paz” y la resolución negociada del conflicto.

La presencia de las luchas referidas a problemas relacionados con la infraestructura urbana, vivienda, transporte, servicios públicos y sociales se mantuvo, dada la persistencia de estas problemáticas, en una ciudad que no detuvo su crecimiento espacial y poblacional y bajo los efectos de las políticas de ajuste que afectaron la calidad de vida de sus pobladores. Sin embargo, su magnitud tendió a declinar en los noventa, debido a la continuidad de las políticas de los 3 alcaldes, quienes – con orientaciones diferentes – compartieron el propósito de modernización física, institucional y cultural de la urbe. Control a la urbanización clandestina, regulación de barrios ilegales y el transporte, y ampliación de la cobertura de servicios, llevaron a que las protestas por estos motivos tuvieran más que ver con la calidad de los mismos y su costo.

El desfase permanente entre creciente demanda de servicios educativos, de salud y recreación, junto con las restricciones al gasto social impuestas por la banca internacional a los gobiernos nacional y distrital desde mediados de los noventa, explica la permanencia de protestas en torno a estos temas. Demandas que en varias ocasiones fueron movilizadas tanto por los pobladores “usuarios”, como por los trabajadores del respectivo sector (profesores y empleados de la salud).

El adversario global de las protestas durante el período fue el Estado, expresado en el gobierno nacional y distrital o en las instituciones oficiales de uno u otro orden. Dado el carácter mayoritario de las demandas de las luchas (servicios públicos y sociales, por un lado y derechos humanos y oposición a actuaciones gubernamentales, por el otro), es al Estado al que le corresponde atenderlas, en su calidad de responsable de la política pública, garante de los derechos colectivos o ejecutor de los programas, proyectos y actuaciones consideradas como lesivas para los manifestantes.

GRAFICO # 4
MOTIVOS DE LA PROTESTA
EN BOGOTA 1977 - 2000



Fuente: base de datos CINEP

Cabe destacar que la mayor cantidad de protestas del período se dirigieron al Gobierno Distrital (314 acciones), la mayor parte de ellas efectuadas durante los 9 años de existencia del proceso descentralizador; la mayor visibilidad pública de los Alcaldes electos por voto popular, quienes por primera vez trabajaron en torno a Programas de Gobierno, formalmente nutridos de los aportes de la ciudadanía, así como la existencia de planes y presupuestos locales, trasladaron al ámbito municipal, la destinación del inconformismo social.

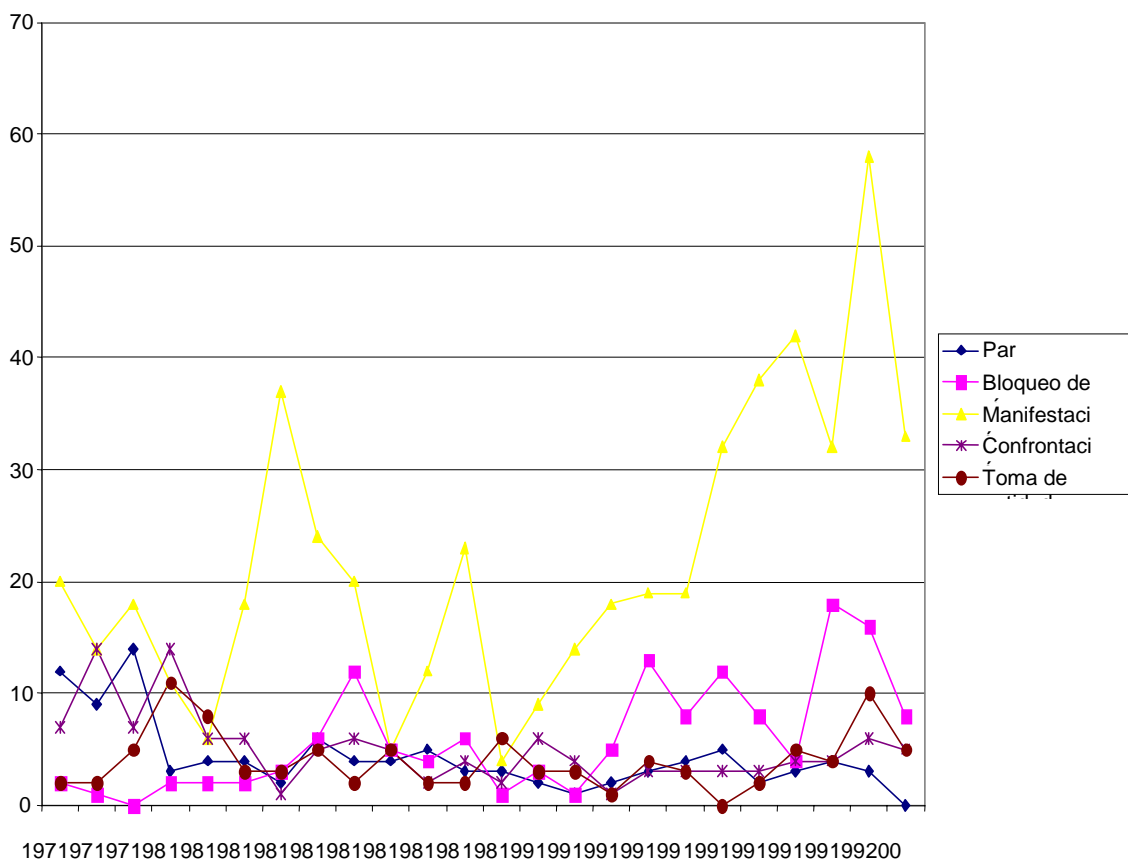
El gobierno nacional fue el blanco de 278 protestas, la mayor de ellas durante los 15 años previos a la nueva Constitución y muy al final del período estudiado. La primera y más extensa fase en la que las autoridades nacionales fueron objeto de las luchas, se explica por la preponderancia pública del

ejecutivo frente a la ciudad, dado que el Alcalde de la ciudad, al igual que en México, era un funcionario nombrado por aquel, ocupando un segundo plano en el escenario público. El ciclo de aumento de demandas frente al gobierno nacional evidenciado entre 1998 y 2000 está directamente relacionado con el programa de gobierno y primeras acciones del gobierno de Pastrana, que por su contenido en contravía de la concepción de Estado social de derecho, atrajeron la crítica de unos movimientos y organizaciones sociales repolitizados a lo largo de la década.

El repertorio de modalidades de lucha manifiesta para expresar el inconformismo y de reclamar las reivindicaciones (ver grafico), fue restringido. Durante los 24 años estudiados, cinco fueron las formas principales de protesta. En primer lugar, las manifestaciones públicas, entendidas como marchas y plantones ante las sedes de las instituciones públicas nacionales y distritales o en espacios centrales simbólicos como la Plaza de Bolívar.

Su duración en el tiempo varía, pero nunca supera las 4 horas; en algunas ocasiones implican también bloqueo de vías y enfrentamiento con la policía antimotines, pero su identidad está marcada por la existencia e un motivo central que la justifica, la exhibición de pancartas u otros medios para expresar las demandas o políticas controvertidas. Generalmente terminan con la intervención oral de los convocantes, aunque en los últimos años se han incorporado otras formas más expresivas como la presentación de artistas solidarios con la causa o la representación de comparsas o instalaciones escénicas.

GRAFICO # 5
MODALIDADES DE PROTESTA
EN BOGOTA 1977 - 2000



Fuente: base de datos CINEP

En segundo lugar están los bloqueos de vías (14%), mecanismo de presión generalmente empleado por los habitantes de los barrios, quienes con una preparación previa o no, desplazan objetos como rocas árboles, postes y llantas a una vía o carretera importante y detienen el tráfico por varias horas, mientras que la fuerza pública logra dispersar a los manifestantes. Al igual que las manifestaciones, atraen la atención de los medios y de la ciudadanía y logran llamar la atención inmediata de las autoridades, las cuales generalmente, prometen, también ante los medios hacerse cargo de la solución; claro está que la actitud común de los 2 últimos gobiernos distritales de la década fue expresar que sólo hasta que terminara la presión directa de los manifestantes, considerarían sus demandas.

En tercer lugar están las confrontaciones abiertas con la fuerza pública (12%), generalmente protagonizadas por estudiantes universitarios y de secundaria, o en unos pocos casos, de jóvenes, vendedores ambulantes o indigentes que salen a expresar su inconformismo en el enfrentándose directamente con la fuerza pública, objeto de odio acumulado, por el tratamiento consuetudinario a estas categorías sociales. En otros casos es la acción represiva de estos agentes del Estado en redadas callejeras o irrupción dentro de establecimientos educativos o territorios frecuentados por jóvenes y “habitantes de la calle”.

En cuarto lugar están los paros cívicos, que aunque con una frecuencia menor (10%), por su carácter articulador de varias demandas, requiere de altos niveles de organización previa y durante su desarrollo y generalmente moviliza centenares de personas. Generalmente combinan vías de las otras formas de lucha (marchas, concentraciones, bloqueos de vías y toma de instituciones) y casi siempre logran, por la contundencia de su visibilidad, duración y efectos, atraer la atención de los medios de comunicación y concitar la presencia de las autoridades responsables, con quienes se negocia el pliego de demandas. Tal vez por la complejidad de su organización y altos niveles de energía y recursos que exigen, los Paros Cívicos no tienen una alta frecuencia.

Finalmente, otra práctica frecuente de protesta popular es la toma de instalaciones de instituciones estatales o lugares públicos y privados como iglesias o parques (9.4%). También requiere de una preparación previa y de claridad en el objeto de las demandas, pues su llevada a cabo implica la búsqueda inmediata de una negociación con los responsables de la demandas. Como tienen un alto riesgo de ser abortadas por la intervención represiva de la fuerza pública, como sucedió en buena parte de las ocasiones, su presencia en el período también fue escasa.

Por último, vale la pena señalar que de las 20 localidades existentes en la ciudad, las 6 que protagonizaron mayor cantidad de acciones colectivas de protesta a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX, especialmente bloqueos de vías y paros cívicos, fueron aquellas donde tenían presencia organizaciones populares históricas como las analizadas en esta investigación. En primer lugar, la localidad de Kennedy, con 65 acciones; en segundo lugar, Engativa y Ciudad Bolívar con 39 acciones cada una; en tercer lugar, San Cristóbal con 35 acciones, en cuarto lugar Suba y Bosa con 30 protestas cada una. Usaquen, ocupó el lugar 8 entre las 20, con 22 acciones, por debajo de Usme y Fontibón.

A modo de balance, se puede afirmar que pese a la permanencia en el tiempo, la magnitud y en algunos casos, la beligerancia de las protestas analizadas, no pueden ser valoradas como expresión de un movimiento social o popular urbano. La discontinuidad y dispersión de las acciones, la ausencia de instancias de articulación más allá de lo local, el carácter reivindicativo y defensivo de las acciones colectivas y la ausencia de un programa u horizonte de futuro, lleva a ratificar que la denominación más pertinente sea la de luchas urbanas.

Sin embargo, esta relativa precariedad de la reciente acción colectiva urbana en Bogotá no implica que se le considere carente de significación histórica. Además de ser un indicador de los problemas de la ciudad, expresa una tradición de movilización popular presente en la ciudad desde la década del setenta, la presencia de una amplia constelación de experiencias asociativas en los territorios populares y la persistencia de una cultura de la resistencia.

Esta debilidad no ha sido exclusiva de los actores populares urbanos; es común a la de otros movimientos sociales en Colombia, si se le compara con otros países vecinos (ARCHILA, 2002 y 2003). Está relacionada con factores como la violencia que vive el país desde hace más de medio siglo. Inicialmente animada por la oligarquía partidista para controlar el movimiento gaitanista, luego para combatir los grupos insurrectos y luchas populares en las décadas del sesenta y setenta y, finalmente ejercida por los diferentes actores armados en el contexto actual de guerra interna, la violencia ha inhibido la acción colectiva en Colombia. La instrumentalización, estigmatización o criminalización de las acciones colectivas que han cobrado alguna visibilidad o fuerza, impide su consolidación como movimiento. Sólo como ilustración, entre 1990 y 1999 fueron asesinados en Colombia 1366 sindicalistas (ARCHILA, 2002: 250) y condenados al desplazamiento o al exilio a más de tres centenares de sus dirigentes.

Conclusiones

Balance de los hallazgos

La problemática urbana, en particular, la identidad, prácticas asociativas y de movilización de los pobladores populares, así como sus relaciones con el Estado y su potencial de transformación social, han sido constitutivas de los Estudios Latinoamericanos. En la medida en que fueron emergiendo como problema social y político, las ciencias sociales las han investigado desde diferentes perspectivas analíticas, las cuales, a su vez, han sido constitutivas de los imaginarios sociales y de las políticas públicas sobre el tema.

Así, durante las décadas de los cincuenta y sesenta, la teoría de marginalidad de tradición funcionalista vio a los pobladores como masas anómicas, incapaces de incorporarse a la ciudad moderna y un potencial peligro para el orden social. Desde fines de los sesenta, pero especialmente en la década siguiente, la influencia del marxismo en el mundo académico y político, trajo nuevas lecturas que conectaron la marginalidad urbana con el modelo de desarrollo capitalista dependiente y valoraron las luchas reivindicativas como movimientos sociales urbanos con capacidad de transformar la estructura social.

La emergencia de experiencias asociativas y de movilización, protagonizadas por nuevos actores urbanos, que se evidenció desde la década de los ochenta, fue leída por algunos investigadores desde la perspectiva de los nuevos movimientos sociales. Por ello, destacaron las dimensiones culturales y expresivas de sus prácticas, así como su potencial democratizador. Finalmente, con la consolidación de los procesos de democratización institucional iniciados desde mediados de los ochenta, el interés investigativo más reciente ha sido el de analizar los alcances y limitaciones de la participación de pobladores y organizaciones populares en las nuevas dinámicas. Los modelos analíticos de la movilización de recursos y las redefiniciones de la ciudadanía, han sido los referentes interpretativos más recurrentes.

Frente al reto de comprender y explicar la emergencia y permanencia de las organizaciones populares autónomas de la ciudad de Bogotá, así como su papel en la conformación de identidades colectivas y de alternativas políticas durante la década del noventa, se elaboró un modelo analítico que diera cuenta de su complejidad histórica. Basado en aportes provenientes de perspectivas

conceptuales, busca articular diferentes dimensiones que atraviesan la acción colectiva popular, como son: los factores del contexto que la condicionan, las mediaciones sociales y culturales desde las cuales se mantienen, las dinámicas propiamente organizacionales y de movilización social, y los efectos en la configuración de identidades y subjetividades sociales.

A partir de la sistematización de la experiencia de siete organizaciones representativas de la ciudad de Bogotá y este marco analítico y teniendo en cuenta las preguntas que orientaron la investigación, podemos plantear las siguientes conclusiones. En primer lugar, que, como lo señala cadena Roa (1999), la identidad como organizaciones populares autónomas estuvo definida por su origen. En él confluyeron grupos de activistas sociales comprometidos con opciones políticas alternativas y actores sociales emergentes en los barrios, cuyas expectativas y demandas no se resolvían a través de las formas asociativas y estilos de acción comunal preexistentes.

Las nuevas experiencias organizativas crecieron simultáneamente a la consolidación física y social de los barrios, al lograr articularse al previo tejido social y asociativo y al enriquecerlo a través de diferentes iniciativas de integración, asociación y acción colectiva. Esta relación fluida entre nuevas organizaciones y dinámicas previas permitió ampliar la lectura de necesidades de los pobladores y de sus estrategias para resolverlas, sin imponer ni forzar procesos de conformación de conciencia social e identidad cultural local.

Por otra parte, las organizaciones populares han incidido en la afirmación de las identidades vecinales y comunitarias y en la emergencia de nuevos referentes identitarios y subjetividades entre quienes participan más activamente de sus propuestas. Por una parte, a través de los proyectos y acciones intencionalmente culturales que promueven en sus zonas de influencia. Por otra, a través de la misma dinámica organizacional, que genera unos referentes identitarios propios, a partir de sus propios imaginarios, mitologías, ritos, rutinas y prácticas comunes. De este modo, a la afirmación de la identidad colectiva de los pobladores como sector social, las organizaciones también contribuyen a fortalecer sentidos de pertenencia y visiones de futuro entre sus integrantes, especialmente mujeres y jóvenes de los barrios que va definiendo fuertes referentes en torno a su condición de género y generacional popular.

También la investigación permitió reconocer cómo siendo el ámbito principal de su acción lo social, las organizaciones son importantes espacios de acción y educación política. A partir de sus

singulares concepciones acerca de la transformación social y la formación de sujetos de dicho cambio, desarrollan prácticas hacia dentro y hacia fuera, que inciden en la politización de las poblaciones y temáticas en torno a las que desenvuelven. También, son espacios de formación de nuevas ciudadanías y subjetividades políticas, que desbordan los límites de su concepción liberal clásica.

Finalmente, se encontró que los procesos de apertura institucional y de descentralización promovidos por los últimos gobiernos de la ciudad dentro del nuevo marco constitucional, no han significado por sí mismos una democratización de la política urbana. Los propios marcos normativos que limitan la participación de los ciudadanos y las organizaciones sociales al nivel básico del diagnóstico de problemas y la consulta no decisoria, así como la inercia del bipartidismo y el clientelismo, ha llevado a que la participación de los actores sociales locales, se involucren tímidamente en estos nuevos espacios, sin abandonar sus prácticas consuetudinarias de gestión, acción y movilización.

Por ello, teniendo como contexto inmediato los efectos adversos de la política nacional de apertura neoliberal sobre la población de la ciudad, las protestas protagonizadas por los pobladores populares y sus organizaciones populares, no sólo se mantuvieron, sino que aumentaron en magnitud.

El ambiente político y las expectativas generadas por la nueva Constitución, junto con la agudización y deterioro del conflicto armado en el país, proporcionaron una oportunidad política para el despliegue de la acción colectiva. También contribuyeron a una politización de los contenidos de las luchas sociales en el período: han redefinido sus reivindicaciones en términos de derechos y han incorporado la exigencia al estado para que desarrolle los principios constitucionales y el rechazo a las políticas gubernamentales que consideran contrarias a éstos.

Significados de la acción colectiva urbana

Hecho este sucinto balance de los aportes a la comprensión del fenómeno estudiado, es pertinente reflexionar sobre el significado de las organizaciones populares autónomas y de las luchas urbanas, en la democratización de la política de las ciudades latinoamericanas en el umbral del siglo XXI. Algunos interrogantes que aún no encuentran plena respuesta histórica y teórica, guían estas reflexiones finales que pretenden abrir la discusión, más que cerrarla. Por un lado, la cuestión del

papel de la acción colectiva popular en la construcción democrática; por el otro, el problema del potencial transformador del asociacionismo y la movilización urbana popular.

Con base en algunas conceptualizaciones contemporáneas acerca de la política y lo político (ARDITI, 1995; LECHENER, 1996; ZEMELMAN, 1989), en la tesis se mostró cómo las organizaciones populares urbanas tienen un marcado carácter político. Si bien su ámbito tradicional de acción ha sido el de las reivindicaciones y proyectos sociales y culturales, estas organizaciones son actores políticos en la medida en que definen su identidad por su independencia frente al Estado, que buena parte de sus demandas e iniciativas son tramitadas con instituciones estatales, que inciden en las políticas públicas, participen en éste y en la formación de cultura política y nuevas ciudadanías.

Este reconocimiento de las organizaciones como actores políticos nos lleva a la pregunta acerca de su papel en la construcción de democracia. Dicha cuestión, que se insinúa en el planteamiento del problema de investigación, no se consideró como referente conceptual por considerarla, como punto de llegada, a partir de una reflexión de conjunto del fenómeno estudiado.

Existe relativo consenso en asumir la democracia más allá de su concepción normativa e institucional que la asimila a un sistema de gobierno y un conjunto de procedimientos para su ejercicio. La democracia, también puede ser entendida como sistema de relaciones políticas (RUIZ, 1998) y un estado de cultura (CERRONI, 1991) que garantizan la participación de diferentes actores (individuales y sociales) desde diversas visiones de futuro, en la definición del futuro colectivo de la sociedad (ZEMELMAN, 1995). Es decir, un régimen democrático implica unas condiciones institucionales, sociales y culturales que garanticen la participación en el ejercicio real del poder; en particular, en la toma de decisiones.

En este sentido, la democracia es siempre una aspiración y una construcción permanentes; "es considerada, no como una serie de medios, sino como un conjunto de fines como la igualdad, no sólo jurídica sino también social y económica, independientemente de la consideración de los medios adoptados para lograrlos" (BOBBIO, 1988: 507). "El nivel más alto se encuentran las democracias que son capaces de adoptar progresivamente disposiciones para corregir desigualdades económicas, mediante diversas medidas redistributivas, tienen una clase política

extensa, diferenciada y competitiva, y favorecen la organización de todos los intereses mediante la formación estable de grupos de presión, sindicatos y partidos" (BOBBIO, 1996: 237)

Para Ruiz Contardo (1998: 9). La democracia, en cuanto participación, depende de una cantidad de factores vinculados a la estructura de poder, y por ende, en el capitalismo, a la realización social de la riqueza. Para el mismo autor, la condición restringida de las democracias latinoamericana, está asociadas a varios factores (RUIZ, 1998: 12):

1. Los niveles de concentración de la riqueza y el poder de los grupos económicos
2. La capacidad de generar excedentes redistribuibles
3. La participación de agentes externos en las decisiones
4. La mayor o menor cohesión e identidad de los conglomerados con mayor necesidades y expectativas de participación
5. La cultura política como conciencia de historicidad.
6. Las deformaciones operadas en cada estado en relación con la democracia

Bajo estos presupuestos y reconocido el contexto de concentración de riqueza y exclusión social ahondado por el neoliberalismo y los límites de los procesos de democratización en curso, podría pensarse que el margen de incidencia democrática de las organizaciones populares es mínima. Es evidente que no pueden afectar directamente los factores estructurales como la injusticia social, las políticas económicas o relaciones internacionales de poder.

Sin embargo, al igual que los movimientos sociales, las organizaciones populares han sido decisivas en la construcción de identidades sociales con las consecuentes expansión de la necesidad de participación, transformación de la cultura política y emergencia de nuevas subjetividades populares. Su aporte, trasciende la esfera estatal para proyectarse a toda la sociedad, por varias razones.

En primer lugar, la precariedad e informalidad del mundo del trabajo, así como la atomización, individuación y homogenización de la vida social popular, resultado de la expansión del capitalismo globalizado, han posicionado los espacios locales de reproducción social como escenario de la dominación y jerarquización social (SANTOS, 1998: 316). En los territorios populares latinoamericanos, conviven la pobreza, del desempleo, del subempleo, de la explotación y de las diversas formas de exclusión económica, social y cultural. Pero también son el espacio intersubjetivo

de su reelaboración simbólica, de las estrategias de resistencia y la emergencia de imaginarios sociales.

Así como la clase obrera fue un agente de las transformaciones progresistas que se dieron en las sociedades industrializadas hasta la década de los setenta del siglo XX, en el nuevo contexto generado por la crisis del estado de Bienestar (donde lo hubo) y la expansión neoliberal, las luchas desde los territorios urbano populares, han tenido recientemente ese potencial progresista.

Es allí donde los procesos organizativos populares actúan; desde sus iniciativas, proyectos de autogestión y luchas reivindicativas, activan los lazos sociales básicos, generan tejido asociativo, afirman sentidos de pertenencia amplia como “sectores populares” y específica como defensores de derechos humanos, jóvenes, mujeres y ambientalistas “populares”.

Esta potenciación de vínculos, voluntades e identidades populares, constituyen la base sociocultural de otras dinámicas de articulación y movilización desde lo local y lo sectorial; estructuradas como acción colectiva, las prácticas que desarrollan las organizaciones, en muchos casos han alcanzado la fuerza para presionar al Estado y sensibilizar a la sociedad en general, por el reconocimiento de derechos de los pobladores populares; en primer lugar, el derecho a acceder a la infraestructura de servicios básicos y sociales; luego, el derecho al reconocimiento de sus identidades socioculturales; finalmente, a participar en la toma de decisiones sobre los asuntos y temáticas que los afectan o les interesan.

Con esta lucha permanente por el derecho de los pobladores a tener derechos y por ampliar los canales de participación, las organizaciones contribuyen a democratizar el ámbito de lo público. Si lo público es un espacio de visibilización de actores, discursos y acciones, la reivindicación manifiesta de demandas y problemáticas de los pobladores (la educación infantil, la salud, derechos de las mujeres populares, el medio ambiente urbano y las prácticas culturales de los jóvenes) atrae la atención del Estado y la sociedad y presiona a que sean incorporados a la agenda pública.

El aporte a la construcción de identidad e incorporación de los pobladores como sujetos de derechos, así como en su participación en su realización, convierte a las organizaciones en un espacio que favorece el ejercicio de la participación ciudadana, más allá de su concepción liberal individualista y referida exclusivamente al estado. En efecto, como ya se expuso en el capítulo 5, la actuación ciudadana que se promueve desde las organizaciones no es individual sino colectiva, no

está limitada a la esfera electoral y jurídico, sino que actúa en todos los ámbitos de interés comunitario, no se asume como universal, sino referida a una comunidad territorial y a un sector social.

Tales ciudadanía "activas" o críticas aprovechan los escasos espacios de participación conquistados o otorgados por el sistema político, pero no se limitan a ellos. Intervienen en procesos y escenarios de deliberación, de consulta y control social de los asuntos públicos, y además emplean el repertorio de formas de organización y movilización que han generado desde sus luchas. Su participación en los asuntos comunitarios y locales no se limita a los momentos e instancias institucionales es permanente y autónoma.

Este ejercicio permanente y crítico de ciudadanía supone unas creencias, valores y actitudes particulares con respecto a la participación, al estado y a lo político. Es decir, una cultura política que ya no es la tradicional racionalidad pragmática desarrollada por los pobladores populares no organizados, ni tampoco la racionalidad individual instrumental y fragmentada promovida desde las instancias estatales. Las prácticas y relaciones cotidianas que se vivencian en la organizaciones, así como los permanentes espacios de reflexión sobre las mismas y de formación, contribuyen a que los individuos y colectivos vayan asumiendo nuevos valores como la solidaridad, la justicia, el bien común y el compromiso; también a que se apropien de los criterios que les permitirán tomar decisiones en espacios públicos y privados, coherentes con tales valores.

Estos valores, actitudes y criterios de actuación encarnados en sujetos y colectivos específicos, conforman una cultura democrática popular desde la cual intervienen en los espacios públicos y se relacionan con otros actores públicos y privados. La emergencia y permanencia en el cambio de estas subjetividades es lo que, en últimas, garantiza la sostenibilidad de los procesos organizativos populares y la potencialidad de movilización colectiva. Las agendas y los proyectos de acción de las organizaciones son cambiantes, los sujetos que las definen y agencian, tienden a ser permanentes.

Estamos frente a lo que Pablo González Casanova (1997) denomina construcción de democracia "desde abajo" (GONZALEZ CASANOVA, 1997), que a la vez que potencia a los sectores populares como actores políticos democráticos, construye democracia en la sociedad y el Estado. A la vez que reivindica la autonomía de los sectores populares, le potencia su capacidad de incidencia en los espacios públicos, hasta donde les es posible dentro del orden político.

Este empoderamiento de los sectores populares como actores políticos, trasciende el ámbito de su ciudadanización, así sea concebida en el sentido amplio antes expuesto y nos sitúa en el ámbito de su configuración como sujetos. Es decir, como individuos y colectivos con capacidad y voluntad de comprender sus condicionamientos históricos y definir proyectos propios para transformarlos desde un pensamiento y unas visiones de futuro propios.

En el sentido expuesto, solo es posible la democracia si existen sujetos portadores de diferentes proyectos y alternativas políticas con posibilidad de agenciarlos; como "juego de proyectos político ideológicos que conllevan diferentes visiones de futuro, mediante los cuales los diferentes actores políticos y sociales definen el sentido de su quehacer, y por lo mismo, su propia justificación para llegar a tener presencia histórica" (ZEMELMAN, 1995: 34).

Como se señaló en uno de los capítulos de la tesis, los sectores populares urbanos ni las organizaciones no sujetos, sino espacios de constitución de diferentes subjetividades y actores colectivos (ROMERO, 1990: 277). La experiencia compartida en la ocupación, construcción y apropiación de la infraestructura física, social y cultural de las poblaciones populares genera un sentido identitario amplio y difuso como "pueblo" o sectores populares, pero la fragmentación social pluralidad de prácticas ocupacionales, generacionales, regionales y de género propician la emergencia de identidades específicas y subjetividades diferenciales.

En la medida que la acción colectiva define su identidad, conquista su autonomía frente a otros actores, elabora proyectos y visiones de futuro propios y se consolida como fuerza social con capacidad de incidir sobre las esferas públicas donde se definen y construyen sus intereses, podemos considerar a sus protagonistas como sujeto social.

Del mismo modo, las organizaciones, al propiciar el encuentro y autoreflexividad de las diferentes identificaciones sociales y el brindar la oportunidad de vivenciar nuevas prácticas y relaciones que amplían su horizonte histórico, también se convierte en un espacio de constitución de sujetos. En efecto, los colectivos e individuos que participan de las dinámicas asociativas populares aumentan su capacidad de generar proyectos gestionarlos con criterio, de generar nuevas experiencias organizativas, de relacionarse con otros actores sociales y el Estado con autonomía y de movilizarse frente a circunstancias que limiten su acción.

Estos actores que se forman tanto desde las experiencias del mundo de la vida popular como en los procesos organizativos no necesariamente mantienen tal condición todo el tiempo; “la discontinuidad en la acción colectiva de los pobladores urbanos ha sido una constante histórica que debe tenerse en cuenta para su definición como actor social” (ESPINOZA, 1999: 189).

Por ello, así como se constituyen en torno a su participación activa en las acciones reivindicativas, asociativas y de autorreflexión, en la medida en que cese o se reoriente dicha participación pueden volver a su condición de individuos o grupos sociales. Para evitarlo, las organizaciones mantienen un ímpetu de acción interna, movilización y reflexión permanentes.

Hemos señalado que autores como Tironi y Zermeño, influidos por Touraine, consideran que los alcances de la acción colectiva de los pobladores urbanos y sus organizaciones son mínimos. Para el primero, la falta de cohesión social y cultural de lo pobres de la ciudad, escasamente permiten que las luchas urbanas logren cumplir su “anhelo integrador”.

Para Zermeño, el creciente peso cuantitativo de los pobres urbanos no debe asociarse con su capacidad de influencia y participación; los pobladores han demostrado una gran paciencia y capacidad de adaptación a las condiciones adversas. Sus acciones se concentran en la solución de necesidades apremiantes más que a generar articulaciones estables que les den actuación política; sus conductas políticas tienden más a buscar relación directa con autoridades a través de líderes que a generar organizaciones más autónomas con proyectos a más largo plazo de sus demandas.

Hace dos décadas, Castells (1986) al preguntarse por el significado de los Movimientos Sociales Urbanos, planteaba que no son formas efímeras de asociación y acción, pero tampoco actores revolucionarios:

“No son agentes de cambio estructural, sino síntomas de resistencia a la dominación social, aún cuando su esfuerzo por resistir, produzcan efectos importantes en las ciudades”... Son síntomas de las contradicciones de la sociedad y, por tanto, elementos potenciales de su superación” ((CASTELLS, 1986: 444 -445)

A nuestro juicio, las OPU no son sólo síntomas de resistencia a la dominación, sino que pueden gestar una trama exitosa sociopolítica y productiva en un espacio dado, alimentando las experiencias de conflicto social y de resolución de necesidades en nuestras sociedades, aunque

esas experiencias no se inscriban inmediatamente en el proceso global del conflicto y cambio de nuestras sociedades.

Desde las limitaciones propias de su magnitud, disgregación y ámbito de acción, las organizaciones y luchas populares urbanas en algunas ciudades latinoamericanas, se han convertido en un espacio de organización, resistencia, movilización y democratización en las ciudades, así como de construcción de ciudadanías críticas, de nuevas subjetividades políticas y de sujetos con gran potencial de transformación de las realidades en las que actúan.

FUENTES CONSULTADAS

1. Libros y revistas

ABARBANEL y otros (1996). CULTURA organizacional. Panamericana, Bogotá

AGUILAR Miguel Angel y SEVILLA Amparo (1996). Estudios recientes de cultura urbana en México. INAH - Plaza y Valdez, México

ALONSO Jorge y RAMÍREZ SAIZ Juan Manuel, coordinadores (1997). La democracia de los de abajo en México. CIIH – UNAM, La Jornada. México

ALLAIRE Ivan y FIRSIROTU Mihaela (1992). "Teorías sobre cultura organizacional" En: Abravanel y otros, Cultura organizacional. Aspectos teóricos y metodológicos. Legis, Bogotá

ALVAREZ Lucía (1998). El Distrito Federal. Sociedad, economía, política y cultura. UNAM, México.

ARCHILA Mauricio (1980). "Los movimientos sociales entre 1920 y 1924: una aproximación metodológica". En Cuadernos de Filosofía y letras. Volumen 3, # 3. Bogotá

_____ (1996). "Tendencias recientes de los movimientos sociales". En: LEAL Francisco (compilador) En busca de la estabilidad perdida. Actores políticos y sociales en los noventa. Tercer Mundo y Universidad Nacional. Bogotá

_____ (2003). Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia. 1958 – 1990. Cinep – Icanh, Bogotá

ARCHILA Mauricio y otros (2002). 25 años de luchas sociales en Colombia. Cinep, Bogotá

ARDITI Benjamín (1995). "La política después de la política". En: BOLOS Silvia, compiladora. Actores sociales y demandas urbanas. UIA, México

ARROM Silvia y ORTOLL Servando, compiladores (2004). Revuelta en las ciudades. UAM – El Colegio de Sonora y Miguel Angel Porrúa. México DF

AVENDAÑO María Eugenia (2000). "Los indicadores sociales mejoran pero la pobreza no cede". En: Foro Social y Económico # 15. Contraloría Distrital, Bogotá

BAÑO, A. Rodrigo (1985). Lo social y lo político: uno dilema clave del movimiento popular. FLACSO. Santiago de Chile

BENGOA, José. (1987). "Educación para los Movimientos Sociales". En: Revista Proposiciones, Sur de Chile # 15. Santiago

_____. (2004). "Pobreza y exclusión social en América Latina". En II Foro Euro – Latinoamericano – Caribeño de la Sociedad Civil. Pátzcuaro, Michoacán

BERGER Peter y LUCKMAN Thomas (2003). *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu

BERNAL Jorge (2000). "Evolución de la pobreza y la distribución del ingreso en Bogotá". En: Foro Social y Económico # 15. Contraloría Distrital, Bogotá

BOBBIO Norberto (1992). *El futuro de la democracia*. FCE, México

_____ (1996). *El filósofo y la política*. Antología preparada por José Fernández. FCE, México

BOLOS Silvia (1999). *La constitución de actores sociales y la política*. Plaza y Valdés, México DF

BOURDIEU Pierre (1975). *El oficio del sociólogo*. Siglo XXI, México

_____ (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo, México

BONILLA Jorge, y GARCIA MARIA Eugenia (1998). *Los discursos del conflicto*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

BORRERO Camilo (1989). *Acción comunal y política estatal: ¿Un matrimonio indisoluble?* Documentos ocasionales # 57. CINEP. Bogotá

BOUCHER Josiane (1988). *La Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular: una historia de odios y amores*. Tesis Licenciatura en Ciencias Políticas. UNAM. México DF

BOURDIEU Pierre (1990). *El sentido práctico*. Taurus, Madrid

CADENA ROA Jorge (1999). "Acción colectiva y creación de alternativas". En: Chiapas # 7 (versión en Internet)

CALDERON Fernando (1986). *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU – CLACSO – UNAM, Buenos Aires

_____ (1994). *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*. Siglo XXI UNAM, México

CALVILLO, Myriam y FAVELA, Alejandro (1995). "Los nuevos sujetos sociales. Una aproximación epistemológica". En: *Sociológica* # 28, UAM, México

CANDAU, Joel. *Memoria e identidad*. Buenos Aires, Ediciones Sol, 2001

_____. *Antropología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002

CARR Wilfred y KEMMIS Stephen (1998). Teoría crítica de la enseñanza. Martínez Roca, Barcelona

CARREÑO Esmith (2003). La participación y el desarrollo: una reflexión a partir de dos experiencias en Bogotá. CIDER – Universidad de los Andes, Bogotá

CARRION, Fernando (1986). Los movimientos de pobladores en los Barrios Populares de Quito (Ecuador). Memorias Seminario Internacional "Los pobladores: protagonistas urbanos en América Latina. CEHAP-PEVAL. Medellín

CASTELLS Manuel (1981). La cuestión urbana. Siglo XXI, México DF.

_____ (1982). Los movimientos sociales urbanos. Siglo XXI, México DF

_____ (1986). La ciudad y las masas. Alianza Universidad, Madrid

CHANQUIA, Diana (1994). "Para investigar procesos de constitución de sujetos sociales". En: *Suplementos # 45*, Anthropos, Barcelona

CHARTIER Roger (1995). La historia como representación. Gedisa, Barcelona

CHIRINOS Luis (1987). Coloquio sobre alternativas populares en Colombia: gobierno local y participación vecinal: el caso de Lima Metropolitana. CINEP; Fundación para la promoción de la participación ciudadana - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – Centro Colombiano de Estudios Europeos. Bogotá

_____ (1991). Notas sobre la cuestión urbana y el movimiento de pobladores en los 80: los desafíos de la educación popular. En revista *Aportes 34*. Dimensión Educativa, Bogotá

CERBINO Mauro (2001). Culturas juveniles. Cuerpo, música, sociabilidad y género. Convenio Andrés Bello, Guayaquil

CERRONI Humberto (1991). Reglas y valores de la democracia. México, Alianza

CIUDAD (1990). Las organizaciones barriales en Quito. Ciudad, Quito 1990

COHEN Jean (1995). "Estrategia e identidad. Nuevos paradigmas teóricos y movimientos sociales contemporáneos". En: *Revista Sociología y política # 6*. Universidad Ibero Americana, México

CONAPO (1994). Evolución y perspectivas demográficas de la Zona Metropolitana de Ciudad México. México

_____ (1992) La zona metropolitana de México. Problemas actuales y perspectivas. México

CONSTANTINO, Mario (1995). *Espacio – experiencia: la acción colectiva de cara a la complejidad urbana*. Revista el Cotidiano 68. Marzo – Abril.

CORREDOR Consuelo (1995). "La experiencia neoliberal en América Latina:.. En Apuntes del Cenes. Separata # 2. Tunja, segundo semestre

CRUZ, Manuel (1996). Tiempo de subjetividad. Paidós Básica, Madrid

CUEVA Agustín (1990). El desarrollo del capitalismo en América Latina. Siglo XXI México

DAGNINO Evelina (2001). "Cultura, ciudadanía y democracia: los discursos y prácticas cambiantes de la izquierda latinoamericana". En: ESCOBAR et al. Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos. Taurus - ICANH, Bogotá

DE CERTEAU Michel (1996). La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer. Universidad Iberoamericana - ITESO - Centro Francés de Estudios mexicanos. México DF

DE LA PEÑA, Guillermo (1994). "Identidades urbanas al fin del milenio". En: *Ciudades* # 22. México abril – junio

_____ (2000). La modernidad comunitaria. En: *Desacatos, Revista de Antropología Social* # 3, México

DE SUREMAIN, Marie Dominique (1998). Las mujeres en una ciudad en Movimiento. Historia de una lucha, construcción de una mirada. La investigación regional y urbana en Colombia. Tomo 2. DNP. ACIUR. Carlos Valencia Editores, Bogotá

Departamento Administrativo, Nacional de Estadística (1994). Boletín de Estadística # 498. Bogotá

_____ (1994). XVI Censo nacional de población y vivienda. Bogotá

DAVIS Diane (1999). El Leviatán urbano. Fondo de Cultura Económica, México DF

DE SIERRA Jerónimo. Democracia emergente en América del Sur. CIIH UNAM, México 1994

DUVERGER Maurice (1979). Sociología política. Ariel, Barcelona 1972; SARTORI Giovanni. La política. Fondo de Cultura Económica, México DF 1979

EASTON David (1969). Esquema para un análisis de lo político. Amorrortu, Buenos Aires

ESTRADA Marco (1997). "¿Es reformable la teoría de los movimientos sociales?". En: *Revista mexicana de sociología* # 3. Instituto de Investigaciones sociales. UNAM. México DF

ESPINOZA, Vicente (1985). Experiencias y perspectivas del movimiento popular chileno. Centro de Investigaciones CIUDAD. Cuaderno Ciudad y Sociedad; Problemas Urbanos del Tercer Mundo II. Epoca. # 10. Quito

_____ (1993). "Pobladores, participación social ciudadanía: entre los pasajes y las anchas alamedas". En: Proposiciones # 22. Sur, Santiago

EVERS, Tilman; MULLER-PLATEMBERG, Clarita; SPESSART, Stefanie (1983). Movimientos barriales y Estado: Luchas en la esfera de la reproducción en América Latina. CINEP. Bogotá

FALS BORDA Orlando y ANISUR (1991). Acción y conocimiento. CINEP. Bogotá

FARRERA ARAUJO Javier (1994). "El movimiento urbano popular, la organización de pobladores y la transición política en México". En: DURAND Manual (coordinador). La construcción de la democracia en México. Siglo XXI, México.

FOUCAULT Michel (1991). El sujeto y el poder. Carpe diem, Bogotá

FRANCO Carlos (1993A). "Visión de la democracia y crisis del régimen". En Nueva Sociedad # 128

_____ (1993B). "Exploraciones en otra modernidad: de la migración a la plebe urbana". En Fin de Siglo # 5. Universidad del Valle, Cali

FRIAS, Carlos; ROMERO, Fernando (1983). Democracia y organización popular urbana. Revista Tarea. Lima.

GALLARDO, Bernarda (1986). Partidos políticos y organizaciones poblacionales II: El caso de un comité de vivienda. Documento # 31. FLACSO, Santiago de Chile.

GALLARDO Helio (1996). "Elementos de política y antipolítica en América Latina". En: Pasos # 65, DEI, San José de Costa Rica

GARCIA Daniel y SILVA Juan (1985). El movimiento vecinal y la democracia. Participación y control en el Gran Buenos Aires. Cedes, Buenos Aires

GARCIA Jorge (1990). Las organizaciones barriales en Quito. Editorial Ciudad, Quito 1990

GARCIA Martha (2000). Luchas urbanas en Bogotá durante la administración Peñalosa. Foro económico y social # 14. Contraloría Distrital, Bogotá

GARCIA Martha y ZAMUDIO Vicente. Compiladores (1997) Descentralización en Bogotá bajo la lupa. CINEP, Bogotá

GARCIA Martha Cecilia (1993). "Las luchas cívicas en Bogotá por el derecho a la ciudad". En: GUERRERO Amado (comp.) Cultura política, movimientos sociales y violencia en la historia de Colombia. UIS, Bucaramanga

GARCIA Miguel (2003). ¿Ciudadanía avergonzada? Democratización local y construcción de ciudadanía en Bogotá. CESO – IEPRI, Bogotá

GARCIA CANCLINI Néstor (1989). *Culturas Híbridas*. Grijalbo, México

_____ (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo, México DF

GARRETON Manuel (1985). "Actores sociopolíticos y democratización". En: *Revista Mexicana de Sociología* # 4. UNAM, México

GARZA Gustavo (1996). *Cincuenta años de investigación urbana y regional en México, 1940 - 1991*. El Colegio de México. México DF.

GIDDENS (1995). *La constitución de la sociedad*. Amorrortu, Buenos Aires

GILBERT Alan. *La ciudad latinoamericana. Siglo XXI*, México. 1997

GIMÉNEZ, Gilberto (1993). "Cambios de identidad y cambios de profesión religiosa". En: BONFILL, Guillermo. *Nuevas identidades culturales en México*. México DF, CNCA, 1993

_____ (1996). *Cultura política e identidad*. Documento inédito. San Andrés de Totoltepec

_____ (1996). "Materiales para una teoría de las identidades sociales". En: *Revista Frontera Norte* Volumen 9 # 18, diciembre 1997

GIRALDO Fabio y GONZALEZ Hernando (1988). En: SANTANA Pedro, Coordinador. *Bogotá, retos y realidades*. Foro Nacional por Colombia, Bogotá

GIRALDO Javier (1987). *La reivindicación Urbana a nivel local: Paros y Luchas Cívicas*. Controversia # 138-139. CINEP, Bogotá

GOMEZ Luis. *Nuevos actores y viejas prácticas: asociaciones y partidos políticos en Caracas*. XX Congreso Lasa. Guadalajara 1997

GONZALEZ POSSO Camilo (1987). "Movimientos sociales y políticos en los años ochenta". En: *Controversia* # 11. CINEP, Bogotá

GRAMPONE Romeo (1991). *El velero del viento. Política y sociedad en Lima*. IEP, Lima

GRUPO DE ESTUDIOS JOSE RAIMUNDO RUSSI (1975). *Lucha de clases por el derecho a la ciudad*. Editorial 8 de junio, Medellín

GUATTARI Félix (1994). "La refundamentación de las prácticas sociales". En: *Letra Internacional* # 34, Madrid, otoño

GUERRA Carlos (1994). "Sujetos sociales, subjetividad y democracia en América Latina". En *Revista Foro* # 25, Bogotá

GUIDO y FERNANDEZ (1989). "El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina". Revista Mexicana de Sociología. UNAM Año 60 # 4. Octubre - diciembre 1989

GUTIERREZ Francisco (1998). La ciudad representada. Tercer Mundo – IEPRI, Bogotá

HABERMAS Jurgen (1982). Teoría de la acción comunicativa. Taurus, Madrid

HATAYA Noriko y otros (1994). Barrio a barrio se construye la ciudad. Descentralización y servicios urbanos en Bogotá. CINEP, Bogotá

HOBERMAN Louisa y SOCOLOV Susan (1993). Ciudades y sociedad en Latinoamérica Colonial). Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

IBAÑEZ, Jesús (1985). Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de investigación social. Siglo XXI, Madrid

ILLANES Maria Angélica (1993). "La cuestión de la identidad y la historiografía popular". En Historias locales y democratización. Eco, Santiago

_____ (1996). El regreso del sujeto. Siglo XXI, Madrid

IMBERT Gerard (1981). Los discursos del cambio. Imaginarios e imaginarios sociales en la España de la transición. Akal, Madrid

JACOBI Pedro (1985). Movimientos sociais urbanos e a crise: da explosão social a participação popular autonoma. FESP, Sao Pablo

_____ (1988). Movimientos reivindicatorios urbanos: estado e cultura política: refleseao en torno da ação celetiva e dos seus efeitos politico-institucionais no Brasil. CEDEC. Sao Paulo

JARA Oscar (1995). Para sistematizar experiencias. Una propuesta desde la práctica. Alforja, San José de Costa Rica

JARAMILLO, Samuel; ALFONSO, Oscar y HATAYA, Noriko (1998). Las organizaciones populares frente a las nuevas políticas estatales. La investigación regional y urbana en Colombia. Tomo 2. DNP. ACIUR. Carlos Valencia Editores, Bogotá

KAMANOVIKZ Salomón (1989). Economía y nación. Siglo XXI, Bogotá

KIMLIKA Will y WAIRE Norman (1997). "El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en la teoría de la ciudadanía". En: La Política # 3. Madrid

KOWARICK, Lucio (1985). Los caminos de encuentro. Cuadernos y Sociedad: Problemas Urbanos del Tercer Mundo II Epoca N° 10. Centro de Investigaciones CIUDAD. Quito

_____ (1996). Expoliación urbana, luchas sociales y ciudadanía: retazos de nuestra historia reciente. En Estudios Sociológicos del Colegio de México. Volumen XIV, Núm. 42. México

LE FEBVRE Henry (1970). El derecho a la ciudad. Península, Barcelona

_____ (1971). De lo rural a lo urbano. Península, Barcelona

LECHNER Norbert (1987). Cultura política y democratización. CLACSO – FLACSO, Buenos Aires

_____ (1999) ¿Porqué la política ya no es lo que fue?". En Revista Foro # 30, Bogotá

_____ (2000). "Nuevas ciudadanía". En Revista de Estudios Sociales # 5. Universidad de los Andes, Bogotá

LEON, Emma (1995). "La experiencia en la construcción del conocimiento social". En: Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina. UNAM-Nueva Sociedad, Caracas

LEWIS Oscar (1963). La familia Sánchez. Fondo de Cultura Económica, México

LOMNITZ Larissa. Cómo sobreviven los marginados. Siglo XXI, México 1975

LOPEZ William (1987). "La protesta urbana en Colombia". En: Revista Foro # 3, Bogotá

LUMINATO Susana (1995). "La función epistemológica de las utopías en la construcción del conocimiento social", En: Suplementos # 45, Anthropol, Barcelona

LUMINATO, Susana (1995^a). "La función de los valores en el pensamiento filosófico latinoamericano". En: Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina. UNAM-Nueva Sociedad, Caracas

MACHADO Absalón (2001). "La crisis del campo". En: Semana # 1027. Bogotá

MAGENDZO, Salomón y EGAÑA, Loreto (1991). La participación social como espacio educativo. PIIIE. Santiago,

MC ADAM Doug, MC CARTHY John y ZALD Mayer (1999). Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Istmo, Madrid

MEDINA Medófilo (1977). Los paros cívicos en Colombia (1958 – 1977). En: Estudios marxistas # 14. CEIS, Bogotá, 1977

_____ (1984). La protesta urbana en Colombia en el siglo XX. Ediciones Aurora, Bogotá

MELUCCI Alberto (1985). The symbolic challenge of contemporary movements. Social Research. Vol 52 # 4. New York

_____ (1995). "El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos". Sociológica año 10 # 28. UAM Azcapotzalco México DF

_____ (1996). Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?. Sedepac, México

MESA, Nora Elena; VELEZ, Patricia, coordinadoras (1986). Los pobladores, protagonistas urbanos en América Latina. Seminario Internacional de CEHAP-PEVAL. Escritos # 4. Medellín

MICHELLS Robert (1970). Los partidos políticos. Amorrortu, Buenos Aires

MOCTEZUMA Pedro y NAVARRO Pedro (1989). La urbanización popular en la ciudad de México. IIEC UNAM, México DF

MONTAÑO Jorge (1986). Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos. Siglo XXI, México

NARANJO Gloria (1991). Cómo pensar actores sociales y Populares Unidos a su ciudad: una propuesta en construcción para Medellín. Medellín

_____ (1999). Formación de ciudad y conformación de ciudadanía. En revista La Piragua Núm. 16. Sistematización de prácticas en América Latina. CEAAL. México

NARANJO Gloria (1999). "Formación ciudadana y conformación de ciudadanía". En: La Piragua # 16, CEAAL, México

_____ (2000). Ideas y prácticas de la ciudadanía... para repensar la democracia". En: Desde la región. # 30. Corporación Región, Medellín

NARANJO, José; CASTILLO, Adriana (1994). Identidad y relaciones en las organizaciones populares. Dimensión Educativa. Bogotá

NARANJO José, CONTRERAS Martín y MENDOCILLA Luis (1997). Participación político electoral y descentralización en Bogotá. Dimensión Educativa, Bogotá

NISBET, Robert (1999). *La formación del pensamiento sociológico*. Amorrortu Editores. Buenos Aires

NUN José (1968). La marginalidad en América Latina. Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires

OFFE Clauss (1996). Partidos políticos y nuevos movimientos sociales. Editorial Sistema, Madrid

ORJUELA Luis Javier (1992). "La descentralización del estado en Colombia: paradigma para la eficiencia y la legitimidad del Estado". En: Los caminos de la descentralización. Universidad de los Andes, Bogotá

PALMA, Diego (1994). La construcción de Prometeo. Educación para la democracia latinoamericana. CEAAL. Santiago de Chile

PERLÓ, Manuel. Movimientos Sociales en México (1986). Memorias Seminario Internacional "Los pobladores: protagonistas urbanos en América Latina. CEHAP-PEVAL. Medellín

PERESSON Mario (1991). La educación para la liberación en Colombia (1960 – 1990). Documentos Koinonía, Bogotá

PETRAS James (1987). "Los nuevos movimientos sociales: perspectivas de transformación democrática". En Revista Foro # 2. Bogotá

PIZANO Lariza (2003). Bogotá y el cambio. Percepciones sobre ciudad y ciudadanía. CESO –IEPRI. Bogotá

PLIEGO Fernando. "Estrategias de participación de las organizaciones sociales: un modelo de interpretación". En: Sociedad Civil # 1 Volumen II. Demos - Foro de Apoyo Mutuo, México DF 1997

POZO, Hernán (1986). Partidos políticos y organizaciones poblacionales I: una relación problemática. Documento de trabajo # 39. FLACSO, Santiago

PRADILLA Emilio. "La política urbana del Estado colombiano" (1973). En: Ideología y sociedad # 9, Bogotá

QUIJANO Anibal (1970). "Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica". En: SCHTEINGART, América latina: Ensayos de interpretación sociológico política, SIAP, Buenos Aires

RAMIREZ SAIZ Juan Manuel (1986). El movimiento popular urbano en México. Siglo XXI, México

_____ (1990). "Identidad en el movimiento urbano popular". En: *Ciudades* # 7 Año 2. México 1990

_____ (1997). "Movimientos Sociales Urbanos, crisis y reestructuración de las ciudades". En *Diseño y Sociedad* # 7. UAM Xochimilco. México

_____ (2001). "Ciudadanía y poder local en el Area metropolitana de Guadalajara 1995 - 1997". En: *Estudios Sociológicos* # El Colegio de México

RAMOS Rollón María Luisa (1995). De las protestas a las propuestas. Nueva Sociedad, Caracas

RAUBER Isabel (1995). "Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular". En: *Pasos* # 62. DEI, San José de Costa Rica, noviembre

REBOUL Oliver (1986). Lenguaje e ideología. Fondo de Cultura Económica, México

REGALADO Jorge (1997). "Lo que queda del MUP". En: Cultura política de las organizaciones y los movimientos sociales. CIICH UNAM - La Jornada, México

RESTREPO Luis Alberto (1991). "El protagonismo de los movimientos sociales". En: Revista Foro # 2, Bogotá

_____ (1995). Movimientos sociales y sociedad civil. Viva la ciudadanía. Bogotá, 1995

RODRIGUEZ Alba Nubia (2005). "Acción colectiva, movimientos sociales e interseccionalidad con la perspectiva de género". En: Sujetos sociales, acciones colectivas y trabajo social. Universidad del Valle, Cali.

ROJAS HURTADO, Fernando (1984). Nuevos movimientos populares: nuevas estrategias estatales. CINEP. Documentos Ocasionales # 18. Bogotá

ROMERO José Luis (1976). Latinoamérica, las ciudades y las ideas. Siglo XXI, México DF

ROMERO, Luis Alberto (1990). "Los sectores populares urbanos como sujeto histórico". En: *Proposiciones* # 19, SUR, Santiago de Chile, 1990.

RUIZ Eduardo (1998). Crisis, descomposición y neooligarquización del sistema político. UNAM, México (fotocopiado)

SADER Eder (1988). Quando novos personagens entraram em cena. Paz e terra. Río de Janeiro

SAFA Patricia (1998). Vecinos y vecindarios en la Ciudad de México. Ciesas - UAM - Miguel Porrúa editores. México

SÁNCHEZ, Alfonso (2001). Las narraciones comunitarias como fuente de lazos sociales empoderantes. En: Revista Signo y Pensamiento. Bogotá: Universidad Javeriana

SANTANA Pedro, Coordinador (1988). Bogotá, retos y realidades. Foro Nacional por Colombia, Bogotá

_____ (1990). Vivir en Bogotá, Foro Nacional por Colombia – IFFEA, Bogotá

_____ (1997). "La descentralización en Bogotá: un proceso tortuoso". En: Foro económico y social # 9. Contraloría Disitrital, Bogotá

_____ (2000). "La descentralización y el gobierno democrático de Bogotá: una propuesta. En: Foro económico y social # 14. Contraloría Distrital, Bogotá

SANTOS Boaventura de Souza (1998), De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad. Siglo del Hombre – Universidad de los Andes, Bogotá

SARMIENTO Libardo y SÁNCHEZ Idelfonso (1985). La protesta urbana y el movimiento cívico en Bogotá. En Revista Cii - Universidad Piloto, Bogotá

SCHVERSTEIN Leonardo (1991). La psicología social de las organizaciones. Paidós, Buenos Aires

SMELSER Neil (1995). Teoría del comportamiento colectivo. Fondo de Cultura Económica. México DF
SMITH Marcia y DURAND Víctor Manuel (1995). "La acción colectiva y su papel contradictorio en la construcción de la ciudadanía en México". En Estudios Sociológicos. Año XII # 38

SOTELO Adrián (1995). "América Latina en la reestructuración económica Mundial". En Estudios Latinoamericanos. Nueva época Año 2 # 4. Centro de Estudios Latinoamericanos UNAM. México, diciembre

TARROW Sydney (1997). El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Alianza Universidad, Madrid

TAYLOR R. y BODGAN S. (1992). Introducción a los métodos cualitativos de investigación social. Paidós, Buenos Aires

THOMPSON Edward (1981). Tradición, revuelta y conciencia de clase. Grijalbo, Barcelona

_____ (1984). Miseria de la teoría. Editorial Crítica Grijalbo, Barcelona. 1984

TILLY Charles (1995). Lo movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas. Sociológica # 28. UAM Azcapotzalco, México DF

TORRES Alfonso (1991). Aportes para una conceptualización de las organizaciones populares urbanas en Colombia. En revista Aportes 34. Dimensión Educativa 1.991.

_____ (1994). "Experiencias organizativas urbanas y constitución de sujetos sociales". En Aportes # 40. Dimensión educativa, Bogotá

_____ (1994). La ciudad en la sombra. Barrios populares y luchas urbanas en Bogotá (1950 - 1977). CINEP, Bogotá

_____ (1996). "La sistematización desde la perspectiva interpretativa". En: Aportes # 44. Dimensión Educativa, Bogotá

_____ (1997). Movimientos sociales y organización popular. UNISUR, Bogotá

_____ (1999). "La sistematización de experiencias. Reflexiones sobre una práctica reciente". En: Pedagogía y saberes # 13. Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá

_____ (2000). "Organizaciones y luchas urbanas en América Latina. Balance y perspectivas". En: Estudios Latinoamericanos. Nueva Epoca, Año VII # 14, julio – diciembre. FCCyP, UNAM, México DF

TORRES, Alfonso, CENDALES, Lola y Colectivo de trabajo barrial 1992). Organizaciones barriales y educación popular. Experiencias organizativas en el Sector Suroriental de Neiva. Escuela Popular Claretiana. Neiva

TORRES Alfonso, CUEVAS Pilar y NARANJO José (1996). Discursos, prácticas y actores de la Educación Popular en Colombia durante la década de los ochenta. UPN, Bogotá

TORRES Alfonso y TORRES Juan Carlos (2000). "Sujeto y subjetividad en la obra de Hugo Zemelman". En: Folios # 12, Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá

TOURAINÉ Alain (1978). La voz y la mirada. Seuil, París

_____ (1987). El regreso del autor. Editorial Eudeba, Buenos Aires

_____ (1993). Crítica de la modernidad. Ediciones. Temas de Hoy, Madrid

_____ (1995). Producción de la sociedad. UNAM - IFAL, México DF

_____ (1997). Podremos vivir juntos. FCE, México

URRUTIA Miguel (1985). Estadísticas históricas de Colombia. Banco de la República, Bogotá

TOVAR Teresa y ZAPATA Antonio (1995). La ciudad mestiza. Vecinos y pobladores en el noventa. IEP, Lima

VARGAS Enrique (1976). "Planeación urbana y lucha de clases. Los circuitos viales". Controversia # 47, Bogotá

VELÁSQUEZ Fabio (1997). "La descentralización y gestión local en América Latina". En: Revista Foro # 32, Bogotá

_____ (1999). "Gestión local y política social" en Revista Foro # 37. Bogotá

_____ (2003). La participación ciudadana en Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá

VELÁSQUEZ Raúl (2003). Bogotá: políticas públicas de gobierno local. Centro Editorial Javeriano, Bogotá

VILLASANTE Tomás R (1991). "Movimiento ciudadano e iniciativas populares". En Cuadernos de Noticias Obreras # 16. Ediciones HOAC, Madrid.

_____ (1994). Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.

_____. Del caos al efecto mariposa. En: Utopía Siglo XXI. Vol. 1, # 1. Medellín, (junio-agosto), 1997

VUSKOVIK Pedro (1990). "Economía y crisis". En América Latina, hoy. Siglo XXI - Universidad de las Naciones Unidas. México 1995 (segunda edición).

WAR Peter. (1991). México, una megaciudad. CNCA y Alianza. México

ZEMELMAN, Hugo (1987). Uso crítico de la teoría. El Colegio de México, México

_____ (1987^a). "Razones para un debate epistemológico". En: *Revista Mexicana de Sociología*. Año XXIX # 1. México DF

_____ (1987^b). Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente. Jornadas 111, El Colegio de México, México DF

_____. (1990). Cultura y política en América Latina. Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, México

_____ (1991). Los horizontes de la razón. Dialéctica y apropiación del presente (2 vols.). Anthropos y El Colegio de México, Barcelona

_____ (1992). De la historia a la política. Siglo XXI - Universidad de las Naciones Unidas, México DF

_____ (1992a). "Educación como construcción de sujetos sociales". En: *La Piragua* # 5, CEAAL, Santiago de Chile

_____ (1994). "Racionalidad y ciencias sociales". En: *Suplementos* # 45, Anthropos, Barcelona

_____ (1995). "La democracia latinoamericana ¿Un orden justo y libre? En: Estudios Latinoamericanos, Nueva Epoca. Año II # 4. México

_____ (1996). Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento. Jornadas 126, El Colegio de México, México DF

ZICCARDI Alicia (1998), "De la ecología urbana al poder local (cinco décadas de estudios urbanos)". En *Revista Mexicana de Sociología* # 1, Año LI. México

_____ (1989). Gobernabilidad y participación ciudadana en el Distrito Capital. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM, México

FUENTES PRIMARIAS

1. Escritas

Normas legales:

República de Colombia (1991). Constitución política de Colombia

República de Colombia, Congreso de la República, Ley 11 de 1986

_____, Ley 8 de 1992

_____, Ley 134 de 1994

República de Colombia, Presidencia de la República, Decreto 1421 de 1993

Alcaldía Mayor de Bogotá, Decreto 471 de 1992

_____, Decreto 359 de 1993

_____, Decreto 50 de 1994

_____, Decreto 295 de 1995

_____, Decreto 382 de 1995

_____, Decreto 306 de 1998

Documentos y archivos

Alcaldía Mayor de Bogotá (2003). Programa Bogotá cómo vamos. Bogotá DC

Archivos de las organizaciones populares: AVESOL, CPC, COPEVISA, Corporación La Cometa, Coordinadora de organizaciones, Corporación Promotora Cultural e ICES

Concejo Distrital de Bogotá. Actas de sesiones públicas del cabildo (1991 – 2000)

DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO NACIONAL DE ESTADISTICA, DANE (1993). Boletín de Estadística # 498. Bogotá, Septiembre

_____ (1994). XVI Censo de población y vivienda. Bogotá

_____ (1997). Encuesta Nacionales de Hogares. Bogotá

Prensa

Periódico EL TIEMPO, Bogotá 1980 – 2001

2. Orales

ALVAREZ Jorge Eliécer. Coordinador de la escuela de artes Pascualín. AVESOL, Bogotá 2001

AVENDAÑO Mary Sol. Integrante del equipo coordinador del CPC. Bogotá, mayo 2003

AYALA Luz Dary. Madre comunitaria del Jardín Alegría de Vivir. ICES. Bogotá, Mayo 16 de 2001

BELTRAN Dora. Coordinadora del jardín infantil Don Solidario, AVESOL Bogotá 2001

BENAVIDES Henry. Miembro fundador de Cometa. Bogotá 2001

BENAVIDES Oscar. Miembro fundador de Cometa. Bogotá 2001

BENAVIDES Sonia. Integrante fundadora de Cometa. Bogotá 2001

BUSTOS César Bustos. Promotora Cultural. Bogotá, abril de 2003.

BUSTOS Oscar. Dirigente Corporación Promotora Cultural, Bogotá, abril 2004

CONTRERAS Fray Martín. Miembro de la Fundación PEPASO y Gestor Cultural del IDCT, Bogotá, abril 2001

CORTEZ Saúl. Edil independiente de la localidad de Suba. Bogotá, octubre de 2005

ECHEVERRY Gabriela. Fundadora del CPC. Bogotá, marzo de 2001

Entrevista colectiva con integrantes de grupos de base del ICES. Bogotá: mayo del 2002

Entrevista Colectiva con miembros y cofundadores de la Promotora Cultural. Bogotá, mayo de 2004.

FERRO Julio. Cofundador de la Promotora Cultural. Bogotá, mayo de 2004.

LEON Edgar, Dirigente Coordinadora de organizaciones populares de defensa de niños y niñas. Bogotá, julio 2001

- MONTESINOS Trinidad. Religiosa javeriana, fundadora del CPC. Bogotá, febrero de 2001
- MARTINEZ Sixta Tulia Martínez. Integrante de la Coordinadora de organizaciones populares de defensa de niños y niñas. Bogotá, julio 2001
- MELO Elsa María Melo Torres. Fundadora y dirigente de AVESOL. Bogotá 2001
- MELO Rosaura Melo Torres, representante legal de AVESOL. Bogotá 2001
- MONCAYO Adriana Marcela. Joven integrante de la Promotora Cultural. Bogotá, junio de 2004.
- NAVARRETE Carmenza. Socia y fundadora de AVESOL. Bogotá 2001
- OLIVEROS Jairo. Líder comunitario de Jerusalén. Bogotá, junio de 2001
- ORDOÑEZ Cristina Ordóñez. Integrante fundadora de Cometa. Bogotá 2001
- OSPINA Leonidas. Dirigente Fundador del ICES. Bogotá, Marzo de 2001
- PERESSON Mario. Sacerdote y acompañante de AVESOL. Bogotá 2001
- PINILLA Fernando. Profesor ICES. Bogotá, febrero de 2001
- RODRÍGUEZ Aura. Gerente Cooperativa COPEVISA. Bogotá, octubre 2004
- ROJAS Fernando. Edil independiente de la localidad de Chapinero. Bogotá, febrero de 2002
- RUIZ Armando. Edil independiente de la localidad de San Cristóbal. Bogotá, octubre 2004
- VARGAS Adriana. Funcionaria del Departamento Administrativo de Bienestar Social del Distrito., octubre 2005
- VARGAS Erika. Joven integrante de la Promotora Cultural. Bogotá, junio de 2004.
- VIEJO María de Jesús. Fundadora y dirigente de COPEVISA. Bogotá, abril 2004